



THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

7

LUIS XIV Y SU SIGLO.

LAIS XIV Y XV SIGLO.

13 cms.

R. 42. 526

LUIS XIV Y SU SIGLO.



HISTORIA-NOVELA

escrita en francés por Alejandro Dumas.

traducida al castellano

POR

Don J. A. G. R.

TOMO IV.

SEVILLA: 1854.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7



LEIS VII Y ZE SIGLO

HISTORIA-NOVELA

escrita en francés por Alejandro Dumas

traducida al castellano

por

Bon J. A. C. H.

TOMO IV.

SEVILLA: 1851

Imprenta de Gomez, a cargo de D. J. J.
Francisco, calle de la Muela núm. 7

Continuacion del capítulo XX.

En la mañana de aquel día fue el príncipe á hacer una visita al cardenal, al cual encontró hablando con Priolo, criado de M. Longueville, á quien decia mil cosas afectuosas para su amo, encargándole que suplicase á M. de Longueville que no faltara al consejo. Al ver el cardenal al príncipe, quiso interrumpirse para saludarle, pero este hizo un ademán para que no se incomodase por él, y se acercó á la chimenea.

Junto á esa chimenea estaba escribiendo el secretario de estado, Lyonne, sobre una mesa ciertas órdenes, que al ver al príncipe escondió bajo el tapete: dichas órdenes eran las necesarias para proceder á la prision.

El príncipe permaneció cerca de un cuarto de hora hablando con Mazarino y Lyonne, y se despidió de ellos para ir á comer á casa de la princesa, su madre, á quien halló en es-

tremo inquieta. La princesa había estado aquella misma mañana á visitar á la reina y prevalida de tener entrada franca á todas horas, pudo penetrar hasta la alcoba de S. M. La reina estaba en cama, á causa, segun decia, de hallarse enferma, aunque su rostro, que no habia sufrido la menor alteracion, desmentia abiertamente sus palabras. No fue eso todo: la reina se mostró tímida y turbada con su amiga, y esta amiga, que recordaba haber visto á S. M. en un estado parecido el dia de la prision de M. de Beaufort, invitaba á su hijo á que estuviese sobre sí.

El príncipe se sonrió, y sacó del bolsillo una carta, que enseñó á su madre.

—Señora, le dijo: creo que estais equivocada: ayer ví á la reina, que se mostró muy afable conmigo, y aqui teneis una carta que recibí ayer del señor cardenal.

La princesa tomó la carta, y la leyó. Con efecto, dicha carta era propia para poder tranquilizar á los mas tímidos. Hé aqui su contenido literal:

«Prometo al señor príncipe, por ser del agrado del rey y por mandato de la reina regente, su madre, que nunca me separaré de sus intereses, y los defenderé con todos y contra todos; y ruego á S. A. me tenga por su humilde servidor, y me favorezca con su

proteccion, que procuraré merecer con toda la obediencia que puede desear de mi. Lo cual he firmado en presencia y por mandato de la reina.

» El cardenal MAZARINO.»

La princesa devolvió la carta á su hijo meneando la cabeza, pues aquel compromiso era tan formal y venia tan á punto, que no pudo menos de asustarla.

—Escuchad, hijo mio, le dijo: no soy yo la única de mi opinion, pues el príncipe de Marillac, que, como sabeis, está al corriente de muchas cosas, me decia hace pocos dias: —«Señora, procurad, si podeis, que los tres príncipes no se encuentren nunca juntos en el consejo.» Ya os lo he dicho y lo repito ahora: estad sobre aviso.

De suerte que el amor de madre inspiraba á la princesa, en el momento de la prision de su hijo, los mismos presentimientos que inspiró á madama de Vendome cuando prendieron al suyo.

Ni una ni otra debian ser atendidas.

Sin embargo, la princesa quiso preceder á su hijo al cuarto de la reina, á pretesto de saber de su salud, por la cual se interesaba y tomó la delantera.

Un cuarto de hora despues que ella se pre-

sentó el príncipe en el Palacio Real, y fue introducido en el cuarto de la reina, que continuaba en cama. Lo único que había hecho era mandar correr las cortinas para que no se viese la turbacion de su semblante.

La princesa viuda de Condé estaba entre la cama y la pared.

El príncipe se acercó á la cama de la reina, y entró en conversacion. La reina le contestó con bastante desembarazo, y él quedó convencido mas que nunca de que si no gozaba de gran favor, le consideraban al menos como necesario. Despues de varios lugares comunes y acercándose la hora, se despidió de la reina. La princesa tendió á su hijo una mano, que aquel besó, despidiéndose en seguida. Este fué el último adios que la pobre madre recibió de su hijo, pues la princesa debia morir durante el cautiverio de aquel.

El príncipe de Condé pasó entonces á un pequeño gabinete, contiguo á otro que daba á la vez al cuarto del cardenal y á la galeria en donde se celebraba ordinariamente el consejo.

El príncipe queria ir al cuarto del cardenal; pero en aquel paraje encontró á su eminencia, el cual le abordó con el semblante mas risueño del mundo.

Estando hablando juntos, entró M. de Lon-

gueville, y tomó parte en la conversacion, hasta que llegase el principe de Conti, cosa que no tardó en suceder.

Entonces el cardenal, viendo á los tres reunidos, y por decirlo asi bajo sus garras, llamó á un ugier.

—Id á avisar á la reina, dijo, que MM. de Condé, de Conti y de Longueville han llegado, que todo está dispuesto, y que puede venir al consejo.

Esa era la fórmula convenida entre el cardenal y la reina. El ugier se dirigió al cuarto de S. M.

Mientras esto pasaba, entró el abate de la Riviere.

—Perdonadme, señores, dijo el cardenal; tengo que hablar con el abate de la Riviere sobre un asunto de importancia; entrad en el consejo, que pronto os seguire.

Entraron los príncipes en la galeria, yendo delante el principe de Condé, luego el principe de Conti y por último M. de Longueville.

Los ministros venian detrás.

Entre tanto se daba aviso á la reina, y el cardenal llevaba á su cuarto al abate de la Riviere. Al saber la reina que los principes estaban reunidos, despidió á la princesa, diciéndole que tenia que levantarse para ir al

consejo. La princesa saludó entonces á la reina, y se retiró.

Mazarino entretenia por su parte al abate de la Riviere de una manera singular, enseñándole telas encarnadas de diferentes matices, para saber cuál sentaria mejor á su semblante cuando fuése cardenal. Sabido es que hacia dos años que el ministro tenia entretenido al favorito de *Monsieur* con la eterna promesa del cardenalato. El abate de la Riviere acababa de elegir un hermoso matiz entre el anacarado y el color de fuego, cuando se oyó ruido en la galería. Mazarino se sonrió con su sonrisa de gato, y dijo con su voz melosa al abate de la Riviere, cogiéndole del brazo

—Señor abate, ¿sabeis lo que está pasando á estas horas en la gran galería?

—No, respondió el abate de la Riviere.

—Pues bien, voy á deciroslo: están prendiendo á MM. de Condé, de Conti y de Longueville.

El abate de la Riviere se puso mas blanco que su camisa, que siempre la llevaba muy blanca, segun dice Segrais, y dejando caer las telas:

—¿Y sabe el duque de Orleans esapri-
sion?

—La sabe hace quince dias, y coadyuva

á ello.

— ¡La sabe hace quince dias y nada me ha dicho! replicó el abate; ¡entonces soy perdido!

Con efecto, las cosas pasaban á la sazón como decia el cardenal. Mientras que el príncipe de Condé hablaba con el conde de Avaux, vueltos los ojos hácia la puerta por donde habia de entrar la reina, se abrió esa puerta, y apareció en ella el anciano Guitaut. Como el príncipe queria mucho á Guitaut, creyó que este tenia que pedirle algun favor, y separándose de M. de Avaux, se acercó al capitán de guardias de la reina:

— ¿Qué hay, mi buen Guitaut? le dijo:

— Monseñor, dijo Guitaut: lo que hay es que tengo orden para prenderos, juntamente con el príncipe de Conti, vuestro hermano, y M. de Longueville, vuestro cuñado.

— ¡A mí, Guitaut! exclamó el príncipe: ¡vos prenderme á mí!

— Si, monseñor, respondió Guitaut algo cortado, pero llevando su mano á la espada que tenia el príncipe.

— ¡En nombre de Dios! dijo el príncipe haciéndose un paso atrás, Guitaut, volved adonde está la reina, y decidle que la suplico se digne oirme.

— Monseñor, dijo Guitaut; de nada os ser-

virá, os lo juro; pero no importa, voy á hacerlo para satisfaceros.

A estas palabras saludó Guitaut al príncipe, y entró en el cuarto de la reina.

—Señores, dijo el príncipe reuniéndose con los que estaba antes, los cuales no habian oido nada, porque todo el diálogo que acabamos de esponer habia pasado en voz baja; señores ¿sabeis lo que me sucede?

—No, dijo M. de Avaux; pero en la emocion de la voz de V. A. se conoce que debe ser cosa extraordinaria.

—Y muy extraordinaria por cierto. La reina me manda prender, igualmente que á vos, Conti, y á vos tambien, Longueville.

Todos los concurrentes dieron un grito de sorpresa.

—Eso os admira tanto como á mí, ¿no es verdad, señores? dijo el príncipe; porque habiendo servido siempre bien al rey, creia poder estar seguro de la proteccion de la reina y de la amistad del cardenal.

Luego, volviéndose hácia el canciller Seguier y el conde Servien, que estaban allí:

—Señor canciller, dijo: os ruego que hagais presente á la reina que no tiene servidor mas fiel que yo, y vos, señor conde Servien, tened á bien decir lo mismo al cardenal.

Ambos se inclinaron, y salieron, gozosos de tener aquella ocasion para alejarse del principe; pero ninguno de ellos volvió. Solo entró Guitaut.

—¿Qué hay? preguntó con viveza el principe.

—Nada he podido conseguir, monseñor, la voluntad positiva de la reina es que seais preso.

—Si así es, dijo el principe, obedezcamos.

Y entregó su espada á Guitaut, mientras que el principe de Conti entregaba la suya á Comminges y M. de Longueville á Cressy.

—Y ahora, ¿á dónde vais á conducirme? continuó el principe: sobre todo que sea á punto templado, porque he cogido resfriados en los campamentos, y el frio me hace mucho daño.

—Tengo orden de conducir á V. A. á Vincennes.

—Pues vamos allá, dijo el principe.

Y volviéndose luego á los concurrentes:

—Hasta la vista, señores, dijo: aun cuando esté preso, no me olvideis: abrazadme, Brienne, que al fin somos primos.

Era aquel ese mismo conde de Brienne de quien hemos hablado cuando Beringhem vino á ofrecer el ministerio á Mazarino de parte de

Ana de Austria.

Abrió entonces Guitaut una puerta, y doce guardias, que estaban preparados, rodearon á los príncipes. Mientras que Guitaut iba á dar cuenta á la reina de que sus órdenes estaban ejecutadas, Comminges, tomando el mando de la fuerza, conducia á M. de Condé á la puerta de una escalera secreta.

— ¡Hola, hola, Comminges! dijo el príncipe viendo abrir aquella puerta y sondeando con la vista la negra salida adonde iba á parar; esto me huele mucho á los estados de Blois.

— Estais equivocado, monseñor, dijo Comminges: soy hombre honrado, y si se hubiese tratado de semejante comision, habrian echado mano de otra persona.

— Vamos, pues, dijo el príncipe; fio en vuestra palabra.

Y se adelantó el primero, dando ejemplo á sus hermanos.

M. de Conti, que durante la escena de la prision no habia hablado la menor palabra ni mostrado el menor temor, le siguió, y M. de Longueville pasó el último. Como este tenia mala una pierna y andaba con dificultad en esta ocasion, mandó Comminges á dos guardias que le sostuviesen por debajo de los brazos y le ayudasen á caminar. Llegaronde

este modo y sin hablar mas palabra á la puerta del jardin del Palaeio-Real que daba á la calle de Richelieu, en donde estaba esperando Guitaut. El príncipe de Condé iba delante de sus hermanos, como unos diez pasos.

—Vamos á ver, Guitaut, dijo: de caballero á caballero; ¿comprendeis algo de lo que me está pasando?

—No, monseñor, respondió Cuitaut; pero os suplico tengais presente que habiendo recibido órden de prenderos de la boca misma de la reina, no podia escusarme de ejecutarla, siendo capitan de sus guardias.

—Es muy justo, dijo el príncipe; asi es que no por eso os quiero mal.

Y le alargó la mano.

Mientras esto pasaba, se le reunieron los otros dos príncipes. Guitaut abrió entonces la puerta. Aguardaba alli un carruaje, y á diez pasos estaba Miossens con una compañía de gendarmes, el cual ignoraba la clase de presos que se le iban á confiar: asi es que no fué poca su sorpresa al reconocer á M. de Condé, M. de Conti y M. de Longueville.

Los tres príncipes subieron al carruaje. Guitaut entregó la custodia de sus presos á Comminges y á Miossens, y entró otra vez en el Palacio-Real, mientras que el carruaje

tomaba al galope el camino de Vincennes. Pero como el camino por donde conducian á los principes era tortuoso y quebrado, pues para que no fuesen vistos no se habia querido tomar el camino real, volcó el carruaje.

En un momento el principe, cuya hermosa estatura, destreza y agilidad eran incomparables, se halló fuera de la portezuela de pie y á veinte pasos de su escolta.

Miossens, creyendo que trataba de escaparse, corrió á él.

— ¡Oh! señor principe, le dijo: os suplico...

— No quiero escaparme, Miossens, dijo el principe; pero la ocasion no puede ser mejor para un segundo de Gascuña, y quizá en vuestra vida no encontréis otra semejante.

— No me tenteis, monseñor, dijo Miossens; os juro que profeso á V. A. la mayor veneracion; pero ya comprendéis que ante todo es preciso que obedezca al rey y á la reina.

— Vamos, pues, dijo el principe; subamos al carruaje, querido Miossens; pero recomendaré al menos al cochero que cuide de no hacernos volcar otra vez.

Subieron al carruaje, que habia sido levantado ya, y Comminges, que por un momento habia tenido miedo de que se le escapasen sus presos, encargó al cochero que fuese mas

aprisa.

— ¡Mas aprisal dijo el príncipe soltando una carcajada: ¡oh! no temais, Comminges, que nadie vendrá en mi auxilio, pues os aseguro que no habia tomado mis precauciones contra ese viaje: lo que si os suplico que me digais cuál es mi crimen.

— Vuestro crimen, monseñor, dijo Comminges, nos parece que es el mismo de Germánico, que se hizo sospechoso al emperador Tiberio por valer demasiado, por ser demasiado querido y por haberse engrandecido demasiado.

Y el carruaje tomó al galope el camino de Vincennes.

Al pié de torreón se acercó Miössens al príncipe para despedirse de él. Entonces fue cuando se mostró algo conmovido.

— Caballero, dijo á Miössens; os doy gracias por el buen comportamiento que habeis tenido conmigo: decid á la reina que, á pesar de su injusticia, soy siempre su humilde servidor.

Entraron en el torreón, y como no se esperaba á los presos, no habia preparadas camas. Comminges, que debia custodiarlo por ocho dias, pidió una baraja, y todos cuatro pasaron la noche jugando.

Durante aquellos ocho dias permaneció

constantemente Comminges al lado del príncipe, y solia decir despues con frecuencia que merced al buen humor y vasta instruccion de S. A. R., aquellos ocho dias de prision habian sido los mas agradables de su vida.

Al separarse Comminges del príncipe de Condé y de su hermano, les preguntó si deseaban algunos libros.

—Sí, dijo el príncipe de Conti; quisiera la Imitacion de Cristo.

—¿Y vos, monseñor? preguntó Comminges.

—Yo, dijo el príncipe de Condé; quisiera la imitacion de M. de Beaufort.

Ya se recordará que siete años antes se habia escapado M. de Beaufort de la misma prision de Vincennes con una audacia increíble y una felicidad asombrosa.

El príncipe y Comminges se separaron con lágrimas en los ojos.

«Y sin embargo, dice madama de Motteville, ni á uno ni á otro se les suponía capaces de una gran ternura.»

Todas las promesas hechas fueron observadas escrupulosamente.

M. de Vendome tuvo la superintendencia de los mares.

Noirmontier el gobierno de Charleville y de Monte-Olimpo.

Brisac el gobierno de Anjou.

Laiques su nombramiento de capitau de guardias.

Y el caballero de Sevigné sus veinte y dos mil libras.

Ademas la señorita de Soyon salió de las carmelitas, y fue nombrada camarista de la reina, lo cual le permitia permanecer soltera.

Solo el abate de la Riviere fue el que no sacó su capelo de cardenal, cosa que le fue tanto mas penosa, quanto que, segun sabemos, habia ya elegido la tela.

Asi tuvo lugar aquel grande acontecimiento que cambió en un dia la faz de las cosas, derrocando un poder para levantar otro, y dando al trono el apoyo de aquellos que lo estaban combatiendo hacia siete años. Asi fue que cuando se supo aquella noticia, se regocijaron en extremo los parisienses. Mazarino, silbado, aborrecido y execrado, se hizo popular de un dia á otro, cosa muy natural, decia el pueblo con su buen juicio y su eterno aire de burla; nada tiene de extraño que su eminenencia se haya hecho popular habiendo dejado de ser Mazarino.

Con efecto, el cardenal se habia vuelto frondista.

XXI.

1650.—*Madama de Longueville en Normandía.— Su vida aventurera.— Llega á Holanda.— Evasion de madama de Bouillon.— Vuelve á ser presa.— Madama de Condé en Burdeos.— Paso dado por la señora princesa viuda.— Conducta de Gaston.— Turena trata con los españoles.— Inquietud de la corte.— Trasládase á Compiègne.— Burdeos recibe á los descontentos.— La corte marcha contra aquella ciudad.— Acto de crueldad de la reina.— Represalia de los de Burdeos.— El baron de Canolles.— Su ejecucion.— Fin de la guerra del Mediodia.— Visita de madama de Condé á la reina.— Espresion de la Rochefoucauld.— Triunfo de Turena al frente de los españoles.— El coadjutor entra en el partido de los príncipes.— Condiciones de aquella alianza.— El príncipe de Condé es trasladado de Vincennes á Marcourssis y luego al Havre.— Campaña de Mazarino.— Fin de la princesa viuda de Condé.— Decreto del parlamento.— El cardenal vuelve á Paris.— Pormenores sobre el duque de Angulema.*

Una cosa hay notable en política, y eso es

sin duda lo que hace de la política una ciencia de tanta estima; á saber, que cuando un rey, un gobierno, ó un ministro hace una de esas cosas deshonorosas ó pérdidas que hundirian la reputacion de un particular, todos los obstáculos se allanan, todas las dificultades desaparecen, y en vez del camino árduo y espinoso que seguia, se presenta desde luego un camino fácil y agradable. Verdad es que al fin de ese camino se encuentra á veces un abismo; pero, digámoslo de una vez, con mas frecuencia todavia se cifra en eso del objeto que todo rey, todo gobierno y todo ministro quiere conseguir; esto es, la conservacion del poder.

— Asi vemos que el principe de Condé habia salvado á la Francia en Rocroy, Nordlingen y Lens; habia sostenido el trono de Saint-Germain y Charenton, y habia conducido triunfante al rey á Paris. Entretanto que el cardenal estuvo reconocido al principe, todo fué apuro y contratiempos: un dia resuelve hacer traicion al mismo á quien todo lo debia, y se lleva á efecto la traicion con gran júbilo del pueblo, que recompensa al ministro por su mala accion, devolviéndole al punto su popularidad perdida. Esto hace comprender, si no escusar, muchas traiciones y muchas infamias.

Como quiera que fuese, no estaba hecho todo con haberse desembarazado de los tres principes, pues todavía quedaba madama de Longueville.

A la primera noticia que esta tuvo de la prision de su marido y de sus dos hermanos, se habia retirado á la Normandía, con la cual creia poder contar. La reina anunció que marchaba á Rouen con sus dos hijos.

La Normandía, que un año antes se habia levantado á la voz de madama de Longueville, oyó la misma voz esta vez sin reconocerla, y no se movió. Madama de Longueville salió de Rouen, adonde llegó detrás de ella, y marchó al Havre. Contaba con el duque de Richelieu, á quien habia hecho nombrar gobernador; pero el duque de Richelieu le cerró las puertas de la ciudad, que muy pronto se vió obligado él mismo á abandonar.

Madama de Longueville se refugió en Dieppe. Pero la reina puso al conde de Harcourt de gobernador en Normandía, y envió contra madama de Longueville tropas mandadas por Plessis-Bellievre. Madama de Longueville no aguardó á que fuese sitiado el castillo, pues apenas vió aparecer las primeras tropas, temiendo ser entregada por M. de Montigny, que era el gobernador, salió por una puerta trasera, seguida de algunas mujeres que

habían tenido suficiente valor para no abandonarla y de algunos caballeros que le permanecieron fieles, y anduv o dos leguas á pie para llegar al pequeño puerto de Pourville, en donde le esperaba un barco que habia hecho fletar para todo evento. Cuando estaba ya á orillas del mar, era tan fuerte la marea y el viento tan borrascoso, que los marineros le aconsejaron que no se embarcase con semejante temporal. Pero lo que madama de Longueville temia mucho mas que la tempestad era caer en manos de la reina. En su consecuencia dió las órdenes necesarias para que se efectuase el embarco, y como á causa de los sacudimientos de la marea no podia ir á buscar la barca, la cogió en brazos un marinero, segun costumbre, para trasladarla á bordo. Apenas habia andado veinte pasos, cuando una enorme oleada, que vino á estrellarse contra él, le derribó. En aquel momento se creyó perdida á madama de Longueville, pues aquel hombre la habia soltado al caer y se la vió por un momento dar vueltas en el agua; pero pudo auxiliársela á tiempo, y fue conducida á la orilla. No tardó en reponerse y quiso hacer una nueva tentativa para llegar al barco; pero entonces ya los marineros declararon positivamente que eso seria tentar á Dios, y se negaron á obedecer. Fue

preciso, pues, echar mano de otro medio. Envióse á buscar caballos para seguir la costa; montaron los caballeros; madama de Longueville y las damas de su comitiva hicieron otro tanto, y estuvieron andando toda la noche. Al día siguiente llegaron á casa de un señor del país de Caux, el cual recibió á madama de Longueville con mucho respeto y la ocultó fielmente.

Allí supo que el patron del barco, que no habia podido abordar, estaba á la devocion del cardenal, y que si hubiera puesto el pie á bordo, habria sido entregada. Llegó por último al Havre, ganó al capitán de un barco inglés, se presentó como un caballero que se habia batido en duelo y se veia obligado á abandonar la Francia, y llegó muy luego á Holanda, en donde fue acogida como reina fugitiva por el príncipe de Orange y su muger.

Mucha distancia habia de aquellas noches horrascosas á orillas del mar á las brillantes noches de la casa de la municipalidad, y sin embargo no habia trascurrido un año entre aquellos dos caprichos de la fortuna.

Habia terminado la campaña de Normandia: todos los comandantes de plazas, todos los gobernadores de castillos se habian apresurado á hacer su sumision. La reina se di-

rigió á Borgoña, en donde sucedió lo mismo que en Normandía. El castillo de Dijon se rindió á la primera intimacion. Bellegarde hizo poca resistencia; púsose á M. de Vendome de gobernador en Borgoña, como se habia puesto á M. de Harcourt de gobernador en Normandía. En seguida la reina, el rey y el duque de Anjou regresaron á Paris.

La regente, antes de salir de Paris, habia dado orden de prender en su casa á la duquesa de Bouillon, cuyo marido amigo del príncipe de Conti y de M. de Longueville, habia marchado, así que fue arrestado el príncipe de Condé, en busca de Turena, con el cual creia que podian contar los príncipes, y dicha orden habia sido ejecutada. Sin embargo, aun cuando le pusieron guardas en su casa y la consignaron en su habitacion, permitieron que su hija circulára libremente. Una noche vino Mlle. de Bouillon á ver á su madre; pero fingiendo haberla hallado acostada y dormida aparentó querer volver á su cuarto y rogó al centinela que estaba en la antecámara que la alumbrase.

El centinela tomó la luz sin desconfianza, y echó á andar delante de Mlle. de Bouillon, sin advertir que la duquesa iba detrás de su hija. Cuando Mlle. de Bouillon llegó al corredor, continuó su camino; pero la duquesa to-

mó la escalera, bajó, y se encerró en la cueva, en donde, asi que el complaciente centinela volvió á su puesto se apresuró á reunirsele su hija. Entonces, con el auxilio de algunos amigos que les echaron cuerdas, se escaparon madre é hija por la claraboya. Se refugiaron en una casa particular, y permanecieron allí ocultas hasta que pudieran salir de Paris. Por desgracia el mismo dia que se habia fijado para su evasión definitiva cayó enferma con viruelas Mlle. de Bouillon. Su madre entonces no quiso separarse de ella, y habiendo sido avisada la policia, las hizo prender á ambas y conducir las á la Bastilla.

La princesa de Condé fue mas dichosa. Habíase dado orden para prenderla en Chantilly y ponerla guardas de vista; pero, avisada á tiempo, hizo que se acostase en su cama una de sus damas, y mientras que se entretenian en arrestar, interrogar y reconocer á la que la reemplazaba, huia aquella con su hijo el duque de Enghien, y llegaba á Montrond, plaza de segundo orden, de que se habian apoderado los partidarios de M. de Condé. Sin embargo, la fugitiva no podia hacer mas que un descanso en Montrond, porque esta plaza no podia sufrir un sitio en regla, y se trató de entrar en negociaciones con Burdeos, cuya poblacion se sabia estaba muy descontenta con

la administracion del duque de Epernon, que fue enviado de gobernador, y se habia malquistado enteramente con el parlamento y los magistrados. Al saber la corte esta noticia, ordenó al mariscal de la Meilleraye que fuese á tomar el mando de las tropas de Poitou.

Sin embargo, mientras que madama de Longueville huia con no poco trabajo, y madama de Bouillon y su hija eran presas al prepararse á huir, y la princesa de Condé entablaba negociaciones con Burdeos, habia otra muger que se disponia á hacer resistencia; verdad es que esa muger era una madre á quien le habian cogido sus dos hijos.

La princesa viuda era hija del antiguo condestable; esa hermana de Montmorency decapitado en Tolosa; ese último objeto de los amores novelescos del rey Enrique IV; esa madre del gran Condé, á quien la reina acariciaba todavia al lado de su cama, mientras que á diez pasos de ella hacia prender á su hijo, resolvió hacer lo que nadie osaba intentar; esto es, pedir justicia á los parlamentos en nombre del vencedor de Rocroy y de Lens.

Mientras que la reina se hallaba todavia en Borgoña, la princesa viuda que habia permanecido escondida en Paris se presentó al paso de los consejeros de la gran cámara, acompañada de la duquesa de Chatillon, con la

pretension de que sus hijos fuesen juzgados si eran culpables, y puestos en libertad en caso de ser inocentes. El primer presidente, que se sospechaba era amigo suyo, dejó al parlamento reunirse y deliberar sobre aquel asunto, y se acordó que la princesa permaneciese en seguridad en casa de un tal Lagrange, contador, mientras se iba á rogar al duque de Orleans, encargado de la direccion de los negocios en ausencia del rey, la reina y del cardenal, que viniese á ocupar su puesto en palacio.

Gaston respondió á los diputados que la princesa tenia orden de marchar á Bourges, y creia que por lo menos debia mostrarse pronta á obedecer dicha orden, retirándose á algun punto próximo á la capital, en donde podria esperar el regreso del rey y de la reina, que iba á tener lugar dentro de dos ó tres dias. Este término medio sacó al parlamento de su apuro.

La princesa de Condé se vió precisada á obedecer, y marchó en la tarde misma del dia en que se acordó esta deliberacion, retirándose á Berny, de donde el rey, que llegó efectivamente dos dias despues, le dió orden de marchar á Valery. No quedando esperanza alguna á la princesa, trató de obedecer; pero en Angerville cayó mala de pesar y de fatiga,

y se vió precisada á detenerse.

Mientras esto pasaba, madama de Longueville y M. de Turena se habian encontrado en Stenay, y habian hecho un tratado con los españoles. M. de Turena se reunió al punto á las tropas del archiduque, que estaban en Picardía, y que despues de haber tomado el Chatelet sitiaban á Guisa. Pero Guisa se defendió asombrosamente, y al cabo de diez y ocho dias se vieron precisados los españoles á levantar el sitio. Entonces M. de Turena formó un pequeño ejército con el dinero de España, lo engruesó con los restos de las guarniciones de Dijon y Bellegarde, y reuniéndosele muy luego MM. de Bouteville, de Coligny, de Duras, de Rochefort, de Tavannes, de Persan, de la Moussaye, de la Suze, de Saint-Ibal, de Guittaut, de Marilly, de Foix y de Grammont, tomó una actitud que no podía menos de causar serias alarmas.

Asi fué que la corte partió para Compiègne, mientras que el cardenal se adelantaba hasta San Quintin para conferenciar con el mariscal Duplessis sobre los medios de oponerse á M. de Turena. Allí fue donde se supo que las cosas tomaban muy mal aspecto por el lado de la Guiena.

Con efecto, madama de Condé habia establecido inteligencias desde Montrond con el

príncipe de Marcillac, duque ya de la Rochefoucauld por muerte de su padre, y con M. de Bouillon, que, despues de haber puesto de su parte á M. de Turena, habia vuelto con objeto de hacer un llamamiento á la nobleza de Auvernia y del Poitou, á cuya escitacion respondió la nobleza formando un pequeño ejército de dos mil y quinientos hombres, poco mas ó menos. Fijóse como punto de reunion Mauriac, y la princesa de Condé, llevando á su hijo como bandera, llegó el 14 de mayo á aquel punto en donde ella y el duque de Enghien fueron saludados con aclamaciones unánimes y con el juramento de no dejar las armas hasta que se hiciese justicia á los príncipes presos.

Marchóse sobre Burdeos en tren de guerra, al toque de clarines y con banderas desplegadas, bajando el Dordoña la princesa y su hijo embarcados, y el pequeño ejército á lo largo de la ribera. A través de algunas escaramuzas llegaron á Coutras, en donde se supo que, segun las esperanzas concebidas, la ciudad de Burdeos estaba pronta á recibir á la princesa y á su hijo; pero con la condicion de que su escolta, que parecia demasiado numerosa á los magistrados, permaneciese fuera de la ciudad.

Hízose la concesion, y la princesa entró en

Burdeos á los gritos de ¡Viva el príncipe de Condé! ¡viva el duque de Enghien! ¡viva la princesa!

Al mismo tiempo que entraba ella por una puerta, entraba por otra un enviado de la corte. Vinieron á avisarle que aquel mensajero corria gran riesgo de ser despedazado por el pueblo si la princesa no intercedia en favor suyo. Deliberóse por un momento si convendria dejar que descuartizasen á aquel infeliz para dar á la corte una idea del espíritu de Guiena; pero triunfó la compasion, y madama de Condé hizo decir que pedia el perdón de aquel hombre, perdón que le fue concedido.

El parlamento de Burdeos decidió que la princesa de Condé fuese recibida dignamente en la ciudad, en donde podia permanecer en seguridad, á condicion de que nada intentase contra el servicio del rey.

La corte mostró la grande alarma en que se hallaba con declarar á madama de Longueville, al duque de Bouillon, al vizconde de Turena y al duque de la Rochefoucauld, reos de lesa majestad. Esta declaracion fue enviada á todos los parlamentos de Francia, y hasta al mismo de Burdeos.

Pronto fueron mas alarmantes las noticias del Mediodia. La princesa de Condé renova-

ba en Burdeos las escenas de la casa de la municipalidad de Paris. Tocábale á su vez ser reina, como lo habia sido madama de Longueville, y recibia á los embajadores del rey de España, trataba con ellos, rehusaba las cartas del mariscal de la Meilleraye, hacia escribir por el parlamento de Burdeos al parlamento de Paris, y confiaba á los duques de Bouillon y de la Rochefoucauld, que en un principio debian permanecer estramuros de la ciudad, los dos puntos mas importantes de ella.

Entonces fue cuando se supo que se habia levantado el sitio de Guisa, lo cual dió algun respiro á la corte, y se resolvió marchar contra la princesa de Condé, como se habia hecho con madama de Longueville. El duque de Orleans fue nombrado teniente general del reino á la parte de acá del Loira, y el rey, la reina y el cardenal se pusieron en camino; pero con bastante inquietud ya, y mirando tanto atrás como adelante. Resultó de esa vacilacion, que mientras las gacetas de la corte anunciaban que se marchaba á largas jornadas, se empleó cerca de un mes para ir desde Paris á Liburna.

El primer acto de la reina al llegar á esta ciudad fue un acto de severidad que acarreó crueles represalias.

Habia á dos leguas de Burdeos un peque-

ño edificio, mitad palacio y mitad fortaleza. en donde mandaba un gobernador llamado Richon. La reina mandó que se llevase adelante con toda actividad el sitio de aquel castillejo, que se llamaba Vayres. Con efecto, Richon, que no era siquiera militar, sino sol-ayuda de cámara del duque de la Rochefoucauld; no pudo resistirse por mucho tiempo, Vayres fué tomado, y Richon fué condenado en consejo de guerra á ser ahorcado por haber tenido la audacia de oponerse al rey sin ser noble siquiera.

Brienne, hijo del mismo conde de Brienne; de quien hemos hablado tantas veces, refiere esa ejecución, que tuvo lugar en Liburna, en donde á la sazón estaba con viruelas, y que le sirvió de gran distracción en su enfermedad, habiendo tenido el placer, dice, de ver desde sus ventanas ajusticiar al rebelde.

Lo que fué una distracción para Brienne infundió gran terror en los de Burdeos. Aquella ejecución les presagiaba una cruda guerra, y mucho hablaban ya de entrar en negociaciones, cuando los gefes del partido de los príncipes resolvieron poner, por acto de rigor, á toda la ciudad fuera de la ley. Tratábase para eso de ahorcar á un oficial realista.

Habiase cogido á muchos de ellos en las

primeras escursiones que los de Burdeos habían hecho fuera de la ciudad, y entre otros hablaron de Canolles, mayor del regimiento de Navailles, que mandaba en la isla de San Jorge. Cayó en él la eleccion, y se decidió que se le formaria su proceso y seria ahorcado acto continuo.

Era aquel un gallardo y valiente oficial, de treinta y cinco á treinta y seis á treinta y seis años, que desde que se hallaba preso bajo su palabra en Burdeos se habia introducido en las mejores casas de la ciudad. Hallábase en casa de una señora, á quien hacia la corte, jugando tranquilamente á las cartas, cuando vinieron á buscarle anunciándole que iba á ser llevado ante un consejo de guerra. Dicho consejo estaba presidido por la princesa de Condé y el duque de Enghien; esto es, por una muger y por un niño. Condenósele á muerte por unanimidad.

El pueblo esperaba á la parte de afuera.

Gran trabajo costó conducir al infortunado baron de Canolles hasta el patibulo, pues el pueblo queria hacerle pedazos. Sin embargo, le protegió la fuerza pública, y fue ahorcado solamente.

La muerte de aquel oficial fue sublime en conformidad y resignacion.

Desde entonces nadie habló ya de rendir-

se en Burdeos.

La sentencia habia sido aprobada por los diputados del parlamento, los jurados y los oficiales de las compañías urbanas.

Se ha hecho despues á Danton el honor de creer que habia organizado el terror é inventado los asesinatos de setiembre: ha sido un error, pues nada hay de nuevo bajo el cielo.

Principió el sitio.

Ese sitio contra una ciudad rebelde hizo, si hemos de creer á Brienne, una terrible impresion en Luis XIV, que solo contaba á la sazón doce años. Porque un dia que se hallaba á orillas de Dordoña, viendo arreglar un tren de ocho caballos para su madre la reina, se acercó á él el jóven cortesano, y advirtiendo que estaba pensativo y con los ojos vueltos al lado opuesto al en que maniobraba el tren, le miró con atencion, y vió que el rey se habia vuelto de aquel modo para llorar. Entonces Brienne le cogió la mano, y besándosela:

—¿Qué teneis, mi querido amo? le dijo: me parece que estais llorando.

—¡Silencio! le dijo el rey: callaos, que no quiero que nadie advierta mis lágrimas; pero perded cuidado, que no siempre seré niño, y esos tunos de Burdeos me lo pagarán.

Brienne, os juro que los castigaré como se lo merecen.

Estas palabras, y sobre todo los sentimientos que espresaban, eran estrañas en boca de un niño de aquella edad.

Aquella pequeña guerra debia terminar, por lo demas, como todas las de la época. La reina se cansó de sitiarse la ciudad y la ciudad se cansó de ser sitiada por la reina. Despues de muchos prodigios de caprichoso valor, hechos de parte de la corte por el mariscal de la Meilleraye y los marqueses de Roquelaure y de Saint-Megrin, y de parte de la princesa de Condé por los duques de Bouillon y de la Rochefoucauld, se recibieron proposiciones de avenimiento, estendidas ya de Paris. El duque de Orleans y el parlamento sometian dichas proposiciones á la reina.

El primer principe de la sangre y la primera corporacion del estado hacian, y principalmente estando reunidos, un peso demasiado grande en la balanza para ser desatendidos. Aquellas proposiciones fueron comunicadas á los de Burdeos, por los cuales fueron aceptadas, y se concluyó un tratado:

1.º Concediendo amnistía completa á la poblacion de Burdeos.

2.º Permitiendo á la princesa de Condé retirarse á aquella de sus casas que mejor le

acomodase.

3.º Devolviendo el favor á los duques de la Rochefoucauld y Bouillon, con toda seguridad para sus vidas y haciendas.

4.º Y llamando por último al duque de Epernon.

Ademas la princesa debia salir inmediatamente de Burdeos para que entrase la reina, la cual tenia que mandar, á su vez, aun cuando fuese solo por veinticuatro horas, en la ciudad rebelde.

Con efecto, la princesa se embarcó en su pequeña galera para dirigirse á Coutras, en donde tenia permiso para detenerse algunos dias; pero en medio del rio encontró el barco del mariscal de la Meilleraye, que se acercó á saludarla. Entonces le asaltó á la princesa un pensamiento.

Dijole al mariscal que queria ir á Bourg para presentar sus respetos á la reina, y que no consentiria en ir á Coutras sino despues de haber tenido aquel honor. El mariscal de la Meilleraye vió en eso un medio de terminarlo todo, sin necesidad de valerse de embajadores, abogados políticos, que por lo regular no hacen mas que embrollar los negocio en vez de aclararlos. Volvió á Bourg en el mismo instante, y en presencia de todos fue y anunció á S. M. que madama de Condé aguar-

daba su beneplácito para arrojarse á sus pies. El primer sentimiento de la reina fue repulsivo, y objetó que no podia recibirla por no tener casa en donde hospedarla. Pero el mariscal, que habia resuelto que la visita tuviese lugar, respondió que la princesa, con tal de tener el honor de ver á S. M. pasaría la noche en su galera, y que ademas podia él ofrecerle su casa. La reina consintió entonces en la entrevista, y un momento despues se presentó la princesa.

En la ribera habia un mensajero de Ana de Austria que venia á anunciar á la suplicante que seria bien recibida, y junto á ese mensajero estaba madama de la Meilleraye, que la esperaba para acompañarla.

Mientras esto pasaba, despachaba la reina á toda prisa un correo para el cardenal, que habia dado una cita á M. de Bouillon. El cardenal vovió al punto, y pasó á ver á la reina.

Apenas habian acordado juntos el plan que habia de seguirse, euando se abrieron las puertas, y fue recibida madama de Condé. El plan acordado era que no se concediese cosa alguna relativamente á la libertad de los principes.

Al entrar madama de Condé se arrojó á los pies de la reina, teniendo de la mano al duque de Enghien, y pidiendo la libertad de su

marido y del padre de su hijo. Pero la reina la hizo levantar con su inflexible dulzura, y nada pudo adelantar.

Sin embargo, el recibimiento fue bueno, al menos en apariencia. El cardenal invitó al duque de Bouillon y al duque de la Rochefoucauld á que fuesen á comer con él, y como aquellos aceptasen, los llevó en su carruaje. En el momento en que se ponía en movimiento el carruaje, se echó el cardenal á reír.

—¿Qué hay, señor, preguntó el duque de Bouillon, y qué es lo que así os hace reír?

—Una cosa que se me está ocurriendo en este instante, dijo el ministro: ¿quién hubiera creído hace ocho días lo que sucede hoy; esto es, que todos tres iríamos en un mismo carruaje?

—Ay, monseñor, respondió el duque de la Rochefoucauld; en Francia todo sucede!

Sin duda de la convicción profunda de que en Francia sucedía todo fué lo que impulsó al duque de la Rochefoucauld sus desoladoras máximas.

Dos días despues de haber salido de Burdeos madama de Condé, en donde habia reinado por espacio de cuatro meses, la reina hizo su entrada en aquella ciudad, con el rey, el duque de Anjou, la hija del duque de Orleans, el mariscal de la Meilleraye y toda la

corle.

Pero mientras que el trono, ó mas bien el ministro, alcanzaba en Burdeos aquel triunfo dudoso, M. de Turena, como es de suponer, no habia permanecido ocioso. Por desgracia habia surgido una gran desavenencia entre él y los españoles, a cuyo sueldo estaba. M. de Turena queria marchar directamente sobre Paris, y por medio del terror ó de un movimiento popular llevarse al príncipe de Condé. Los españoles, que por el contrario no profesaban gran cariño al príncipe que los habia derrotado, querian tomar el mayor número posible de plazas en Picardía y Champaña, y dejar quieto á Vincennes. Al fin obtuvo el mariscal que le dejasen hacer un ensayo, y en quince ó veinte dias tomó á la Capelle, Vervins, Chateau-Porcain, Rethel, Neufchatel-sur-Aisne y Fismes. El mariscal Duplessis, que defendia á Francia por aquel lado, se vió obligado á encerrarse en la ciudad de Reims. Entonces vió Turena próximo á ser realizado su atrevido plan, y una mañana se esparció la voz de que los exploradores españoles habian venido á tirar con pistola hasta Dammartin; esto es, á diez leguas escasas de Paris.

Fue tan grande el terror de la capital, que no se atrevieron á dejar á los príncipes solos

en Vincennes, y los trasladaron al castillo de Marcoussis, situado a diez leguas de Paris, detras de los rios Sena y Marne, y perteneciente al conde de Entraigues.

Verificada esa traslacion, lo mas importante era hallar dinero. Despues de largas deliberaciones parlamentarias, en las que, dice el abogado general Omer Talon, se oyeron no pocas necesidades, se propuso una cámara de justicia contra los asentistas, y se hizo adelantar á los tenedores de oficios una anualidad de sus derechos. Esta medida procuró algun dinero y prometió mucho mas. Por su parte tambien el duque de Orleans contribuyó á la cotizacion general por la suma de sesenta mil libras.

Pero el parlamento no se habia impuesto á sí mismo tan duro sacrificio, sin subir á la causa que á ello le obligaba: ahora bien, esa causa era el cardenal Mazarino, que arrastraba al rey, á la reina, á la corte y al ejército á ciento cincuenta leguas de Paris para hacer la guerra; ¿y á quién? á una ciudad, residencia del parlamento.

Asi era que se habian establecido frecuentes relaciones entre el parlamento de Paris y el de Burdeos. Este habia presentado su peticion para que los príncipes fuesen puestos en libertad, y el parlamento de Paris habia

tomado la peticion en consideracion y deliberado sobre ella abiertamente, á pesar de la oposicion del duque de Orleans, á quien la idea sola de la libertad del principe de Condé le hacia morir de miedo.

Reconstituíase un partido de descontentos, compuesto de los frondistas, que no habian conseguido nada, ó por lo menos bastante, y de los antiguos Mazarinos, que habian sido sacrificados. El coadjutor, á quien Mazarino habia lastimado en dos ó tres ocasiones, se habia hecho el alma de ese partido. M. de Beaufort, sin embargo de lo satisfecho que parecia deber estar del favor de la corte y de la nueva gracia que se le acababa de conceder, preferia su aura popular al papel del cortesano: quizá llegó á temer por un instante que aquella estuviese debilitada; pero un suceso, que vino oportunamente, le tranquilizó en ese punto. Una noche, en que su carruaje recorria, sin ir él dentro, las calles de Paris, fue detenido por hombres armados, los cuales mataron á uno de sus gentiles-hombres. Era aquello simplemente uno de esos ataques tan frecuentes en aquella época; pero el espíritu público, que no queria mas que vengarse de su momentánea conversion á Mazarino, no dejó de hacer de aquel accidente nocturno un acontecimiento político. Se acusó al ministro

de haber querido asesinar á M. de Beaufort; prorrumpióse en imprecaciones contra el cardenal; y como para un crimen semejante no tenia bastante poder la poesia, se mezcló en ello su hermana la pintura. Tres dias despues de aquella semi catástrofe, no habia esquina, encrucijada ni plaza que no tuviese su Mazarino ahorcado en efigie, de un patibulo mas ó menos elevado, segun era el pintor mas ó menos enemigo del cardenal. Hallábanse cubiertas todavia las paredes con aquellas manifestaciones, cuando el 15 de noviembre de 1650 entró la corte de regreso en la capital.

La especie de reconciliacion que habia tenido lugar en Burdeos entre la reina y madama de Condé, entre el cardenal y MM. de la Rochefoucauld y de Bouillon; aquella paz en que, á escepcion de la soltura de los presos, todo redundaba en ventaja de los rebeldes, habia asustado algun tanto á los frondistas que al unirse á la corte le habian dado la fuerza para llevar á cabo la prision de los principes. Asi era que el partido esperaba al ministro con una peticion en mano, en vista de cuyo resultado se juzgaria de sus intenciones, y se obraria. Esa peticion era la solicitud del capelo de cardenal para el coadjutor. La peticion fue presentada á la reina por madama de Chevreuse, y vigorosamente rechazada por

S. M.

El duque de Orleans, á quien sus instintos tímidos daban á veces cierta apariencia de profundo político, vino á apoyar entonces la petición de Madama de Chevreuse, y la reina, retractándose de su primera negativa, contestó que someteria la petición á su consejo, y se haria lo que su consejo opinase.

Era eso otro medio de negar, poniendo á cubierto la autoridad real, pues el consejo se componia del conde Servien, del secretario de estado Letellier y del nuevo canciller, marqués de Chateauneuf, los cuales eran todos enemigos declarados del coadjutor.

El coadjutor tenia muchos motivos para estar descontento: el primero era que el cardenal, despues de la catástrofe del rey de Inglaterra, Carlos I, habia recibido mal al conde Montrose, que habia hecho tantos prodigios en favor de su rey en Escocia.

El segundo era el haber negado una amnistia que habia pedido Gondy en favor de algunos particulares presos en la época de las primeras revueltas, y puestos en libertad por el parlamento durante la guerra de la Fronda, y que temian ser inquietados. Habia hablado de esa amnistia al cardenal en el gabinete de la reina, y el cardenal le habia contestado, mostrándole el cordon de su sombrero, que

era de frondista:

— ¡Vaya! con tanto mas placer, cuanto que estaré yo mismo comprendido en esa amnistia.

Oho dias despues habia quitado el cardenal el cordon á su sombrero, olvidado su promesa y dado orden para que se instruyese sumaria contra los perturbadores.

El tercer motivo de descontento del coadjutor era la negativa á darle aquel solideo que el cardenal se habia querido quitar un dia de su misma cabeza para ponerlo en la del coadjutor.

Esta última ofensa colmó la medida, y el coadjutor volvió á ser enemigo del cardenal como antes; solo que esta vez el odio era mucho mas venenoso y amenazador. El coadjutor no era hombre para guardar mucho tiempo su odio sin tratar de atentar contra su enemigo: asi fue que se reunió al partido de los principes. Los jefes de ese partido eran tres mugeres.

Todo era estraño en aquella época, y no parecia sino que por espacio de cinco ó seis años se habia trastornado el curso ordinario de las cosas.

Aquellas tres mugeres eran: madama de Rhodes, viuda del señor de Rhodes, é hija natural del cardenal Luis de Lorena; la prince-

sa Ana de Gonzaga, la misma que después de haberse creído mucho tiempo muger de nuestro antiguo conocido el duque de Guisa, se habia decidido por último á casarse formalmente con un hermano del elector palatino, y á la que por esa razon se la llamaba la princesa palatina, y finalmente, mademoiseile de Chevreuse.

¿Cómo era que mademoiselle de Chevreuse, que habia negociado con su madre cerca del coadjutor la prision de Condé, Conti y Longueville, se encontraba ahora siendo uno de los jefes del partido de los principes? Muy pronto se verá.

Los demas individuos de aquel partido eran el duque de Nemours, el presidente Viole, é Issac de Arnaud, maestro de campo de los Carabinos.

El duque de Orleans se habia afiliado á él poco á poco, á fin de procurarse una puerta de salvacion contra la cólera de M. de Condé cuando este saliese de la prision. Este buen príncipe entraba en todas las cábalas, y á todas las vendia: asi es que no se sabe qué admirar mas, si su facilidad para entrar en ellas, ó la facilidad de los que las componian en admitirle.

El coadjutor fué puesto en relaciones con la princesa palatina por madama de Rhodes y

por mademoiselle de Chevreuse.

Todo quedó arreglado en una conferencia: derribariase á Mazarino; los principes saldrian de la prision; el coadjutor seria hecho cardenal, y por último mademoiselle de Chevreuse se casaria con el principe de Conti.

Firmóse un tratado, que contenia estas disposiciones, sobre poco mas ó menos. Pero este tratado no tenia importancia sino á condicion de que á todas aquellas firmasse añadiese la del duque de Orleans.

Fue aquello una caza en regla, S. A. R., perseguido y acosado, fue cogido entre dos puertas. Púsosele la pluma entre las manos; presentósele la escritura, y Gaston firmó, decía Mlle. de Chevreuse, como si hubiese firmado la cédula del sábado, y hubiese tenido miedo de ser sorprendido en él por su buen ángel.

Por el mismo tiempo el cardenal, á fin de poner á los principes á cubierto de un golpe de mano habia decidido que fuesen trasladados de Marcoussis al Havre. El conde de Harcourt, gobernador de Normandia, en lugar de M. de Longueville, fue el que efectuó la traslacion.

Todos tres habian conservado en la prision sus respectivos caractéres: M. de Condé se desahogaba en chanzonetas y cantaba; M. de

Conti suspiraba y rogaba; M. de Longueville sufría y se quejaba. M. de Condé hizo contra el gefe de su escolta una coplilla, que le fue cantando por todo el camino. Dicha copla era como sigue:

Es hombre cuya gloria
resplandece en la historia
el gran conde de Harcourt,
obeso y chiquitin,
que socorrió á Casal
y recobró á Turin,
llegó á perder el tino,
hasta hacerse alguacil de Mazarino.

Por lo demas, la prision del príncipe de Condé contribuyó á aumentar su popularidad. Los literatos abrazaron su partido. Corneille, Sarrasin, Segrais, Scarron y Mlle. de Scudery hacian por todas partes su elogio, y algunos dias despues de su salida de Vincennes, Mlle. de Scudery, que habia venido á cumplir una especie de peregrinacion al cuarto del vencedor de Rocroy y de Lens, peregrinacion muy en moda en aquella época, habiendo visto unas flores que el príncipe de Condé tenia costumbre de cuidar para distraerse, escribió en la pared el siguiente cuarteto:

Al ver estos claveles, que un ilustre guerrero regó con una mano diestra en ganar batallas, acuérdate de Apolo, que construyó murallas, y no te admire ver á Marte jardinero.

Entre tanto la campaña de Guiena habia aficionado al cardenal á la guerra, y en vez de quedarse en Paris, en donde se agitaban sus enemigos interiores, marchó á Champaña, en donde el mariscal Duplessis se preparaba á recuperar á Rethel.

Apenas salió de las puertas, principiaron las hostilidades en contra suya. Presentóse al parlamento una peticion de la princesa de Condé, en solicitud de que los principes fuesen puestos en libertad, ó por lo menos sujetos á juicio, y trasladados desde el Havre al Louvre en donde serian custodiados por un oficial de la casa real.

Este era el momento de que se esplicase el duque de Orleans; pero, como es sabido, aquel príncipe jamás se apresuraba á ponerse en evidencia. Asi fue que hizo decir que estaba enfermo.

Llegó á la sazón á Paris la noticia de la muerte de la princesa viuda, la cual habia fallecido sin el consuelo de volver á ver á sus hijos; y los que tenian intereses en sacar partido de aquella muerte, la atribuye-

ron al pesar que le habia causado la prisión de los principes.

Entonces se deliberó sobre la petición de la princesa de Condé, no obstante la ausencia del duque de Orleans, y ya se estaba en camino de atribuir al ministro extranjero todas las desgracias privadas y públicas de Francia cuando llegó un correo con la noticia de haber sido recobrada Rethel, y haber conseguido el mariscal Duplessis una victoria contra Turena, que habia acudido, aunque demasiado tarde, al socorro de aquella ciudad.

Avisose al parlamento que iba á cantarse un *Te-Deum* en honor de aquel doble triunfo, y se le invitó para que asistiese.

Aquella noticia contrariaba los nuevos planes del coadjutor: así fue que la misma mañana en que el parlamento debia ir á Notre-Dame, apoyó fuertemente la petición de la princesa, diciendo que debia sacarse partido de las victorias de la frontera para asegurar la paz de la capital. Entonces las opiniones, intimidadas por un momento, recobraron nueva osadía. El *Te-Deum* interrumpió, pero no cortó la discusion, y el 30 de diciembre se aprobó un acuerdo, por el que se decidió que se harian al rey y á la reina humildes observaciones relativamente á

la prision de los tres principes, y para pedir su libertad.

Al dia siguiente de tomarse aquel acuerdo; es decir, el 31 de diciembre, el cardenal, avisado por la reina de que se aprovechaban de su ausencia para intrigar contra él, volvió á toda prisa á la capital.

Con el regreso del cardenal terminaron los sucesos tan variados del año 1650, durante el cual murió el duque de Angulema, á quien hemos citado con Bellegarde y Bassompierre como uno de los tipos que todavía quedaban del siglo pasado. Era uno de los últimos, y bien merece que nos ocupemos por un momento de él. Será esta una última mirada echada sobre la sociedad del siglo XVI, pues pronto vamos á hacer conocimiento con la del siglo XVII.

Cárlos de Valois, duque de Angulema, era hijo de Cárlos IX y de Maria Touchet, y durante los setenta y siete años que duró su vida conoció á cinco reyes: Cárlos IX, Enrique III, Enrique IV, Luis XIII y Luis XIV.

Cárlos IX lo habia recomendado al morir á Enrique III.

Este le queria mucho, y el duque de Angulema, que habiendo sido destinado desde su infancia á la órden de Malta, obtuvo en 1587 la abadia de la Chaise-Dieu, no solo

asistió á su real tutor en sus últimos momentos, sino que nos ha dejado en sus memorias la relacion mejor y mas exacta que hay de su agonía.

Catalina de Médicis le legó tambien al morir los condados de Auvernia y de Lauraguais. Por eso fué llamado primero conde de Auvernia y conservó ese titulo hasta el momento en que Margarita de Valois, primera muger de Enrique IV, á quien este monarca habia repudiado, hizo que el parlamento anulara la donacion de Catalina de Médicis, y que aquellos dos condados fuesen dados al delfin Luis XIII.

Mientras esto pasaba, el hijo de Cárlos IX se hallaba preso en la Bastilla por haber conspirado en 1602 con Biron. Fué puesto en libertad á principios de 1603; pero en 1604 volvió á ser encerrado en la Bastilla por haber conspirado con la célebre marquesa de Verneuil, querida de Enrique IV y hermana suya uterina.

Esta vez fué condenado á ser decapitado; pero Enrique IV conmutó dicha pena en la de prision perpétua. En 1616 salió el conde de Auvernia de la Bastilla, para llegar á ser en 1619 coronel general del arma de caballería, caballero de las órdenes del rey, y duque de Angulema: por último, en 1628 le hemos vis-

to comandante en jefe del ejército delante de la Rochela.

Después de este sitio fue cuando el duque de Angulema, viendo que podía disponer de algun tiempo, se dedicó al oficio para el cual habia propuesto en otro tiempo una asociación á Enrique IV; esto es, el de hacer moneda falsa. No habia mas sino que no la fabricaba él mismo, pues siendo demasiado gran señor para una cosa semejante, se contentaba con dar consejos.

Un dia le preguntó Luis XIII cuánto ganaba con tan honrado oficio, y sin duda el duque no debia tener en el hijo la misma confianza que en el padre, porque le contestó:

— Señor, no sé lo que quiere decir V. M.: lo que hago es alquilar en mi palacio de Grosbois una especie de habitacion á un tal Merlin, el cual me dá por ella cuatro mil escudos mensuales; pero jamás me cuidaré de lo que él haga en ella mientras me pague con puntualidad.

Luis XIII, mas escrupuloso que el duque de Angulema, si se cuidó de ver lo que allí se hacia, y mandó practicar una pesquisa en Grosbois. Merlin tuvo apenas el tiempo necesario para escaparse por una ventana al oír á los gendarmes. Halláronse en su cuarto hornillos, alambiques y retortas; pero el duque

de Angulema declaró que no conocía aquellos instrumentos de forma estraña, y que pertenecían á su inquilino. La cosa quedó en tal estado.

Sin embargo, la fuga de Merlin disminuyó mucho sus rentas, y así era que cuando sus criados le pedían sus gajes:

— Amiguitos, les decía: á vosotros os toca proporcionároslos: cuatro calles desembocan delante del palacio de Angulema, y de consiguiente el sitio no puede ser mejor: aprovecháos de ello si quereis.

El palacio de Angulema estaba situado en la calle Pavée, en el Marais, y desde entonces, desde las siete de la noche en invierno, y desde las diez en verano, se hicieron muy peligrosas sus inmediaciones.

Por lo demás, la Bastilla habia inspirado al hijo de Carlos IX un gran respeto hacia el cardenal de Richelieu, el cual enviaba á ella á todo el mundo con la mayor facilidad; así era que siempre fue uno de los mas celosos cortesanos del ministro. Un dia este, al entregarle el mando de un cuerpo de ejército le dijo:

— Caballero: el rey os confia este mando; pero desea, si es posible, que os abstengais de robar.

— Señor, respondió el buen hombre; difícil

es lo que me pedis; pero, en fin, se hará todo lo posible para dejar contento á S. M.

En 1664, á la edad de setenta años, no obstante lo encorbado y achacoso que estaba por la gota, se casó con una joven de veinte años, linda, buena moza, y de ingenio despejado, que se llamaba Francisca de Nargenne y quedó viuda en 1670. Dicha viuda, que vivió hasta el 15 de agosto de 1715, debía presentar el ejemplo, quizá único en la historia moderna, de una niera que muriese ciento cuarenta y un años despues que su padre político (sabido es que Carlos IX murió en 1574). Segun todas las probabilidades, no habia sucedido cosa igual desde el tiempo de los patriarcas.

Supongamos ahora que el duque de Angulema, en vez de ser hijo natural de Carlos IX, hubiese sido legítimo: no habrían reinado ni Enrique III, ni Enrique IV, ni Luis XIII, ni Luis XIV. ¿Qué habria sido entonces de la Francia? ¿Qué cambio habria introducido en el mundo aquel heredero directo del trono de Valois?... Hay abismos de que se espanta la vista, y que no se atreve á sondear la inteligencia humana.

— 77 —

XXII.

1651. — *Intrigas de Mazarino despues de su regreso á Paris.* — *Negativa de la hija del duque de Orleans.* — *Fidelidad de Gaston.* — *Quejas del parlamento.* — *Acusacion del guarda-sellos contra el coadjutor.* — *Discurso de Gondy.* — *La cita improvisada.* — *Nueva tempestad contra la corte.* — *El duque de Orleans y Mazarino.* — *Medidas que toma Gaston.* — *Estalla la tempestad contra el cardenal.* — *Opinion de madama de Chevreuse.* — *Salida de Mazarino.* — *Consejo del coadjutor.* — *Indecision de Gaston.* — *Commocion en Paris.* — *El pueblo en el Palacio Real.* — *Soltura de los príncipes.* — *Llegada de Condé á Paris.* — *Retirada del coadjutor.* — *Pretensiones del príncipe de Condé.* — *La reina principia á entenderse con el coadjutor.* — *Convenios.* — *Mayoría del rey.*

Bastóle al cardenal, al llegar á Paris, una

conversacion con la reina y una ojeada sobre las cosas para calcular todo el terreno que habia perdido. Las negociaciones que hemos referido no habian podido hacerse con tanto secreto que no se traspirase alguna cosa. El cardenal se veia abandonado de todos los apoyos á la vez. El que creyó mas importante de reconquistar fue el del duque de Orleans. De consiguiente los primeros pasos del ministro fueron encaminados á aquel principe; pero el duque de Orleans, á falta de otra fuerza, tenia á lo menos la de inercia. Hizose el enfermo, puso mal gesto, hizose el descontento, y el cardenal vió que era preciso dar un golpe.

Mlle. de Neuillant, dama de honor de la reina, la misma á quien volveremos á ver en la corte de Luis XIV con el nombre de duquesa de Navailles, fue la encargada de ir á buscar á la hija de Gaston. Ya se recordará quien era esa princesa, pues ya hemos hablado de ella muchas veces, y una especialmente cuando el proyecto de su matrimonio con el emperador.

Mlle. de Neuillant estaba autorizada de ofrecerle de parte de Mazarino al rey por marido, con la condicion de que impidiese á su padre reunirse al partido de los principes.

Mlle. de Orleans, á quien se llamaba *Mademoiselle* la mayor, por ser hija del primer matrimonio del duque de Orleans con Mlle. de Guisa, y haber tenido su padre otras hijas de su segundo matrimonio con Margarita de Lorena, debia ofrecer la singular circunstancia de que siendo princesa de la sangre, rica de millones. y de una figura bastante regular, habia de pasar su vida probando á casarse, y sin llegarlo á conseguir jamás. Verdad es que en el momento de nacer le predijo un adivino que jamás se casaria. ¿Era el horóscopo el que influia sobre el destino, ó el destino el que dió razon al horóscopo?

Sea que la hija del duque de Orleans no se dejase engañar por la promesa y dudára de la sinceridad del que se la hacia; sea que la diferencia de edad que habia entre ella y el rey le hiciese mirar como imposible aquel enlace, por mas que lo deseara, ello fue que la princesa recibió á la embajadora con la risa en los labios, y diciéndole con una ligereza increíble, segun dice madama de Motteville:

—Lo siento mucho, señorita; pero tenemos dada nuestra palabra, y queremos cumplirla.

—Pues hacedos reina primero, replicó mademoiselle de Neuillant, y despues podreis

hacer que pongan en libertad á los príncipes.

Este razonamiento, por muy lógico que fuese, no hizo la menor impresion en la hija del duque, y por esta vez tambien dejó escapar la ocasion de trocar su corona de princesa por una corona real.

Aquella negativa alarmó mucho al cardenal. Preciso era que el duque de Orleans hubiera avanzado mucho para no dejarse coger con semejante proposicion. Eso no impidió que el cardenal convidase al príncipe á comer á su casa con el rey y la reina la víspera de Reyes. Por un momento, durante la comida, creyó el ministro haber ganado á Gaston á su partido porque el duque de Orleans, con su carácter mordaz y versátil, habia dado ejemplo burlándose él mismo de los frondistas. El cardenal cogió la palabra al vuelo, y algunos cortesanos que allí estaban se propasaron á decir tales locuras, que se hizo salir al rey, demasiado jóven todavia, dice madama de Motteville, para presenciar la algazara de aquellas canciones libertinas.

El caballero de Guisa, entre otros, fue uno de los convidados mas bulliciosos, y bebiendo á la salud de la reina, que estaba aun enferma, propuso, para apresurar su convalecencia, arrojar al coadjutor por las ventanas el primer dia que viniese al Louvre.

No era aquello mas que palabras, pero palabras que, trasmitidas a aquellos á quienes iban encaminadas, traian hechos en pos de sí. El coadjutor supo lo que se habia dicho delante del rey y de la reina, y juzgó que no habia que perder un minuto en derribar al ministro. En su consecuencia apremió al parlamento con toda la influencia que tenia sobre él.

Por la primera vez se mantenia firme el Duque de Orleans en el partido que habia abrazado. Aquella inflexibilidad de seis semanas fue el mayor milagro que hizo el cardenal de Retz.

Lo que habia de curi soen todo aquello era que los principes estaban avisados en el Havre de todo lo que se hacia en Paris, y ellos mismos dirigian el movimiento que debia producir su libertad. Habíase establecido correspondencia con los principes por medio de luises dobles, ahuecados, en cuya cavidad se oculta una carta.

Sin embargo, habia trascurrido mas de un mes, y el parlamento no recibia respuesta á su peticion á la reina, cuando el 4 de diciembre en medio de la sesion, se presentó un mensajero de la regente, rogando á aquellos señores la enviasen una diputacion al Palacio-Real.

Envióse al punto la diputacion.

El primer presidente, que iba al frente de ella, llevó la palabra, y en vez de dejar á la reina que esplicase el motivo que habia tenido para llamar al parlamento, principió de buenas á primeras por quejarse, en nombre de todos, de que no se hubiese dado respuesta á la peticion de 30 de octubre.

La reina contestó que habia marchado al Havre el mariscal de Grammont con objeto de poner en libertad á los principes, siempre que estos diesen una seguridad completa para la tranquilidad del estado.

Algo evasiva era esta respuesta. Asi fue que los diputados insistieron en que la reina se declarase mas positivamente. Pero ella los envió al guarda sellos, el cual en vez de responderles, principió á hablar contra el coadyutor. Por desgracia, como el guarda-sellos estaba resfriado y hablaba con gran dificultad, le pidió el presidente le diese su manifestacion por escrito, lo cual hizo el guarda-sellos, sin advertir que la minuta estaba corregida de mano de la reina.

Esa acusacion contenia entre otras cosas:

«Que todos los informes que el coadyutor habia dado al parlamento eran falsos y desfigurados por él; *que habia mentido en ellos* (estas palabras eran de puño de la reina), que

era de un carácter perverso y peligroso; que daba malos consejos al duque de Orleans; que queria perder al estado, porque se le habia negado el capelo; que se habia gloriado públicamente; que pondria fuego á los cuatro costados del reino, y que se pondria cerca con cien mil hombres, de que podia disponer, para romper la cabeza á los que se presentasen á apagarlo.»

La lectura de este escrito en plena sesion, produjo, como es de presumir, grande efecto. Era aquello pegar fuego á la pólvora, y la lucha se habia convertido en cuestion de vida ó muerte entre Mazarino y Gondy. Este se lanzó á la tribuna como un caballo á quien meten espuelas.

— ¡Señores! exclamó: si el respeto que profeso á los preopinantes no me sellara los labios, me quejaria de que no hayais rechazado la indignidad de ese papelucho que se acaba de leer, contra toda forma en esta reunion: supongo que habrán creido que ese libelo, que no es mas que un desahogo del cardenal Mazarino, era cosa muy despreciable para ellos y para mí, y no se han equivocado. Así es que me contentaré con responder con un pasage de un autor antiguo: *In difficillimis Republicae temporibus urbem non deserni, in prosperis nihil de publica re libavi, in desperatis*

nihil timui (1).

Pido perdon á la reunion de haberme desviado con estas pocas palabras de la discusion. Vuelvo pues á ella: mi opinion, señores, es que se haga una humilde manifestacion al rey, suplicándole envíe con toda premura un mandamiento para poner en libertad á los príncipes, igualmente que una declaracion de inocencia en su favor, y aparte de su persona y de sus consejos al cardenal Mazarino; es tambien mi parecer que la reunion decida hoy mismo que se reunirá el lunes para oír la respuesta que haya tenido á bien dar S. M. á los señores diputados.

La contestacion del coadjutor escitó vivas aclamaciones, y su proposicion, puesta á votacion, fué aprobada por unanimidad.

La reina hizo pedir entonces por medio de

(1) «*En los tiempos mas difíciles de la república no abandoné la ciudad, en los tiempos favorables nada pedí para mí, en los desesperados nada temí.*»

— *Apurado se habria visto el coadjutor en decir el autor de donde habia tomado esta cita; pero necesitando un arma, la forjaba él mismo, y la lanzaba aguda contra sus enemigos.*

M. de Brienne una entrevista al duque de Orleans. Pero el coadjutor tenia por entonces á Gaston bajo su entero dominio, y este contestó á la reina que le tendria á sus órdenes cuando los principes fuesen puestos en libertad, y alejase ella de su lado al cardenal.

Esta vez zumbaba la tempestad por todos lados, en la familia real, en la nobleza y en el pueblo.

Sin embargo, la reina trató de hacer frente todavía, y respondió que deseaba tanto como cualquiera la libertad de los principes pero que tenia que tomar seguridades para el bien del estado; que en cuanto al cardenal, lo mantendria en su consejo en tanto que lo juzgase útil al servicio del rey, en atencion á que no correspondia al parlamento entrometerse en las personas que ella elegia para ministros.

En aquel mismo dia se fue el duque de Orleans al Palacio-Real, contra el parecer de sus amigos, que temian le jugasen una mala pasada. S. A. R. se hallaba en un momento de valor, como estaba en un momento de firmeza: nada escuchó, y por la primera vez fue á verse frente á frente con sus enemigos políticos.

Al divisar Mazarino al principe, corrió á él, y trató de justificarse; pero lo hizo torpemente, porque atacó á M. de Beaufort y al

coadjutor, que eran á la sazón los consejeros del príncipe, y al parlamento, que constituía su fuerza, comparando al duque de Beaufort con Cromwell, al coadjutor con Fairfax, y al parlamento con la cámara alta, que acababa de condenar á muerte á Carlos I.

El príncipe le interrumpió y le dijo, que siendo M. de Beaufort y el coadjutor amigos suyos, no permitiría que se hablase mal de sus personas; que en cuanto al parlamento, era la primera corporación del estado, y que los príncipes habían sufrido siempre sus observaciones, habiéndoles ido generalmente bien con hacer justicia á ella.

Dicho esto se retiró.

Al día siguiente el duque de Orleans envió á llamar al mariscal de Villeroy y al secretario de estado Letellier, y les mandó dijese de su parte á la reina que estaba descontento del cardenal; que este le había hablado con insolencia el día antes; por lo cual le pedía una satisfacción, y declaraba que exigía de ella que le alejase de sus consejos, en los que no volvería á ocupar su puesto en tanto que el cardenal formara parte: además, intimó al mariscal que le respondería de la persona del rey mandándole, en su carácter de teniente general del reino, que á nadie obedeciese sino á él.

El secretario de estado Letellier recibió al mismo tiempo orden de no despachar nada sin comunicarlo antes al príncipe.

Gaston mandó asimismo á los cuarterenos de la ciudad que tuviesen sus armas dispuestas para el servicio del rey, prohibiéndoles absolutamente que recibiesen otras órdenes que las suyas.

Al dia siguiente se presentó el coadjutor al parlamento de parte del príncipe para instruirle de la escena que le habia ocurrido el dia anterior al duque de Orleans en el Palacio-Real. Refirió ademas á la asamblea las palabras ofensivas de que se habia valido Mazarino comparando á M. de Beaufort con Cromwell, al coadjutor con Fairfax, y al parlamento con la alta cámara de Inglaterra.

Al pasar este insulto por boca del coadjutor tomó tales proporciones, que sublevó á toda la asamblea. Hubo un momento de rumor terrible contra el cardenal, y se hicieron las proposiciones mas violentas. Un consejero, llamado Coulon, fué de parecer que se enviase una diputacion á la reina para que alejase al ministro en el acto. El presidente Viole propuso hacerle venir al parlamento para que respondiese en él de su administracion y exigirle reparacion de lo que habia dicho

contra el honor de la nacion. Algunos opinaron que se le prendiese; pero al fin nada se decidió, por lo mismo que estaban decididos á todo, y se separaron á los gritos de: ¡Viva el rey y fuera Mazarino! Estos gritos se difundieron desde el parlamento á las calles de la capital.

La reina no se esperaba semejante tempestad. En el Palacio-Real reinaba la mayor alarma. Algunos oficiales propusieron al cardenal que se retirase á una plaza fuerte. El marqués de Villequier de Aumont, el marqués de Hocquincourt, el marqués de la Ferté-Senceterre y Jacobo de Estampes, señor de la Ferté-Imbaul, que acababan de ser nombrados mariscales de Francia, se mostraban fieles al que les habia dado el baston, y proponian hacer venir tropas á Paris, acantonar el barrio del Palacio-Real, y hacer frente al duque de Orleans. Pero todo esto le pareció á la reina muy aventurado, y sobre todo al ministro.

Mientras esto sucedia, llegó al Palacio Real madama de Chevreuse, cuyos convenios con el coadjutor eran ignorados. Como se pedia consejo á todo el mundo, tambien se le pidió á aquella, y fué de parecer que el cardenal debia alejarse de Paris y dejar pasar la tempestad. Durante aquella ausencia momentánea procuraria ella reconciliarle con el duque de

Orleans, y luego que los príncipes fuesen puestos en libertad, se encargaria, segun decia, de inclinar el ánimo de S. A. R. en favor del ministro.

Esta opinion, que se creia ser de una amiga, pareció la mas razonable, aun cuando era la mas pérfida, y prevaleció. El ministro resolvió marchar aquella misma noche al Havre, y poner en libertad á los príncipes. Proveyóse de una orden secreta de la reina, dirigida al que los custodiaba, intimando á este que obedeciese puntualmente al cardenal. (1).

(1) *El testo de dicha orden es como sigue:*

«M. de Bar: Os dirijo la presente para deciros que ejecuteis puntualmente todo lo que mi primo, el cardenal de Mazarino, os haga saber acerca de mi intencion, relativamente á la libertad de mis primos, el príncipe de Condé, el príncipe de Conti y el duque de Longueville, que están bajo vuestra custodia, sin hacer caso de ninguna otra cosa que pudiéseris recibir despues de esta del rey, y de Monsieur, mi hijo, y de mí, contraria á la presente, rogando á Dios que os tenga en su santa guarda.

«Escrita en Paris el 6 de febrerode 1651.»

Nadie fue avisado de aquella fuga. El 6 de febrero por la tarde fue el cardenal como de costumbre al cuarto de la reina, la cual le estuvo hablando largo tiempo delante de todo el mundo sin que nadie pudiese notar la menor alteracion en la voz ni en el rostro de ambos. Entre tanto el pueblo recorria en conmocion las calles, y se oia resonar por todas partes el grito de: *¡A las armas!*

A las diez se despidió de la reina el cardenal Mazarino, sin mas afectacion que si debiera volverla á ver al dia siguiente, y entró en su cuarto. Allí se puso un justillo encarnado, se vistió unos calzones grises, tomó un sombrero con pluma, y saliendo á pie del Palacio-Real, seguido solo de dos de sus gentiles hombres, llegó á la puerta de Richelieu, en donde halló algunos de sus criados, que le esperaban con caballos. Dos horas despues estaba en Saint-Germain, en donde debia pasar la noche.

Entre tanto la reina continuaba en la tertulia con el mismo rostro y los mismos modales que de costumbre.

El coadjutor supo la noticia por M. de Guenéné y M. de Bethune, y corrió al punto á casa del duque de Orleans, á quien halló rodeado de cortesanos. Un solo temor turbaba aquel primer momento de triunfo: la reina, á

quien se habia visto tan serena y tranquila, ¿tendria quizá el proyecto de irse á reunir con el cardenal, llevándose al rey? Esa era la opinion del coadjutor; pero aun cuando anteriormente fuese tambien acaso la del duque, no quiso este que se tomase ninguna precaucion para prevenir aquel evento. Y era que, estando el rey y la reina fuera de Paris, quedaba el duque de amo; y ¿quién sabia si se realizarian los proyectos de toda su vida?

Con efecto, dos dias despues, en el momento en que el coadjutor acababa de acostarse, y principiaba á conciliar el sueño, fue despertado por un mensajero del duque, que le anunció que S. A. R. le llamaba. Saltó al punto de la cama, y mientras se estaba vistiendo, llegó un paje de Mlle. de Chevreuse con un billete que solo contenia estas palabras: «Venid al momento al Luxemburgo, y tened cuidado de vos por el camino.»

El coadjutor subió al punto á un carruaje, mandó que le llevasen á palacio, y encontró á Mlle. de Chevreuse, que le esperaba sentada en un cofre.

—Ah! ¡Sois vos! exclamó divisando á Gondy: mi madre, que está enferma, y no puede salir, me ha enviado á decir al duque de Orleans que el rey estaba á punto de marchar de Paris. Se ha acostado, como de costumbre;

pero acaba de levantarse, y segun dicen, está ya en traje de camino.

—¿Y sabeis la noticia por buen conducto? preguntó el coadjutor.

—Por el mariscal de Aumont y el mariscal de Albret, respondió Mlle. de Chevreuse: al momento corrió á despertar al duque de Orleans, y la primera palabra que me dijo, fué:

—«Id á buscar al coadjutor.»

—Pues entremos sin perder momento, repuso Gondy, porque si S. A. se toma para decidir el tiempo que acostumbra, llegaremos demasiado tarde.

Entraron con efecto, y hallaron á *Monsieur* acostado con *Madame*.

—¡Hola, mi querido Gondy! exclamó el duque de Orleans divisando al coadjutor; bien deciais; ¿y qué hacemos ahora?

—No hay mas que un partido, monseñor, respondió el coadjutor, y es el apoderarnos de las puertas de Paris.

Pero era aquello una medida sobrado vigorosa para el duque, cuya fuerza se gastaba siempre en los preparativos de ejecucion. Asi fue que todo lo que el coadjutor pudo sacar de él se redujo á que enviase á Souches, capitán de sus suizos, al cuarto de la reina, para suplicarle que reflexionase sobre

las consecuencias de un acto de aquella naturaleza.

—Eso bastará, decía el duque en medio del temor que tenia de tomar un partido demasiado decisivo, y cuando la reina sepa que su intencion es conocida, se guardará de llevarla á cabo.

Entonces *Madame*, impacientándose con la debilidad de su marido, mandó que le trajesen una escribania que habia en la mesa de su gabinete, y escribió en la cama misma las líneas siguientes:

Se manda al señor coadjutor que haga tomar las armas é impida que las hechuras del cardenal Mazarino hagan salir al rey de Paris.

«MARGARITA DE LORENA.»

Pero en el momento en que *Madame* entregaba aquella orden al coadjutor, se la arrancó el duque de las manos, y despues de leerla, la estrujó y la arrojó al suelo. Entre tanto se inclinó *Madame* al oido de Mlle. de Chevreuse, y le dijo en voz baja:

Te ruego, mi querida sobrina, que, valiéndote de toda la influencia que tengas con el coadjutor, le impulses á que haga por sí mismo todo cuanto sea preciso hacer, que maña-

na vo le respondo del duque.

Mlle. de Chevreuse obedeció al punto, y el coadjutor, que solo necesitaba de aquella promesa, y que en caso de apuro se habria pasado sin ella, se lanzó fuera de la habitacion. Pero como el duque de Orleans le viese salir, esclamo:

— ¡Señor coadjutor: no olvideis que por nada en este mundo quiero malquistarme con el parlamento!

— ¡Vaya, mi querido tio! dijo Mlle. de Chevreuse cerrando la puerta así que se marchó el coadjutor: os reto á que os indispongais con él por vuestra firmeza, tanto como lo estais conmigo por vuestra debilidad.

El coadjutor escribió sin tardanza á M. de Beaufort, suplicándole pasase al palacio de Montbazon, mientras que la señorita de Chevreuse iba á despertar al mariscal de la Motte. Al instante se esparció la alarma por las calles y los amigos de los principes montaron á caballo y recorrieron la ciudad gritando: ¡á las armas! Los vecinos se dirigieron en masa al Palacio-Real. La reina tuvo entonces aviso de que el duque de Orleans estaba prevenido de todo, y de que le querian arrebatár el rey, que en efecto estaba vestido y dispuesto á marchar. Al momento hizo que lo desnudáran y lo metieran en la cama, y ella

iba á hacer lo mismo, cuando llegó un oficial de guardias, diciendo que el pueblo estaba exasperado, y que queria absolutamente ver al rey. Al mismo tiempo pidieron órdenes los centinelas para saber lo que habian de hacer con aquella multitud que amenazaba invadir el palacio.

En este momento entró el enviado del duque de Orleans, que, conducido á la presencia de la reina, le dijo:

—Señora, vengo de parte de S. A. R. á suplicaros hagais cesar el tumulto. Por todas partes se dice que teneis el designio de salir esta noche de Paris llevándoos al rey, y S. A. os previene que eso es imposible, y que no lo consentiran los parisienses.

—Caballero, dijo la reina: vuestro amo es quien ha causado todo ese tumulto, y á él corresponde terminarlo, si le parece. Esos temores sobre la fuga del rey son infundados, pues él y su hermano están durmiendo apaciblemente; yo misma estaba en la cama, cuando el ruido me ha obligado á levantarme; y para daros un testimonio de todo, venid conmigo al cuarto del rey, y os asegurareis de lo que digo.

La reina condujo efectivamente á Souches al aposento de S. M., ordenándole que levantase la colgadura del lecho, para que viese

si en efecto estaba acostado el rey. Souches obedeció. El rey estaba en la cama, y fingía dormir.

—Ahora, dijo la reina, volveos á quien os envia, y decidle lo que habeis visto.

En este momento se redoblaron los gritos, y en medio del tumulto se oia esta frase, constantemente repetida: —*¡El rey!... ¡El rey!... ¡Queremos ver al rey!*

Ana de Austria pareció tomar una resolución súbita.

—Bajad, dijo á Souches, y ordenad de mi parte que abran todas las puertas: lo que habeis visto, es preciso que lo vea todo el mundo; pero advertid á esa gente que el rey duerme, y que hagan el menor ruido posible.

Souches trasmitió las órdenes á los guardias y al rey, abriéndose al instante todas las puertas y precipitándose la multitud en el palacio.

Los jefes invitaron al pueblo á que hicieran el menor ruido posible, y cada cual contó la respiracion y anduvo sobre la punta de los pies. La cámara real se llenó, y aquellos furiosos, que un momento antes amenazaban romper las puertas, se acercaron respetuosos y llenos de amor al lecho, cuyas cortinas no osaban alzar. La reina lo hizo, y cuando vieron al rey, cayeron de rodillas,

pidiendo á Dios les conservase aquel hermoso niño, que, en medio de la rebelion de su pueblo, dormia contranquilo sueño.

Pero Luis XIV no dormia, y juraba en voz baja que su ciudad y su pueblo le pagarian en su dia este instante de sueño que se veia obligado á fingir.

Toda esta procesion duró hasta las tres de la mañana.

Durante este tiempo el cardenal caminaba á pequeñas jornadas hácia el Havre, porque esperaba que el rey y la reina lo alcanzarian; pero llegó un correo que le anunció los sucesos que habian pasado la noche de su marcha, y la imposibilidad en que la reina estaba de salir de Paris.

El 15 de febrero llegó la noticia de que los principes estaban en libertad.

El mismo cardenal habia abierto las puertas de la prision, esperando anudar de este modo alguna reconciliacion con el principe de Condé; pero este, que sabia que el cardenal no obraba por su libre albedrío, sino forzado por *Monsieur* y por el parlamento, recibió todas las proposiciones del ex-ministro; y para darle una prueba de que no tenia gran prisa en salir, le dió de comer, en su cárcel.

El 16 se supo que los principes llegaban

el mismo dia.

Monsieur salió á recibirlos al camino de Saint-Denis, llevando en su coche al coadjutor y á M. de Beaufort. Los príncipes subieron tambien en él, y atravesando una multitud inmensa, llegaron al Palacio-Real en medio de los gritos y aclamaciones del pueblo. Pensando M. de Beaufort y el coadjutor que su presencia no seria muy agradable á la reina, fueron el primero á guardar la puerta de Saint-Honoré y el segundo á oír completas en los padres del Oratorio.

El señor príncipe subió al Palacio-Real, y fue recibido, dice la Rochefoucauld en sus memorias, mas como hombre que se encuentra en estado de hacer gracia, que en el de pedirla.

Entre tanto salia el cardenal del Havre, y alcanzaba la frontera del Norte, retirándose á Bruhl, ciudad pequeña del electorado de Colonia.

El dia siguiente á la salida del cardenal dictaba el parlamento un decreto, dando las gracias á la reina por haberlo alejado, y para pedirle una declaracion que escluyese de su consejo á todo extranjero, ó á toda persona que hubiese prestado juramento á *otros príncipes que al rey*; y la reina se apresuró á publicar esta declaracion, que ponía al

coadjutor en la necesidad de no ser nunca del consejo, ó no llegar jamás al cardenalato; porque por este motivo tenia que prestar juramento al papa.

Un mes despues el presidente Viole vino á romper la palabra del príncipe con respeto al matrimonio de la señorita de Chevreuse con el príncipe de Conti. Tambien esto era efecto de la influencia de madama de Longueville, que temia, siendo Conti esposo de la Chevreuse, que esta lo entregase, atado de pies y manos al coadjutor, su amante.

Al mismo tiempo se retiraban los sellos al marqués de Chateauneuf para darles al primer presidente, Molé, enemigo declarado de M. de Gondy. Era evidente que el coadjutor, despues de haber contribuido tan poderosamente á la paz, era elegido para pagar los gastos de la guerra.

Pero no era el coadjutor hombre que permaneciese mucho tiempo en una posicion falsa. Conocia su fuerza, y se la exageraba, y resolvió retirarse á su tienda episcopal, castigando á la corte con su ausencia. Fué á ver á *Monsieur*, y le dijo: que habiendo tenido el honor y la satisfaccion de servirlo en las dos cosas que mas le habian interesado; es decir, en el alejamiento del cardenal y en la vuelta de los principes sus primos, le pedia la li-

bertad de entrar pura y simplemente en los ejercicios de su profesion, y como se acerca ha la Semana Santa, retirarse, para hacer penitencia, á su claustro de Notre-Dame.

Por disimulado que fuese *Monsieur*, no pudo impedir que sus ojos brillasen de alegria, pues el coadjutor era, despues de la victoria, un aliado embarazoso. *Monsieur* le tendió los brazos, le juró que no le olvidaria nunca, y esperó estar desembarazado de él.

Luego fue el coadjutor á ver a los príncipes, de quienes queria despedirse: todos estaban en el palacio de Condé con madama de Longueville y la princesa palatina, que no parecieron dar gran atencion á su retirada. M. de Conti recibió el cumplido riendo, y se despidió del prelado diciéndole:— «Hasta mas ver, buen padre ermitaño.» Pero el señor príncipe vió la consecuencia de este *paso de baile*, como dice el coadjutor en sus memorias, y pareció muy sorprendido.

Aquella misma noche se encerró Gondy en el claustro de Notre-Dame, dejando hacer al tiempo y á dos sentimientos que le abriesen una puerta para entrar en el teatro del mundo: al odio de los príncipes hácia el ministro, y al amor de la reina á Mazarino.

Entre tanto parecia que el coadjutor no se mezclaba en ninguna intriga política. Solo se

ocupaba de sus deberes religiosos; solo veia á sus canónigos y á sus curas, y solo iba de noche al palacio de Chevreuse. Todos trataban de burlarse del vencido; y como en este tiempo el recluso habia hecho un postiguillo en una de sus ventanas, Nogent-Bautru, el bufon de la corte, anunció que todo el mundo podia estar tranquilo, pues el coadjutor solo pensaba en la salvacion de su alma y en estarse en su cárcel.

Desembarazado el príncipe de Condé del coadjutor, comenzaba á formular sus demandas y á marcar su posicion. Habíanle prometido el gobierno de Guyena, quitado al duque de Epernon, asi como la lugartenencia general y la ciudadela de Blaye al duque de la Rochefoucauld. Además, reclamaba el gobierno de la Provenza para el príncipe de Conti, mas como ya tenia en lo interior á Clermont, Stenay, Bellegarde, Dijon y Montrond, y como M. de Longueville no perdía de vista su antiguo gobierno de Normandía, acceder á sus peticiones era crear á un súbdito una posicion casi régia, y dar á un ambicioso los medios de sostener una lucha en la cual podia sucumbir la monarquía.

Por eso Mazarino en su destierro, desde donde se correspondia con la reina sobre to-

dos los negocios del estado, veia lleno de terror estas pretensiones del príncipe, que habia comenzado por apoderarse de su parte sin ocuparse de sus amigos.

Asi estaban las cosas, cuando el vizconde de Autel, hermano del mariscal Duplessis, uno de los confidentes íntimos de la reina y de los fieles servidores de Mazarino, entró á la una de la noche en el aposento del coadjutor, y echándose en sus brazos, le dijo:

—¡Salud al señor ministro!

El coadjutor lo miró con asombro, y le preguntó si estaba loco.

—Nada de eso, respondió Autel; y á la puerta, dentro de mi carroza, hay uno que puede afirmar si estoy ó no en mis cinco sentidos.

—¿Y quién es esa persona? preguntó riendo el coadjutor.

—Mi hermano, el mariscal Duplessis.

El coadjutor comenzó á escuchar mas atentamente.

—Pesad cada una de mis palabras, continuó Autel. La reina acaba de encargarme os diga que pone en vuestras manos su persona, la del rey su hijo, y su corona.

El coadjutor escuchaba con todos sus sentidos, cuando entró el mariscal Duplessis, y echando una carta sobre la mesa, dijo:

—Tomad y leed.

Esta carta era del cardenal á la reina, y decia:

«Ya sabeis, señora, que mi mayor enemigo es el coadjutor. ¡Pues bien! servios de él, mas bien que tratar con el príncipe con las condiciones que propone: haced á Gondy cardenal, dadle mi puesto, instaladlo en mi aposento: tal vez será mas de *Monsieur* que de V. M.; pero *Monsieur* no quiere la pérdida del estado; sus intenciones no son malas en el fondo; y en fin, señora, todo antes que conceder al príncipe lo que pide, porque si lo consigue, solo le faltará ya llevarlo á Reims.»

El coadjutor no pensaba sacar de esto un ministerio, sino un capelo, y respondió al mariscal que estaba dispuesto á servir á la reina sin ningun interés. El mariscal comprendió que esta modestia provenia de una falta de seguridad, y añadió:— «Seria necesario que viéseis á la reina,» y como el coadjutor callase repuso:— «Que la viéseis en persona,» y como siguiera en silencio, sacó una carta de Ana de Austria, y le dijo:

—Leed. ¿Os fiais en eso?

El escrito prometia toda seguridad al coadjutor si iba al Palacio-Real. El coadjutor besó la carta, aparentando el mas profundo res-

peto; luego se acercó á la bujía, la quemó, y cuando solo quedaron las cenizas, dijo al mariscal:

—¿Cuándo quereis conducirme al cuarto de la reina? Estoy á vuestras órdenes.

Convínose que el coadjutor lo esperaria á la media noche siguiente en el claustro de Saint-Honoré. Esta era una repeticion de la escena que ya hemos contado; solo que, en vez de Gaboury, se presentó el mariscal Duplessis, que condujo al prelado al oratorio de la reina. Media hora despues entró esta, y el mariscal los dejó en conferencia.

De esta entrevista y de otras dos que siguieron resultaron ciertos artículos, convenidos entre el cardenal de Mazarino, el guardasellos, Chateauneuf, el coadjutor de Paris, y madama de Chevreuse, cuya sustancia es como sigue:

«El coadjutor podrá hablar en el parlamento y en cualquiera parte contra el cardenal, hasta que llegue el momento propicio para declararse en su favor.

«M. de Chateauneuf y madama de Chevreuse fingirán estar mal con el coadjutor.

«Estos mismos trabajarán por separar al duque de Orleans de los intereses del príncipe.

«M. de Chateauneuf será primer ministro

y guarda-sellos.

«El marqués de Vieuville superintendente de hacienda, mediante cuatrocientas mil libras que dará al cardenal.

«Mazarino obtendrá del rey para el coadjutor la promesa formal del cardenalato, y el puesto de ministro de estado; pero esta promesa no podrá realizarse hasta despues de la celebracion de los estados generales, para que el coadjutor pueda servir mas útilmente al cardenal.

«El Sr. Mancini recibirá el ducado de Nevers ó el Rethelois, con el gobierno de Provenza, y se casará con la señorita de Chevreuse.

«El cardenal tratará siempre al duque de Beaufort como á enemigo; autorizará á M. de Chateauneuf, al coadjutor y á madama de Chevreuse para que se acerquen á la reina, y tendrán en ellos una entera confianza.

«Todo con la condicion de que no se hable mas de lo pasado hasta la prision de los principes, contra los cuales se hace principalmente esta union, estando fundado el interés comun de las partes contratantes en la ruina del principe de Condé, ó al menos en su alejamiento de la corte.

«El cardenal promete impedir que el duque de Orleans tenga conocimiento del pre-

sente tratado.»

Véase, pues, de qué manera se trataban los negocios públicos en esta época, y cuán poca parte tenía en ellos el pueblo, que era el mas interesado.

Lo más curioso de todo era que, al mismo tiempo, y estando para terminar la regencia, la reina llevaba al parlamento dos declaraciones, una que contenia las causas por las cuales el cardenal Mazarino era *para siempre* escluido del reino, y otra reconociendo al príncipe de Condé inocente de todo lo que se le habia imputado contra el servicio del rey.

Estas declaraciones se hacian el 5 de setiembre, y al dia siguiente llegaba el rey á la mayor edad.

El señor de Rhodes, gran maestro de ceremonias, habia comunicado la vispera al parlamento que el dia 7 se trasladaria al rey al palacio para la declaracion de su mayoria.

El 7 por la mañana salió toda la corte del Palacio-Real, trompetas á la cabeza; despues la compañía de los caballos ligeros; despues la del gran preboste; luego doscientos representantes de la nobleza de Francia; detras de los gobernadores de las provincias, los caballeros de las órdenes, los primeros gentiles-hombres de cámara, los grandes oficiales de

la casa del rey; luego seis trompetas del rey, vestidos de terciopelo azul, precediendo á seis heraldos á caballo con sus dalmáticas de terciopelo carmesí, sembradas de flores de lis de oro, y el caduceo en la mano; despues caminaban dos á dos los mariscales, todos ricamente vestidos y en hermosos caballos, cuyas gualdrapas estaban bordadas de plata y de oro.

Detrás iba solo el conde de Harcourt, escudero mayor de Francia, llevando en una bandeja la espada del rey, cuya vaina, de terciopelo azul, estaba sembrada de flores de lis de oro. Vestia un jubon de tisú de oro y de plata, y montaba un caballo de batalla, cuya gualdrapa era de terciopelo carmesí con pasamanería de oro, y sus riendas dos fajas de tafetan negro.

Los pajes y criados iban en gran número vestidos de nuevo, con muchas plumas blancas, azules y encarnadas, y detrás los guardias de corps de infantería, los pajes de cola y capa, los ugieres y los maceros.

«Entonces, dice la relacion de donde tomamos estos detalles, aparecia el rey con su augusta presencia, con su gravedad dulce y verdaderamente régia, y con su natural urbanidad, haciéndose notar á todos por las delicias del género humano, y grandes y peque-

ños hacian votos por su prosperidad y salud.»

El jóven Luis XIV, por hacer el primer papel de esta gran solemnidad, llevaba un vestido de tal modo cubierto de bordados de oro, que no se podia distinguir ni su tela ni su color: era ademas de tan alta estatura, que al ver á un jóven señor de la misma edad que el rey, pero mucho mas pequeño, la multitud prorumpió en gritos de *viva el rey!* En este momento el caballo del jóven soberano, que era de color isabela, se encabritó, y el ginete lo domó de tal manera, que se reconoció á un rey que sabia someter á los hombres en aquel que siendo tan jóven sabia someter á los animales.

S. M. fue recibido en la puerta de la Sainte-Chapelle por el obispo de Bayeux, revestido de pontifical, el cual le hizo una arenga que el jóven rey escuchó con mucho recogimiento, y en seguida lo condujo al coro, donde oyó una misa celebrada por un capellán de la Chapelle.

Al salir de la iglesia fue el rey á tomar asiento en el parlamento. Los que estén curiosos por saber dónde se sentó, cómo y quiénes lo rodearon á derecha é izquierda, pueden leer la relacion que insertó madama de Motteville en sus memorias.

Despues que el rey se sentó y cubrió, tomó la palabra, y dijo:

—Señores, he venido á mi parlamento para deciros que, segun la ley de mi estado, quiero tomar por mi mismo las riendas del gobierno, y espero en la bondad de Dios que será con piedad y justicia. Mi canciller os dirá mas particularmente mis intenciones.

Siguiendo este mandato, el canciller, que habia recibido al rey en pie, volvió á su asiento, y pronunció un largo discurso, en el cual dice la relacion, se estendió elocuentemente sobre las palabras del rey.

Cuando lo terminó, la reina se inclinó un poco, y dijo al rey:

—Señor, este es el noveno año que por la voluntad del difunto rey, mi muy honrado señor, que he tomado á mi cuidado vuestra educacion y el gobierno del estado: habiendo bendecido Dios mi trabajo y conservado vuestra persona, que tan cara y preciosa es á todos vuestros súbditos, ahora que la ley del reino os llama al gobierno de esta monarquía, os entrego con satisfaccion grande el poder que me habia dado para gobernarlo, y espero que Dios os hará la gracia de asistirlos con la fuerza y prudencia necesaria para hacer feliz vuestro reinado.

S. M. le respondió:
—Señora, os doy gracias por el cuidado que os habeis tenido á bien tomar por mi educacion y gobierno de mi reino: os suplico continueis dándome vuestros consejos, y deseo que despues de mí seais el gefe de mi consejo

La reina se levantó y se acercó para saludar á su hijo; pero este la abrazó bajando el trono, y cada cual volvió luego á su puesto.

El duque de Anjou se levantó entonces, y acercándose á su hermano, hincó la rodilla, le besó la mano, y le protestó su fidelidad. S. A. R. el duque de Orleans hizo otro tanto, como asimismo todos los príncipes. Entonces el canciller, los duques y pares, los eclesiásticos, los mariscales de Francia, los oficiales de la corona y todos los que allí estaban, se levantaron y le rindieron homenaje al mismo tiempo.

Entonces fue cuando se notó entre todos aquellos grandes la ausencia del que debia estar antes que todos; es decir, la del príncipe de Condé. Pronto circuló la noticia de que habia salido de Paris la noche precedente.

¿Era por no prestar juramento de fidelidad al rey?

A pesar de esta ausencia, que inspiraba un temor vago, pero real, la vuelta de S. M. al

palacio fue saludada con aclamaciones unánimes, y los gritos de: ¡Viva el rey! continuaron toda la noche alrededor de los fuegos artificiales encendidos de cien en cien pasos por toda la ciudad.



XXIII.

1651.—1652.—*Influencia de las mugeres en esta época.—Principios del teatro.—Estado precario de los actores.—Mayoría del rey.—Estado de la Francia.—Monsieur.—El principe de Condé.—Mazarino.—El coadjutor.—Mademoiselle.—El cardenal entra en Franciu.—Su cabeza puesta á precio.—Atraviesa la Francia, y se reúne con la reina en Poitiers.—El mariscal de Turena ofrece sus servicios al rey.—La córte se dirige á Orleans.*

El espíritu de esta época debe simbolizarse en los nombres de cinco mugeres, de condiciones y caractéres diversos. Ellas son las que en cierto modo han creado la influencia femenina en la sociedad moderna; hasta entonces solo habian existido las mugeres reducidas esclusivamente á la condicion de que-

ridas; es decir, de esclavas-reinas, y así es como vemos aparecer á Diana de Poitiers, madama de Etampes y Gabriela de Estrées. Su poder era todo físico y en relacion á su belleza; però el siglo XVII vió nacer otro imperio y llevarse á cabo otra conquista: la del talento.

Estas cinco mugeres son: Marion de Lorme, que representa á la cortesana; Ninon de Lenclos, que representa á la muger galante; madama de Choisy, á la muger de mundo; la señorita de Scudery, á la de letras, y madama de Rambouillet, á la gran señora. Todas ellas tomaron en su cuna á la sociedad del siglo XVII, é hicieron de ella la sociedad mas elegante y espiritual del mundo.

Pasemos ahora á la comedia, que no comenzó á ser honrada hasta los tiempos del cardenal de Richelieu, gracias á los cuidados de este: antes de esta época jamás iban á la comedia las mugeres honradas. El teatro del palacio de Borgoña y el del Marais eran los únicos que existian realmente; los cómicos no tenian vestidos propios, sino que los alquilaban en las prenderías, y representaban, sin dejar ningun recuerdo de las obras ni de los actores. Un tal Agnan fue el primero que tuvo alguna reputacion en Paris, y despues apareció Valeran, hombre de grata presencia, que

era á un tiempo actor y director. Los artistas no tenían nada fijo, y repartían todas las noches, cada cual según su posición, el dinero que el mismo Valeran recibía á la puerta. Había entonces dos compañías en París: una que trabajaba en el palacio de Borgoña, y otra en el Marais. Estos comediantes, dicen las memorias del tiempo, eran casi todos unos pillos, y sus mugeres vivían en la mayor lincencia del mundo, pues era un bien comun para todos los de la profesion.

El primero que vivió un poco cristianamente fué Hugo Gueru, llamado Gautier Garguille, que debutó en el teatro del Marais á principios de 1598. Scapin, célebre actor italiano en esta época en que los ultramontanos eran nuestros señores en el arte dramático, decia que no se podía encontrar en toda Italia un comediante mejor que Gautier Garguille. Henri Legrand, Gros-Guillaume, Bellerose, la Beaupré, Mondory y otros, fueron perfeccionando poco á poco el arte dramático, é influyendo notablemente en el espíritu de la sociedad.

Entre tanto era mayor Luis XIV. Como Luis XIII, pasaba en un instante de una pendencia completa á una autoridad absoluta; pero, al contrario de su padre, que habia comenzado por un acto de vigor para caer in-

mediatamente en la debilidad, él debía conservar esta mas allá de su minoria, y no elevarse sino por grados hasta la fuerza, ó mas bien hasta el querer, que fué el carácter distintivo de su reinado. De modo que, aunque el rey habia llegado á su mayoría, Ana de Austria era siempre la que reinaba, iluminada por el talento de Mazarino, mas poderoso sobre ella desde que estaba desterrado que cuando tenia su aposento en el Louvre ó en el Palacio-Real.

El rey, sentado en su trono, habia hecho tres declaraciones el dia que tomó las riendas del gobierno: la primera contra los blasfemos al santo nombre de Dios; la segunda contra los duelos y encuentros, y la tercera para reconocer la inocencia del principe de Condé. Pero lo mas notable era que el principe no se habia tomado el trabajo de esperar esta declaracion para hacerse culpable en proyectos al menos de un segundo crimen semejante á aquel que acababa de perdonársele.

La Francia estaba bastante tranquila en lo interior, aunque todos comprendiesen que este estado de tranquilidad no era mas que un descanso momentáneo de las guerras civiles: la Francia amaba al rey como se ama á una cosa desconocida, por la esperanza; desconfiaba de la reina, cuyas violencias y debi-

lidades temia; execraba al cardenal, cuya avaricia la arruinaba; en fin, sin amar ni odiar al principe de Condé, recordaba sus brillantes victorias y simpatizaba con su valor

El rey no tenia ejércitos en ninguna parte. En la frontera de los Países-Bajos dos cuerpos hacian mas daño á los franceses, sus compatriotas, que á los españoles, sus enemigos; uno, mandado por el mariscal de Aumont, era de su partido; otro pertenecia al principe de Condé, mandado por Saulx-Tavannes. El primero hacia algunas correrias sin resultado; el otro permanecia inmóvil, y por decirlo así, en una neutralidad amenazadora.

El mariscal de la Ferté-Senceterre estaba en Lorena con otro cuerpo, y obraba como mejor le parecia, tomando á Mirecourt, Vau-devrauge y Chate, triunfos mezquinos sin duda, pero que al fin no eran reveses.

El ejército de Italia mantenía igualmente una posicion bastante honrosa. El rey de España estaba muy ocupado en aquel momento de la Cataluña; de suerte que el marqués de Caracena, gobernador de Milan, se contentaba con amenazar al Piamonte; pero sin llevar jamás á efecto la amenaza.

El ejército de España estaba confiado al señor Marchain, que habia salido de prisiones al mismo tiempo que los príncipes, para ha-

cer de él, no solo un general, sino tambien un virey. Inmediatamente habia salido para Cataluña y encerrándose en Barcelona, que el marqués de Mortara sitiaba por tierra, mientras que don Juan de Austria lo bloqueaba por mar.

En el Mediodia, donde corrian diseminados los cuerpos que habian servido al duque de Epernon y al mariscal de la Meilleraye en la última campaña, aun estaba caliente la guerra civil; y como los interesados en ella habian mas bien ganado que perdido, estaban dispuestos á comenzarla de nuevo.

En esta época no existia la marina, y bajo este aspecto la España, la Alemania y la Holanda eran superiores á la Francia.

Monsieur continuaba haciendo su papel de descontento inactivo: mientras mas envejecia, mas se agriaba en él la conviccion de impotencia que le habia impedido alcanzar siempre el objeto propuesto. Casi se habia indispuesto con el coadjutor, sin arreglarse enteramente con M. de Condé; desconfiaba del parlamento y de si mismo; emprendia veinte negociaciones diversas para conseguir un matrimonio entre Mademoiselle y el rey, y cuando se acercaban á él para hablarle de esto, daba un paso atrás como si temiese esta alianza. La única cosa que por el momento parecia franca en

él era su odio contra el cardenal.

El príncipe de Condé habia salido de Paris la noche precedente á la declaracion de la mayoría del rey, y habia marchado inmediatamente á Trie, donde estaba el duque de Longueville, con la esperanza de arrastrarlo de nuevo en el torbellino de su fortuna; pero M. de Longueville era viejo, y su cautiverio lo habia envejecido mucho mas. Rehusó, pues, el honor que le hacia su cuñado; este volvió á Essonnes para unirse á M. de la Rochefoucauld y á M. de Nemours; detúvose un dia en Angerville para esperar una carta del duque de Orleans, que no llegó, y después siguió su camino hasta Bourges, donde le alcanzó un consejero del parlamento que venia á proponerle permaneciese tranquilo en su gobierno de Guyena hasta que se hubiesen reunido los estados generales. Pero como lo que mas temia el príncipe era la tranquilidad, desechó la proposición con desden, siguió hasta Montrond, dejando al príncipe de Conti y al duque de Nemours en esta ciudad, y continuó con Lenet, su consejero, su camino á Burdeos.

Si Burdeos se habia levantado por madama de Condé y por el duque de Enghien; es decir, por una muger y un niño sin defensa, bien se comprenderá que seria otra cosa tra-

tándose del príncipe, que llevaba á los rebeldes la reputacion del primer capitan del mundo y la garantia de sus victorias pasadas. La princesa y el duque de Enghiem llegaron á reunirse con él, y detrás de ellos madama de Longueville, que habia salido del convento á que se retirára apenas vió dispuesta á estallar de nuevo la guerra. El conde Foucaut du Doignon, gobernador de Brouage, que mandaba ya toda la costa desde la Rochela hasta Rouen, se declaró por él: el viejo mariscal de la Force y sus amigos de la Guyena vinieron á ofrecerle sus servicios; el duque de Richelieu conducia las levás de Santonge y del pais de Aunis; el duque de Tarento, que mandaba en Taillebourg, le había mandado decir que era su servidor, y por último, se aguardaba al conde de Marchain, al mismo á quien la reina acababa de hacer virey de Cataluña; el cual habia prometido abandonar su vireinato y unirse al príncipe con los regimientos que consiguiera sobornar. Además de esto, Lenet habia salido para Madrid, donde negociaba con la corte de España.

La posicion, pues, del príncipe, como rebelde, era mejor que lo habia sido jamás.

El cardenal Mazarino, contra el cual siempre se mantenia á la misma altura la aversion nacional, estaba todavia en Ruel. Aquí era

donde habia recibido las ordenanzas dadas por el parlamento, firmadas por el rey y aprobadas por la reina, las cuales le declaraban traidor é inhábil, y escluyendo para en lo sucesivo á todos los extranjeros de los negocios del estado; pero, aun cuando él respondió á todas estas declaraciones en una carta llena de dolor y de dignidad, no le inquietaban lo mas mínimo, y continuaba su correspondencia arreglada con Ana de Austria, de cuyas buenas gracias siempre estaba seguro. Estaba, pues, dispuesto á entrar en Francia, y un pequeño ejército reunido por él para este efecto solo esperaba sus órdenes para poner-se en marcha. Estas tropas las habia levantado en las orillas del Rhin, vendiendo cuanto tenia.

El coadjutor, aunque ocupándose sin duda en cumplir á Ana de Austria las promesas que le habia hecho, parecia completamente retirado de los negocios. El rey lo habia mandado llamar pocos dias despues de su mayoría, y entregádole públicamente el acta auténtica en que la Francia lo designaba para el cardenalato. Pero como él no confiaba del todo en la régia recomendacion, envió un correo extraordinario á Roma al abate Charrier, encargado de la gestion del capelo. Este suceso, tan deseado por él, y sus relaciones, mastiernas que nunca, con la señorita de Chevreuse,

parecian absorber ahora toda su atencion.

Mademoiselle, á quien no se hacia gran caso, porque instintivamente se conocia que estaba mal en el ánimo de la reina, esperaba siempre un marido que no llegaba. Recuérdese que primero se habia tratado del principe de Gales, luego del emperador, despues del archiduque, y por último del rey. Este último era el que mas acariciaba sus esperanzas y su ambicion, y como veia que en esta estraña época no se hacia fortuna sino en proporecion del temor que se inspiraba, trataba de incitar á su padre, el duque de Orleans, á alguna rebelion séria que le pusiera en posición de obtener por el temor lo que se negaba al desprecio que su indecision inspiraba.

Habiase sabido en Paris la llegada del principe de Condé á Burdeos, y la manera con que habia sido recibido por el parlamento y por la nobleza.

Decidióse, pues, que el rey haria contra el marido una espedicion semejante á la que algunos meses antes habia hecho contra la muger, y que marcharia sobre la capital de la Guyena por el mismo camino que el principe habia llevado, sin duda para neutralizar la impresion que pudiera haber causado. El 27 de setiembre salió el rey de Fontainebleau por el camino del Berry: sus primeros pasos

fueron fáciles y de buen agüero: Bourges abrió sus puertas, y no osando los príncipes de Conti y de Nemours sostenerse en Montrond, fueron á reunirse con el príncipe en Burdeos. La corte pasó diez y siete días en Bourges, y al continuar su camino para Poitiers, se recibió la noticia de que el cardenal Mazarino acababa de entrar con seis mil hombres en Francia, atravesando el Mosa, ganando á Rethel y avanzando hácia la Champagne, escoltado por dos mariscales de Francia, el marqués de Hocquincourt y el de la Ferté Senceterre.

Conpréndase el efecto que produciría en París semejante noticia. Olvidóse todo, guerra civil y guerra exterior; reunióse el parlamento apresuradamente; y aunque se leyó una carta en la que se le invitaba á no tener ningun cuidado por el viaje de su eminencia, pues habia hecho conocer suficientemente sus intenciones á la reina, se dieron prisa á proceder contra el desterrado, que se convertía en rebelde. Declaróse en consecuencia que el cardenal y sus adherentes, habiendo contraído á las disposiciones del rey, eran considerados desde aquel momento como perturbadores del sosiego público; que la biblioteca y los muebles del cardenal serian vendidos, de cuyo producto se sacaría una suma de

cincuenta mil libras para quien lo entregase muerto ó vivo. El coadjutor quiso defender un instante á su nuevo aliado, pero su popularidad comenzó á oscurecerse, y todo lo que pudo hacer sin perderse fue salir de la asamblea, declarando que su cualidad de eclesiástico no le permitia asistir á una deliberacion en la que se trataba de aplicar la pena de muerte.

Algunos dias antes se habia dado un decreto semejante contra el principe de Condé, contra el de Conti, madama de Longueville, y los duques de Nemours y de la Rochefoucauld; pero la segunda hizo olvidar la primera. La magnífica biblioteca de Mazarino fue vendida y dispersada, á pesar de la oferta que hizo un tal Violette de tomarla toda por cuarenta y cinco mil libras.

Entre tanto continuaba el cardenal su camino, y un mes despues de haber pisado el territorio de Francia, sin haber encontrado ningun obstáculo, á pesar de las declaraciones furibundas del parlamento, entraba en Poitiers en la carroza del rey, que habia salido él mismo á su encuentro.

La noticia hizo gran ruido en Paris; pero á quien mas hirió de todos fue al duque de Orleans, que, una vez al menos, parecia ser constante en sus odios.

M. de Condé supo en Burdeos la cólera que le dominaba, y le envió el conde de Fiesque para concluir con él un tratado, y siendo portador ademas de una carta para *Mademoiselle*.

Maàame hizo cuanto pudo para impedir que su marido firmase; pero pudo mas el odio del duque al cardenal, y se firmó el tratado, que contenia la cláusula de que el duque uniria las tropas de que podia disponer á las que el de Nemours iba á buscar á Flandes, y que desde aquel momento serviria ostensiblemente, si era preciso, la causa del príncipe contra la del cardenal. Asi que el conde de Fiesque concluyó con el padre, se ocupó de la hija, entregándole la carta que le llevaba del príncipe, concebida en estos términos:

«*Mademoiselle*: Sé con la mayor alegría del mundo las bondades que me dispensais, y desearia poder daros pruebas de mi agradecimiento. He suplicado al conde de Fiesque que os atestigüe el deseo que tengo de merecer, por mis servicios, la continuacion de vuestras buenas gracias. *Os suplico deis crédito á lo que os dirá de mi parte*, y esteis persuadida de que nadie en el mundo os es adicto con mas pasion y respeto, etc.

«*LUIS DE BORBON.*»

Esas cosas que el conde de Fiesque tenia que decir á *Mademoiselle* de parte del príncipe se reducian á los deseos que este alimentaba de verla reina de Francia. *Mademoiselle* recibió el cumplimiento con alegría, y encargó al conde asegurase al señor príncipe que ella era de sus mejores amigas, y que á nadie veria mezclarse en sus intereses con tanta satisfaccion.

Pronto se ofreció ocasion de que *Monsieur* y *Mademoiselle* demostráran su fidelidad al nuevo compromiso. Algunos encuentros de poca importancia habian tenido lugar entre M. de Harcourt y los tenientes del príncipe, y aun con el príncipe mismo: el rey en persona habia puesto sitio á Poitiers, defendida por M. de Rohan, que rindió la plaza en el momento en que iba á ser socorrido; y ya esto se consideraba como un triunfo, cuando se supo en la corte el odio siempre creciente del parlamento contra Mazarino, y el nuevo tratado del tío del rey con el señor príncipe. Estas dos noticias producian inquietud: Paris se hallaba abandonado al parlamento y á *Monsieur*, y era importante volver sin tardanza á la capital.

La corte se puso en marcha; pero cuando el rey llegaba á Blois, y concentraba sus tropas en Beaugency, se supo que el duque de

Nemours, que entraba en Francia á la cabeza de un cuerpo español, iba á verificar su union con el duque de Beaufort, y que los dos príncipes reunidos iban á marchar sobre el ejército real. Urgente era, en semejantes circunstancias, saber por quién se declararia Orleans. En efecto, Luis XIV no era mas que el rey de Francia, mientras que *Monsieur* era el señor particular de Orleans. Por eso se envió á preguntar á las autoridades de Orleans por quién pensaban pronunciarse, y estas respondieron que seguirian el partido de *Monsieur*.

Esto era poner á este príncipe en la necesidad de declararse, lo cual era siempre una gran violencia hecha á su carácter; hubiera querido mas bien que las autoridades cerrasen las puertas de la ciudad al rey, tomando por su propia cuenta la responsabilidad de la rebelion, y aun les envió los condes de Fiesque y de Grammont para que las decidiesen á ello; pero los vecinos respondieron que no arriesgarian ningun acto de vigor contra S. M., si su duque no estaba alli para animarlos con su presencia.

No habia que retroceder esta vez. Orleans era una plaza demasiado fuerte para que no se tomase un partido sobre ella, y al instante se reunieron todos los amigos de *Monsieur* pa-

ra decidirlo á marchar en el momento mismo. Resolvióse, ó al menos pareció resolverse el domingo de Ramos, y haciendo pedir una escolta á los duques de Beaufort y el de Nemours, anunció su marcha para el dia siguiente.

Este mismo habia resuelto *Mademoiselle* irse á las carmelitas de Saint-Deais para pasar alli la Semana Santa, cuando supo la decision de su padre. Fue al Luxemburgo á despedirse de él, y encontró al príncipe en una de esas crisis de malestar en que le ponía la obligacion de decidir alguna cosa importante. Quejóse amargamente de aquella necesidad en que le colocaban sus amigos, diciendo que todo estaba perdido si abandonaba á Paris, añadiendo sus deseos de estar alejado de los negocios públicos, retirado en su castiilo de Blois, y envidiandola dicha de las gentes que tenían la fortuna de vivir sin que nadie tuviese el derecho de exigir de ellos que se mezclasen en ninguna cosa. *Mademoiselle* estaba acostumbrada á estas dolencias, en que se evaporaba la poca energia del príncipe, el cual haria en este negocio como en los demas, dejando caer, por sus debilidades, algun pedazo de su personal consideracion. No se engañaba; mientras mas se acercaba el momento de decidir, mas indeciso se pre-

sentaba *Monsieur*, y su hija lo dejó á las ocho de la mañana, convencida de que no habia esperanza alguna de llevarlo á este acto de energía.

Al salir del cuarto de S. A., el conde de Chavigny, el mismo de quien ya hemos hablado, y que se habia hecho enemigo particular de Mazarino, á consecuencia del engaño que le habia hecho, detuvo á *Mademoiselle*, y le dijo en voz baja:

—*Mademoiselle*: esta es la ocasion mas hermosa del mundo para que hagais una cosa que agradaria sensiblemente al señor príncipe.

—¿Qué cosa? preguntó *Mademoiselle*.

—Ir á Orleans en lugar de *Monsieur* *Mademoiselle*, cuyo carácter era casi tan aventurero como tímido el de su padre, habia ya pensado en este arreglo, y se estremeció de placer al oír semejante proposicion.

—Con mucho gusto, le contestó; alcanzadme licencia de S. A., y marchó esta misma noche.

—¡Bueno! dijo Chavigny; voy á hacer cuanto pueda.

Y volvió al cuarto del duque, mientras que *Mademoiselle* se dirigia á su aposento.

Sentóse á la mesa en seguida, volviendo incesantemente los ojos hácia la puerta, cuan-

do le anunciaron al conde de Tavannes, teniente general del ejército de Condé; el cual entró, y juzgando que la importancia del asunto le permitía saltar por las leyes de la etiqueta, le dijo en voz baja:

—Somos felices, *Mademoiselle*; vos sois la que viene á Orleans, y M. de Rohanos lo dirá ahora de parte de S. A.

En efecto, un instante despues apareció M. de Rohan, con la orden esperada, y fue recibido con la mayor alegría. La misma noche invitó la viajera al conde y á la condesa de Fiesque, y á madama de Frontenac á que la acompañasen: M. de Rohan se ofreció él mismo, y en seguida dió *Mademoiselle* las órdenes necesarias. Al dia siguiente rezó sus devociones por la mañana, y luego fue á comer al Luxemburgo, donde *Monsieur*, muy gozoso de salir del apuro sin tener que hacer un acto de energia por si mismo, le anunció que ya habia enviado á M. de Flamarin á Orleans para avisar su próxima llegada.

En el momento de marchar, dijo el duque á *Mademoiselle*:

—Id á Orleans, mi querida hija; allí encontrareis al obispo, M. de Elbene, que os instruirá del estado de la ciudad: aconsejáos tambien de M. de Fiesque y de M. de Grammont, que han estado allí bastante tiempo

para conocer lo que debe hacerse; y sobre todo impedid á todo precio que el ejército no pase el Loira; esto es todo lo que tengo que ordenaros.

Mademoiselle saludó, y se marchó al instante, porque temia que el principe le retirase la mision que acababa de confiarle. Pero no habia peligro, pues el duque estaba muy satisfecho con salvarse así del compromiso; permaneció en la ventana todo el tiempo que pudo ver á su hija, y luego envió detrás, para que le sirviesen de escolta, un teniente, otros dos oficiales, seis guardias y seis suizos.

A la salida de Chartres se encontró á M. de Beaufort, que la fue acompañando á la portezuela del carruaje, y algunas leguas mas allá una escolta de quinientos caballos, mandados por M. de Valon; y *Mademoiselle*, que queria mostrarse digna del grado de gefe de expedicion que ocupaba, montó á caballo, y se puso á la cabeza de las tropas.

Pronto se presentó una ocasion de hacer un acto de voluntad. Detuvieron á tres correos que pasaban, uno de los cuales era portador de una carta de los señores de Orleans, anunciando á S. A. que el rey les habia enviado á decir que aquella noche dormia en Clergy, y que desde allí pasaria á Orleans, adonde enviaba de antemano su consejo.

No habia tiempo que perder, y continuando la marcha, llegaron á Toury, donde encontraron al duque de Femours, que demostró á *Mademoiselle* una grande alegría por su llegada, declarándole que desde aquel momento se celebrarían los consejos de guerra en su presencia. Celebróse uno en efecto, y *Mademoiselle* manifestó el deseo de su padre de que los enemigos no pasasen el Loira: en consecuencia se tomaron todas las medidas para oponerse al paso del rio.

Al siguiente dia salieron muy de mañana, y en Artenay apareció el marqués de Flamarin, diciendo á la princesa que tenía asuntos importantes que comunicarle. *Mademoiselle* se apeó en una hostería, y supo del marqués que los señores de Orleans no querían recibirla, y que, para no ser rebeldes al rey ó desobedientes á su señor, la suplicaban se detuviese y se fingiera enferma; entonces cerrarian ellos las puertas y dejarían pasar al rey, y despues la recibirian á ella con los honores que le eran debidos. Pero *Mademoiselle* declaró que iba á marchar sobre Orleans; y en efecto, para ir mas de prisa, dejó atrás la escolta, y solo llevó consigo las compañías de *Monsieur*, y eso porque se comprometieron á marchar al mismo paso que ella.

Mademoiselle habia enviado delante á Orleans á aquel teniente de guardias que le diera *Monsieur*, y que se llamaba Pradine. A una ó dos leguas de la ciudad lo encontró que volvía encargado por las autoridades de suplicarle que no continuase su marcha, pues se verian obligados á rehusarle la entrada en la ciudad. Llegaba apresuradamente con este recado, porque el señor guardasellos y el consejo del rey estaban en la puerta opuesta á la direccion que llevaba *Mademoiselle*, y pedian entrar. La princesa redobló el paso, y llegó á las once de la mañana á la puerta Baumiere, que estaba cerrada y fortificada, diciendo que estaba allí, pero no quisieron abrirla. Mas de tres horas aguardó en una hosteria, durante las cuales el gobernador de la ciudad, M. de Sourdis, que no tenia ningun poder, le envió confituras para que entretuviese la paciencia; pero, cansada de esperar, salió de la hosteria y fue á pasearse á orillas de los fosos. Reconocida desde lo alto de las murallas por los vecinos, se pusieron á gritar: ¡Viva el rey! ¡vivan los príncipes! ¡nada de Mazarino!

Entonces la princesa se acercó al foso, y dijo alzando la voz:

— Buena gente, corred á la municipalidad,

y si teneis ganas de verme mas de cerca, abridme la puerta.

Despues de estas palabras hubo un gran movimiento en la muralla, pero no respondieron, á no ser con nuevos gritos de: ¡*Abajo Mararino!*

Mademoiselle continuó paseando, y se acercó á una puerta, cuya guardia tomó las armas para hacerle los honores; la princesa quiso sacar un partido de esta demostracion; y gritó al capitan que le abriese la puerta; pero este hizo señas de que no tenia llaves.

— ¡Pues entonces es menester romperla! gritó *Mademoiselle*; pues me débeis mas obediencia á mi que á los señores de la ciudad.

De aqui pasó la princesa á las amenazas, y todos los que la rodeaban se sorprendian de semejante conducta, que miraban como inconsiderada.

— Pero, ¿qué piensa V. A., le decian, amenazando á gentes de cuya buena disposicion depende?

— Bah! respondió la princesa; esto es un ensayo, y quiero ver si conseguire mas por las amenazas que por la buena amistad.

Madama de Fiesque y la de Frontenac, que acompañaban á *Mademoiselle*, se miraron con sorpresa, y dijo la de Fiesque:

—Preciso es que para obrar así V. A. tenga alguna certidumbre que no se ha dignado comunicarnos.

—Cierto que sí, respondió la princesa; antes de salir de París llamé á mi gabinete al marqués de Vilene, que, como sabeis, es uno de los mas hábiles astrólogos de la época, y me dijo estas palabras:—«Todo lo que emprendais el miércoles 27 de marzo hasta el viernes, todo os saldrá bien; y aun hareis cosas extraordinarias en ese tiempo.» Tengo, pues, la predicción en mi bolsillo: esa cosa extraordinaria que espero me sucederá hoy, y será, que haré romper las puertas, ó que escalaré las murallas.

Mademoiselle continuó imperturbablemente su camino, y al fin se encontró en la orilla del rio, donde los bateleros, que forman una corporacion bastante poderosa en Orleans, llegaron á ofrecerle sus servicios. Ella los aceptó, les pronunció un discurso, y cuando los vió ya animados, les preguntó si no podian llevarla hasta la puerta de Faux, que daba sobre el agua.

—Con mucho gusto, dijo el patron de una de las barcas, pero no es preciso ir hasta allí, y, si V. A. nos dá el encargo, nos comprometemos á derribar una que está mas cerca.

Mademoiselle les respondió arrojándoles di-

nero á manos llenas, y para animarlos con su presencia, subió á un montecillo, despreciando los espinos que herían sus pies y sus manos, é imponiendo silencio á los que le hacían presente el peligro que corría.

La princesa no quiso enviar á nadie de los suyos con los bateleros para derribar la puerta Bruslée, á fin de poder reprobar la empresa si no se conseguía; mas no tardaron en llegar á decirle que el negocio adelantaba, y entonces ella misma se acercó al muelle; pero como este estaba interceptado, se hicieron acercar dos lanchas para servir de puente á la princesa. A fuerza de trabajo consiguió llegar al muelle, y allí ordenó á sus guardias que se volviesen al sitio donde estaban las carrozas, para probar á los señores de Orleans que entraba en su ciudad con toda confianza, puesto que lo hacía sin gendarmes.

Como lo habia previsto la princesa, su presencia redobló el ardor de los barqueros, que trabajaban en el derribo de la puerta por la parte exterior, mientras que los vecinos hacían otro tanto por dentro. La guardia de la puerta estaba sobre las armas, como simple espectadora, sin ayudar ni impedir la operacion.

Al fin cayeron dos planchas del medio de la puerta, y no se podía abrir de otro modo, porque estaba atravesada por dos enormes

barras de hierro. A una orden de *Mademoiselle* un ayuda de cámara la levantó en brazos y la metió por el agujero; tirando de ella por el otro lado el capitán de la guardia, al cual dió luego la mano, diciéndole:

— Señor capitán, no habeis perdido el día, y podeis envaneceros con haberme ayudado á entrar.

Al instante resonaron los gritos de: ¡*Abajo Mazarino!* Dos hombres sentaron á la princesa en una silla y la llevaron en triunfo hacia la municipalidad un gran trecho, hasta que ella declaró que queria hacer uso de sus pies. Entonces llegó una compañía de la ciudad, tambor batiente, y se puso á la cabeza para conducirla al palacio que ordinariamente habitaba *Monsieur*. A la mitad del camino se presentó el gobernador y los señores de la ciudad muy embarazados, que comenzaban á balbucear un discurso, cuando S. A. les interrumpió diciendo:

— Señores, sin duda os sorprenderá verme entrar de esta manera; pero como soy impaciente por naturaleza, me fastidió esperar en la puerta Bauniere; y habiendo hallado abierta la Bruslée, entré: esto os salva de compromiso con el rey en cuanto á lo pasado; de lo porvenir yo me encargo.

— *Mademoiselle*, respondió el corregidor;

ofrecemos á V. A. mil excusas por haberla hecho esperar; pero ya íbamos á abrirle las puertas,

—Estoy convencida, y en esa conviccion, para ahorraros la mitad del camino, me decidí á introducirme por la puerta que encontré abierta.

Desde este momento dió la princesa órdenes en la ciudad, sin que nadie vacilase un momento en ejecutarlas.

Al otro dia paseó *Mademoiselle* á pié por toda la ciudad, á fin de reconciliar los ánimos disidentes, pues el rey no habia renunciado á entrar en Orleans, y el guarda-sellos queria hacer una nueva tentativa para presentarse en las puertas de la ciudad con el consejo. La princesa escribió á los duques de Beaufort y de Nemours citándolos en una hostería del arrabal de Saint-Vincent, donde se celebró un consejo de guerra para decidir por qué parte debia marchar el ejército. M. de Nemours fue de parecer que pasase el rio en Blois, y M. de Beaufort que marchase sobre Montargis; pero tanto se obstinó el de Nemours, que solo respondia:

—Si se marcha sobre Montargis, me iré yo.

—Si tal es vuestra intencion, le dijo la princesa, os suplico lo declareis, pues bueno

es saber distinguir los amigos de los enemigos.

—Justamente por eso, dijo Nemours, no me disgustaría desenmascarar á los falsos amigos que engañan al señor príncipe.

—¿Y quiénes son esos? preguntó M. de Beaufort impaciente levantándose.

—Vos, caballero, respondió el duque.

Apenas fue pronunciada esta palabra, recibió una bofetada M. de Nemours, que respondió con otra, haciendo saltar la peluca rubia de M. de Beaufort: al instante tiraron de la espada; pero los separaron en medio de una confusión terrible. *Mademoiselle* ordenó al teniente de sus guardias que recibiese la espada de los dos príncipes; pero M. de Nemours no quiso entregarla sino á ella misma, á quien costó infinito trabajo apaciguarlo, pues nada quería oír. Al fin cedió, y prometió dar sus excusas á M. de Beaufort, y aun abrazarlo; pero esto lo hizo como si fuese á un criado, según dice la misma princesa en sus memorias.

El sábado siguiente recibió *Mademoiselle* una carta de *Monsieur*, en respuesta del aviso que le había dado de la toma de Orleans. Decía así:

«Hija mia: Ya podeis figuraros la alegría

que habré tenido al saber la acción que acabais de ejecutar: me habeis salvado á Orleans y asegurado á Paris. Todo el mundo dice que es digna de la nieta de Enrique el Grande. Yo no dudaba de vuestro corazón; pero mayor aun ha sido la prudencia, y me encanta lo que habeis hecho, tanto por amor vuestro, como por amor mio. De aqui en adelante escribidme por vuestro secretario las cosas de importancia, por la razón que sabeis.

»GASTON.»

Esta razón era que *Mademoiselle* escribía tan mal, que su padre no podía conseguir descifrar sus cartas.

Por el mismo tiempo recibió el coadjutor la noticia de que era nombrado cardenal: el capelo tan deseado y objeto de tantas intrigas le había sido concedido en el consistorio del 18 de febrero de 1652.

XXIV.

1652.—*El príncipe de Condé se reúne al ejército rebelde.—Sus cartas á Mademoiselle.—Estado del ejército real.—Combate singular entre el rey y su hermano.—Penu-
ria de la corte.—Cuál era el crédito de Luis XIV.—Los cien luises guardados y perdidos —Miseria general.—Regreso de Mademoiselle á Paris, donde continúa mostrándose jefe de partido.—Se prepara un combate.—Monsieur se niega á obrar.—Confiere sus poderes á su hija.—Se dirige esta al hotel-de-Ville.—Proposiciones que hace á los consejos.—Combate del arrabal Saint-Antoine.—La princesa hace disparar los cañones de la Bastilla sobre las tropas reales.—Retirada del ejército del rey.*

El 2 de abril Mademoiselle supo una noti-

cia, de la que dudó por un momento; tan grande era su deseo de que fuese cierta la llegada del señor príncipe al ejército; pero al día siguiente recibió por el sobrino de Guitaut la siguiente carta, que no le dejaba duda alguna:

«*Mademoiselle*: Tan luego como he llegado aquí me he creído obligado a enviaros á Guitaut para manifestaros mi gratitud por las bondades que me dispensais; y al mismo tiempo para regocijarme con vos sobre el feliz éxito de vuestra entrada en Orleans; este es un golpe que solo vos podíais dar, y de suma importancia.

» Dignáos estar persuadida de que siempre é irrevocablemente me mantendré unido á los intereses de *Monsieur*, y que os manifestaré siempre, con todos los respetos y pasión imaginable, que soy vuestro humilde y obediente servidor,

» LUIS DE BORBON, »

Sin embargo, el auxilio que traía el príncipe era enteramente personal, porque llegaba solo, dejaba á sus espaldas á Agen, casi en rebelion contra él, y á su familia dividida por escandalosas disensiones. Habia atravesado en siete dias todo el espacio que separa á Bur-

deos de Orleans, habiendo estado espuesto á ser cogido en Corne por un capitán al servicio del rey. Pero el príncipe era como César: do quiera que iba, llevaba con él la fortuna. Llegó, pues, el 4.º de abril, y *Mademoiselle* recibió el 8 la siguiente carta suya:

«*Mademoiselle*: Recibo tantas nuevas muestras de vuestras bondades, que no encuentro palabras con que daros las gracias: solo puedo aseguraros que nada hay en el mundo que no esté dispuesto á hacer por vos. Tuve ayer aviso de que el ejército mazarino habia pasado el rio y dividido en muchos pelotones. Resolví atacarlo en sus mismos cuarteles, y tuve tal fortuna, que caí sobre ellos antes de que tuviesen aviso alguno; cogí prisioneros tres regimientos de dragones primero, y despues marché al cuartel general de Hocquincourt, del que me apoderé tambien. Aquí hubo un poco de resistencia, pero al fin fueron puestos en dispersion; les seguimos durante tres horas, y despues nos dirigimos contra Turena; pero lo hallamos colocado tan ventajosamente, y nuestra gente estaba tan fatigada y llena de botín, que no creimos deber atacarlo en posicion tan ventajosa. Hubo algun cañoneo, y al fin se retiró. Todas las tropas de Hocquincourt han sido derrotadas, cogidos

todos sus bagajes, y el botin es de dos ó tres mil caballos, multitud de prisioneros y gran porcion de municiones de guerra. M. de Nemours ha hecho en este combate maravillas, y ha sido herido de un pistoletazo, pero ligeramente. M. de Beaufort ha tenido un caballo muerto, y tanto él como la Rochefoucauld, Clinchamp, Tavannes y Valon, se han conducido valientemente; Maré está herido por un cañonazo, pero fuera de él no hemos perdido treinta hombres. Creo que os alegrará esta noticia, y que no dudareis soy vuestro humilde y obediente servidor,

» LUIS DE BORBOÑ. »

Fuera de las pérdidas de aquella jornada, que fueron tanto mas sensibles para la princesa por cuanto todos los heridos nombrados por el príncipe eran amigos suyos, se regocijó mucho con tan feliz nueva. En efecto, la confusion fue grande en el ejército real. La corte estaba en Gien pobre y miserable, porque todas las ciudades le habian cerrado sus puertas como hiciera Orleans. Esta derrota del mariscal de Hocquincourt habia causado grande alarma en el ilustre estado mayor. Tan luego como la reina habia sabido que los dos ejércitos se hallaban frente á frente, habia dado la orden de des-

filas sobre Saint-Fargeau todos los carruajes que estaban á cinco leguas de Gien, mas allá del Loira. Desde el amanecer todos los carruajes estaban del otro lado del puente llenos de señoras y de señoritas; pero los carruajes desfilaban con tanta dificultad y precipitacion, que si el príncipe hubiese perseguido á Turena y á las pocas fuerzas que le quedaban, se apoderaba del rey y de toda la corte. Asi fué, dice Laporte, que llegaron á dormir en Saint-Fargeau tan aturdidos, que nadie sabia lo que hacia ni lo que habia de hacer.

Desde Saint-Fargeau la corte fue sucesivamente á Auxere, á Joigny, á Lens y á Monterau. Durante esta retirada, que se asemejaba mucho á una derrota, se dieron tan mal las órdenes, que nadie tenia que comer. Desde Montereau fueron á Corbeil, y aqui, despues del combate general, tuvo lugar un combate singular, entre el rey y su hermano. Siendo dificiles de referir sus pormenores, dejamos este cuidado á Laporte:

«El rey, dice, quiso que *Monsieur* se acostase en su cuarto, que era tan pequeño, que solo una persona podia pasar. Por la mañana cuando se despertaron, el rey, sin intencion, escupió sobre el lecho de *Monsieur*,

quien á su vez escupió sobre la cama del rey, el cual, un tanto airado, le escupió al rostro. *Monsieur* saltó inmediatamente desde la suya á la cama del rey, y la pisoteó; el rey hizo lo propio sobre la del príncipe, y como nada podían destrozar, empezaron á tirarse las almohadas, acabando por pegarse. Durante esta batalla, hacia cuanto me era posible para contener al rey, pero no pudiendo lograrlo, hice llamar á M. de Villeroy, quien vino á ponerlos en paz. *Monsieur* se habia incomodado mas pronto que el rey, pero luego costó mas trabajo apaciguar á este.»

Se habia por medio de un gran rodeo dejado á Paris á la izquierda, y se habia llegado á Saint-Germain; allí se supo que los parisienses habian cortado los puentes, lo que entristeció mucho á todos, pues tenian puestos sus ojos en Paris, como punto donde reponerse; nadie tenia dinero, á no ser el cardenal, segun se decia, pero él lo negaba mucho, y sostenia, por el contrario, que estaba mas pobre que el postrer soldado del ejército.

Aquella misma noche se supo habia habido otro combate en Etampes, en el cual el ejército de los príncipes habia sido rechazado. La noticia llegó al amanecer. M. de Villeroy la recibió el primero, y corrió á decirla al

rey, al duque de Anjou y Laporte. Los tres se levantaron al momento, y corrieron montados sobre mulas y con traje de dormir, á llevar esta noticia al cardenal, que dormía á su vez, y que se levantó para llevársela á la reina. Todos estos pequeños pormenores prueban en qué inquietud estaba la corte, puesto que la noticia de una victoria tan pequeña habia causado en ella tanto ruido.

Una anécdota puede hacer juzgar del escaso crédito que á pesar de su mayor edad tenia el rey en aquella época. Habiendo Birraques, primer criado del guarda-ropa del rey, rogado á M. de Crequy, uno de los mayordomos, que hablase al rey en favor de uno de sus primos, alférez en el regimiento de Picardía, que acababa de ser herido en el combate de Etampes, y que pedia la plaza de su teniente, que habia sido muerto, el rey halló que era una cosa justa, y prometió hablar á la reina y su eminencia; pero á los cinco ó seis dias de esto, como el rey no hubiese dado aun respuesta alguna, y lo estaba vistiendo Laporte, M. de Grenduy, que asistia al tocador, le preguntó si habia tenido la bondad de acordarse de la pretension de M. de Birraques. El rey no respondió nada, y bajó la cabeza como si no hubiese oido.

— Señor, le dijo entonces Laporte, que,

poniéndole los zapatos al rey, tenia una rodilla en tierra; los que tienen el honor de servir á V. M. son bien desgraciados, pues ni aun les es permitido el esperar obtener cosas justas.

Entonces, aproximando dulcemente el rey sus lábios al oído de su ayuda de cámara:

—No es culpa mia, mi querido Laporte, le dije con un tono lastimero, y por lo bajo; le he hablado, pero de nada ha servido.

Por él designaba el rey al cardenal, á quien siempre tenia la misma antipatía.

Desde Saint-Germain volvieron á Corbeil, y desde allí fueron á sitiar á Etampes. La mañana de aquella marcha vinieron á decir á Laporte, cuando estaba almorzando, que el rey le llamaba: Laporte se levantó inmediatamente y se dirigió al lado de S. M.

—Mira, Laporte, le dijo el rey sacando un puñado de oro de su bolsillo; mira cien luises que el superintendente me envia, tanto para mis pequeños placeres, cuanto para regalar á los soldados; guárdamelos.

—Y por qué no los guarda V. M.?

—¡Ah! dijo el rey; porque llevando botas muy largas temo que este dinero me incomode.

—Si, si lo meteis en vuestro calzon; ¿pero

por qué no lo guarda V. M. en los bolsillos de su chaleco?

—Tienes razon, dijo el rey, contentisimo de poseer cien luises; los guardaré.

Pero el rey no debia poseer por largo tiempo aquella dichosa suma. La manera como la perdió es bastante característica para referirla aqui. Es ademas una nueva pincelada al retrato de un hombre que deseamos hacer todo lo mas parecido posible.

Durante la permanencia en Saint-Germain y Moreau, el primer criado del guarda-ropa, habia adelantado once duros para guantes. Ora bien; como todo el mundo, segun hemos dicho, se hallaba muy pobre, la falta de aquella cantidad se hacia sentir á aquel pobre criado; y así, habiendo sabido que el rey habia cobrado cien luises, rogó á Laporte le reintegrarse su anticipo. Laporte prometió decirlo aquella misma noche.

A las nueve entró en la cámara del rey, y al desnudarlo:

—Señor, le dijo; Moreau ha adelantado por V. M. once duros mientras estábamos en Saint-Germain, y como en la penuria en que nos hallamos todo el mundo necesita de su pequeño peculio, le he prometido pedirselos á V. M.

—¡Ay! dijo tristemente el rey; llegas de-

masiado tarde, querido Laporte, pues ya no tengo dinero.

—¿Y en qué lo habeis gastado, señor?

—No lo he gastado, contestó el rey.

—¿Habeis jugado con el cardenal, y lo habeis perdido?

—No, sabes muy bien que no soy bastante rico para jugar.

—Esperad, esperad, señor, dijo Laporte, adivino lo que es; apostemos á que el cardenal os ha cogido vuestro dinero.

—Sí, murmuró el rey, exhalando un gran suspiro; ya ves que has hecho mal en no tomarlo esta mañana.

En efecto, el cardenal se habia apercibido de la opulencia desacostumbrada de su real pupilo, y de buena ó mala gana lo habia dejado sin un real.

Marcharon al sitio de Etampes, y alli fue donde realmente hizo Luis XIV sus primeras pruebas como militar. Su actitud fue bastante firme, aun cuando tres ó cuatro balas de cañon pasaron tan cerca de él, que oyó su silbido. Como todos aquella noche le felicitasen por su valor, se volvió hácia Laporte, que habia estado á su lado durante todo el tiempo:

—Y tú, Laporte, le dijo, ¿has tenido miedo?

—No, á fé, señor; ni un instante.

—¿Eres por tanto valiente?

—Señor, respondió Laporte, siempre es uno valiente cuando no se tiene una peseta.

El rey se echó á reír; pero el ayuda de cámara, el príncipe, y tal vez Mazarino, fueron los únicos que comprendieron la gracia.

Sin embargo, era cosa triste para un rey jóven ver á soldados enfermos y heridos que le tendían su mano, pidiéndole una limosna, sin que pudiera sacar de su bolsillo un real con que aliviarlos.

Ademas de la miseria del soldado, la del pueblo era espantosa. En todos los lugares por donde pasaba la corte, los paisanos le seguían, creyendo así estar seguros contra las deprecaciones del ejército, que asolaba los campos. En su consecuencia llevaban consigo sus bestias, que morían de hambre, porque sus amos no se atrevían á sacarlas para hacerlas pastar; despues, cuando habían muerto, morían ellos á su vez; porque no teniendo pan ni vino, no hallando mas cobertizo contra el calor del día y la frescura de las noches que la sombra de sus carros ó el abrigo de los árboles, eran atacados de calenturas malignas, y morían á centenares. No eran esto nada cuando solo morían los hombres; pero

cuando sucedia esto con las madres, el cuadro era espantoso, porque sus hijos á su vez morian de sed y de hambre, llorando en rededor de ellas. Un dia que el rey pasó por el puente de Melun, vió á una muger y á tres niños acostados, los unos al lado de la otra: la madre y dos niños habian espirado ya; el tercero, que apenas tenia algunos meses, vivia tan solo, y mamaba aun.

Lo extraño es que la reina que parecia muy conmovida por tanta miseria, decia que los que eran causa de tanta desgracia tendrían estrecha cuenta que dar á Dios, olvidándose que el dia del juicio á ella principalmente se le exigiria.

Durante aquel tiempo *Mademoiselle*, que nada tenia que hacer en Orleans, se fastidiaba allí cruelmente, y tomó el partido de dejar la ciudad. El 2 de mayo salió acompañada de madama de Fiesque y de madama de Frontenac, sus fieles amigas. Asi era que el duque de Orleans les escribia: «A las señoras condesas mariscalas de campo, en el ejército de mi hija contra Mazarino.» Y cuando llegaron á pasar, el conde de Quinski, coronel de un regimiento aleman que iba delante de *Mademoiselle*, les mandó hacer los mismos honores que se hacen á los mariscales de campo, lo cual lisonjeó tanto mas á aquellas damas, cuanto que

el galante coronel era sobrino de Vallens-
tein.

En Bourg-la-Reine *Mademoiselle* halló al príncipe de Condé que venia á su encuentro con el duque de Beaufort, el príncipe de Tarento, M. de Rohan y todos los nobles que habia en Paris. Al distinguir á la princesa, se apeó y la saludó. *Mademoiselle* lo hizo subir en su carroza, y volvió con él á Paris, cuya mitad de moradores la esperaba á las puertas. Mas de cien carruajes escollaron á la princesa hasta el Luxemburgo. Todo anunciaba un encuentro decisivo entre las tropas reales y las del príncipe. El rey acababa de abandonar á Melun para pasar la revista en Laguy á las tropas que el mariscal Laferté-Senceterre habia traído de Lorena. Habíase resuelto un movimiento sobre Paris, y se trataba entonces de atacar las tropas del príncipe, colocadas á lo largo del Sena, entre Suresne y Saint-Cloud. El príncipe juzgó que la posicion no era sostenible, y resolvió levantar el campo durante la noche, yendo á apostarse á Charenton. Como *Mademoiselle* fué tambien la que representó el principal papel en la jornada que vamos á referir, á ella consideramos principalmente como el punto céntrico del suceso.

En la noche del 4.º de julio, cerca de las diez y media, la princesa oyó las cajas y trom-

petas tocando generala: corrió á su balcon, que abrió, y como su alojamiento no estaba separado de los fosos sino por las Tullerías, le fué fácil oír las tropas del príncipe que desfilaban, y distinguir las diferentes marchas que tocaban las músicas. Permaneció así hasta las doce, y con el vago presentimiento de que el siguiente seria un gran día para ella.

Durante aquella noche, muchas personas vinieron á hacer su corte á *Mademoiselle*, y entre otras M. de Flamarin, que se habia hecho muy amigo de la princesa durante su viaje á Orleans.

—Mi querido Flamarin, le dijo la princesa: ¿sabeis en lo que pensaba cuando habeis entrado?

—No, alteza.

—¡Pues bien! Pensaba en que mañana haria alguna cosa osada como en Orleans.

—¡Oh! dijo Flamarin: preciso será en tal caso que V. A. sea bien lista.

—¿Y por qué?

—Porque nada sucederá mañana; y los ejércitos solo se verán frente á frente para abrazarse.

—Sí, sí, dijo la princesa; conozco todas esas negociaciones, y somos ciegos en haber-nos entretenido en eso, en vez de organizar

nuestras fuerzas; porque durante este tiempo M. de Mazarino ha reunido todas las suyas, y nada puede resultar que no sea desventajoso para nosotros en la jornada de mañana.

—Así lo creéis?

—Sí; y estaría muy bien empleado, si vos, que sois uno de los negociadores, sacáseis de menos un brazo ó una pierna.

—Vamos, vamos, dijo Flamarin dejando á la princesa; hasta mañana, y ya veremos quien se equivoca.

Y ambos se separaron riéndose.

Flamarin se hallaba bien tranquilo, porque le habian predicho que no moriria sino con la cuerda al cuello.

Mademoiselle se acostó cerca de la una; pero á las seis oyó llamar á su puerta. Se despertó asustada, y llamó á sus doncellas, quienes introdujeron al conde de Fiesque. Iba enviado por el señor príncipe cerca de *Monsieur*, para decirle que acababa de ser atacado entre Montmartre y la Chapelle; que en cuanto á él, conde de Fiesque, se le habia negado la entrada por la puerta de Saint-Denis, lo cual le daba grandes temores de que hiciesen igual cosa con el príncipe en caso de retirada. Habia suplicado por tanto á Gaston montase á caballo, y viese por sí mismo el estado en que las cosas se encontraban; pero habia aconte-

cido lo que sucedia siempre en las ocasiones decisivas; el valor habia faltado al principe, y se habia negado á levantarse, diciendo que se encontraba muy enfermo. Entonces, notiendo ya esperanza mas que en la princesa, el conde habia venido á buscarla para suplicarla, en nombre de M. de Condé, que no lo abandonase.

Mademoiselle se habria guardado muy bien de hacerlo: habia probado en Orleans esa vida animada de la guerra civil que habia ocupado la existencia toda de madama de Longueville, y habia encontrado todas las emociones de un juego en el cual se juega la vida en lugar de jugar su fortuna. Ademas, la princesa estaba muy enferma en aquella época y *Mademoiselle*, en su eterna persecucion de un marido, alimentaba en el fondo de su corazon, sino el deseo, la esperanza al menos de dar su mano al de Condé. Prometi6 por tanto al conde de Fiesque hacer cuanto estuviere en su poder; se levant6 muy de prisa, se visti6 con toda la diligencia posible, y corri6 al Luxemburgo, donde hall6 á *Monsieur* de pie, y en la escalera.

— ¡Ah, señor! le dijo la princesa al percibirle: lo que veo me colma de alegría; M. de Fiesque, que acaba de separarse de mí, me habia dicho que os hallábais enfermo, y por

el contrario, os encuentro levantado.

—El conde de Fiesque no se ha engañado, mi querida hija, dijo Gaston; no estoy bastante malo, es verdad, para guardar cama; pero lo estoy bastante para ocuparme hoy de negocio alguno.

—Sería menester, sin embargo, si fuese posible, el que montáseis á caballo, dijo la princesa; porque si me atreviese á dar un consejo á mi padre, le diria que todo Paris tiene los ojos lijos sobre vos, y que el negocio de que se trata en este dia toca grandemente á su honor.

—Mi querida hija, dijo el principe: os doy gracias por vuestro consejo; pero á la verdad, es cosa imposible; me siento muy débil, y no podria dar cien pasos.

—Entonces, monseñor, acostáos, dijo la princesa, porque mas vale que á los ojos del mundo aparezcáis realmente enfermo.

El consejo era bueno, pero Gaston no quiso seguirlo; por lo demás, estaba muy serena, igualmente que sus gentes, quienes decian á todo el mundo:

—Sálvese quien pueda.

—En verdad, monseñor, dijo *Mademoiselle*, arrastrada por su impaciencia, todo esto es bien extraño, y á menos de tener en vuestro bolsillo para vos y los vuestros un tratado fr-

mado por Mazarino, no comprendo vuestra tranquilidad.

El príncipe no respondió á esta acusacion, lo que probó á su hija que tal vez habria dicho la verdad; pero como MM. de Rohan y de Chavigny, que eran de los mejores amigos del príncipe, llegasen en aquel momento, obtuvieron al fin de Gaston que enviaria á la princesa en su lugar á la municipalidad, como la habia enviado á Orleans, y á este efecto dió una carta á M. de Rohan, la cual acreditaba á *Mademoiselle* cerca de los alcaldes y concejales.

Dueña de aquella carta la princesa, partió inmediatamente para el Luxemburgo con la condesa de Fiesque, su ayudante de órdenes. Al llegar á la calle de la Delfina, encontró á Jarzé, enviado por Condé, con el objeto de que S. A. R. diese la orden de hacer pasar por la ciudad las tropas que habian permanecido en Poissy, y de las cuales tenia gran necesidad, habiendo sido atacado terriblemente, y hallándose con la tercera parte de fuerzas que los realistas; aquellas tropas esperaban en la puerta de Saint-Honoré.

Jarzé habia abandonado el campo de batalla en el momento en que esta era mas reñida; tenia una bala que le habia atravesado un brazo, y como era cerca del hueso, le dolia

mucho. *Mademoiselle* lo llevó consigo al hotel-de-Ville, diciéndole que no era á *Monsieur* á quien debia dirigirse, sino al gobernador de Paris, para quien tenia una carta: Jarzé la siguió.

Las calles estaban llenas de grupos; casi todos los vecinos llevaban armas, y como conocian á la princesa, cuya hazaña de Orleans estaba fresca, le gritaban al pasar:

— ¡Aquí estamos, aquí estamos, princesa; que V. A. ordene y haremos lo que nos diga!

La princesa les daba gracias muy afable, diciéndoles que iba á tomar consejo del gobernador de Paris; y rogándoles conservasen su buen ánimo. En efecto, si le negaban lo que iba á pedir, aquel pueblo tan bien dispuesto le era un postrer recurso.

Llegaron al fin al hotel-de-Ville: el mariscal del Hospital, que era entonces gobernador de Paris, y el consejero Lefevre, que era preboste de los mercaderes, se adelantaron al encuentro de la princesa hasta lo alto de la escalera, escusándose de no haber ido mas lejos por no haber tenido noticia: la princesa les dió gracias, les dijo que estando *Monsieur* enfermo la habia enviado en su lugar, y les rogó la siguiesen á la sala de deliberaciones, lo que aquellos señores hicieron inmediatamente. Allí M. de Rohan les presentó la car-

ta de S. A. R. en la cual se conferian plenos poderes á la princesa.

—Y bien, preguntaron aquellos señores cuando fue leida la carta: ¿que desea S. A. R.?

—Desea tres cosas, respondió con voz firme la princesa: la primera, que se haga tomar las armas en todos los barrios de la ciudad.

—Ya está hecho eso, dijo el mariscal del Hospital.

—La segunda, que se envíen al señor príncipe mil hombres escogidos.

—Es cosa bien difícil, respondió el mariscal; no se manda á los vecinos como á tropas organizadas; pero estád tranquila, enviaremos al príncipe dos mil hombres de tropas que le pertenecen.

—Finalmente, la tercera, dijo *Mademoiselle*, y había guardado esta para la última, como la más importante; la tercera es, que se abra paso al ejército desde la puerta de Saint-Honoré á la de Saint-Denis.

Como había pensado la princesa, aquella petición era la más grave de las tres; por tanto el mariscal del Hospital, el preboste de los mercaderes y los otros consejeros, se miraron sin responder; pero *Mademoiselle*, comprendiendo la situación del príncipe, que durante todo aquel tiempo combatía con fuerzas

tan inferiores, volvió á la carga.

—Señores, dijo: me parece que no teneis que deliberar sobre esto. S. A. R. ha sido siempre tan bueno para la ciudad de París, que es muy justo que en esta ocasion, en que se trata de su salvacion y de la del príncipe, se le muestre algun reconocimiento por lo que ha hecho; ademas es preciso que esteis persuadidos, señores, de que el cardenal vuelve con las mas perversas intenciones, y que si el príncipe fuese derrotado, no habria cuartel para los que han proscripto al ministro y puesto á precio su cabeza, ni aun para París, que seria entregado á fuego y sangre. Debemos por tanto evitarnos esta desgracia, y no podríamos hacer mayor servicio al rey que conservarle la mas bella ciudad de su reino, cual es su capital, tan fiel para él.

—Pero, señorita, dijo el mariscal; pensad que si nuestras tropas no se hubiesen acercado á la capital, no habrian venido tampoco las del rey.

—Pienso que mientras nosotros nos entretenemos en discutir aqui sobre cosas inútiles, el señor príncipe está en peligro en nuestros mismos arrabales, y que será un dolor y una vergüenza eterna para París si perece por no ser socorrido; podeis socorrerlo, señores, y debeis hacerlo cuanto antes.

La arenga produjo su efecto; aquellos señores se levantaron y salieron para deliberar. Durante aquel tiempo la princesa oraba, arrodillada en el balcon que dá sobre el Saint-Esprit.

La deliberacion fué larga, y *Mademoiselle* se hallaba en una gran impaciencia; pero al fin los consejeros volvieron, y el mariscal del Hopital le dijo que él y los consejeros estaban prontos á darle las órdenes que pedia.

Envió inmediatamente á Jarzé á decir al príncipe que sus tropas tenian la entrada en la ciudad, mientras que para no perder tiempo, el marqués de la Boulaie corria á hacer abrir á las que venian de Poissy la puerta Saint Honoré.

Entre tanto batianse en los arrabales, y el ruido del cañon resonaba sordamente en Paris: la princesa quiso marchar para juzgar por sí misma en qué estado se hallaban las cosas. Salió del hotel-de-Ville para dirigirse á la puerta Saint-Antoine. La plaza de Greve estaba llena del pueblo que gritaba que vendian al príncipe, y que abandonaban á su defensor. Un hombre se aproximó á la princesa, y mostrándole el mariscal del Hopital, que para hacerla honor la acompañaba hasta la escalera:

—Alteza, le dijo: ¿cómo consentis á vues-

tro lado á ese Mazarino? Si no estais contenta, decid una palabra y lo ahogaremos.

—Al contrario, dijo la princesa; estoy muy contenta, porque acaba de hacer lo que deseaba.

—Bueno; en tal caso, que vuelva á la casa de la villa, y que marche derecho.

El mariscal no se lo hizo repetir.

Entonces la princesa continuó su camino en carroza. Pero al llegar á la calle de la Tixeranderie vió un espectáculo deplorable. Era el duque de la Rochefoucauld, que acababa de recibir un balazo de mosquete; la bala habia entrado por el ojo derecho y salido por el izquierdo; por manera que los dos ojos habian sido heridos, y que parecian salirse las órbitas, tanta era la sangre que corria por su rostro. Su hijo lo llevaba de una mano, y Gourville, uno de sus mas íntimos amigos, por la otra, pues se sentia enteramente ciego. El jóven príncipe de Marillac y Courville iban anegados en llanto, porque al ver al duque en aquel estado no podia esperarse su mejoría. La princesa se detuvo y quiso hablarle; pero el duque no oia ni veia, y no respondió.

La princesa continuó por tanto su camino; pero no habia salido de heridos. A la entrada de la calle Saint-Antoine encontró á Guitaut

que estaba pálido, su uniforme abierto, y que iba sostenido por un soldado.

— ¡Ah, mi pobre Guitaut! dijo la princesa. ¿Qué tienes, y qué es lo que te ha sucedido?

— Que acabo de recibir un balazo, respondió Guitaut.

— Y morirás de él?

— Creo que no.

— Entonces ánimo!

Cien pasos más lejos encontró á Valon. También este era uno de los capitanes que la habían seguido á Orleans; pero solo tenía una contusion en los riñones.

— ¡Ah, dijo al ver á la princesa; estamos todos perdidos!

— Al contrario, le respondió *Mademoiselle*; nos hemos todos salvado, porque yo soy quien hoy manda en Paris, como he mandado en Orleans.

— Pues bien! dijo Valon; eso me vuelve el ánimo; porque si sois nuestra generala, todo se mejorará.

La princesa se avanzaba hácia la puerta en medio de los heridos que por todas partes traían. Solo se hablaba del señor príncipe: jamás había brillado tanto; se encontraba en todas partes, y por do quiera hacia maravillas.

La princesa envió al capitán que guar-

daba la puerta sus plenos poderes, firmados por la municipalidad, ordenándole dejase circular libremente á las tropas de Condé, y entró en la casa de un contador, llamado M. de Lacroix, que estaba muy inmediata á la Bastilla, y cuyos balcones daban á la calle.

Apenas se habia instalado allí, cuando M. de Condé, que acababa de saber su llegada, acudió; venia en un estado latimoso, teniendo dos dedos de polvo sobre la cara; sus cabellos pegados á la frente; su camisa y su uniforme lleno de sangre. Su coraza, ademas, estaba toda abollada por los golpes que habia recibido, y tenia en la mano su espada ensangrentada y mellada, habiendo perdido la vaina.

— ¡Ah, princesa! dijo, arrojando su espada que recojió un escudero; aqui teneis á un hombre desesperado: he perdido á todos mis amigos, M. de Nemours, M. de la Rochefoucauld y Clinchamp están heridos mortalmente; y solo yo he sido quien no ha podido alcanzar un rasguño, aunque, á Dios gracias, me he metido en lo mas ardiente de la pelea.

— Tranquilizaos, le dijo la princesa; no están tan mal como creéis; Clinchamp se halla á dos pasos de aqui, y el médico responde de él; M. de la Rochefoucauld está herido de grave-

dad, pero ya se restablecerá si Dios quiere; en cuanto á M. de Nemours, su herida es la menos peligrosa de las tres.

—¡Ah! Me haceis recobrar algun ánimo, dijo M. de Condé, porque tenia, en verdad, destrozado el corazon; perdonadme, pero no puedo menos de llorar á tantos valientes que han dado sus vidas por nuestra reyerta particular.

Y á estas palabras prorrumpió el principe en sollozos.

Mademoiselle le dejó que se entregase plenamente á aquel desahogo de sensibilidad, que era tanto mas de apreciar en él, por lo mismo que no le sucedia con frecuencia. Luego que le vió algo mas tranquilo:

—Vamos, le dijo; ¿no seria mejor que volviéseis á la ciudad?

—¡Oh! no, no, dijo el principe; me guardaré bien de hacerlo; ya se ha terminado lo mas ardiente de la lucha, y procuraré que el resto del dia se pase en escaramuzas: tened cuidado de hacer entrar los bagajes que están fuera de la puerta, y de no salir de donde estais, á fin de que se pueda acudir á vos en caso necesario.

—¿De manera, insistió la princesa, que no queréis volver á la ciudad?

—No, dijo el principe: porque no quiero

que puedan acusarme de haber retrocedido ante los mazarinos. Vamos, Goulas, mi espada, y manos á la obra.

Y saludando á *Mademoiselle*, despues de haber pronunciado estas palabras, saltó ligeramente sobre un caballo de refresco que le esperaba á la puerta, y corrió de nuevo á la pelea.

Mademoiselle se habia asomado á la ventana para seguirle con la vista, y vió pasar entonces á uno de sus amigos, que era un apuesto caballero, llamado el marqués de la Roche-Gaillard. Estaba herido de la cabeza, y habia perdido el conocimiento. Conducíanle sobre una escalera, como si estuviese muerto.

Detrás venia otro, que fue muerto sobre su caballo, pero que á pesar de eso se habia quedado montado. El animal seguia á los bagajes, conduciendo á su amo muerto y caido sobre su cuello. La princesa retrocedió espantada, pues era horroroso el espectáculo de todos aquellos heridos, y ademas tenia que dar órdenes. Mandó, segun lo habia pedido Condé, que hiciesen desfilar los bagajes, y los envió á la plaza Real, en donde un destacamento de cuatrocientos hombres que habia alli establecido fue encargado de custodiarlos. Luego estacionó en el bulevar de San

Antonio y en el del Arsenal otro cuerpo de cuatrocientos mosqueteros que le enviaban como reserva los de la ciudad.

Tiempo era de que marchara el principe de Condé, pues el combate volvía á empeñarse con mas encarnizamiento que nunca. El ejército real atacaba á la vez la barrera de San Dionisio y el arrabal de San Antonio. Condé preguntó dónde estaba el mariscal de Turena, y le contestaron que dirigia en persona el ataque del arrabal de San Antonio. Corrió allá al momento, juzgando que en aquel punto era necesaria su presencia, y contentándose con enviar alguna caballeria á la barrera de San Dionisio.

Con efecto, M. de Turena se adelantaba con toda la fuerza del ejército por aquel lado, pues el otro ataque no era mas que simulado, y tenia de diez á once mil hombres, al paso que Condé solo contaba con cinco ó seis mil. Al reconocer Condé su inferioridad, se atrincheró en la calle á vista de los enemigos lo mejor que le fue posible. Entonces, á pesar de la promesa de M. de Condé de intentar solo escaramuzas, principió el combate mas terrible de todo el dia. Condé se hallaba en todas partes, y siempre en primera fila, y los mismos realistas dijeron despues, que á menos de ser un arcángel ó un demonio, habia

hecho todo lo que humanamente podia hacerse. De repente vinieron á anunciarle que los mazarinos habian tomado la gran barricada de Piepus: la infantería se habia portado bien, pero la caballeria tuvo un pánico horroroso, y habia huido con tal terror, que se habia llevado consigo todo cuanto habia encontrado por el camino. Entonces Condé tomó cien mosqueteros, reunió los oficiales de caballeria é infanteria que pudo hallar, que serian unos treinta ó cuarenta, y con espada en mano cargó con tal denuedo, que recuperó la barricada defendida por cuatro regimientos: el regimiento de guardias, el de la marina, Picardía y Turena.

Entre tanto habia enviado *Mademoiselle* un hombre á la Bastilla para saber si el gobernador era amigo ó enemigo, si se declararia en favor del príncipe de Condé ó en favor del rey. Era justamente gobernador M. de Louvière, hijo del consejero Broussel, á quien hemos visto aparecer en las conmociones populares que tuvieron lugar cuando la prision de su padre, y envió á decir, que, como se le diese una órden escrita del duque de Orleans haria todo lo que la princesa le mandase.

Esta resolvió al punto irle á llevar la órden en pesona. Fue á la Bastilla, en donde nunca habia estado, y subió á las torres, des-

de las cuales vió con el auxilio de un anteojo mucha gente en las alturas de Charonne. En medio de aquella muchedumbre habia carruajes y literas; de suerte que *Mademoiselle* quedó convencida de que estaba allí el rey, la reina y toda la corte, y así era la verdad.

Ibase reuniendo hácia Bagnolet todo el ejército, disponiéndose á un tercer ataque. Veta-se de lejos á los generales, ó mas bien se les reconocia por su escolta, porque á aquella distancia no podia distinguírseles el rostro. *Mademoiselle* vió la distribucion que hicieron de su caballeria para venir á cortar entre el arrabal y el foso, y despachó al punto un paje para que llevase á toda prisa la noticia de aquel movimiento á Condé, el cual, aprovechando aquel momento de respiro, examinaba los mismos movimientos desde lo alto de la torre de la abadía de San Antonio. Dió en el acto sus órdenes para hacer frente á aquel nuevo ataque, y el paje volvió al lado de *Mademoiselle* para decirle que el principe de Condé contaba siempre con ella. En aquel mismo momento hacia *Mademoiselle* que apuntasen los cañones en direccion de las tropas reales, mandando que si fuese necesario, que se hiciese fuego sin vacilar.

Mademoiselle volvió entonces á la casa que habia ocupado ya, en donde le aguardaba un

mensajero del príncipe, que venia á pedirle vino para sus valientes defensores. Mandó al punto que lo llevasen en abundancia.

El número de los muertos y heridos iba siendo crecido, y á cada momento se inscribia un nuevo nombre en la lista fatal: el marqués de Laiques habia sido herido de gravedad, el conde de Bassa estaba herido mortalmente, Sister, sobrino del mariscal de Rantzau, habia quedado muerto en el sitio. Oíanse las descargas de mosqueteria á mil pasos escasos de la casa en donde estaba *Mademoiselle*. Con efecto, Turena atacaba á Condé con todas sus tropas, mas las del mariscal de la Ferté-Senceterre, que acababan de llegar.

No bastaba ser un héroe para sostenerse contra fuerzas tan superiores: habria sido necesario ser un Dios: así fue que Condé tuvo que retroceder. Por un momento fue terrible su posicion: acorralado contra el foso peleando á la cabeza con los mas valientes para dar tiempo á sus soldados á fin de que pudiesen entrar por la barrera, iba á verse envuelto por un ejército cuando de repente las alturas de la Bastilla se inflamaron como un Sinai, vomitaron fuego los cañones, y filas enteras del ejército real desaparecieron barridas por las balas.

Era *Mademoiselle*, que, fiel á su promesa,

mataba, como dijo despues el cardenal Mazarino, á su marido con el cañon de la Bastilla.

¡Aquel golpe vigoroso salvó á Condé! El ejército real, que no se esperaba aquella terrible manifestacion de la opinion parisiense, se detuvo asustado. Condé reunió sus tropas, cargó y rechazó á Turena, y pudo entonces efectuar tranquilamente su retirada.

Habia tal seguridad de la victoria en el campo real, que la reina habia hecho marchar un carruaje para traer prisionero á Condé; y como el cardenal tenia inteligencias en Paris, especialmente por el lado de la puerta del Temple, en donde estaba M. de Gueguenaud, tesorero del fondo de ahorros, y coronel del barrio, cuando oyó el cañon de la Bastilla, exclamó:

—¡Bueno! El cañon de la Bastilla dispara contra la gente de Condé.

—Monseñor, dijo uno que estaba á su lado: cuidado no sea contra los nuestros.

—Quizá haya ido *Mademoiselle* á la Bastilla, y disparen los cañones con motivo de su llegada.

Pero el mariscal de Villeroy no se hizo ilusiones, y meneando la cabeza:

—Si *Mademoiselle* está en la Bastilla, dijo, creed que es ella la que dispara, y no que dis-

paren por ella.

Una hora despues todo se puso en claro, y la reina juraba odio eterno á la princesa.

Las pérdidas del ejército real fueron grandes, especialmente por los nombres. Quedó muerto M. de Saint-Megrin, teniente general y teniente de la caballeria ligera del rey: igual suerte cupo al marqués de Nantouillet. Fouilloux, abanderado de guardias y favorito del jóven rey, murió á manos de Condé: por último, Pablo Mancini, sobrino del cardenal, gallardo jóven de diez y seis años que hacia concebir las mayores esperanzas, fué herido, haciendo prodigios al frente del regimiento de marina, de que era maestro de campo, y murió de la herida.

Por la noche hubo corte en el Luxemburgo, y se felicitó en estremo á *Mademoiselle* por la conducta que habia observado aquel dia; pero sobre todo se ensalzó el prodigioso valor del príncipe de Condé. El mismo vino á recibir su parte de elogios, y confesó que aquel combate era el mas rudo de cuantos hasta entonces habia tenido.

Mademoiselle buscó en vano entre todos los cortesanos al marqués de Flamarin: nadie le habia visto y se ignoraba enteramente su suerte. *Mademoiselle* dispuso que se hiciesen minuciosas pesquisas, y se encontró su cadáver

atravesado por una bala en el sitio mismo en donde algunos años antes habia muerto en duelo á M. de Canillac. Por una circunstancia singular, y que nadie pudo esplicar, tenia atada una cuerda á la garganta.

Asi se cumplió la prediccion que le habian hecho de que moriria con una cuerda al cuello.



XXV.

1652.—*Asamblea en la casa de la municipalidad.—Singular señal de reconocimiento.—Nuevos apuros del duque de Orleans.—El proyecto de union.—Ataque á la casa de la municipalidad.—Confesion general.—Alarmas de los principes.—Nueva comision de Mademoiselle.—Encuentros sinestros que tiene.—Valor de aquella princesa.—Llega á la casa de la municipalidad.—Salva al preboste de los comerciantes.—La corte se retira á Pontoise.—Declaracion del parlamento en favor del duque de Orleans.—Acuerdo contrario del consejo real.*

Paris era del principe de Condé, sin embargo de que por una estraña coincidencia lo habia tomado por medio de una retirada. Pero no bastaba ocuparlo militarmente, sino que

era necesario ejercer en él el poder administrativo, lo cual no podia tener lugar sino por la cesion que hiciesen los municipales de una parte de su autoridad. Provócase, pues, una asamblea, en la que los principes, contando con algunos partidarios, esperaban se les hiciese dicha cesion, con el titulo de Union. Fijóse esa asamblea para el 4 de julio.

El príncipe de Condé, á fin de poder reconocer á sus soldados entre la multitud, mandó que cada uno de ellos se pusiese algunas hebras de paja en el sombrero, cosa que asi se hizo; de suerte que el pueblo, viendo aquella nueva señal de reconocimiento, la adoptó por su parte. De aqui resultó que en el dia de la asamblea todos los que se veian en Paris sin un manojito en el sombrero, si eran hombres, ó en el hombro si mugeres, eran perseguidos á los gritos de ¡la paja! ¡la paja! hasta que enarbolaban aquel extraño estandarte. Hasta los religiosos se vieron precisados á llevarlo y un fraile carmelita que quiso resistirse fue tan cruelmente apaleado, que lo tuvieron por muerto.

Pero en el momento de dirigirse el duque de Orleans á la casa de la municipalidad, le faltó, como siempre, el valor: titubeó, buscó las razones menos malas que tenia costumbre de hacer valer, y se hizo de rogar de tal mo-

do, que á pesar de estar señalada la hora de las dos para la apertura de la sesion, no llegó hasta las cuatro.

El asunto era no obstante de la mayor importancia: en aquella asamblea se debia reconocer al duque de Orleans como teniente general del estado, segun lo habia hecho ya el parlamento, con facultades omnimodas, en virtud de la autoridad del rey, que conservaria en sus manos en tanto que S. M. estuviese aprisionado por el cardenal Mazariño, á quien se declaraba enemigo del estado, perturbador del reposo público, etc. etc.

Por el camino recobró el duque alguna seguridad, porque advirtió que todo el mundo llevaba paja, como en otro tiempo llevaba hondas. Encontró á su hija la cual le saludó: *Mademoiselle* llevaba en su abanico un manojo de paja atado con una cinta azul, que era el color del partido.

Las calles estaban cuajadas de gente, y apenas el duque de Orleans y el principe de Condé pudieron llegar á la plaza de Greve y abrirse paso hasta la casa de la municipalidad. El pueblo parecia muy conmovido, y amenazaba especialmente al mariscal del Hospital y al preboste de los comerciantes, á quienes trataba de mazarinos, la mayor

injuria, y sobre todo la amenaza mas fatal de aquella época.

Entraron los dos principes, y se abrió la sesion con la lectura de una carta del rey que se acababa de recibir: pedíase en dicha carta que se retrasase la asamblea por ocho dias; pero fue acogida con rechiflas y desatendida en el acto.

Entonces el duque y el príncipe dieron gracias sucesivamente á la asamblea por lo que habia hecho por ellos la ciudad de Paris el dia del combate de la puerta de San Antonio; pero ni uno ni otro se esplicaron sobre lo que esperaban en lo sucesivo. Entonces era cuando algunos consejeros debian proponer el proyecto de una union; pero nadie se levantó, y las esperanzas de los principes quedaron frustradas en este punto, sin embargo de ser el único para el cual se habia provocado la asamblea. A poco rato, como si no debiera tratarse de otra cosa mas, se levantó el príncipe de Condé, hizo al duque señal de que le siguiese, y ambos á dos salieron de la asamblea por la puerta grande que dá á la plaza de Greve.

El duque y el príncipe parecian estar muy descontentos; algunas personas del pueblo observaron aquel descontento, y como preguntasen la causa á los oficiales del príncipe,

estos respondieron que eso provenia, no solo de no haberse firmado el acta de union, sino de que ni siquiera habia sido propuesta. A esta noticia el pueblo, que no deseaba otra cosa que meter alguna bulla, ya que se hallaba congregado, se conmovió gritando que todos los que estaban en la casa de la municipalidad eran unos mazarinos, que en el dia del combate de la puerta de San Antonio habrian dejado perecer al principe de Condé si Mademoiselle no se hubiese mostrado enérgica con ellos. Muy luego salieron de aquella multitud mil voces, gritando: ¡La union! ¡la union! y al mismo tiempo fueron acompañadas aquellas voces de una salva de mosquetería, que rompió unos cuantos vidrios de la casa de la municipalidad.

Al oír los municipales aquellos gritos; al ver que las balas rompian las ventanas y atravesaban las paredes del salon en que estaban, se apoderó tal espanto de la asamblea, que la mayor parte se echaron á tierra, creyendo que habia llegado el último trance de su vida. Unos se confesaron interiormente: otros, apoderándose de los esclesiásticos, se confesaron con ellos, y cada cual pedia la absolucion á su vecino, que la daba y recibia sucesivamente. Pero todavia fue mucho peor cuando las balas, en vez de entrar diagonalmente, como habia su-

cedido en la primera descarga, llegaron horizontalmente. Soldados mas espertos que los otros habian subido á las casas fronterizas á la de la municipalidad, y tiraban en línea recta. De aqui resultó que aquella vez acertaron dos ó tres tiros, y que los gemidos de los heridos y el hipo de los moribundos se mezclaron al ruido de aquella confusion general. Entonces cada cual pensó en huir. Por desgracia el pueblo era dueño de todas las salidas; cerraron y atrincheraron las puertas; pero el pueblo arrimó á ellas grandes haces, y les prendió fuego; de suerte que muy pronto empezó á arder la casa de la municipalidad.

Entre tanto los dos príncipes habian vuelto á Luxemburgo, sin sospechar, á lo menos asi lo dijeron siempre, lo que sucedia á sus espaldas. El duque entró en su cuarto para mudarse de camisa, porque habia tenido calor en la casa de la municipalidad, y el príncipe de Condé se quedó en la antecámara con *Mademoiselle*, la duquesa de Sully, la condesa de Fiesque y madama de Villars, entreteniéndose en leer unas cartas que acababa de traerle un trompeta de M. de Turena. En aquel momento llegó un hombre del pueblo sin aliento casi:

— ¡Ay! exclamó: ¡socorro, socorro! ¡La casa de la municipalidad está ardiendo, la gen-

te se mata, y aquella es una compasion!

El príncipe entró al punto á anunciar aquella noticia al duque, el cual se quedó tan sorprendido, que olvidando que la antecámara estaba llena de señoras, salió en camisa para interrogar por sí mismo al mensajero, pero este no pudo hacer mas que repetir lo que ya habia dicho.

—Primo mio, dijo entonces el duque: tened á bien ir á la casa de la ciudad y arreglad aquello.

—Señor, respondió el príncipe; no hay sitio adonde yo no vaya para servicio vuestro; pero en cuanto á ese, os ruego que me dispenseis de ir, porque no soy hombre de motines, y me siento acobardado en semejantes circunstancias: enviad á M. de Beaufort, que es muy conocido y querido del pueblo, y hará mas de lo que yo pudiera hacer.

Con efecto, el duque habló á M. de Beaufort, el cual marchó al punto, prometiendo poner á raya á toda aquella gente.

En aquel momento *Mademoiselle*, que se iba aficionando á la politica; entró en el gabinete de su padre y le ofreció ir á pacificarlo todo, diciendo que seria un gran golpe aprovechar la ocasion para poner al mariscal del Hospital y al preboste de los comerciantes á la puerta y hacer como que los libertaban de

manos del pueblo. El duque aprobó lo que habia dicho su hija, y como habia salido ya bien dos veces, le encargó de esta tercera comision.

La princesa partió con sus ayudantes ordinarios, madama de Fiesque y la de Frontenac, ademas de la de Sully y de madama de Villars Orondate que tenian gran miedo. Al salir del Luxemburgo, seguidas de todas las gentes de S. A. R. y del señor principe, las cinco heroínas encontraron un muerto, lo cual estuvo á pique de hace retroceder á las dos últimas; pero la princesa las alentó y las retuvo.

Pero aquello solo era el principio. Como la princesa llegára al fin de la calle de Gesvre, y se dispusiese á pasar el puente de Notre-Dame, vieron llegar á M. de Ferrand, consejero en el parlamento, quien habia sido asesinado á puñaladas: aquella vista produjo una impresion tanto mas viva sobre la princesa, cuanto el muerto era uno de sus amigos. Interrogó entonces á los que pasaban, y supo que acababan de apalear tambien á otro consejero llamado Miron, y amigo suyo igualmente. Corria ademas la noticia de que el cura de San Juan en Gesvre, para salvar su curato, que habia sido cercado por el pueblo, se habia echado fuera de la iglesia, levantando

do por cima de su cabeza el Santo Sacramento, que habia tomado del altar, y que á pesar de aquella celeste coraza los furiosos habian disparado contra él.

Al oír aquellas desastrosas nuevas, todo el séquito de la princesa echó pie á tierra y rodeó su carroza para impedirle fuese mas allá. Envió entonces tres ó cuatro mensajeros á la municipalidad; pero ni uno ni otro volvió. Se buscó un trompeta para hacerle tocar; pero no se encontró en parte alguna. Finalmente, pensando la princesa que tal vez se hallaria alguno en el palacio de Nemours, se decidió á dirigirse á él. Pero entonces la esperaba otro suceso; al atravesar el puente pequeño, el carruaje de la princesa chocó con la carreta en que trasportaban los muertos al hospital, y que iba llena de cadáveres; como S. A. miraba en aquel instante por la portezuela, solo tuvo tiempo para echarse hácia atrás y no ser abofeteada por los pies de los cadáveres que salian por las aberturas del carro. En cualquier otra circunstancia habria esto bastado para hacer que se desmayase la princesa; pero de dos dias acá habia visto tantos muertos conocidos suyos, que los cadáveres de desconocidos solo le produjeron escasa impresion.

No habia ningun trompeta en el palacio de

Nemours, y la princesa se contentó por tanto con pedir noticias del duque: su herida estaba en via de curacion. Madama de Villars, que apreciaba muy poco las ideas belicosas de la princesa, se aprovechó del suceso para permanecer en el hotel de Nemours, y madama de Fiesque, que estaba muy cansada, pidió licencia para irse á acostar.

La princesa volvió á Luxemburgo, desesperada por haber alcanzado tan mal éxito; pero *Monsieur*, que era muy valiente cuando no se trataba de esponer su persona, le propuso hiciese una segunda tentativa. La princesa, que no tenia necesidad de ser escitada cuando se trataba de lanzarse en una empresa aventurada, aceptó inmediatamente, y aunque era ya media noche, partió, menos acompañada aun esta vez que la primera, puesto que madama de Fiesque y la de Villars se habian desertado durante la primera expedicion.

Aquella vez el pueblo habia desaparecido, y las calles estaban llenas de puestos de guardia; cada uno de ellos ofreció una escolta á la princesa, de manera que al llegar a la plaza de Greve habria podido encontrarse al frente de quinientos hombres; pero no quiso, y llegó casi sola.

M. de Beaufort salió á recibir á la prin-

cesa, la hizo bajar del carruaje, y los dos atravesaron las puertas de la casa de villa, sobre vigas despidiendo humo todavía. La mansion parecia desierta; no se veia alli ni una sola persona: la gran sala donde se habia verificado la sesion, adornada aun con sus banquetas y sillones, estaba completamente vacia.

La princesa miraba tristemente aquella especie de esqueleto de la asamblea, cuando el ugier entró con precaucion, y aproximándose á ella, vino á decirle que el preboste de los mercaderes se hallaba en un gabinete, y tendria mucho gusto en verla.

S. A. dejó á las señoras en la gran sala, y subiendo sola, hailó al preboste de los mercaderes disfrazado con una peluca, pero por lo demas estaba tan sereno y tranquilo cual si no hubiese corrido peligro alguno en aquella ocasion.

—Caballero; le dijo la princesa: S. A. R. me ha enviado aqui para sacaros de vuestra mala situacion, y yo he aceptado con placer esta comision, pues siempre os he estimado mucho. No entro á examinar los motivos de queja que cree tener contra vos: sin duda habeis creido que obrábais bien y muchas veces son nuestros amigos aquellos que nos embarazan en las empresas mas lamenta-

bles.

—Alteza, respondió el preboste: me haceis mucho honor en pensar eso de mí, que soy el humilde servidor de S. A. R. y vuestro; creed que he obrado en cuanto he hecho según mi conciencia. Ahora veo que quieren quitarme el puesto: ¡tanto mejor! Me alegrará mucho no tener destino en un tiempo como este, y si quereis mandar que me traigan papel y tintero, os daré mi dimisión en este mismo instante.

—Caballero, dijo la princesa: daré cuenta á S. A. R. de lo que me decís; en cuanto á vuestra dimisión, si la desea mandará por ella; por mi parte, Dios me libre de pedir nada á un hombre cuya vida acabo de salvar.

—En suma, preguntó á su vez M. de Beaufort: ¿qué deseais y qué puedo hacer en favor vuestro?

—Deseo, respondió el preboste, volver á mi casa, y vos, monseñor, podeis conducirme.

—Está bien, dijo el duque.

Y yendo á reconocer por sí mismo una pequeña puerta, se aseguró de que estaba libre, y volvió á buscarle.

Entonces aquel buen hombre hizo mil cumplidos á sus dos liberadores, y se retiró.

Terminada esta primera operación, pensó

Mademoiselle en el mariscal del Hospital, que se hallaba en situacion no menos crítica, y á quien habia mandado á decir que estaba dispuesta á asegurar su retirada. Pero al bajar encontró á madama de Bethune y á madama de Fiesque, sus dos mariscalas de campo, muy asustadas. Mientras que estaban hablando juntas, habia pasado por entre las dos una bala de mosquete, aunque sin tocar á ninguna de ellas, y habia ido á hacer un agujero en la pared. *Mademoiselle* las tranquilizó, y fué á llamar á la puerta del cuarto en donde decian que estaba el mariscal, pero nadie contestó; pues cansado de esperar, ó no queriendo deber nada á sus enemigos, se habia escapado por una ventana con ayuda de un criado, á quien prometió cien doblones por aquel servicio, y se los envió en efecto al dia siguiente.

El dia principiaba á despuntar: el pueblo se iba reuniendo; *Mademoiselle* no tena ya que hacer en la casa de la municipalidad, y de consiguiente volvió á su casa. Eran las cuatro de la mañana; se acostó, y estuvo durmiendo todo el dia.

En el trascurso de este fueron á casa del preboste de los comerciantes á tomar la dimision que este habia ofrecido de su cargo: en la misma noche el consejero Broussel, so-

bre cuyos sentimientos no habia la menor da, fue nombrado en lugar de aquel, y al dia siguiente se celebró en la casa de la municipalidad, á fin de darle á reconocer en su nuevo puesto, una asamblea, despues de la cual marchó aquel al Luxemburgo, y prestó juramento en manos de S. A. R., como se acostumbraba hacer en manos del rey.

Al saber la corte estas noticias, se retiró de San Dionisio á Pontoise. Habia pensado en un principio en hacer ir al rey á Normandia; pero se comprendió con justicia, que estaria con mas seguridad en medio de un ejército, con M. de Turena por general, que en cualquiera otra parte.

Mientras esto pasaba, los príncipes influian en el parlamento, escritores anónimos pedian la regencia, y el mismo Broussel propuso en plena asamblea que se devolviese al duque de Orleans el titulo de teniente general del reino, que llevaba durante la minoría, con ámplias facultades para arreglar los asuntos de guerra y hacienda, las cuales ejerceria con exclusion del cardenal Mazarino. Por último, el duque de Orleans obtuvo por una mayoría de sesenta y cuatro votos contra sesenta y nueve, la siguiente declaracion:

«En atencion á que la persona del rey no se halla en libertad, sino aprisionada por el

cardenal Mazarino, se ruega al duque de Orleans que emplee la autoridad de S. M. y la suya para libertarle, y al efecto tome el carácter de teniente general del rey en la estension del reino, y haga todas sus veces en tanto que dicho cardenal permanezca en Francia; asi como al príncipe de Condé que acepte, bajo la autoridad de S. A. R., el mando y la direccion de los ejércitos.

Era aquello la autoridad real, ó poco menos. Asi fue que despues de oida dicha declaracion:

— ¡Buena! dijo el consejero Catinat: ya no le falta mas que el poder para curar sus males.

Esa declaracion fue acordada en 20 de julio, y en 31 del mismo mes un decreto del consejo real declaró las últimas resoluciones tomadas en la casa del parlamento nulas y de ningun valor, como obtenidas de personas sin libertad y sin poder, y trasladó el parlamento de Paris á Pontoise, asi como el rey Enrique III lo habia trasladado en otro tiempo á Tours.

XXVI.

1652.—*Divisiones entre los príncipes.—*
Consecuencia de la querrela del duque de
Nemours con el de Beaufort.—Duelo á
muerte.—El príncipe de Condé recibe un
bofetón.—Monsieur pierde á su único hi-
jo.—Nueva oposicion del parlamento.—
Nueva partida de Mazarino.—El rey en-
tra en París.—Situacion embarazosa de
Mademoiselle.—Partida de los príncipes.
Son declarados criminales de lesa-majes-
tad.—Llamamiento de Mazarino.—Im-
prudencia del coadjutor.—Piénsase en
desembarazarse de él.—La voluntad real
comienza á manifestarse.—Prision del car-
denal de Retz.—Fin de la segunda guerra
de la Fronda.—Regreso de Mazarino.

Apenas los príncipes habian conseguido la victoria política que acabamos de referir,

cuando surgió la division entre ellos. Se decidió que en lo sucesivo habria un consejo mas regular que hasta entonces, y no solo todos quisieron pertenecer á él, sino que surgieron fuertes debates entre los príncipes extranjeros y los franceses sobre la cuestion de prioridad. Resultó de aqui una querrela entre el duque de Nemours, que era de la casa de Saboya, y M. de Vendome, bastardo de la casa de Francia. Esta disputa inspiró un temor tanto mas grande á los amigos de los príncipes, por cuanto era una recrudescencia de la escena de Orleans, en la cual M. de Beaufort habia dado un cachete al duque de Nemours, quien á su vez habia hecho saltar la peluca de M. de Beaufort.

A la primer noticia que traspasó sobre esta disputa, *Monsieur*, y el señor príncipe hicieron prometer al duque de Nemours que en veinte y cuatro horas no intentaria nada contra M. de Beaufort. Respecto á este último, como se decia que en aquella ocasion habia mostrado tanta prudencia como acritud su contrario, no se tomaron precauciones.

Pero sin duda M. de Nemours habia hecho alguna restriccion mental que le permitia faltar á la palabra dada, porque tan luego como se vió libre, corrió en busca de su cuñado. Este no era ciertamente difícil de en-

contrar, puesto que era el hombre mas conocido y ruidoso de Paris, y que por do quiera por donde pasaba dejaba huellas de su paso. El duque de Nemours supo entonces que se paseaba en las Tullerías con cuatro ó cinco caballeros amigos suyos, y se dirigió allí para encontrarlos.

En efecto, apenas llegó al jardin, cuando vió á M. de Beaufort con sus cuatro amigos: eran MM. de Bury, de Ris, Brillet y Hericourt. El duque de Nemours marchó derecho á él, y le provocó.

M. de Beaufort estaba muy sereno, y no queria contienda alguna, é hizo cuanto pudo para evitar un duelo, alegando que no podia deshacerse de las personas que tenia á su lado, y que mejor seria aplazarlo para otro dia. Pero entonces M. de Nemours respondió, alzando la voz, que aquello no impedia el lance, y que, por el contrario, él traeria un número igual de amigos, siendo asi la partida mas completa. No habia ya medio de retroceder, y unos y otros se citaron para el Mercado de caballos.

M. de Nemours regresó á su morada, y encontró por desgracia en ella el número de caballeros que necesitaba: eran cuatro jóvenes llamados M. de Villars, el caballero de la Chaise, Campan y Luzerche. Aceptaron la partida

yendo á donde se les esperaba.

M. de Nemours habia llevado espadas y pistolas, y para no perder tiempo, las habia cargado de antemano. Así, mientras los padrinos se arreglaban entre sí, escogiendo cada cual á su adversario, M. de Nemours, dirigiéndose al duque de Beaufort, quiso comenzar en el mismo instante; pero el duque ensayó una nueva tentativa de conciliacion.

— ¡Ah, hermano, le dijo; y qué vergonzoso es dejarnos arrastrar por la ira cual lo hacemos! Seamos buenos amigos, y olvidemos lo pasado.

Pero M. de Nemours arrojó una pistola cargada á los pies de M. de Beaufort, y retrocediendo para tomar la distancia precisa:

— ¡No, cobarde! le dijo; es preciso que te mate ó me mates.

Y al pronunciar aquellas palabras, disparó su pistola; y viendo que la bala no le habia tocado, se arrojó espada en mano sobre su adversario. No habia medio de retroceder; M. de Beaufort alzó la pistola, disparó casi sin apuntar, M. de Nemours cayó herido de tres balas.

Muchas personas que estaban en el jardin del palacio de Vendome, inmediato al sitio, acudieron al ruido, y entre otros el cura de Saint-Spire. Se precipitó sobre el herido; pe-

ro este solo tuvo tiempo para murmurar; ¡Jesus María! despues de lo cualle apretó la mano y espiró.

Al mismo tiempo tres de los segundos del duque de Beaufort caian gravemente heridos: eran los condes de Bury, de Ris y Hericourt. El primero curó; pero los otros dos murieron de resultas de sus heridas.

Al dia siguiente la lucha continuó entre el príncipe de Tarento, hijo del duque de la Tremouille, y el conde de Rieux, hijo del duque de Elboeuf, por la misma cuestion de preminencia. El señor príncipe, que se hallaba allí, adoptó el partido del de Tarento, su pariente inmediato. En la discusion el conde de Rieux hizo un gesto que el príncipe interpretó como ofensivo, y al cual respondió por un bofetón. El conde de Rieux le contestó con otro; el príncipe, que no llevaba espada, se apoderó de la del baron de Migenne; M. de Rieux desenvainó la suya; entonces M. de Rohan se arrojó entre medias, é hizo salir al conde de Rieux, á quien *Monsieur* mandó á la Bastilla. El príncipe queria seguirle, pero todos los que estaban allí le sostenian que era un puñetazo el que habia recibido y no un bofetón. El príncipe disputó largo tiempo; pero al fin, juzgando que su valor bien probado le colocaba donde no podian alcanzarle los in-

sultos, se convenció, y aquella misma noche, al entrar en el gabinete de la hija de *Monsieur*:

—A fé mia, le dijo, que aqui teneis á un hombre que ha sido batido hoy por la primera vez de su vida.

Una cosa semejante habia estado á pique de suceder en la primera Fronda, y solo la habia evitado una gracia del presidente Bellievre. Hallando M. de Beaufort algunos impedimentos para sus proyectos en el duque de Elboeuf, se acaloró, y buscando un medio de llegar á su objeto, exclamó:

—Si diese un bofetón á M. de Elboeuf, ¿creeis que esto cambiaria la faz de los negocios?

—No, monseñor, respondió el presidente; creo que solo cambiaria eso la faz de M. de Elboeuf.

Algunos dias despues de estas aventuras murió el hijo único de *Monsieur*: era un niño de dos años, cuya muerte lloró amargamente su padre: dió parte de ella á la reina, pidiendo el permiso de enterrarlo en Saint-Denis; pero fuele negado este permiso en una carta muy dura, en la que se le decia que aquella muerte era providencial y justo castigo de su rebelion contra su rey.

Hemos ya dicho que el rey habia dado un

decreto que trasferia el parlamento á Pontoise. La obediencia ó la negativa eran igualmente embarazosas para la honorable compañía; pero se atuvo á su pretesto, diciendo que no podia obedecer las órdenes del rey mientras que el cardenal Mazarino se hallase en Francia. Ademas el parlamento espidió un decreto, por el cual se prohibia á cada uno de sus miembros alejarse de Paris, intimándose á los ausentes el regreso.

Entonces el consejo del rey comprendió, y Mazarino mismo contribuyó á hacérselo comprender, que aquel estado de cosas era intolerable. El ministro ofreció su dimision, y fue aceptada, y en su consecuencia el 12 de agosto, hallándose en Pontoise, el rey espidió un decreto sobre el alejamiento del cardenal.

Aquel era un acto muy politico: el golpe de estado de la casa de ayuntamiento, en el cual tres ó cuatro consejeros y una treintena de ciudadanos murieron, habia indispuerto al parlamento con los príncipes. El nombramiento de *Monsieur* como lugarteniente general no habia pasado sino por una mayoría de cinco votos, lo que denotaba una oposicion de sesenta y nueve votos contra setenta y cuatro. La partida de Mazarino quitaba todo pretesto de agitacion, pues una vez par-

tido él, la oposicion parlamentaria degeneraba en rebelion política, y él sabia muy bien cuán cansados estaban todos de guerra para temer que esta continuase una vez quitado el pretesto.

La declaracion del rey, que anunciaba la partida de Mazarino, llegó á Paris el 13, y produjo el efecto esperado. Los dos principes se encaminaron al parlamento, y declararon que, no existiendo ya el principal motivo para la guerra, estaban prontos á deponer las armas, con tal que S. M. se dignase conceder una amnistía, alejar las tropas que se hallaban en las cercanias de Paris, y retirar las que se encontraban en la Guiena.

La negociacion fue larga; los principes querian garantías; el rey hacia sus reservas; los principes querian que todo quedase olvidado, y habia entre todo cosas de que el rey queria guardar memoria. Entonces aconteció lo que generalmente acontece; que fingiendo sostener la causa general, cada cual trataba para sí: *Monsieur* por el intermediario del cardenal de Rezt; el principe por medio de Chavigny. Pero ni uno ni otro obtuvieron feliz éxito: *Monsieur* solo obtuvo vagas respuestas, y el principe no pudo obtener lo que deseaba, y aunque enfermo, por haberse acercado, dice Gui-Joly, á una comi-

ca, se vió obligado á abandonar á Paris

MM. de Beaufort y Broussel dieron ambos su dimision, el uno de gobernador de Paris, el otro de preboste de los mercaderes.

El 17 de octubre llegó el rey á Saint-Germain, y los jefes de la Milicia ciudadana y los diputados de la ciudad acudieron allí y volvieron trayendo en triunfo al antiguo gobernador de Paris, al mariscal del Hospital, y al antiguo preboste de los mercaderes, el consejero Lefevre. Anunciaban ademas que al dia siguiente el rey entraria en la capital.

Esta nueva produjo una alegría general, cuyos sintomas pudo distinguir *Monsieur* desde el Luxemburgo, y en la cual se preparaba á tomar parte, cuando su hija recibió una carta del rey, por la cual le hacia saber, que volviendo á Paris, y no teniendo otra mansion que dar á su hermano mas que el palacio de las Tullerías, la rogaba abandonase aquella morada inmediatamente, á fin de que á su arribo al siguiente dia el duque de Anjou la hallase desocupada.

Mademoiselle respondió que obedecería las órdenes del rey, y que iba á tomar las de S. A. R. Antes de dirigirse al palacio de su padre, la princesa envió á buscar sus dos acostumbrados consejeros, el presidente Vio-

le y el consejero Croissy. Ambos acudieron, y el presidente Viole le dijo corria la noticia de que *Monsieur* habia negociado particularmente con la corte, y mostrándole los artículos del tratado, añadió:

— ¡A fé que vos conoceis á S. A. tan bien como yo, y no respondo de nada!

En efecto, la princesa conocia á su padre mejor que nadie. Lo halló muy inquieto por sí mismo, y por tanto muy insensible á lo que pudiese acontecer á los demás; por tanto, ni aun ofreció á su hija una habitacion en el Luxemburgo, y entonces la princesa le pidió permiso de ir á habitar el Arsenal, á lo cual accedió muy contento.

Pero al volver á su morada, *Mademoiselle* encontró á madama de Epernon y á la de Chatillon, que venian á lamentarse de que se viese obligada á dejar el bello palacio de las Tullerias, y le preguntaron á dónde pensaba retirarse.

— Al Arsenal, respondió la princesa.

— ¡Ah, Dios mio! exclamó madama de Chatillon. ¿Quién os ha dado semejante consejo?

— MM. Viole y Croissy.

— ¡Pero están locos! ¿Pensais levantar barricadas en el Arsenal, y creeis poder luchar con la corte en el estado en que os encontráis?

No lo penseis siquiera, y procurad retiraros, pues yo os aseguro que *Monsieur* ha negociado para sí, pero para él solo, y hasta ha dicho que, no solo no respondia de vos, sino que hasta os abandonaba.

Todo aquel dia se pasó en buscar un retiro para la princesa, y por la noche, no habiéndose fijado en ninguno, fue á dormir á casa de madama de Fiesque.

Sin embargo, á pesar de los rumores que circulaban respecto á *Monsieur*, y á los cuales numerosos precedentes habian hecho dar crédito, no habia tratado alguno firmado, no porque *Monsieur* no lo hubiese propuesto, sino porque por esta vez el rey, ó mejor dicho su consejo, no habia querido firmarlo. En efecto, el lunes 24 de octubre, *Monsieur* recibió de S. M. una carta que le ordenaba salir de Paris.

Apenas recibió *Monsieur* esta carta, cuando sin decir nada á nadie corrió á palacio á asegurar al parlamento que no habia ajustado tratado alguno; que no separaria jamás sus intereses de los del parlamento, y que pereceria con él. Como este ignoraba lo que habia sucedido dió las gracias á *Monsieur*, el cual regresó á su palacio de muy mal humor, y buscando algun amigo á quien echar la culpa de su desgracia.

En aquel momento *Mademoiselle* corria al Luxemburgo, y entraba en el gabinete de *Madame*, donde se hallaba S. A. R.

— ¡Oh, Dios mio! ¿Es verdad que habeis recibido orden de marcharos?

— Que haya recibido ó no esta orden, ¿qué os importa? No tengo que daros cuenta de ello.

— Pero á lo menos podreis decirme si soy tambien echada de París.

— De verdad, respondió S. A. R., que nada tendria de estraño: os habeis conducido muy mal con la corte para no esperar este castigo: esto os enseñará en lo sucesivo á no desoir mis consejos.

Por muy bien que la princesa conociese á su padre, aquella respuesta la desconcertó por un momento. Sin embargo, se recuperó bien pronto, y sonriéndose, aunque interiormente agitada, y muy pálida, dijo:

— Señor, no comprendo lo que me decís, porque cuando he ido á Orleans ha sido por orden vuestra. No tengo, es cierto, esta orden por escrito, puesto que me la disteis verbalmente; pero conservo vuestras cartas, demasiado lisonjeras, á la verdad, en las cuales elogiáis mi conducta.

— Sí, sí, murmuró *Monsieur*; pero no hablo de Orleans. ¿Crecis que vuestra aventu-

ra del cuartel de Saint-Antoine no os ha dañado cerca de la corte? Os ha gustado hacer la heroína y oír deciros que por dos veces habiais salvado nuestro partido. ¡Y bien! ahora, cualquiera que sea el mal que os suceda, os consolareis de él recordando los elogios que habeis recibido.

— No creo, señor, respondió, haberos servido peor en la puerta de Saint-Antoine que en Orleans, porque estos dos actos, tan vituperables, según vos, los he consumado por orden vuestra, y si de nuevo tuviese que ejecutarlos, lo haria aun, porque mi deber me obligaria á ello; no podia, siendo hija vuestra, dispensarme de obedeceros y servirlos; si sois desgraciado, es justo por la misma razon que parta vuestra desgracia y vuestra mala suerte; y aun cuando no os hubiese servido, habria querido participar de ella. No sé lo que es ser una heroína, pero sé lo que es haber nacido de ilustre cuna, lo cual me impone la obligacion de no ejecutar nada que no sea grande y elevado. Se dará á esto el nombre que se quiera: en cuanto á mi, creo que es seguir mi camino, no habiendo nacido para adoptar otro.

La princesa quiso salir, pero su madrastra la detuvo. Entonces, volviéndose hácia S. A. R.:

—Ahora, señor, ¿sabeis que se me echa de las Tullerías? ¿Os dignais permitirme que viva en el Luxemburgo?

—Con mucho gusto; pero no tengo aun cuarto.

—No hay persona aqui que no me ceda el suyo: autorizadme, pues, tan solo á tomar el que me convenga.

—Pero tampoco hay nadie aqui que no me sea necesario, y los que están no se han de ir por vos.

—Entonces, dijo la princesa, puesto que V. A. se niega resueltamente á recibirme, voy á dirigirme al palacio de Condé, que está vacío.

—¡Oh, en cuanto á eso, exclamó el príncipe, me opongo!

—Pero, en fin, ¿dónde quereis que me vaya?

—Donde os parezca.

—Y salió.

La princesa durmió aquella noche en casa de madama de Montmort, hermana de madama de Fontenac, esperando siempre recibir alguna carta de su padre que le permitiera acompañarle: mas, por el contrario, al dia siguiente, de mañana, recibió un billete, que le noticiaba que S. A. R. habia partido para Limours. La princesa envió inmediatamente cer-

ca de su padre al conde de Holac, que alcanzó á Monsieur cerca de Berny.

— ¡Ah! le dijo S. A. al distinguirlo; me alegro mucho de veros, para que digais á mi hija que se retire á Blois-le-Vicomte, y que no pierda el tiempo con las esperanzas que puedan darle M. de Beaufort ó madama de Montbazon de servir al señor príncipe por medio de algun acto considerable que pusiese en buen estado sus negocios. Nada queda ya por hacer, porque yo, que soy mas amado y considerado que ella, me ha visto partir el pueblo de Paris sin conmovirse en lo mas mínimo. Es preciso por tanto que se marche, y sin perder tiempo.

— Tal es su intencion, monseñor, y la princesa, sabiendo el camino que habeis tomado, va á seguiros inmediatamente.

— ¡No, no! gritó el príncipe; que marche á Blois-le-Vicomte, como le digo.

— Pero, monseñor, tendré el honor de observar á V. A. que es una cosa esa imposible: Bois-le-Vicomte es una casa en medio del campo; los ejércitos se hallan en sus inmediaciones, y saquean cuanto se les viene á las manos: la princesa allí carecerá de todo, y además está convertido en hospital para los heridos del combate de Saint-Antoine. Es por tanto imposible que se retire á este castillo.

— ¡Pues bien! dijo *Monsieur*; que se vaya adonde pueda, con tal que no venga conmigo.

— Entonces, contestó Holac, irá con *Madame*.

— ¡Imposible, imposible! dijo Gaston; *Madame* está próxima á su alumbramiento, y la incomodaria.

— Debo decir á V. A. que aunque se le prohíba, creo dispuesta á *Mademoiselle* á venir á reunirse con ella.

— Que haga lo que quiera, respondió *Monsieur*; pero que sepa que si viene aquí, la echaré.

No era posible insistir. Holac volvió á referir esta conversacion á la princesa; *Monsieur* continuó su camino á Limours, y al dia siguiente la princesa salió de Paris, sin saber á dónde dirigirse.

Hemos contado esta anécdota con todos sus pormenores, para disculpar á *Monsieur* de haber sucesivamente abandonado á Chalais, Montmorency y Cinq-Mars. Podia abandonar á sus amigos quien así abandonaba á su hija.

La vispera por la noche el rey habia regresado á Paris, apeándose en el Louvre, en medio de las aclamaciones de la multitud, trayendo tras sí á nuestro antiguo conocido, En-

rique de Guisa, el arzobispo de Reims, el vencedor de Coligny, el conquistador de Nápoles y prisionero de la España. Hacia quince días habia vuelto á Francia, á ruegos del señor príncipe.

Al dia siguiente el rey dió una declaracion de amistad, de la cual estaban escluidos los duques de Beaufort, de la Rochefoucauld, de Rohan, diez consejeros del parlamento, el presidente Perault, y todos los servidores de la casa de Condé.

Durante esta segunda guerra, el archiduque habia tomado á la Francia, Gravelines y Dunkerque: Cromwell, sin declaracion alguna de guerra, se habia apoderado de siete ú ocho de nuestros buques; habia perdido á Barcelona y á Casal, la una llave de la España, la otra llave de la Italia: la Campaña y la Picardía habian sido devastadas por el paso de los ejércitos loreneses y españoles que los príncipes habian llamado en su auxilio; el Berry, el Nivernais, la Saintonge, el Poitou, el Perigord, el Limousin, el Anjou, la Touraine y el Orleanésado, estaban arruinados por la guerra civil. Finalmente, habianse visto las banderas españolas desplegadas sobre el Puente-Nuevo, frente a la estatua de Enrique IV, y la escarapela amarilla de Lorena habia flotado en Paris con la misma libertad que la escarapela azul,

color de las casas de Orleans y de Condé.

Por embrollados que pareciesen los negocios á primera vista, á los pocos dias se vió claro en el gran tablero politico, sobre el cual acababan de pasar tantas cosas. El rey y la renia habian regresado á París en medio de aclamaciones que probaban que el trono era todavia la única institucion inmutable, el único centro alrededor de cual se agrupase eternamente el pueblo. El coadjutor, que se habia conservado tranquilo y á la capa durante todos los sucesos que acabamos de referir, y en los que no aparece mezclado su nombre sino para anunciar su promocion al cardenato, habia venido á felicitarlos de los primeros á su entrada. El duque de Orleans, despues de haber hecho toda clase de protestas de fidelidad para lo futuro, se habia retirado á Blois con el asentimiento de la corte. *Mademoiselle*, despues de haber vagado á derecha é izquierda, habia elegido al fin su mansion en Saint-Fargeau, que era una de sus casas. El Duque de Beaufort, la duquesa de Montbazou, y la duquesa de Chatillon habian salido de París. El duque de la Rochefoucauld, herido gravemente, segun se recordará, en el combate del arrabal de Saint-Antoine, se habia hecho trasportar á Bagnoux, curado casi de su doble amor á la guerra

de partidario y á madama de Longueville. La princesa de Condé, M. de Conti, y madama de Longueville se hallaban en Burdeos, no como soberanos y señores de la ciudad, sino como simples huéspedes.

Por último, el duque de Rohan, á quien se tenia por uno de los servidores mas fieles de los principes, habia arreglado tan bien sus negocios, que ocho dias despues de su entrada tenian los reyes á su hijo en las fuentes bautismales.

Quedaba pues por único enemigo el principe de Condé, el cual, á pesar de lo terrible que era, no habia dejado de perder por su aislamiento casi tres cuartas partes de su fuerza. En su consecuencia, el rey no vaciló en publicar en su sesion de justicia de 13 de noviembre una declaracion, en que se decia que habiendo los principes de Condé y de Conti, la duquesa de Longueville, el duque de la Rochefocauld, el principe de Tarento y todos sus afiliados desechado con desprecio y obstinacion las gracias que se les habian ofrecido, y habiéndose hecho de ese modo indignos de todo perdon, habian incurrido irrevocablemente en las penas establecidas contra los rebeldes reos de lesa-majestad, perturbadores del reposo público y traidores á su patria.

El parlamento registró esa declaración, sin decir palabra, y viendo el rey esa docilidad, sintió sin duda no haber añadido un párrafo llamando á Mazarino; pero la corte quedó bien persuadida de que esa medida no sufriría en lo sucesivo la menor contrariedad, y la reina le envió á su retiro de Bouillon, en donde se habia instalado, al abate Fouquet, con encargo de decirle que hallándose todo quieto y tranquilo en Paris, podia venir cuando le acomodase.

Sin embargo, ¡cosa estraña! aunque el cardenal habia recibido igual aviso por una carta de la reina, se hizo el indeciso, y discutió por mucho tiempo con el embajador para saber si le valia mas preferir las dulzuras de su retiro á la agitacion del Palacio-Real; pero fuese buena fé, fuese que el abate Fouquet conociera que aquella resistencia era fingida, insistió de tal modo, que el cardenal pareció conmovirse, y paseándose un dia ambos en la selva de los Ardennes:

—Mirad, señor abate, dijo Mazarino; veamos lo que la suerte nos pronostica en este importante asunto, porque estoy decidido á atenerme á ella.

—¿Y de qué modo piensa consultarla vuestra eminencia? preguntó el abate.

—Nada hay mas fácil, dijo el cardenal: ¿veis

ese árbol?

Y le indicó un pino que se elevaba á diez pasos de donde estaban, y estendia sobre su cabeza su cima verde y espesa.

—Sí que lo veo, respondió el abate.

—Pues bien, voy á arrojar mi baston á ese árbol; si se queda en él, será señal infalible de que volviendo á la corte permaneceré en ella como el baston; pero si cae, añadió meneando la cabeza, será señal evidente de que debo permanecer aqui.

Y al decir esto arrojó su baston á lo alto del árbol, en donde se quedó tan perfectamente, que tres años despues se le veia alli todavia.

—Vamos, dijo el cardenal, ya está decidido el asunto: puesto que el cielo asi lo quiere, señor abate, partiremos en cuanto reciba una noticia que estoy esperando.

Entre tanto se tomaba en Paris una medida de grave importancia.

Hemos dicho que el coadjutor, cardenal ya de Retz, habia sido el primero á felicitar al rey y á la reina á su regreso, y habiéndole dicho públicamente la reina que ese regreso era obra suya, se creyó el cardenal de tal modo asegurado del favor del rey, que cuando para alejarle de Paris, en donde se juzgaba peligrosa su presencia, se le propuso la direccion

de los negocios de Roma durante tres años, el pago de sus deudas, y una renta suficiente para hacer brillante papel en la capital del mundo cristiano; en vez de aceptar el encargo con reconocimiento, quiso imponer condiciones. En su consecuencia pidió un gobierno para el duque de Brisac, un empleo para el conde de Montresor, un destino para el señor de Caumartin, un nombramiento de duque y par para el marqués de Fosseuse, una suma de dinero para el consejero Jolly, y por último, como dice él mismo, algunas otras miserias, tales como abadías, destinos y dignidades.

Grande imprudencia era pedir algo como amigo, cuando por aquella vez, contra lo que es costumbre, ni aun los mismos enemigos habían obtenido nada. Así fué que desde aquel momento se tomó en el consejo del rey, ó más bien en Bouillon, en donde estaba Mazarino, la resolución de desembarazarse de tan molesto personage; pues aunque Mazarino estuviese en medio de la selva de los Ardennes, ó á orillas del Rhin, nadá se hacia sino por consejo suyo, y quizá no habia sido jamás tan poderoso ni tan bien obedecido como cuando desterrado de Francia, habia quedado en ella su genio solamente.

Sin embargo, los amigos del ministro co-

nocian que la situacion se hacia cada dia mas dificultosa para él. El rey iba creciendo, y daba de vez en cuando señales de ese carácter absoluto, que mas adelante debia dar origen á la célebre frase: *el estado soy yo*. Dos circunstancias habian dado á conocer á los hombres previsores el grado de voluntad á que habia llegado Luis XIV. Cuando el presidente de Nesmond fue á Compiègne con una diputacion del parlamento para leer allí la esposicion de la corporacion y pedir el alejamiento de Mazarino, Luis XIV, montando en cólera, interrumpió al orador en medio de su arenga, y arrancándole el papel de las manos, le dijo que deliberaria sobre ello con su consejo. Nesmond quiso hacer observaciones sobre aquel modo de proceder, pero el niño coronado, frunciendo el ceño, le dijo que procedia como debe proceder un rey. Y la diputacion se vió precisada á retirarse sin poder obtener de él otra respuesta.

Esto en cuanto á la primera circunstancia. Véase ahora la segunda:

Habiase decidido que la corte hiciera su entrada en Paris el 24 de octubre, y como esta decision habia sido tomada en ausencia del rey, se habia acordado que este iria á caballo al lado del carruaje de la reina, yendo escoltado por el regimiento de guardias suizas

y por el resto del ejército. Pero Luis XIV no quiso acceder á ese arreglo, por muchas instancias que le hicieron, y en su consecuencia decidió que entraria á caballo, al frente del regimiento de guardias francesas solo á la cabeza de la comitiva. Asi entró, en efecto, al resplandor de diez mil hachones, rodeado de un pueblo inmenso, sobre el cual produjo aquella confianza una sensacion que sobrepujó las esperanzas de todos. Lo que hay mas prudente en Francia es el valor.

Los amigos del cardinal de Retz le invitaban, pues, á desconfiar de aquella jóven voluntad real, que á falta de la instruccion de los hombres habia tomado leccion de los sucesos, y el presidente Bellievre le manifestó, entre otros, sus temores; pero el cardinal le contestó:

—Tengo dos remos en mi mano que impedirán siempre á mi buque irse á pique; el uno es mi maza de cardinal; y el otro mi báculo de Paris.

El mismo pueblo parecia querer advertirle el peligro que corria, pues como asistiese á una representacion de *Nicomedia*, y el actor dijese en una de sus escenas:

—«Todo aquel que entra en palacio lleva al rey su cabeza,» el patio se volvió hácia el nuevo cardinal, aplicándole la máxima, lo

cual era invitarle á que se aprovechase de ella.

No fue esto solo: la princesa palatina, que se habia reunido á la corte, pero que sin embargo habia conservado siempre hácia Gondy ese interés que inspira un espíritu superior, vino á verlo y á exhortarle á que huyese, diciéndole estaban resueltos á desembarazarse de él, aun á costa de su vida; pero no quiso creer á la princesa, como no habia querido creer al presidente Bellievre, ni esa voz del pueblo, que él mismo, en los tiempos de su prosperidad, llamaba la *voz de Dios*.

FIN DEL TOMO CUARTO.

LUIS XIV Y SU SIGLO,

LUIS XIV Y SU SIGLO.

LUIS XIV Y SU SIGLO.

HISTORIA-NOVELA

escrita en francés por Alejandro Dumas,

traducida al castellano

POR

Don J. A. G. R.

TOMO V.

SEVILLA: 1854.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7

1827-1828

HISTORIA-NOVELA

escrita en frances por Alejandro Dumas

traducida al castellano

1827

Don J. A. B. M.

TOMO V

1827-1828

Imprenta de Gomez, a cargo de D. J. L.
Francisco, calle de la Alameda, 7

Continuacion del capítulo XXVI.

Sobrevino un incidente que hizo desbordar la cólera real, que ya llenaba el vaso. Hemos ya dicho que el 13 de noviembre el rey había tenido una asamblea, en la cual declaró al señor príncipe reo de lesa-majestad. La vispera envió á Saintot, mayordomo del palacio, á que dijese al cardenal de Retz asistiese á esta sesion; pero este le respondió que suplicaba respetuosamente á S. M. le dispensase de hacerlo, atendiendo á que en las relaciones en que se hallaba con el príncipe ni era justo, ni estaba bien que diese su voto para condenarlo.

—Tened cuidado con lo que vais á hacer, le dijo el enviado, porque habiendo previsto alguna persona delante de la reina la escusa que acabais de darme, S. M. respondió que nada valia, puesto que M. de Guisa, que debía su libertad al príncipe, se hallaria en la

reunion, y no comprendia que fuéseis mas escrupuloso que M. de Guisa.

—Caballero, respondió el cardenal: si fuese de la misma condicion de M. de Guisa, tendria á gran dicha el imitarlo, sobre todo en las bellas acciones que acaba de ejecutar en Nápoles.

—Asi, dijo Saintot, vuestra eminencia persiste en su primera resolucion.

—Sí por cierto, respondió el cardenal.

Saintot marchó á referir esta respuesta al rey y á la reina. Hemos visto que se habia convenido prender á Gondy, y entónces se decidió aprovechar la primera ocasion.

Muchos dias trascurrieron sin que esta ocasion se presentase, porque, si el cardenal no estaba bastante alarmado para dejar á Paris, no era bastante confiado para ir al Louvre.

Revolvióse entonces no aguardar mas, y prenderlo donde quiera que se hallase. La orden fué dada de viva voz á Pradelle, capitán en el regimiento de guardias. Pero Pradelle hizo observar al rey que deseaba tener esta orden por escrito, atendiendo á que el cardenal haria ciertamente resistencia, y que para no dejarlo huir se veria tal vez obligado á matarlo. El rey consintió en ello, y puso en sus manos la siguiente orden:

«De parte del rey se ordena al señor Pradelle, capitan de una compañía de infanteria en el regimiento de guardias francesas de S. M., prender y apoderarse del señor cardenal de Retz y conducirlo á su fortaleza de la Bastilla, para ser en ella custodiado, hasta que otra cosa se disponga; y en el caso de que algunas personas, de cualesquiera condicion que fuesen, intentáran impedir la ejecucion de la presente orden, S. M. encarga á dicho señor Pradelle prenderlas, empleando para ello la fuerza, si necesario fuese, de manera que se cumpla lo mandado.

«Dado en Paris á 16 de diciembre de 1652.

»Luis.»

De la letra del mismo rey estaba escrita esta posdata:

«He mandado á Pradelle le ejecucion de la presente orden en la persona del cardenal de Retz, prendiéndolo muerto ó vivo, en el caso de resistencia por su parte.»

Adoptáronse diferentes medidas como acompañamiento de esta orden. Touthville, capitan de guardias, habiendo alquilado una casa inmediata á la de Pommereux, donde iba Gondy algunas veces, apostó en ella gentes

para prenderlo, y un oficial de artillería, llamado la Fey, intentó seducir á Pean, suteso-
rero, para saber á que hora de la noche tenia
costumbre de salir su eminencia.

Mientras esto sucedia, M. de Brissac acu-
dió á visitar al cardenal, y le preguntó si pen-
saba ir al dia siguiente á Rambouillet; el car-
denal respondió que sí. Entonces Brissac sa-
có un papel del bolsillo, y se lo presentó: era
un billete anónimo que le dirigian para que
avisase á Gondy, no fuese á Rambouillet, don-
de debia sucederle alguna desgracia.

Por aquella vez el aviso era positivo, y el
aventurero prelado resolvió saberlo á fondo:
tomó consigo doscientos caballeros, y se fué á
Rambouillet.

«Encontré alli, dice él mismo en sus me-
morias, un gran número de oficiales de guar-
dias; no sé si tenian designios de atacarme;
pero sé muy bien que no estaba en estado de
ser atacado; me saludaron con profundas re-
verencias, y entré en conversacion con algu-
nos de ellos, á quienes conocia, volviendo á
mi palacio, tan satisfecho de mí mismo, como
si no hubiese acabado de cometer una tonte-
ria.»

En efecto, el rey pudo conocer (hasta qué
punto era peligroso un hombre que en medio
dia encontraba doscientos caballeros prontos

á acompañarle en un paseo.

El cardenal de Retz no habia estado en el Louvre desde el dia de Todos los Santos; porque habiendo predicado dicho dia en Saint-Germain, parroquia del rey, SS. MM. habian venido á oír el sermón, y habia creído deber ir á darles las gracias, cuando el 18 de diciembre, el dia despues de haberse dado la órden para prederle, madama de Lesdiguières, su prima, vino á verlo, y le dijo que hacia mal en no ir al Louvre. Como el cardenal tenia á su prima por una de sus buenas amigas, le confensó las causas porque no iba.

— ¿Y nada mas que eso os detiene?

— Seguramente; y me parece, respondió el cardenal, que es bastante.

— En tal caso id con toda seguridad, porque sé muy bien lo que pasa: lejos de que se piense en intentar nada contra vnestra persona, se ha celebrado un consejo en el cual, despues de grandes debates, se ha convenido que se harian las paces con vos, y que se haria en favor de vuestros amigos lo que habeis pedido, conque así, id mañana mismo.

Y en efecto, como madama de Lesdiguières sabia lo que pasaba, el cardenal no dudó de que todas las noticias alarmantes que le llegaban fuesen falsas, y resolvió ir al Louvre al dia siguiente, lo que ejecutó con esa impru-

dencia providencial de los hombres que la mano de Dios impulsa á su perdicion.

Cuando el cardenal se presentó en el Louvre era tan tempeano, que SS. MM. no estaban aun visibles. Pasó entonces al cuarto de M. de Villeroy, para esperar: el abate Fouquet, el mismo que habia ido á anunciar á Mazarino su regreso, corrió entonces á la habitacion del rey, y le advirtió que el cardenal de Retz esperaba el momento de presentarle sus respetos. El rey descendió inmediatamente á las habitaciones de la reina, para darle cuenta de lo que pasaba. En la escalera encontró al cardenal, y dice Madama de Motteville, sirviéndose en aquella ocasion de esa juiciosa moderacion que ha aparecido despues tan esceleramente practicaba por él en todas sus acciones, le puso el mejor semblante, y le preguntó si habia visto á la reina. El cardenal respondió que no, y el rey lo invitó entonces á seguirle á su cuarto. Fué muy bien recibido en él, y permaneció algun tiempo, mientras el rey oia misa; despues, habiéndose despedido de la reina, salió. Pero en la antecámara encontró á Villequier, que era capitán de guardias, y que lo prendió en la misma pieza. El cardenal estaba tan distante de esperar semejante desenlace, que no opuso resistencia alguna. Villequier lo condujo á su

cuarto, y lo registró. El cardenal no llevaba consigo mas que una carta del rey de Inglaterra, en la cual este príncipe le rogaba viese si de Roma podrian ayudarle enviándole algun dinero, y la mitad de un sermon que debia predicar en Nuestra-Señora.

A las tres, y despues de haberle servido un almuerzo en palacio, le avisaron estuviese pronto á marchar, y despues le hicieron atravesar la galería. Su guia le condujo entonces al pabellon de *Mademoiselle*, á cuya puerta encontró un carruaje de palacio. Subió en él, despues Villequier, y últimamente cinco ó seis oficiales de guardias. Púsose en marcha el coche, escoltado por Miossens, á la cabeza de los gendarmes; de M. de Vauguion, al frente de los caballos de ligeros, y M. de Vivienne, teniente del regimiento de guardias: salió por la puerta de la Conferencia, dió la vuelta á los boulevares exteriores, pasó delante de dos ó tres puestos, en cada uno de los cuales habia un batallon de suizos, y entre ocho y nueve de la noche llegó á Vincennes.

Miossens conocia el camino, porque uno tras otro habia conducido allí al duque de Beaufort, al príncipe de Condé, y últimamente al cardenal de Retz.

Esta prision causó gran ruido, como es

fácil de pensar, aunque, fatigados por tantos sucesos, no se conmovió el pueblo; pero los amigos del cardenal se asustaron, temiendo que para desembarazarse de él lo envenenaran. En su consecuencia tuvieron consejo, para imaginar el medio de hacerle llegar un contraveneno. Madama de Lesdiguières, que tenia que acusarse de ser causa de la prision del cardenal, se encargó de la comision. Villequier que habia conducido á Gondy, la hacia la corte; se dirigió á él, y le rogó entregas al cardenal un bote de opiata. Villequier consintió en ello; pero cuando iba á desempeñar su comision, fue á pedir permiso á la reina. Ana de Austria quiso ver el bote de opiata, lo hizo descomponer por un químico, y supo asi que contenia un contraveneno. Se irritó entonces extraordinariamente, y se apresuró á contar el hecho á los ministros. Servien propuso quitar la opiata y poner en su lugar un veneno verdadero; pero Letellier se negó á ello resueltamente, y se contentaron con dejar al cardenal sin antidoto.

Asi terminó esta segunda guerra de la Fronda. El cardenal de Retz habia sido su primer jefe, y fué su última victima. En el primer acto de esta tragi-comedia habia representado un papel activo y brillante; en el segundo estuvo pálido, indeciso, no dando si-

no malos consejos, y no cometiendo mas que faltas. Aquel astuto político, que queria rivalizar en travesura con Mazarino, y en audacia con Richelieu, se dejó prender por las palabras de un niño, que habia recibido la leccion de sus enemigos; aquel galante prelado, tan hábil en las intrigas amorosas, se dejó engañar por las insidiosas coqueterías de una vieja reina, á quien aborrecia; finalmente, aquel observador tan atento, que habia visto prender casi en su presencia á un príncipe á quien la reina habia confiado dos dias antes sus hijos, y que en alta voz habia proclamado como el hombre mas honrado de la Francia; que habia visto conducir preso al vencedor de Rocroy, á quien acababa de estrechar la mano; que habia notado aquellos dos acontecimientos para consignarlos mas tarde en sus memorias, creyó que aquellos que tenian una mano tan ligera para agarrar del pescuezo al nieto de Enrique IV, y al primer príncipe de la sangre, no se atreverían á atentar á su libertad: era mas que ceguedad; era casi locura.

Esta era la noticia que esperaba el cardenal Mazarino para regresar á Paris. Entretanto habia ocupado el tiempo de un modo provechoso para la Francia. El 17 de diciembre; es decir, dos dias antes de la prision de Gondy, habia partido de Saint-Dizier, y habia

marchado á unirse al ejército que sitiaba á Bar-le-Duc, y el 22 de diciembre habia presenciado la toma de esta ciudad. Despues de Bar-le-Duc se rindió Ligny, y entonces Mazarino, para anunciar su regreso por medio de triunfos, habia querido recobrar á Sainte-Menehould y á Rethel; pero el gran frio habia impedido poner sitio á ambas plazas, y fue preciso á falta de ellas, que se contentase con Chateau-Porcian. Finalmente, habiendo sabido que el conde de Fuensaldaña se habia apoderado de Vervins, aguijoneó tan bien al ejército fatigado de aquella campaña de invierno, que se habia puesto nuevamente en marcha y recobrado la poblacion. Entonces pensó Mazarino que le era permitido volver á Paris.

El rey salió á su encuentro á tres leguas de distancia, y lo condujo en su carroza. Los cortesanos habian ido mucho mas lejos.

Un gran festin esperaba en el Louvre al ministro desterrado. Su entrada fue un verdadero triunfo. Por la noche hubo delante de palacio fuegos artificiales magníficos, y con su último cohete se desvaneció el recuerdo del señor príncipe, de M. de Beaufort y del cardenal de Retz, esos tres héroes de la Fronda, cuyo valor, popularidad é influencia habian sido vencidas por la laboriosa paciencia del

discipulo de Richelieu y del maestro Colbert.

La misma noche que Mazarino, entraban tambien en Paris, conducidas por la princesa de Carignan, sus tres sobrinas, á quienes el mariscal de Villeroy habia el dia de su llegada predicho un porvenir tan magnifico, y que hasta entonces solo habian visto el duelo y el destierro.

Durante este año, tan fértil en acontecimientos, murieron el duque de Bouillon, que despues de haber hecho la guerra al cardenal habia llegado á ser no solo su amigo, sino su consejero; el anciano mariscal Canmont de la Force, que tan milagrosamente se habia librado de la matanza de la Saint-Barthelemy, y la linda señorita de Chevreuse, que dijo adios al mundo justamente á tiempo para no ver la caida de ese cardenal de Gondy, que tanto habia amado, y que tan ingrato habia sido para con ella.

XXVII.

1653.—*Conducta del príncipe de Condé de Mazarino.—Ojeada sobre la sociedad parisiense.—Francisca de Auvigné, despues madama de Maintenon.—Su conocimiento con Scarron.—Su matrimonio.—Madama de Longueville se retira del mundo.—El príncipe de Marcillac hace la paz con la corte.—Matrimonio del príncipe de Conti.—Sarrasin.—Su fin.—Sentencia de muerte contra Condé.—Miras de Mazarino sobre Luis XIV.—Fiestas en la corte.—El rey actor y bailarín.—Es consagrado.—Su primera campaña.—Muerte de Broussel.*

El príncipe de Condé habia dicho á los que le incitaban á la guerra:—«Cuidado; seré el último en tomar la armas, pero tambien lo seré en dejarlas.»

Habia cumplido su palabra. Ciertamente que en vez de Paris podia hacer con la corte una paz honrosa, pues desterrándolo por segunda vez, el cardenal le ofreció los medios para ello. Pero Condé era uno de esos génius caprichosos que quieren ensayar todo, y cansado ya de la política, quería seguir la vida de partidario, como Sforza y el duque de Lorena. En consecuencia habia salido de Paris con su caballo y su espada, habia reunido tres ó cuatro mil hombres; se habia hecho nombrar general de las tropas españolas, y obligado á retroceder delante de Turena, habia salvado, hácia el Luxemburgo, la frontera de esa Francia, que, despues de las victorias de Rocroy, de Nordlingen y de Lens, le habia llamado su héroe.

Seguro el cardenal de no salir ya de Paris, su primer cuidado fue ocuparse de la hacienda del estado y de la suya propia. Para reemplazar á M. de Vieuville, muerto en el momento en que acababa de hacerlo duque, se habia nombrado superintendente en comunidad al conde Servien y al procurador general, Nicolás Fouquet, hermano de aquel abate Fouquet, amigo de Mazarino, que habia ido á buscarlo á Bouillon.

Tambien se habia recompensado la ingratitud á la causa de los príncipes y la adhesion

á la real. El duque de Guisa entró en el consejo supremo con el mariscal de Turena y el de Grammont; el señor de Lionne fue nombrado caballero del Espiritu-Santo y maestro de ceremonias de la órden; el mismo favor obtuvo el secretario de estado Letellier; y en fin, el conde de Palluau, que habia tomado á Montrond, y Miossens, que habia conducido sucesivamente al principe de Condé y al cardenal de Retz á Vincennes, fueron nombrados mariscales de Francia; uno con el nombre de mariscal de Clerambault, y otro con el de mariscal de Albret.

Paris presentaba un nuevo aspecto; la sociedad de la regencia y la de la Frouda estaban casi dispersadas: Gaston estaba en Blois: *Mademoiselle*, al salir para Saint-Fargeau, se habia llevado á sus mariscales de campo y á sus damas de honor; Condé habia desaparecido con su brillante estado mayor y las damas de su partido: las señoras de Chatillon, de Rohan, de Monthazon y de Beaufort habian salido de Paris: todos los amigos del coadjutor se habian desterrado: M. de Montausier y su esposa estaban en Guyena: el duque de la Rochefoucauld acababa su convalecencia en Dampvilliers; la señorita de Chevreuse acababa de morir: su madre hacia penitencia por sus pecados, y se volvia á casar: el principe

de Condé y madama de Longueville continuaban en Burdeos: Scudery y su hermana estaban en Normandia: madama de Choisy habia seguido á su marido á Blois, y únicamente se habia quedado solo el pobre paralítico Scarron, que, como hemos dicho, se habia casado poco tiempo antes

Volvamos un instante los ojos hácia su joven esposa, en cuyos salones va á trasformarse la sociedad parisiense.

Francisca de Auvigné, era nieta de Teodoro Agrippe de Auvigné é hija de Constant, baron de Surimeau. Este último, que sin consentimiento de su padre, se habia casado con Ana Marchand, viuda de Juan Courant, baron de Chatellaillon, habiendo sorprendido á su muger en flagrante delito de adulterio, la mató con su amante, y volvió á casarse en 1627 con Juana de Cardillac, hija del gobernador del Chateau-Trompette, de quien tuvo primero un hijo, y luego una hija, que nació el día 27 de noviembre de 1635 en las prisiones de la Consergeria de Niort.

Esta niña, cuyo destino comenzaba de una manera tan sombría, era Francisca de Auvigné, que se casó en primeras nupcias con el poeta Scarron, y en segundas con el rey Luis XIV.

Fue bautizada por un sacerdote católico.

El duque Francisco de la Rochefoucauld, y Francisca Tiraqueau, condesa de Neuillant, fueron sus padrinos. Algunos meses despues de este nacimiento, habiendo visitado en la cárcel á Constant de Auvigné, su hermana madama de Villette, conmovida al ver la miseria de la pobre familia, se llevó su sobrina al castillo de Murcey, donde pasó algunos años; pero habiendo obtenido el prisionero ser trasladado al Chateau-Trompette, madama de Auvigné reclamó á su hija.

Cuatro años tenia cuando, jugando una vez en esta prision con la hija del conserge, que tenia unos juguetes de plata, esta le echó en cara el que no fuese tan rica como ella.

— Es verdad, respondió la niña Francisca; pero en cambio soy señorita y vos no.

En 1630 salió Auvigné de la cárcel; pero no queriendo abjurar el calvinismo, no pudo alcanzar de Richelieu el quedarse en Francia, y tuvo que embarcarse para la Martinica, en cuya travesía cayó enferma la niña Francisca, y fue declarada muerta por el médico. Ya iban á arrojarla al agua, cuando al abrazarla su madre por la última vez sintió una ligera pulsacion en su pecho, y la condujo delirante á su camarote, donde la niña volvió á abrir los ojos.

Entre tanto, y gracias á los cuidados de madama de Auvigné, los negocios de los pobres desterrados comenzaban á prosperar en la Martinica, cuando su marido tuvo la fatal idea de enviarla á Francia para ver si podia sacar algun partido de sus bienes secuestrados. En su ausencia jugó y perdió toda su nueva fortuna; y cuando volvió su esposa sin haber podido conseguir nada, lo encontró arruinado por segunda vez.

Tal fue la pobreza á que llegó esta familia que cuando murió Constant, en 1645, queriendo su muger dar la vuelta á Europa, tuvo que dejar á su hija, como una especie de prenda en manos de su principal acreedor; pero este se cansó pronto de alimentarla, y la envió a Francia, y solo cuando llegó á la Rochela supo su madre la partida. Madama de Auvigné estaba mas pobre que nunca, y madama de Villette le pidió encargarse de la niña por segunda vez, en lo cual consintió aquella con temor, porque esta era calvinista, y temblaba de que su hija cambiase de religion estando en sus manos. En efecto, al cabo de algun tiempo se volvió la niña calvinista; pero entonces madama de Neuillant, su madrina, obtuvo una orden para sacar á la jóven de casa de su tia, y para llevarla á la suya, donde se puso por obra el reducirla

de nuevo á la religion católica; pero, súplicas y exhortaciones, todo fué inútil. La que debia revocar un dia el edicto de Nantes, comenzaba por ser el mártir de la religion que luego debia perseguir.

Madama de Neuillant resolvió vencerla por la humillacion, encargándola de los oficios mas infimos de la casa: como la buena señora era muy avara, la dejaba morir de frio, y una vez estuvo á punto de asfixiarse con una vasija de carbon que llevara á su cuarto para calentarlo.

Este último accidente hizo que la reclamara su madre, que la puso en el convento de Ursulinas de Niort; pero alli, ni madama de Neuillant, ni la de Villette, quisieron pagar su pensión, y vencida al fin por la necesidad, mas bien que por las instancias de su madre, se hizo católica.

Las Ursulinas la echaron del convento viendo que esas señoras permanecian inflexibles, y la pobre niña solo volvió al lado de su madre para verla morir de pena y de miseria. Abruñada de dolor, dudó entonces si seria mas conveniente unirse á su madre por una muerte voluntaria que continuar mas lejos en una vida que parecia imposible; cuando dejándose mover por tantas miserias madama Neuillant, la volvió á poner en el conven-

to de Ursulinas de la calle de Saint Jacques, donde hizo su primera comunión. Luego fue á vivir á Paris madama de Neuillant, á cuya casa concurría el marqués de Villarceaux, amante de Ninon de Lenclos: chocó á este la belleza naciente de la jóven, y le hizo una corte tan asidua, que Bois-Robert dirigió al marqués una carta en verso sobre estos amores. Esta belleza era demasiado orgullosa para ceder al marqués y ser la rival de Ninon, y todas sus persecuciones fueron completamente inútiles.

En este mismo tiempo conoció la señorita de Auvigné en casa de su tia al caballero de Meré, que pasaba por un hombre de gusto, y que descubrió en ella alguna cosa mas que la hermosura, un talento delicado, y tanto mas original, quanto que no habia tenido dirección. Meré le enseñó el mundo y las buenas maneras; pero Francisca era tan desgraciada, que á todas sus lecciones meneaba la cabeza diciendo que nada deseaba mas como encontrar una alma caritativa que pagase su dote para poder entrar en un convento. Scarron vivia en la casa de enfrente, y aunque poeta, y jorobado, se permitia de vez en cuando algunas buenas acciones que hacian encogerse de hombros á la gente rica. El caballero de Meré le habló de su jóven indiana, como él

decia, y el poeta prometió proveer á lo necesario para pagar la dote de la buérfana. Meré dió esta buena noticia á Francisca, que al momento corrió á casa de Scarron para darle gracias; pero al verla tan jóven y tan linda, y al oirla espresarse tan elegantemente, cambió de parecer, y le dijo:

—Señorita; desde que estais aqui he reflexionado, y ya no quiero daros para que os metais monja.

La señorita de Auvigné dió un grito de dolor.

—Esperad, dijo Scarron; no quiero que seais monja, porque quiero casarme con vos. Mis criados me hacen rabiar, y no puedo pegarles; mis amigos me abandonan, y no puedo correr tras ellos; pero cuando estén mandados por una señora jóven, mis lacayos me obedecerán, y mis amigos volverán á casa cuando vean una muger bonita. Os doy ocho dias para reflexionar.

Scarron estaba entonces de moda, y á fuerza de mirarlo, se acostumbró la señorita de Auvigné á su persona: en fin, al octavo dia dió su consentimiento, y todo quedó decidido.

Algunos dias despues del matrimonio, escribia la jóven á su hermano:

Acabo de contraer esta union, en la que el

corazon entra por poca cosa, y el cuerpo para nada verdaderamente.»

Scarron no se habia engañado. Bajo la direccion de su nueva ama, los criados obedecieron, y los amigos volvieron al aspecto de la jóven. Su casa era el punto de reunion general de todos los hombres de talento, y habia furor por frecuentarla.

Una gran parte de las piezas satíricas que se habian lanzado contra Mazarino salieron del arsenal del poeta: y su encantadora esposa, cuya primera tarea era hacer obedecer á los domésticos insubordinados, y atraer á los amigos desertores, tuvo tambien que encargarse de la mas difícil: de reconciliar á su marido con la corte.

La jóven emprendió esta tarea. A pesar de su intimidad con Ninon, nadie habló mal de ella, y la misma Ninon decia cuarenta años mas tarde respecto á madama de Maintenon: «En su juventud era virtuosa por debilidad de espíritu; yo queria curarla de esto, pero ella temia demasiado á Dios.»

Esta reputacion de virtud y de belleza abrieron todas las puertas á madama de Scarron. Los marqueses de Richelieu, de Villarsceaux y de Albret se interesaron por ella, y al fin alcanzó lo que solicitaba; es decir, que su marido permaneciese en Paris. Obtenido

una vez este permiso, la casa de Scarron se hizo de nuevo, como en otro tiempo, el punto de reunion de toda la sociedad elegante.

Entre tanto todo estaba tranquilo en lo interior, excepto un punto amenazador en los Países-Bajos, donde se habia refugiado Condé; pero el coadjutor estaba preso con buena guardia en Vincennes, el pariamiento diezmando y contenido, el príncipe de Conti continuaba residiendo en sus tierras de Granges; y en fin, madama de Longueville, al ir á unirse con su marido se habia detenido en Moulins, en casa de la abadesa de las hijas, de Santa Maria, su pariente, que no era otra que la viuda de Montmorency, decapitado en Tolosa de orden del cardenal de Richelieu, y por cuya muerte tantas lágrimas habia derramado madama de Longueville. En esta morada tranquila, al pie de aquel altar donde habia llorado la enlutada viuda, madama de Longueville comenzó aquella larga vuelta hácia Dios, cuyos detalles nos ha conservado Villefort en su historia de la verdadera vida de Ana Genoveva de Borbon, duquesa de Longueville.

Durante este tiempo, el príncipe de Marillac, amante de la bella penitente, ya duque de la Rochefoucauld por la muerte de su padre y curado de la guerra civil por las dos

heridas que habia recibido, una en la primera Fronda y otra en la segunda, estaba, como hemos dicho, en convalecencia en Dampvilliers. La soledad y la pérdida de sangre habian producido un saludable efecto en el autor de las *Máximas*, y casi tan arrepentido como madama de Longueville, solo tenia el deseo de reconciliarse con la corte para concluir el matrimonio de su hijo con la señorita Roche-Guyon, única heredera de los Duplessis-Liancourt.

Con este objeto envió á Gourville á Bruselas, para pedir al principe de Condé su consentimiento á este matrimonio. Pero como Gourville se habia distinguido mucho en la Fronda, Mazarino tenia los ojos fijos en él; y sabiendo que estaba momentáneamente en Paris, juró que no saldria de esta ciudad. Gourville fue advertido del lazo, y como hombre de recursos que era, resolvió desafiar al peligro: y en el momento en que Mazarino le lanzaba su policia, le pidió una audiencia. Mazarino la concedió, y Gourville, en vez de presentarse al ministro como un culpable, lo hizo como un embajador.

En todas cosas era Mazarino hombre de talento, y comprendió que quien sabia conducirse con tanta destreza no era de despreciar. Vió todo el partido que podia sacar de

aquel intrépido agente, le hizo proposiciones, que fueron aceptadas, y al concluir la sesión ya era suyo. Esta audiencia produjo la reconciliación del duque con la corte, y la completa pacificación de la Guyena, y el 24 de julio de 1653, por mediación de Gourville, fue firmada oficialmente la paz entre el cardenal Mazarino y la ciudad de Burdeos.

Entonces fue cuando Mazarino, tranquilo en lo interior, comenzó á ocuparse seriamente del establecimiento de su familia, y puso los ojos en el príncipe de Conti para hacer de él el marido de una de sus sobrinas.

El momento estaba bien escogido: habiendo sorprendido Conti una carta de su hermano, en la cual ordenaba á sus gentes de guerra que no obedeciesen sino al conde de Marsin, se habia indispuerto con él, y nada deseaba tanto como reconciliarse con la corte. En consecuencia se buscó un hombre que tuviera la confianza del príncipe de Conti, y se pensó en Sarrasin.

Juan Francisco Sarrasin, conocido en la historia de Francia como uno de los hombres de mas talento del siglo XVII, era de origen normando. Cuando fué á Paris, iba recomendado á la señorita Pulet, que lo encontró de su gusto, y lo presentó en los salones como un hombre de buen solar, aunque su padre

no fuese otra cosa que el parásito del tesoro de Francia, Foucaut, con cuya ama de gobierno se habia desposado. Pronto tuvo ocasion de ser presentado al coadjutor, y habiéndose hecho de sus mas asiduos cortesanos, este lo recomendó al príncipe de Conti, el cual lo hizo su secretario.

Con razon ó sin ella, Sarrasin pasaba por hacer muchas cosas por dinero, y el cardenal le ofreció veinte y cinco mil libras si el negocio terminaba á su satisfaccion. Púsose al instante en campaña, y gracias á la situacion de ánimo en que el príncipe se hallaba con respecto á su hermano, experimentó menos dificultades de las que podia esperar. Conti aceptó, con la condicion de que le dejasen elegir entre las sobrinas del cardenal: consintióse en ello, y eligió á Ana-Maria Martinozzi, la cual era casi prometida del duque de Caudale, que hasta entonces se habia resistido á esta alianza, y que se sorprendió mucho al ver que un príncipe de la sangre tomase por su propia eleccion á la que él casi habia despreciado.

A consecuencia de este arreglo, resignó el príncipe todos sus beneficios en el abate de Montreuil, y fue á Paris, donde lo recibió Mazarino con muchas caricias. Algunos dias despues fue desposado en el gabinete del rey

en Fontainebleau.

Sarrasin sobrevivió poco á este enlace: los rumores de aquel tiempo dicen que no cobró ni un óbolo de los veinte y cinco mil escudos prometidos por el cardenal, y mastarde cuenta Segráis que un dia, en los frecuentes movimientos de mal humor del príncipe de Conti, á causa de su matrimonio, que le habia hecho renunciar cuarenta mil escudos de beneficios por veinte y cinco mil de renta, hirió al pobre Sarrasin con una tenaza en las sienes; y que este mal tratamiento le impresionó de tal modo, que le entró una fiebre, de la cual murió al cabo de pocos dias.

Verdad es que Tallemant des Reaux cuenta el accidente de otra manera. Según él, jamás pasó el príncipe de Conti á semejantes vias de hecho contra su secretario, sino que murió envenenado por un catalán, á cuya muger habia enamorado; y dá algun peso á esta última asercion que la muger murió de la misma enfermedad el mismo dia, y casi á la misma hora que él.

Al mismo tiempo que el príncipe de Conti se casaba con la sobrina del cardenal, el parlamento daba una sentencia, por la cual Condé, convencido de los crímenes de lesa-majestad y de felonía, y como tal decaído del nombre de Borbon, era condenado á recibir la

muerte, en la forma que tuviera por conveniente.

Mazarino entre tanto, viendo crecer á Luis XIV, y desarrollarse á cada instante en él aquel carácter que debia ser tan imperioso un día, comprendió que iba á surgir una nueva influencia, y para unirse al jóven rey separábase poco á poco de Ana de Austria, contenida por demasiados lazos para que osára quejarse públicamente de lo que llamaba ella la ingratitud italiana. Hacia quince años que reinaba por la madre, y vió que ya era tiempo de cambiar de sistema y reinar en lo sucesivo por el hijo.

Luis XIV era naturalmente inclinado al placer, y Mazarino llamó á los placeres en su auxilio. A pesar de la penuria de la corte, el invierno se pasó en fiestas y en regocijos: la princesa Luisa de Saboya se casó con el príncipe de Baden; y la ciudad de Paris dió convites. Tambien las representaciones teatrales continuaban su marcha, y Luis XIV daba los primeros síntomas de aquel gusto que despues tuvo por las letras, asistiendo á la representación de *Pertharite*, lo cual no impidió que la obra del gran Corneille fracasase. Su hermano Tomás dió dos nuevas piezas que alcanzaron buen éxito, y un jóven llamado Quinault su primera comedia, que hizo

furor.

Ademas de la compañía del palacio de Borgoña y del Petit-Bourbon, que daba sus representaciones en una galería, únicos restos del palacio del condestable, que se habia demolido, habia otras tres que recorrian las provincias.

Mademoiselle, que, á pesar de su vieja aya, sus dos damas de honor, sus loros, sus perros y sus caballos ingleses, se fastidiaba mucho en Saint-Fargeau, sostenia una de ellas.

Habia otra que habia permanecido con la corte en Poitiers, y seguidola á Saumur.

Y la tercera daba en Lyon una comedia en cinco actos, cuya fama llegaba hasta Paris: era *El Atolondrado*, de Moliere.

No solo gustaba el rey de las representaciones teatrales, sino tambien del baile. Como el palacio del Petit-Bourbon estaba cerca del Louvre, se escogió este teatro para las fiestas de la corte, y en él fue donde se dieron los famosos bailes régios que tanto ruido hicieron, y que eran ejecutados por el rey, el duque de Anjou, los señores y damas de la corte, y en fin, por los actores que habian dado consejos a los ilustres debutantes, y puesto en escena las piezas que ellos representaban, bailaban y cantaban.

Benserade, que estaba muy en boga en

esta época, obtuvo el privilegio esclusivo de componer los versos de estos bailes, y si esto no fue el origen de su reputacion, fuéolo al menos el de su fortuna.

Sin embargo, el primero de los bailes en que figuró el rey fue representado en el Palacio-Real; titulábase *La Mascarada de Cassandra*; y aunque no era mas que un ensayo, quedó el rey tan satisfecho, que al instante pidió otro mas largo que el primero, que se intituló *La Noche*, y que fue representado en el teatro del Petit-Bourbon.

En estos bailes donde Luis XIV se habituó á ser mirado como un Dios, el duque de Anjou se acostumbró á ser considerado como una diosa: su lindo rostro hacia que casi siempre le dieran papeles de muger, y de aqui tal vez nacieron los gustos que veremos desarrollarse en él, y que tanto influyeron en todo el resto de su vida.

Tambien fue en este año cuando se inventó el correo, para hacer mas frecuentes las comunicaciones entre los habitantes de Paris, invencion que fue celebrada por la música histórica de Loret.

Pronto no bastaron estos dos teatros, y fue preciso volver á abrir el del Marais. Una de las primeras piezas que se representaron en él fue *El Estudiante de Salamanca* que

tuvo un éxito prodigioso. Mas tarde se pusieron en escena los bailes titulados: *Los Proverbios*, *El tiempo*, y *Tetis y Peléo*; para este último se hizo venir una compañía de comediantes de Mantua, y el rey Luis XIV se presentó con cinco trajes diferentes: tuvo tal éxito, que se representó todo el invierno, y hasta tres veces en la misma semana.

Pero todas estas fiestas costaban mucho dinero, y el estado estaba pobre.

Recuérdese que Mazarino habia nombrado dos superintendentes: el conde Servien y el procurador general Fouquet en el cual recompensaba al abate Fouquet, su hermano, y contentaba al parlamento. Teniendo pues Mazarino necesidad de dinero, se dirigió al conde Servien, que se quedó corto: este era el momento que esperaba Fouquet. Hombre de recursos, hábil financiero y ambicioso, se levantó declarando que si querian dirigirse á él, no solo encontraria dinero para las fiestas y para la guerra, si que tambien para una ceremonia en la que no se atrevian á pensar, vista la penuria del tesoro: la ceremonia de la consagracion. Mazarino gustaba de las gentes atrevidas y emprendedoras, sobre todo cuando estas tomaban sobre sí toda la responsabilidad, y dejó carta blanca á Fouquet, que desde entonces fue el único y verdadero

superintendente de hacienda.

Al cabo de tres meses habia cumplido Fouquet todas sus promesas, y Mazarino confiaba en el audaz buscador de dinero, no solo la hacienda del estado, sino tambien el cuidado de la suya propia.

Llegó el momento fijado para la consagracion; pero entonces se asustaron del aislamiento en que el rey de Francia iba á encontrarse durante la ceremonia.

El duque de Orleans, desterrado en Blois, se negaba á salir de su destierro sin buenas condiciones, y no habia que contar con él: *Mademoiselle* no podia asistir á una ceremonia á que no concurría su padre: el príncipe de Condé, condenado á muerte, estaba á la cabeza de los españoles: el príncipe de Conti habia obtenido permiso de dejar á su muger para ir á tomar el mando del ejército del Rosellon: el coadjutor estaba preso, y diez mil franceses ilustres seguian á Condé y estaban con el cardenal de Retz. Los Montmorency, los Foix, los Tremouille y los Coligny brillaban, como se dijo despues, por su ausencia; y Mazarino, como se hace en los teatros cuando faltan los primeros actores, se decidió á llenar sus papeles con los segundos.

La ceremonia nose retardó un punto, pues, gracias á Fouquet, no faltaba lo principal,

que era el dinero. Tuvo lugar en Reims, en la forma ordinaria: al dia siguiente recibió el rey la orden del Espiritu-Santo, que en seguida confirió á su hermano, y usando del primer privilegio del ungido del Señor, tocó á los enfermos leprosos, en número de mas de tres mil.

Al otro dia salió S. M. de Reims para unirse al ejercito. Queríase arrebatár á Condé la plaza de Stenay, y el rey debia comenzar su aprendizaje militar asistiendo al asedio. Llegó á Rethel el 28 de junio, y de allí pasó á Sedan, donde visitó las líneas. Creíase en un sitio largo y mortífero, porque, segun todas las probabilidades, el señor príncipe defendería la ciudad; pero en vez de esto, despues de haber metido algunos socorros en la plaza, habia conducido todas sus fuerzas contra Arras. Stenay fue tomada, y sin duda este primer triunfo fue el que dió á Luis XIV aquella extraordinaria aficion á sitios que manifestó despues.

Reconquistada Stenay, resolvieron marchar contra los españoles. El ejército se dividió en dos cuerpos, mandados por el mariscal de la Ferté y el de Hocquincourt, estendiéndose enrededor de los españoles, prelu-diando un ataque general para el mismo dia de San Luis, con la esperanza de que, con su

doble título de abuelo del rey y patron de Francia, el héroe de Taillebourg, el peregrino de Mousourah y el mártir de Tunez, velase por la gloria de las armas francesas. Nosalieron fallidas estas piadosas esperanzas, pues los cuarteles de los españoles y lorenesees cayeron en poder de sus enemigos; pero el príncipe de Condé, que se habia recibido para el momento decisivo, se arrojó en medio de los vencedores, haciendo maravillas de valor y caballería, que no pudieron impedir sin embargo que la artillería y bagajes del enemigo cayeran en manos de los franceses, ni que se levantára el sitio de Arras, donde entró el rey algunos dias despues, y felicitó á sus tres generales por su victoria. Despues volvió á Paris, y se cantó un *Te-Deum*.

Al dia siguiente á esta ceremonia murió en la oscuridad y en el silencio el consejero Bróussel, que cinco años antes, meteoro popular, habia arrojado tanto resplandor y hecho tanto ruido.

XXVIII.

1654.—1656.—*Gondy, arzobispo de Paris.*
—*Oposicion de la corte.*—*Ofertas.*—*Negativa del cardenal de Retz.*—*Su dimision.*—*Apuros del cardenal.*—*Se evade de la prision*—*Carta del príncipe de Condé.*
—*Terror de la corte.*—*Primeros amores de Luis XIV.*—*Olimpia Mancini.*—*Pasion formal.*—*El parlamento.*—*El rey.*—*Gondyllega á Roma.*—*Nueva campaña.*—*Fiestas.*—*Cristina en Francia.*—*Muerte de madama de Mancini y de madama de Mercoeur.*—*Matrimonio de Olimpia.*—*Fin de la vida politica de Gaston de Orleans.*

Mientras que Luis XIV desempeñaba sus primeros deberes de rey y de soldado, acontecia en Francia un grave suceso.

Ya sabemos que el cardenal de Retz esta-

ba preso en Vincennes; pero habiendo muerto algunos dias despues de su arresto su tio, el arzobispo de Paris, se encontró, prisionero y todo como estaba, perfectamente habi para sucederle por su solo titulo de coadjutor.

El arzobispo de Paris murió el 24 de marzo de 1654, á las cuatro de la mañana, y á las cinco tomó posesion del arzobispado de Caumartin, portador de un poder en forma del cardenal de Retz. Tambien se presentó M. Letellier de parte del rey á las cinco y veinte minutos, pero ya era demasiado tarde.

El coadjutor era siempre temible, aun en su cárcel: habia conservado todas sus relaciones con los curas de Paris, que, en un momento dado, podian sublevar el pueblo otra vez, y con el alto clero, que, viendo atacada la inviolabilidad de la iglesia en uno de sus miembros, podia dirigir esa sublevacion. El papa, por otra parte, escribia al rey cartas sobre cartas, pidiendo la libertad del cardenal de Retz.

En Vincennes acababa de tener lugar un acontecimiento que habia redoblado la compasion del pueblo en favor del prisionero. El capitulo de Notre-Dame habia solicitado y obtenido el permiso para que uno de sus miembros se encerrase con el cardenal, y la elec-

cion habia recaído en un canónigo á quien él diera su prebenda; pero el buen hombre tenia mas adhesion que fuerza, y pronto el cautiverio alteró su salud. Retz advirtió los cambios que causaba en él la melancolía, y quiso hacerle salir, pero el canónigo se negó absolutamente á ser puesto en libertad. Algun tiempo despues fué acometido de tercianas, y al cuarto dia se degolló con una navaja de afeitar.

El rumor de esta muerte se esparció por Paris: el pueblo atribuyó el suicidio á los rigores de la prision, y redobló su interés por el cardenal.

Aconteciendo estas cosas, fue cuando murió el arzobispo de Paris.

Inmediatamente los dos grandes vicarios del cardenal, que se llamaban Paul Chevalier y Nicolás Ladvocat, subieron al púlpito y fulminaron, en nombre del prisionero, las bulas mas incendiarias. Con estas bulas acreció el celo de los curas; los amigos del cardenal atizaron el fuego, y apareció un librito que invitaba á todos los curas de Paris á cerrar sus iglesias.

Esto era una especie de excomunion, tanto mas temible, quanto que no venia solamente del gefe de la iglesia, sino de la iglesia entera.

El cardenal Mazarino tuvo miedo, y negoció: era preciso obtener del cardenal de Retz su dimision del arzobispado de Paris, y ensayó primero la amenaza.

El capitan de guardias M. de Navailles, fué quien vió al prisionero, y quien le dirigió, dice este, un discurso que parecia venir mas bien de un agá de genizaros que de un oficial del rey cristianísimo; pero el cardenal estaba aguerrido contra las amenazas, y dijo a Navailles que daria su respuesta por escrito. En efecto, aquella misma noche la redactó, y no solo la envió al rey al dia siguiente, sino tambien á sus amigos, que la imprimieron y repartieron por Paris.

Esta respuesta produjo el mas grande efecto. Mientras se preparaban nuevos medios, el mismo Pradelle, que habia recibido orden de arrestar al cardenal, fué á verlo, y le pintó las ventajas de renunciar el arzobispado, volviendo á la libertad y á las gracias del rey: nada obtuvo Pradelle; pero al retirarse ordenó que se dulcificase todo lo posible el cautiverio del cardenal.

Este vió entrar en su cárcel algun tiempo despues al presidente Bellievre, cuya visita le habian prevenido la vispera sus amigos, y que el cardenal esperaba con mas impaciencia que temor, porque en tiempos de la Fronda habia

tenido grandes relaciones con el negociador que le enviaban, y sabia que en el fondo era enemigo de Mazarino.

— Señor cardenal, le dijo, despues de haberlo saludado: soy enviado del primer ministro para deciros que se os ofrecen las abadías de Saint-Lucien de Beauvais, de Saint-Medard de Soissons, de Saint-Germain de Auxerre, de Saint-Martin de Pontoise, de Saint-Aubin de Auge, de Barbeau y de Oviau, si quereis hacer dimision del arzobispado de París.

Y viendo que el cardenal le miraba con sorpresa, continuó:

— Esperad: hasta aqui os he hablado como un embajador de buena fé; pero desde este momento voy á burlarme con vos de ese siciliano, bastante tonto para emplearme en una proposicion de esta especie.

— ¡Ah! ya comprendo, respondió el cardenal, falta el capítulo de seguridades.

— Justamente; y hé ahí de lo que os será imposible entenderos con Mazarino.

— No importa, veamos lo que pide.

— Pide que deis en caucion á doce de vuestros amigos.

— ¡Y los designa?

— Sin duda; son M. de Retz, de Brissac, de Montresor, de Caumartin, de Hacquevi-

lie.....

El cardenal hizo un movimiento.

—Sí, continuó el presidente, pero dejadme hablar hasta el fin, porque no quiero que ni un instante me creais capaz de suponer que accederiais á semejantes proposiciones.

—Pues entonces, ¿para qué habeis venido?

—Para deciros que vuestros amigos están convencidos de que debéis manteneros firme para que la corte os ponga en libertad. ¡Pues bien! todos se engañan: Mazarino, creyendo que aceptareis lo que se os propone; vuestros amigos, creyendo que os bastará manteneros firme. Mazarino se contentaria con vuestra simple dimision, pero la reina se desespera á la idea de que salgais de la cárcel. Lellier dice que es preciso que el cardenal haya perdido el seso cuando piensa en soltaros teniéndos agarrado; el abate Fouquet está furioso, y Servien solo se ha adherido al parecer del ministro, porque ese parecer es opuesto al de sus cofrades. Conque reasumamos: vuestra lucha como arzobispo producirá un levantamiento, y nada mas; el anuncio amenazará, pero no pasará de ahí; los curas harán demostraciones que no serán oidas; el pueblo gritará tal vez, pero está muy cansado de agitaciones civiles, y de segu-

no no tomará las armas. De modo que yo no veo para vos en todo esto mas sino que os trasladarán al Havre ó á Brest, y que allí estareis á la completa disposicion de vuestros enemigos.

—¿Creeis al cardenal capaz de hacerme envenenar? preguntó Retz con una tranquilidad que indicaba que no se detenia por primera vez en semejante suposicion.

—No, respondió el presidente; yo sé que Mazarino no es sanguinario, pero me asusta lo que he sabido de vuestros amigos.

—¿Qué habeis sabido?

—Que Navailles os habia dicho que estaba resuelto á ir de prisa en este negocio, y que muy bien se podian seguir los ejemplos dados en naciones vecinas.

—Pero, en fin, dijo el cardenal; ¿no me pedis que haga dimision?

—No: yo os pregunto, como á escelente casuista que sois, si os creeis obligado por una dimision firmada en el castillo de Vincennes.

—Ni lo mas mínimo, respondió el cardenal, con que haced porque se contenten con eso, y que no me pidan canciones.

—¿Y si consiguieran que no os exigiesen esas canciones?

—¡Oh! entonces firmaria al instante.

—¡Bien! dijo el presidente; lo demas es

cosa mia. Manteneos firme, y rehusad todo lo que no sea vuestra dimision pura y simple.

Retz se comprometió á seguir este consejo, y el presidente salió del aposento con un semblante de los mas tristes.

En la puerta encontró á Pradelle, que le preguntó:

—¿Qué tenemos?

—¡Qué tenemos! Estoy desesperado.

—¿Rehusa? dijo Pradelle.

—Sí, pero no es el arzobispado lo que le contiene, y en cualquiera otra circunstancia supongo que haria fácilmente dimision; pero en esto cree herido su honor, y esa proposicion de que dé canciones no la consentirá jamás; así es que no quiero mezclarme mas en esto, pues nada hay ya que hacer.

Al dia siguiente volvió el presidente Bellievre. Mazarino, que temia los tumultos, porque queria consagrar tranquilamente al rey, y disponer en seguida todas sus fuerzas contra Condé, consintió en un término medio que lo conciliaba todo. En cambio de las siete abadías ofrecidas, el cardenal haria dimision; pero hasta el momento en que la aceptase el papa, quedaria prisionero en Nantes bajo la custodia del mariscal de la Meilleraye, á quien el coadjutor casi habia salva-

do la vida en la época de los tumultos ocurridos con motivo del arresto del consejero Broussel. En todo caso, y sucediere lo que quiera de la dimision, el mariscal de la Meilleraye, por autorizacion del rey, daba promesa escrita á Bellievre de que el cardenal de Retz no podria ser jamás entregado en manos de S. M.

Era tan hermosa la proposicion, sobre todo con las restricciones mentales que contaba emplear el cardenal de Retz, que no queria creer en lo que le referia el negociador; pero sacó del bolsillo la promesa del mariscal, y entonces quedó convencido.

En virtud de estos compromisos salió el cardenal de Vincennes con una escolta de caballos ligeros, de mosqueteros y de guardias de su eminencia.

El presidente Bellievre acompañó al preso hasta Port-à-l'Anglais, donde se despidió para volver á Paris, mientras que el cardenal continuaba su camino hácia Nantes, donde quedó solo el prisionero, bajo la vigilancia del mariscal de la Meilleraye.

El príncipe de Condé supo en Bruselas la salida del cardenal, y juzgó llegado el momento de reconciliarse con él. En consecuencia escribió al marqués de Noirmontiers, que era uno de los mas íntimos amigos de Gondy,

una carta de felicitacion para este.

Mientras que Gondy disfrutaba de la benignidad de su nuevo carcelero en el castillo de Nantes, llegó la noticia esperada con tanta impaciencia de Roma: el papa rehusaba aprobar la dimision del cardenal.

Esta negativa contrarió mucho al prisionero, que, en virtud de sus restricciones mentales, pensaba que el consentimiento del papa no validaba una dimision firmada entre los cuatro muros de una cárcel: pero, segun parecia, el papa pensaba de otro modo.

El cardenal envió á Roma á uno de sus aliados, llamado Malclair, para determinar á su santidad á que firmase en blanco las bulas que debian darle un sucesor.

El papa respondió á Malclair que sabia muy bien que su consentimiento no validaria una dimision arrancada por la fuerza; pero que tambien seria un deshonor para él que se dijese habia ratificado una renuncia firmada en una cárcel.

Esta doble respuesta inquietó mucho al cardenal de Retz. Conocia al mariscal de la Meilleraye, que era un hombre educado en la escuela de Richelieu; es decir, en la de la obediencia; que detestaba á Mazarino, pero que temblaba delante de él. Recibidas estas noticias, al instante conoció el prisionero

cierto cambio en las maneras de su guardian, el cual le declaró terminantemente que su demanda de ratificación había sido una comedia convenida entre él y el papa, que no la ratificaría de ningún modo. El cardenal quiso protestar, pero el mariscal no oyó nada, y persistió en su creencia de que las cosas habían pasado como él decía.

Desde entonces fue visible para el prisionero que, á pesar de su promesa escrita, el mariscal solo buscaba un pretesto plausible para entregarlo en manos de la corte.

Un viaje que el mariscal hizo algunos días después al fuerte de Brest, y la marcha de su esposa, afirmaron mas y mas sus sospechas.

Confirmáronse estas por una carta de Montresor, que una señora de la ciudad deslizó en manos de Gondy al hacerle una visita, y que contenía estas palabras: «Si no os salvais, debeis ser conducido á Brest á fines de este mes.»

Este bill-te no estaba firmado, pero el cardenal conoció la letra, y resolvió aprovecharse del aviso, aunque la cosa no era fácil, porque M. de la Meillera ye se había hecho mas desconfiado que nunca. Al instante pensó en su amigo Brissac, y este prometió ayudarle con todo su poder; y como tenía la costumbre cuando viajaba de llevar muchas mulas para

sus equipajes, se convino en que el cardenal se meteria en un cofre, que tendria agujeros para poder respirar, y que cuando Brissac marchase, se cargaria con los otros en las caballerias.

El cofre estaba preparado, y segun el cardenal, no ofrecia el menor peligro, cuando, con gran sorpresa suya, Brissac se negó de repente á auxiliar la fuga, diciendo que el cardenal se ahogaria dentro del cofre, y que siendo él recibido en casa de M. de la Meilleraye, seria violar todas las leyes de la hospitalidad el robarle su prisionero. Gondy quiso insistir, pero Brissac se mantuvo firme, y dijo que no le secundaria hasta que estuviese fuera del castillo.

Preciso fue buscar otro medio, y el cardenal se puso á ello con todo el ardor de un hombre encarcelado hacia dos años.

El prisionero iba á pasearse algunas veces á una especie de jardin colocado en un torreón, cuyo pie bañaba el Loira, y como era el mes de agosto, habia notado que al bajar el rio dejaba un espacio vacio al pie de la torre.

Aquí levantó el cardenal su plano de evasion, y con la cifra que tenia para corresponderse con el presidente Bellievre, le anunció que se salvaria el 8 de agosto.

Un caballero adicto al cardenal debía encontrarse á las cinco de la mañana al pie de la torre con el escudero del duque de Brissac y otros dos amigos: el caballero se llamaba Boisguerin, y el escudero, Ralde; el duque y el caballero de Sevigné debían esperar al fugitivo en un buque.

El proyecto del cardenal, una vez fuera de la prisión, era aprovecharse de la ausencia del rey y de toda la corte, que estaba en el ejército, para marchar sobre la capital y apoderarse de ella. Por audaz que parezca este proyecto, no lo sería sin duda, cuando, comunicado al presidente Bellievre, lo aprobó en todas sus partes. El día 8 salió el cardenal á pasearse, según costumbre, y, según costumbre también, el vigilante, que no lo perdía de vista, fue á colocarse en su puesto en el terrado. El ayuda de cámara del cardenal tenía el encargo de entretener á los centinelas dándoles de beber.

El cardenal comenzó por mirar á todas partes: un fraile dominico se bañaba en el Loira; dos pajes hacían lo mismo cien pasos más lejos, y acercándose al parapeto, vió á sus cuatro hombres al pie de la torre, con el pretexto de dar de beber á los caballos.

El médico del cardenal debía haber ocul-

tado en un bosquecillo del jardín una cuerda enrollada á un palo; el preso debía atar un extremo de la cuerda á una almena y deslizarse por ella, con los pies puestos sobre el palo.

Gondy rebuscó en el bosquecillo, y encontró la cuerda.

En este momento se estremeció porque se oyeron grandes gritos por la parte del río: era el dominico, que, sin saber nadar, se había alejado un poco y se estaba ahogando.

Entonces pensó que era bueno el momento, y se deslizó por la cuerda.

Pero lo vió un centinela, y le apuntó.

— ¡Holá! exclamó el cardenal; si tiras haré que te ahorquen.

El soldado creyó que el preso se evadía de acuerdo con M. de la Meilleraye, y no chistó.

Los dos pajes, que veían al cardenal balanceándose en la cuerda, gritaban como rabiosos; pero creyó que lo hacían pidiendo socorro para el fraile que se ahogaba, y nadie puso atención en el fugitivo.

El cardenal tocó en tierra sin accidente alguno, montó á caballo en compañía de sus caballeros, y salieron al galope por el camino de Mauve.

Al llegar á una de las últimas calles de la

ciudad vieron á dos guardias, y aunque parecian no saber nada aun, Boisguerin gritó al cardenal que amartillase una pistola, recomendacion que no era preciso hacer dos veces al belicoso prelado. En este momento se asustó el caballo que montaba, y saltándole los pies, tiró al cardenal contra el marco de una puerta, estropeándole un hombro. Al instante lo levantaron y volvieron á subir al caballo, y sufriendo dolores atroces, continuó el camino tirándose de vez en cuando de los cabellos para no desmayarse. Al fin llegaron al lugar donde esperaban al duque de Brissac y Sevigné; pero al poner el pie en el barco se desmayó el cardenal. Atravesado el rio, le fue imposible montar á caballo, y los que le acompañaban buscaron un lugar donde ocultarlo, lo cual se verificó en un molino de heno. Brissac y Sevigné salieron para Beaupreau con el designio de reunir la nobleza y volver á sacar al cardenal de su escondite.

La noticia de la evasion del cardenal llegó á Paris el dia 13, y á Arras, donde estaba el príncipe de Condé, el 18. Apenas lo supo este, escribió á M. de Noirmontiers, atestigüándole su satisfaccion por la fuga del cardenal de Retz.

Entre tanto M. y madama de Brissac habian trasladado á este á Beaupreau, reuniéndose

al instante doscientos caballeros del país, á los cuales se unió Enrique de Gondy, duque de Retz, con otros trescientos.

Grande fue el miedo en Paris: el canceller Segulier y Servien, que habian propuesto el envenenamiento del cardenal, solo pensaban ya en ponerse en salvo; pero casi al mismo tiempo supieron que el fugitivo se habia deslocado un hombro, y que en vez de marchar á Paris habia tenido que trasladarse á Machecoal, y se contentaron con escribir al rey, que dió orden de prender al cardenal en cualquiera parte en que se le hallase.

El rey volvió á Paris, donde comenzaron de nuevo las fiestas interrumpidas un momento por las pompas de la consagracion y las aventuras de la guerra, fiestas cuyas reinas eran las Mancini, las Martinozzi, las Beauvron, las Mortemart y madama de Sevigné, ya conocida por su belleza, y que empezaba á serlo por sus cartas.

Luis XIV habia distinguido ya á tres mugeres en sus inclinaciones infantiles.

La primera fue madama de Frontenac, aquella mariscalda de campo de *Mademoiselle*, que habia hecho con ella la campaña de Orleans y la de Paris. *Mademoiselle* consigna este primer amor en sus memorias.

El segundo fue la duquesa de Chatillon.

Esta vez entró el rey en rivalidad con el duque de Nemours y el gran Condé, y fracasó, mas bien por su propia timidez, que por la virtud de la dama: con este motivo se compusieron coplas que se cantaban por las calles.

El tercero fue la señorita de Heudecourt; y en el intervalo de este último, una complaciente directora, si se han de creer los rumores del tiempo, se habia encargado de completar la educación del rey, añadiendo una poca de práctica á toda la teoría que podia tener un jóven de quince ó diez y seis años. Esta directora era madama de Beauvais, camarista de la reina; pero pronto se advirtió que todos sus primeros amores platónicos y materiales comenzaban á extinguirse ante otro nuevo, mas sério, y sobre todo mas inesperado que los precedentes.

El rey estaba enamorado de Olimpia Mancini, sobrina del cardenal.

En poco tiempo hizo esta pasión bastantes grandes progresos para que se hablase de ella con inquietud á Ana de Austria. Pero jamás respondió la reina á todo lo que le dijeron sobre este punto sino con una sonrisa de incredulidad.

Sin embargo, Luis XIV parecia abandonarse á ese amor con toda la pasión de su edad y esta inclinacion, en ausencia de Made-

moiselle y de madama de Longueville, casi hacia de Olimpia la reina de la corte. Habia adquirido el rey tal costumbre de hacer todos los honores á las sobrinas del cardenal, que una noche que la reina daba un baile en su cuarto, y habia convidado á la reina de Inglaterra y á su hija, que comenzaba á salir de la infancia, el rey fué á sacar á bailar á madama de Mercoeur, á pesar de que estuviesen allí las dos princesas; pero Ana de Austria, severa observadora de las leyes de la etiqueta, se levantó y ordenó al rey en voz baja que fuése á sacar al baile á Mlle. Enriqueta. No se escapó esto á la penetracion de la reina de Inglaterra, que, acercándose á Ana de Austria, le dijo que su hija tenia un pie malo y no podia bailar; pero la reina respondió que si la princesa no bailaba el rey no bailaria tampoco; de suerte que para no dar escándalo, la reina de Inglaterra permitió que su hija aceptase la tardia invitacion que se la hiciera.

Despues del baile, la reina echó una severa reprimenda al joven rey; pero este respondió muy resueltamente que ya estaba en edad de ocuparse de las jóvenes, y no de las niñas.

Y sin embargo, esta niña era de quien habia de enamorarse seis ó siete años mas tar-

de, de tal modo, que solo pudo distraerle de ese amor la señorita de la Valliere.

En el momento en que Luis XIV se hacia hombre, y ensayaba hacerse rey, el parlamento quiso dar señales de existencia, resistiéndose á registrar algunos edictos propuestos por Fouquet, que suministraba ámpliamente para el tujo real de Luis XIV y para las ávidas exigencias del primer ministro.

El rey envió una orden al parlamento para que se reuniese á la mañana siguiente.

Esta orden desorganizaba una soberbia partida de caza, y toda la corte hizo al rey demostraciones sobre el asunto; pero Luis XIV tranquilizó á todos los que le rodeaban, asegurándoles que su presencia en el parlamento no impediría la partida de caza.

En efecto, el 10 de abril á las nueve y media de la mañana, vieron con gran sorpresa los diputados del parlamento llegar al rey en traje de caza, y seguido de toda la corte, vestida del mismo modo. «En este traje inusitado, dice el marques de Montglat, oyó la misa, tomó su puesto con el ceremonial de costumbre, y con un látigo en la mano declaró al parlamento que en lo sucesivo queria que sus discursos fuesen registrados y no discutidos, amenazando en caso contrario, de volver á poner en todo buen orden.»

Este golpe de estado debia producir una revuelta general, ó una obediencia pasiva; pero el parlamento comprendió su debilidad, y obedeció.

Este fue el último suspiro de la Fronda espirante, debido en gran parte á la ausencia del cardenal de Retz, que retenido primero por su herida en Machecoul, y perseguido luego por las tropas del mariscal de la Meilleraye, se habia embarcado, abordado á España, y despues de atravesar la península, llegado á Roma precisamente á tiempo para asistir al entierro de Inocencio X, su protector.

Por el mismo tiempo casó Mazarino á su sobrina Laura Martinozzi, hermana de la princesa de Conti, con el hijo primogénito del duque de Módena.

Luego se supo en Paris la victoria alcanzada por el mariscal de Turena, haciendo capitular á Landrecies, y el rey resolvió tomar parte en la campaña. Reunido el ejército, y despues de varias operaciones sin resultado, puso sitio á la ciudad de Condé, la misma que daba su nombre al príncipe rebelde, y la tomó en tres dias.

Verdad es que entre tanto no se dormia el príncipe de Condé, y derrotaba al conde Busy-Rabutin, que se dispersó abandonando á



los españoles el estandarte flordelisa lo del rey, que Condé le envió galantemente; pero Luis XIV era demasiado orgulloso para aceptar tales presentes, y se lo devolvió, haciéndole decir que tales trofeos eran raros en España, y que no quería privarle de aquel.

Pocos días despues tomaba el rey á Saint-Cuilain, y volvía á Paris dejando á sus generales que fortificasen las cuatro plazas conquistadas.

Nuevas fiestas esperaban al jóven vencedor, en las cuales siempre era la reina Olimpia Mancini. Entonces fue cuando el rey, por mas honrar á esta, quiso celebrar un torneo.

«El rey, dice madama de Motteville, que amaba á la señorita Mancini, unas veces mas y otras menos, quiso dar, para divertirse, una célebre carrera de sortijas, que tuviese relacion con la antigua caballeria.»

En consecuencia, dividió su corte en tres tropas de á ocho caballeros cada una, se puso á la cábeza de la primera, nombró al duque de Guisa jefe de la segunda, y al duque de Caudale de la tercera.

Los colores del rey eran encarnado y blanco.

Los del duque de Guisa azul y blanco.

Y los del duque de Caudale verde y blanco

tambien.

Los jefes y caballeros llevaban un vestido á la romana, con un casco dorado cubierto de multitud de plumas, y las tres compañías pasaron en el mejor órden por debajo de los balcones del Palacio-Real.

Pajes y escuderos iban admirablemente vestidos con los colores de sus respectivos jefes: el escudo del rey, que llevaba uno de estos, tenia por divisa las palabras: *Ne pieu ne pari*; el del duque de Guisa tenia pintado un fénix consumiéndose en una hoguera, y encima el sol que debia reanimarlo, con este lema en español: *¿Qué importa que los maten si resucitan?* Por último, el del duque de Caudale llevaba pintada una maza de armas, con esta inscripcion, que sin duda se referia á las empresas que Hércules llevó á cabo con la suya: *Esta puede colocarme entre los astros.*

Bien se comprenderá que, ya por destreza personal, ya por complacencia de sus rivales, todos los honores de esta jornada fueron para el rey Luis XIV.

Terminado el torneo, el rey y toda la corte fueron á pasar el verano á Compiègne.

Entonces fué cuando se supo que la reina Cristina, aquella hija de Gustavo Adolfo, de la que se habian oido contar cosas estrordi-

narias, llegaba á Francia, despues de haber adjurado en Roma en manos del papa. El rey le envió al duque de Guisa, y la reina á Comminges, para recibirla á la entrada de sus estados, y todo el mundo tenia los ojos vueltos hácia la Italia. cuando se recibió una carta del duque de Guisa, en la cual hacia una pintura muy exacta de la ilustre viagera, y exitó mas y mas la curiosidad general.

El conocimiento de Cristina en las cosas de la corte era extraordinario; asi es que cuando el duque de Guisa se nombró, la reina, riendo, le pidió noticias de la abadesa de Beauvais, de madama de Bossut y de la señorita de Pons. Esa carta, que, como un prospecto, precedia algun tiempo á la ilustre estrangera, no hizo mas que redoblar el deseo que todos tenian de verla.

El 8 de setiembre de 1656 entró en Paris escoltada por dos filas de vecinos armados que habian salido en buen orden á recibirla. Atravesando una multitud inmensa llegó al Louvre, y fue alojada en el departamento donde estaban los tapices de Scipion y el magnífico lecho que el cardenal de Richelieu, moribundo, habia legado al difunto rey.

Cristina era encantadora para aquellos á quienes queria agradar. Todos admiraban su ciencia, la viveza de su carácter y las cosas

particulares que sabia de la Francia. No solo conocia las genealogías y blasones de las principales familias, sino tambien los detalles de intrigas y galanterias, y los nombres de los aficionados á pintura y música. Cuando vió al marqués de Sourdis, le hizo el catálogo de los cuadros que tenia en su gabinete y en la Saint-Chapelle, quiso ver un ágata de gran valor, que debia encontrarse allí, y tanto insistió, que al fin se averiguó que en el reinado del último rey se habia trasladado la misma ágata á Saint-Denis.

— Despues de haber estado Cristina muchos dias en Compiègne con la corte, volvió á París, é hizo en él una visita que escandalizó á todo el mundo. Llena de curiosidad por los elogios que el mariscal de Abret le habia hecho de Ninon, quiso absolutamente verla; permanecié dos horas con ella, y la dejó dándole todas las pruebas de amistad posibles.

— Despues de lo cual, dice Madama de Motteville, aquella amazona sueca tomó carrozas de alquiler, que el rey le hizo dar, y dinero para pagarlas, y se marchó seguida de su miserable séquito, sin tren, sin grandeza, sin vajilla y sin ningun carácter real.

— Hacia este mismo tiempo perdió el cardenal á su hermana, madama de Mancini, y á su sobrina madama de Mercœur.

Desde que cayó enferma madama de Mancini, se consideró perdida, pues su marido, que era un gran astrólogo, predijo su propia muerte, la de su hijo, que fue muerto en el combate de la puerta de Saint-Antoine y por último, la de su esposa que debia sobrevivirle á la edad de cuarenta y dos años. Asi sucedio: su hermano el cardenal le asistió en su lecho de muerte, y espiró recomendándole á sus dos últimas hijas, Maria y Hortensia.

Madama de Mercoeur acababa de alumbrar muy felizmente, cuando de pronto se le invadió la mitad del cuerpo de parálisis, y perdió el uso de la palabra: su tio nose inquietó mucho al principio, porque los médicos respondieron de la enferma; pero al salir de un baile donde habia estado el rey, le dijeron que su sobrina estaba peor, y corrió al instante al palacio de Vendome, donde encontró á la pobre duquesa que se moria, y que, privada del movimiento y de la palabra, solo pudo sonreirle.

Dejaba en la cuna al duque de Vendome, que, cuarenta años mas tarde, debia salvar la monarquía de Luis XIV.

A fines de este mismo año, viendo Olimpia Mancini que el amor del rey, que habia durado cerca de dos no podia tener para ella

ningun resultado ventajoso, consintió en la alianza que se le proponia, y se casó con el príncipe Eugenio, hijo del príncipe Tomas de Saboya, que tomó el nombre de conde de Soissons, por ser su madre, madama de Carignan, hija del famoso conde de Soissons, y hermana del último conde de este nombre, que la habia dejado heredera de esta ilustre casa, que es una rama de la de Borbon. Ya hemos dicho que ella fue madre de aquel famoso príncipe Eugenio que puso á la monarquía de Luis XIV á dos dedos de su pérdida.

El año acabó con estas muertes y este matrimonio.



— 22 —
XXIX.

1656.—1658.—*María de Mancini* — *La señorita de la Motte*. — *Celos*. — *Una distraccion régia*. — *La jóven jardinera*. — *Vuelta de María de Mancini*. — *Proyectos de matrimonio*. — *Las señoritas de Orleans*. — *Enriqueta de Inglaterra*. — *La princesa de Portugal* — *Margarita de Saboya*. — *La infanta María Teresa*. — *Cristina en Fontainebleau*. — *Fiestas*. — *Esperanzas de Mazarino*. — *Oposicion de Ana de Austria* — *Traicion y castigo del mariscal de Hocquincourt*. — *Campana del rey*. — *Enfermedad*. — *Precauciones del cardenal*. — *Viaje á Lyon*. — *Entrevista de las cortes de Franeia y Saboya*. — *El aya somnámbula*. — *Conducta del rey de España*. — *Ofrece la infanta á Mazarino*.

El cardenal no habia olvidado la recomen-

dacion de su hermana moribunda con respecto á Maria y Hortensia Mancinini, ó mas bien, deseoso de adherirse al rey por todos los medios posibles, esperó que lo ocuparia una de estas dos jóvenes, como lo habia ocupado Olimpia.

No se engañaba el previsor ministro; é habia contado con Hortensia; pero, con gran sorpresa suya, Maria fue la que llevó á cabo la obra de su prevision.

Maria tenia uno ó dos años menos que el rey, y era mas bien fea que bonita: su elevada estatura podia llegar á ser agradable; mas por el momento estaba tan delgada, y sus brazos y su cuello parecian tan largos y descarnados, que su estatura parecia mas un defecto que una perfeccion. Era morena, ó mas bien amarilla, y aunque sus ojos eran grandes y negros, parecian de poca expresion; asi como su boca, que aun cuando tenia dientes magníficos, era grande y de mala forma. De aqui resultó que al principio salieron fallidas las esperanzas del ministro, y que el rey apenas pusiese atencion en Maria y en su hermana.

Ademas se hallaba preocupado en este momento con otra pasion, que tenia por objeto una doncella de honor de la reina, que se llamaba la señorita de la Motte de Arger-

court; esta jóven no era de sorprendente belleza, ni de talento extraordinario, pero toda su fisonomía era amable y graciosa; su cútis no era muy delicado ni muy blanco, pero sus ojos azules y sus blondos cabellos producian una mezcla de dulzura y de viveza, de la que era muy difícil defenderse. La reina se inquietó mucho por esta pasión, y una noche que el rey habia hablado mucho con la señorita de Argencourt, le llamó aparte, y le echó una reprimenda tan séria, que el rey obedeció, declarando á la jóven sus sentimientos en la primera ocasion que tuvo; y como esta le objetase con la rigidez de la reina, él le recordó que era rey, y le prometió, si queria corresponder á su amor, mantenerse firme con su madre. Pero la jóven, que en aquel momento tenia un amante, que unos dicen era M. de Chamarante, ayuda de cámara del rey, á quien llamaban en la corte el bello Chamarante, y otros el marqués de Richelieu, que se habia casado con la hija de madama Beauvais, rehusó entrar en esta conspiracion, ya porque temiese á su amante, ya porque con su negativa tratase de picar los deseos del rey. Desgraciadamente Luis XIV, que para ser rey ignoraba los manejos de la coquetería, recurrió á su madre, como hacia en sus penas infantiles, se lo contó todo, y hasta la ofreció

alejarse del objeto de su amor. Mazarino ayudó á la reina y ofrecieron al rey un retiro: Luis aceptó, y huyó á Vincennes, como mas tarde debia huir la Valliere á Chaillot, oró, se confesó, comulgó, y reapareció despues de una ausencia de ocho dias, creyéndose ya curado.

Luis volvió en efecto frio y reservado, evitando todas las ocasiones de encontrarse con la señorita de Argencourt; pero desgraciadamente dos ó tres dias despues de su vuelta, habiendo un baile en palacio y disponiéndose ya el rey para hacer los honores, entró la señorita de la Motte. Hermosa con su tocado, y tal vez tambien con su despecho, se acercó al jóven monarca en medio de las miradas de toda la corte, y le suplicó que bailase con ella. Luis se puso muy pálido, y dejó caer en la de la señorita una mano que estuvo temblando todo el tiempo que duró la contradanza. Desde entonces creyó segura su victoria la de la Motte, y aquella misma noche dió parte á sus compañeras de las esperanzas que fundaba en la emocion del rey, emocion que, por otra parte, habia advertido todo el concurso.

El peligro era urgente, y Mazarino creyó que ya era tiempo de intervenir. Pero no llamó en su auxilio, como habia hecho la reina, á la piedad y á la religion, sino á los celos y

al desden: su policia le habia hecho saber la intriga, ó tal vez la doble intriga de la señorita de la Motte. Una carta interceptada ó comprada, que era de letra de la señorita, no dejaba la menor duda sobre sus relaciones con el marqués de Richelieu, y todo fué contado al rey, con las pruebas en apoyo. El orgullo hizo entonces lo que no habia hecho la persuacion, y el rey dejó de ver á la señorita de Argencourt; y como al mismo tiempo se quejó madama Beauvais de los disturbios que causaba en casa de su hija, la Motte recibió la invitacion de marchar al convento de las hijas de Santa Maria de Chaillot, donde, desengañada de sus ambiciones y de su amor, permaneció todo el resto de su vida, aunque nada le obligase á ello.

El cardenal era tan inteligente en amor como en política; sabia que nada curaba la pasion platónica como el goce material; y como se trataba de hacer perder al rey completamente el recuerdo de la bella reclusa, se le buscó una *distraccion*.

La eleccion recayó en una jardinera. ¿De dónde era? Nadie lo sabe. ¿Cómo se llamaba? Todos lo ignoran. Solo Saint-Simon habla de este amor y de una niña que fué su consecuencia, y que vivió sepultada en la oscuridad hasta la edad de diez y ocho años, que fué ca-

sada con un hidalgo de las cercanías de Versailles, llamado Laqueue, al cual confió el secreto Bontemps, ayuda de cámara de confianza del rey. Este hidalgo aceptó creyendo hacer fortuna; pero solo llegó al grado de capitán de caballería, y eso por la protección de M. de Vendome. La semejanza que la jóven tenía con el rey hizo sin duda que no se la permitiese salir de su aldea, donde murió á los treinta y siete años, envidiando la suerte de sus tres hermanas, reconocidas y tan ricamente casadas. Sus hijos se extinguieron como ella en la oscuridad.

No se había engañado Mazarino. Este pasatiempo curó completamente la pasión del rey por la señorita de la Motte, y volvió á su acostumbrada vida de placeres. Entonces fué cuando se halló frente á frente con María de Mancini, en la cual no había fijado al principio su atención.

La vista del rey, tan majestuoso y bello, había causado en la jóven un sentimiento que no era el respeto; pero al mismo tiempo había conservado tanta libertad al hablarle, que un día que paseaba con sus hermanas, habiendo visto á lo lejos un caballero que tenía el aire del rey, corrió á él gritando: — «Ah, sois vos mi pobre señor!» El caballero se volvió y Maria quedó avergonzada al ver que se había

equivocado.

Esta pasión comenzaba á hacer ruido, y hablaron al rey de ella. Luis XIV fué agradecido al sentimiento que inspiraba, y acercándose mas á la jóven, advirtlo, que si la naturaleza no habia sido pródiga en su rostro, se habia desquitado ocupándose de su ingenio. Maria de Mancini era encantadora; hablaba y cantaba agradablemente, y parecia amar á Luis XIV con todas la facultades de su corazón y de su talento.

Pero en este mismo instante se ocupaba el cardenal del suceso que mas debia desolar el amor naciente de su sobrina: del matrimonio del rey.

Presentábanse muchos partidos. Primeramente *Mademoiselle* de Orleans, que ya se llamaba la *Mademoiselle* la mayor, á causa de sus hermanas, nacidas del segundo enlace de su padre. Este matrimonio habia sido la ambicion eterna de la princesa; y cuando, señora de Orleans, Ana de Austria la habia perdido paso por esta ciudad, ella contestó á La-
 porte:—«Que me den al rey por marido, y entrego á Orleans.»

Al saber la reina esta respuesta, contestó riendo:—«¡Pues bien! pasaremos al lado de la ciudad en vez de entrar dentro; el rey no es para su nariz, aunque sea bastante

larga. Esta contestacion, aunque vulgar, era decisiva, y desde aquel momento no se volvió á hablar mas de *Mademoiselle*.

Pero luego de haber vuelto Gaston al favor, se trataba de la segunda *Mademoiselle*; es decir, de la hija segundogénita de *Monsieur*, aunque solo por aquellos que deseaban esta union, entre cuyo número nose hallaba, por desgracia, el cardenal, que no queria, haciendo reina á su hija, aumentar la importancia agonizante del hombre que tantas veces se habia declarado contra él.

Tambien estaba en la corte la princesa Enriqueta de Inglaterra, con quien el rey no quiso bailar un dia, y que cada vez se iba haciendo mas hermosa; pero nacida en las gradas de un trono que habia visto convertirse en cadalso, desterrada, pobre, sin poder, y reinando Cromwell en Inglaterra, no habia que pensar en la infeliz Enriqueta.

Por otra parte se habian recibido cartas de Comminges, que era embajador en Lisboa, donde habia una princesa casadera, cuya madre deseaba tanto que fuese reina de Francia, que habia ofrecido grandes sumas á Comminges para que decidiese á Mazatino á esta alianza. El embajador habia enviado el retrato de la princesa; pero se decia en la corte

que el retrato estaba mejor que el original, y que el rey se llevaria grandisimo chasco á la vista de este.

Tambien se ocupaban sériamente de la princesa Margarita de Saboya, sobrina de la reina de Inglaterra y prima de Enriqueta. Pero todos los que estaban enterados de este asunto sabian que las negociaciones no tenian mas tendencia que forzar al rey de España á decidirse.

La reina Ana y Mazarino siempre habian deseado por política una alianza con la casa de España; pero habia un grande impedimento. La infanta María Teresa era hija única, y por consecuencia heredera de la corona; era imposible, pues, casar á la futura reina de España con el reinante de Francia.

Mas como si todas las cualidades quisieran reunirse para la prosperidad de la monarquía, la reina de España dió á luz un hijo, por cuyo hecho quedaba la infanta como una princesa ordinaria.

Desde el dia del feliz nacimiento de este principe, Mazarino no habia quitado los ojos de la España, ó mas bien de los estados de Flandes y del Brabante, que siempre tuvo ardientes deseos de dar á la Francia.

Mientras esto pasaba, estalló en medio de la corte una noticia estraña. Cristina, la ilus-

tre viajera, habia vuelto á Francia, sin el consentimiento sin duda de Luis XIV, pues habia recibido la invitacion de detenerse en Fontainebleau, poniendo, sin embargo, á su disposicion el palacio, en el cual, sin respetar la hospitalidad régia ni las leyes francesas, habia hecho asesinar á uno de sus servidores, llamado Monaldeschi, ignorándose las causas de esta muerte.

El sentimiento de horror que causó esta noticia contra Cristina fue universal, y encontrando mal Luis XIV que otro que no él pretendiese ser rey y hacer justicia en su reino, le hizo significar su descontento por medio de Mazarino. Sin duda la carta del ministro pareció inconveniente á la reina pues le envió la respuesta siguiente:

«Monseñor Mazarino: Los que os han enterado del asunto de Monaldeschi, mi escudero, estaban muy mal informados. Encuentro muy extraño que ocupeis á tanta gente para informaros de la verdad del hecho: por loco que sea vuestro proceder, no debia sorprenderme; pero jamás habria creido que vos ni vuestro orgulloso amo me demostráseis el menor resentimiento. Sabed todos, criados y amos, grandes y pequeños, que me ha agradado obrar de ese modo; que no debo ni quie-

ro dar cuenta de mis acciones á nadie del mundo, sobre todo á fanfarrones de vuestra especie. Quiero que sepais y digais á quien quiera oirlo, que Cristina se cuida muy poco de vuestra corte, y menos todavia de vos; que para vengarme no tengo necesidad de recurrir a vuestro formidable poder: mi voluntad es una ley que debeis respetar; callaros es vuestro deber, y muchas gentes á quienes no estimo mas que á vos deberian saber lo que deben á sus iguales antes de hacer mas ruido del que conviene.

»Sabed, en fin, cardenal, que Cristina es reina en todas partes donde esté, y que en cualquier parte donde le agrade habitar, por mas soberbios que sean los hombres, valdrá mucho mas que vos y vuestros adeptos.

»Creedme, Julio, y comportáos de modo que merezcáis mi benevolencia. Dios os libre de aventurar jamás el menor propósito indiscreto sobre mi persona: aunque esté en el fin del mundo, sabré todos vuestros pasos pues tengo amigos y cortesanos en mi servicio que son tan diestros y vigilantes como los vuestros, aunque no tan bien pagados.

»CRISTINA.»

Aquel medio, por violento que fuese, salió bien á Cristina, y despues de haber pasa-

do otros dos meses en Fontainebleau sin verse inquietada, recibió una invitacion para el baile que debia dar el rey aquel carnaval: llegó á Paris el dia 24 de Febrero de 1658, y se hospedó en el Louvre, en las habitaciones del cardenal Mazarino.

Aquel baile se daba en obsequio de Maria de Mancini, y tenia por título el *Amor enfermo*. Como siempre, Benserade habia escrito el argumento; pero aquella vez la música era de un jóven cuyo nombre empezaba á hacerse conocido, y que se llamaba Bautista Lulli. Este jóven habia venido de Italia con el caballero de Guisa, quien lo habia dado á *Mademoiselle*, de cuyo servicio habia pasado al del rey. Además de la música que habia compuesto desempeñaba en el baile el papel de Scaramouche, alcanzando asi un doble triunfo, y á partir de aquel dia, el pequeño Bautista estuvo á la moda.

Mademoiselle asistia á aquel baile, pues hacia unos tres meses habia vuelto á la corte. La entrevista entre ella y la reina se habia verificado en Sceaux; y como mientras se celebraba hubiese llegado el rey, la reina se habia contentado con decir: — «Aqui teneis una señorita que os presento; siente mucho haber sido mala hasta el dia y será prudente en lo futuro.»

Después los dos príncipes se habían dado la mano, y todo había recobrado su pasado aspecto, como si el cañon de la Bastilla no estuviese tronando todavía.

Todo el invierno se pasó en fiestas y en mascaradas. Durante ellas el rey no dejaba á María de Mancini, de quien estaba completamente enamorado. Así aquella vez la reina se alarmaba seriamente.

En efecto, el rey no iba á parte alguna sin que María estuviese allí, ó mejor dicho, no iba sino adonde ella estaba. Jamás se presentaba á los ojos de la reina sin la señorita de Mancini, hablándola en voz baja, riéndose á carcajadas, sin contenerse por el respeto, hasta el punto de que un dia la reina le reprendió fuertemente.

Desgraciadamente el rey tenía un año mas y era mucho un año en la edad del rey; respondió con acritud que se le había tenido por largo tiempo retirado, y que ya hombre, quería ser libre.

Entonces la reina comenzó á sospechar que Mazarino abrigaba la oculta esperanza de hacer que el rey se casase con su sobrina. Olvidó sus propios lazos con el cardenal, y se irritó ante aquella audaz idea.

En efecto, como lo hemos dicho, hacia algun tiempo que el cardenal había compren-

dido que el poder pasaba insensiblemente de las manos de la reina á las del rey, y todos sus cálculos se habian dirigido á ponerse bien con este último, importándole poco estar mal con la reina. Asi, no guardaba ya con ella consideraciones, diciendo en alta voz que no tenía talento: que mostraba mas afecto á la casa de Austria que á la er. que habia entrado; que el rey, su esposo, habia tenido justas razones para aborrecerla y desconfiar de ella; que no era devota por necesidad; y por último. que solo le gustaba comer bien, cuidándose poco de todo lo demas.

Todos aquellos ataques del cardenal eran referidos á la reina, y en aquellas circunstancias la asustaban mucho: reunió por tanto secretamente á sus mas hábiles consejeros de estado y á los abogados mas célebres del parlamento, para saber si en el caso que su hijo se casase sin su consentimiento, seria válido el matrimonio. Todos unánimes digeron que no, y aconsejaron á la reina protestase de antemano contra semejante enlace. Brienne que habia conservado siempre la confianza de Ana de Austria, tuvo encargo de estender este acta importante, y prometió hacerle registrar secretamente por el parlamento en el caso en que el rey diese secretamente su mano á la sobrina del cardenal.

La reina no habia dicho al ministro ni una sola palabra de sus temores. Sorprendióse mucho por tanto cuando un dia, abordando él mismo la cuestion, habló el primero á la reina de aquel pretendido matrimonio, burlándose de la locura de su sobrina, que creia en las promesas de un rey de veinte años; pero burlándose de manera que era fácil ver que aquella gracia mas bien era una exploracion que una desaprobacion. La reina aprovechó la ocasion al instante, y despues de haber oido con frialdad al cardenal:

— Caballero, le dijo: no creo que el rey sea capaz de tal flaqueza; pero si fuese posible que abrigara semejante pensamiento, os advierto que toda la Francia se levantaria contra vos y contra él, y que yo misma me pondria al frente de la rebelion, con mi segundo hijo de la mano.

Algunos dias despues se estendió la protesta, y la mostraron al cardenal. Entonces fue cuando Mazarino, renunciando á esperanzas que talvez habia abrigado por un momento, renovó sus tentativas por la parte de España, fingiendo continuar sus negociaciones con la Saboya. En efecto, el uno y el otro de aquellos enlaces eran ventajosos: el enlace con la Saboya era un medio de continuar la guerra; el enlace con la España era un medio

de asegurar la paz.

La primavera reproducia las preocupaciones y los cuidados de la guerra, que esta vez se abrió por medio de una traicion. El mariscal de Hocquincourt, seducido por los bellos ojos de madama de Chatillon, que habia contado ya en el número de sus adoradores al rey, á M. de Nemours, y al señor príncipe, habia tratado con Condé, comprometiéndose á entregarle á Perona; pero el tratado fué conocido á tiempo, y el rey retiró su mando al mariscal.

Aquella traicion fue bien pronto castigada terriblemente: el mariscal de Hocquincourt, que se habia pasado al enemigo, habiéndose adelantado en el sitio de Dunkerque para reconocer las líneas francesas, recibió una herida mortal, y espiró manifestando el mas profundo arrepentimiento y pidiendo al rey, como única gracia, que su cadáver fuese enterrado en Notre-Dame de Liesse, súplica que le fue concedida.

Se resolvió que el rey aquel año se dirigiera al ejército antes que de costumbre; pero antes de dejar á Paris se verificó una nueva reconciliacion: era la de M. de Beaufort, quien habia mostrado en el destierro mucha firmeza y altivez, no buscando por medio de ninguna baja la amistad del mi-

nistro, queriendo además dejar un tiempo regular entre lo que habia hecho contra él y su reconciliacion. Por su parte el ministro, merced á la recomendacion del duque de Vendome, no vió en el duque de Beaufort sino al hermano del duque de Mercoeur, su sobrino, y recibiéndolo á partir desde aquel dia en el número de sus amigos, le dió el cargo de almirante.

El rey partió al dia siguiente de las fiestas de Pascua, y empezó por presentarse en persona delante de Hesdin, que acababa de revelarse; pero como no habia probabilidades de reducir la plaza, Mazarino no quiso que Luis XIV prolongase ante aquellos muros una inútil parada, humillante por lo mismo, y se resolvió que irian á Calais para trabajar en el gran designio de aquel año, que era la toma de Dunkerque, en union con los ingleses. En efecto, con objeto de intimidar á la España, Mazarino acababa de hacer una alianza con Cromwell.

Dunkerque fue tomada el 44 de junio; pero la alegría que produjo aquel suceso fue bien pronto templada por el accidente que sucedió al rey. Una fiebre escarlata le atacó el dia 22, haciendo tales progresos, que llegó á temerse por su vida. Muchas personas en aquella circunstancia mostraron al

rey su adhesión: la reina primero, que había resuelto retirarse al Val-de-Grace si el rey moría; el duque de Anjou, que no quiso separarse de él aunque la enfermedad era contagiosa, y Maria de Mancini, quien cada día esperaba noticias suyas, desesperándose porque no la permitían constituirse en guarda del enfermo.

No sucedió lo mismo con el cardenal, quien comenzó por pensar en sus intereses. Como en caso de que el rey muriese no tenía nada bueno que esperar del duque de Anjou, mandó recoger sus muebles y su plata de su casa de Paris, y todo lo hizo trasportar á Vincennes.

Al fin los médicos anunciaron que el enfermo estaba fuera de peligro, y la alegría fue grande en la corte. El rey volvió á Compiègne, luego á Fontainebleau, y después á Paris, y todos mostraron al príncipe gran placer por su mejoría. Aquella enfermedad no había hecho más que aumentar el amor de Luis XIV por Mancini; porque, como ya hemos dicho, la jóven, durante ella, le había dado todas las pruebas de adhesión que le fue posible; así la reina apresuró el viaje á Lyon.

El viaje de Lyon tenía un objeto visible y otro oculto. El visible era poner al rey en

contacto con la princesa Margarita de Saboya, de quien siempre se hablaba para reina de Francia; el oculto era apremiar á la España y á su rey á decidirse y á dar la infanta á la Francia.

La partida quedó fijada para el 25 de octubre.

En el intervalo se supo que el príncipe de Condé á su vez habia caído gravemente enfermo en Bruselas. Mazarino, acordandose entonces de una sola cosa, que Condé era príncipe de sangre real, tal vez vió con gusto abrirse aquella puerta para una reconciliacion. Se apresuró á conceder un pasaporte á Guenot, su médico, que pasaba por el mejor del mundo, y lo envió al príncipe. Guenot partió; llegó á tiempo para practicar al enfermo numerosas sangrias que le salvaron, y volvió á anunciar que el príncipe se hallaba en plena convalecencia.

Mazarino fue inmediatamente á cumplimentar á madama de Longueville, que, tocada al fin de la gracia, lejos de impulsar á su hermano á la rebelion, como en otros tiempos lo habia hecho, procuraba en aquel momento reconciliarlo con la corte, de quien, con el cardenal de Retz, era el último enemigo.

Los cortos meses que separaron el regreso del rey á su capital de su marcha á Lyon, se ocuparon en fiestas. Moliere habia obtenido un privilegio para Paris, y gracias á sus piezas, y sobre todo al actor Scaramouche, empezaba á atraer al pueblo. El pequeño Bautista continuaba haciendo representar sus primeras obras; maquinistas venidos de Italia parecian haber pasado los montes con sus varitas de encantadores, y los pascos, los placeres, el lujo, todo presagiaba la aproximacion de aquella época deslumbradora que parece inundar de un torrente de luz toda la porcion media del reinado de Luis XIV.

En el dia señalado se partio para Lyon: el 23 de noviembre llegó allí la corte de Francia, y el 28 del mismo mes la de Saboya.

Al saber la noticia de que las princesas se aproximaban, el cardenal Mazarino fue á su encuentro hasta unas dos leguas. El duque de Anjou venia detrás, quien las encontró despues de haber caminado como una legua; finalmente, el rey y la reina fueron juntos hasta una media legua.

SS. MM. iban en carroza; pero al percibir de lejos la cabalgata, el rey montó á caballo, dirigiéndose hácia el carruaje de la princesa de Saboya, á quien llamaban *Madame Real*. Cuando solo estuvo á algunos pasos, se detu-

vo la carroza, y madama Real bajó de ella con sus dos hijas; pues además de la princesa Margarita venia acompañada por su hija mayor, la princesa Luisa, viuda de su primer matrimonio. El rey echó pie á tierra, saludó á las princesas, miró fijamente á la que le estaba destinada, despues volvió á subir á caballo, y volvió bruscamente hácia el carruaje de la reina, quien preguntó como habia hallado á la princesa de Saboya.

—Pero, dijo el rey, es muy agradable, y contra la costumbre se parece á sus retratos; es un poco pequeña; pero esto no impide que sea bien formada.

Compréndese cuánto placer causarían á la reina aquellas palabras, y apresuró sus caballos, uniéndose en un momento á las princesas. Inmediatamente estas se apearon de su carruaje, y la reina hizo lo mismo. Madama Real entonces, saludando á Anade Austria, se puso casi de rodillas delante de ella, le tomó la mano, y á la fuerza se la besó con gran acatamiento. La reina por su parte la abrazó, como igualmente á las princesas sus hijas, que ambas pusieron una rodilla en tierra. Todas subieron á un mismo carruaje, y se apearon en Lyon en las habitaciones de la reina.

Lo que habia de extraño en esto era que

Maria de Mancini acompañaba á la corte, no habiéndose podido decidir el rey á separarse de ella, ó habiéndola tal vez dicho que el proyecto de enlace con la princesa Margarita no tenía nada de formal. Estaba, con sus otras hermanas, bajo la guarda de una antigua aya, que ejercía sobre las ovejas confiadas á su cuidado una vigilancia tan exacta, que muchas veces hasta se turbaba su sueño. En Lyon, sobre todo, donde las ventanas del cuarto de las señoritas de Mancini, que daban á la plaza Bellecour, eran muy bajas, no tenía un instante de reposo, hasta el punto de que la pobre muger se hizo somnámbula. Una noche entre otras, se levantó, entró en el cuarto de las dos hermanas, y dormida se aproximó á su cama, para cerciorarse de que estaban en ella. Pero sucedió que al ir tanteando metió su dedo en la boca de Maria, que dormía con los labios abiertos. Esta, sintiendo la introduccion de un cuerpo extraño, apretó maquinalmente los dientes; y como los tenía muy bellos y buenos, estuvo á pique de cortar el dedo á la pobre dueña, á quien despertó el dolor, haciéndola prorrumpir en grandes gritos. A aquellos gritos, las dos jóvenes se despertaron á su vez, y viendo á la luz de la lámpara de noche una especie de fantasma en su cuarto, se pusieron á gritar por su parte. Acudieron al

ruido, todo se esclareció, y la aventura, referida al rey al siguiente día, divirtió mucho á toda la corte.

Entre tanto la noticia del viaje que el rey debía hacer, como el motivo por qué lo emprendía, habia segun los deseos de Mazarino, llegado á Madrid y penetrado hasta el Escorial. Al saber que el rey de Francia iba á dar la mano á la princesa Margarita, el rey Felipe IV habia exclamado: — «¡Esto no puede ser, y no será!»

En su consecuencia Felipe IV llamó inmediatamente á Antonio Pimentelli, y sin darle tiempo para pedir los pasaportes por miedo de que llegase tarde, lo envió á Francia.

Ora bien: mientras que el rey, la reina, el cardenal, madama de Saboya y las dos princesas entraban por una puerta, don Antonio Pimentelli entraba por la otra, y aquella misma noche pedia una audiencia á Mazarino. Al verlo, Mazarino, que lo conocia de antiguo exclamó:

— ¡O habeis sido arrojado de España por el rey vuestro amo, ó venís á ofrecernos la infanta!

— Vengo á ofreceros la infanta, señor, dijo el embajador, y ved aqui mis plenos poderes para tratar con vos de este matrimonio.

Y diciendo esto, presentó al ministro una

carta de Felipe IV.

Aquello era lo que habia esperado Mazari-
no en sus mas bellos sueños; así, corrió al mo-
mento á la habitacion de la reina, y como la
balló sola, pensativa y melancólica:

— Buenas nuevas, señora, le dijo riéndose:
buenas nuevas.

— Qué hay? preguntó la reina: seria la
paz?

— Mejor que eso, señora, respondió el mi-
nistro, porque traigo á V. M. la paz y la in-
fanta.

Este acontecimiento sucedió el 29 de no-
viembre, llenando esta gran nueva el fin del
año de 1658.



XXX.

1659.—*Conclusion del proyecto de matrimonio con la princesa de Saboya.—Alegría del rey.—La-Fontaine, Bossuet, Racine, Boileau.—Proyecto de tratado entre la Francia y la España.—Fin de los amores del rey con Maria de Mancini.—La corte se dirige al Mediodia.—Conferencia de la isla de los Faisanes.—Tratado de los Pirineos.—Regreso de Condé.—Muerte de Gaston de Orleans.—Muerte de la última Fronda.*

Quince dias despues de haber dejado á Lyon la corte, regresaba á París. Por su parte, madama Real, con la cual la reina se habia esplicado francamente respecto á la mision de Pimentelli, volvia á Saboya, con la promesa formal de que si el rey no daba su ma-

no á la infanta, se casaria con la princesa Margarita.

En cuanto al rey, en todo esto no habia visto mas que una cosa: que su matrimonio se retrasaba, y que podia entregarse en toda libertad, no solo á los placeres que aquella época del año le ofrecia, sino tambien á su amor hácia María de Mancini, que crecia por momentos.

A su regreso, el anciano Corneille acababa de dar su Edipo, que habia sido representado por los cómicos del teatro de Borgoña, mientras que, bajo la proteccion del duque de Anjou, Moliere se instalaba en el Petit-Bourbon. Dos hombres comenzaban tambien á brillar en dos géneros diferentes, Juan de La-Fontaine y Bossuet, hablándose tambien de otros dos jóvenes que daban esperanzas, y que se llamaban, el uno Racine, y el otro Boileau.

Durante este tiempo don Antonio Pimentelli, oculto en el hotel de Mazarino, preparaba con el ministro todas las cláusulas del tratado que debia asegurar la paz á la Europa, porque en aquella época la Francia habia adquirido bastante importancia para estar mezclada en todos los grandes sucesos europeos; pero como nada podia terminarse sino por medio de una conferencia entre los ministros

de España y de Francia, se combino en celebrar una entreyista entre el cardenal y don Luis de Haro.

Fijóse el parage en la frontera de ambos reinos, debiéndose señalar ulteriormente de qué lado del rio, si habia de ser sobre la tierra de Francia ó sobre la de España.

Pero ante todas cosas Mazarino tenia un grande deber que cumplir. Hacia largo tiempo que se le acusaba, y la misma reina lo temia tambien, de que queria poner á su sobrina sobre el trono de Francia. Tal vez en el fondo era verdad, mientras el ministro no habia calculado sino las escasas ventajas que debia sacar la Francia de una union con la Saboya ó con el Portugal; pero todo habia cambiado desde que el viaje de Pimentelli habiadado cuerpo á las esperanzas que alimentaba el cardenal con respecto á la España.

Asi, en el momento de partir para las conferencias, se resolvió atacar vigorosamente el amor que el rey manifestaba á Maria de Mancini, y arrancar del corazon de los dos amantes, si no la pasion, al menos la esperanza.

No era esto cosa fácil: el imperio que habia tomado Maria era tanto mas grande, por cuanto no lo debia á su belleza, sino á su gran talento, y Luis estaba tan enamorado de él

como de sus gracias. Fácil es de concebir que acogió muy secamente á su ministro cuando este le habló de una separacion; pero el ministro no se dejó intimidar, mantúvose firme, y Luis XIV intentó entonces seducirlo, ofreciéndole casarse con su sobrina, oferta empero que no tuvo éxito.

— Señor, respondió el cardenal: si V. M. fuese capaz de semejante flaqueza, preferiria dar de puñaladas con mis propias manos á mi sobrina que prestarme á semejante matrimonio, que no seria menos contrario á la dignidad de la corona que perjudicial á la Francia; y si V. M. persistiese en este designio, le declaro que me embarcaria en un buque con mis sobrinas, y las conduciria mas allá de los mares.

Era preciso resistir abiertamente, y el rey pareció por un instante decidido á ello; pero al fin las súplicas del cardenal pudieron mas que los artificios de su sobrina. Se fijó para el 22 la partida de las jóvenes. La víspera por la noche el rey vino al cuarto de la reina, estremadamente triste y muy abatido. La reina entonces, tomando una luz que estaba sobre la mesa, pasó con él al gabinete de los baños. Ambos permanecieron allí cerca de una hora; despues salió primero el rey, los ojos llorosos; y luego salió la reina, muy

afectada, y dirigiéndose á madama de Motteville:

—El rey me ha dado lástima, la dijo; es tierno y razonable á un tiempo; pero acabo de decirle que estoy segura de que un dia me dará las gracias por el mal que le he causado.

El dia tan temido llegó al fin; la hora de la despedida vino en pos; el carruaje que debia conducir á las tres hermanas esperaba; María de Mancini entró en el cuarto del rey, y lo encontró llorando.

—¡Oh, señor, exclamó; sois rey; llorais, y yo parto!

Pero Luis XIV nada respondió á aquel llamamiento enérgico y conciso, y la jóven, sintiendo desvanecerse toda esperanza, se alejó con altivez, subió al carruaje, donde la esperaban sus dos hermanas Hortensia y Mariana, y partió para Brouage, que era el lugar escogido para su destierro.

El rey la siguió acompañando su carruaje, y permaneció en el mismo lugar, hasta que el carruaje hubo desaparecido; despues volvió á la habitacion de la reina, y un instante despues partió para Chantilly, á fin de encerrarse en la soledad con sus recuerdos y su dolor.

Cuatro dias despues el cardenal partió á su vez con un séquito de príncipe: dos arzobispos, cuatro obispos, tres mariscales de

Francia, y muchos señores de la mas alta nobleza lo acompañaban. El ministro de estado, Lyonne, debia ayudarle en sus trabajos, y don Antonio Pimentelli habia tomado la delantera para anunciar su llegada al ministro español.

La isla de los Faisanes habia sido la elegida para el lugar de la conferencia.

El mismo dia en que el cardenal llegaba á San Juan de Luz, la corte dejaba á Fontainebleau para dirigirse al Mediodia; pero el rey habia puesto una condicion á esta partida, y es que al pasar por Cognac volveria á ver á María de Mancini. La reina habia consentido en ello y la entrevista tuvo lugar, sin producir para los dos amantes mas que lágrimas. María volvió á Brouaje, y el rey continuó su camino hácia Burdeos. Las negociaciones fueron largas; habia un punto sobre el cual no se entendian: la vuelta del principe de Condé, y la reintegracion en sus bienes y honores. Despues disputaban sobre cada villa que era preciso tomar ó ceder. Mazarino, con su tenacidad y astucia italiana, hacia frente á don Luis de Haro en todas las coesiones en que este le atacaba, y aunque sintió que en aquellas vigiliias continuas y en aquellas dificiles conferencias perdia su salud, se mantuvo firme, hasta que todo se

arregló con gran ventaja de la Francia.

Aquel tratado contenia ciento veinte y cuatro artículos, que fueron propuestos, discutidos y acordados sin intervencion alguna, y solo entre los dos ministros. Estipulabase en ellas una paz firme y duradera, una alianza perpétua, la igualdad de privilegios, derechos y libertades comerciales.

La Francia guardaba de sus conquistas, por el lado de los Países-Bajos, á Arras, Bapaume, Hesdin, Lillers, Bethune, Lens, el condado de Saint-Pol, Teronanne y el Artois, menos Aire y Saint-Omea.

En Flandes obtenia Gravelines, Bousbourg y Saint Venant.

En el Luxemburgo, Thionville, Montmedy; Dampvilliers, Ivoy, Chavancy y Marville.

Abandonaba á Bergues y el Bessée, pero le daban Mariembourg, Philippeville y Avesne.

Del lado de España le cedian el Roussillon, Couflans y la parte de la Cerdagne del lado acá de los Pirineos.

El rey de España renunciaba á todos sus derechos eventuales sobre la Alsacia y demas países adquiridos por el tratado de Munster.

La Francia por su parte restituia:

En los Países-Bajos, Audenarde, Ipres,

Dixmude, Furnes, Merville, Menin, Comines, Bergues, y el Bassée.

En el condado de Borgoña, Bleteraus, Saint-Amour y Joux.

En Italia, Valenza y Mortara.

En España, Rosas, la Trinidad, Cadaqués, Toxen, la Seo de Urgel, la Bastida, Bagá, Ripol, y el condado de Cerdeña.

En cuanto al principe de Condé, habiendo manifestado su dolor por la conducta que habia observado algunos años hacia, y prometido reparar lo pasado con una entera obediencia á todos los mandatos del rey, se convenia que, despues de haber desarmado y licenciado sus tropas, volveria á Francia, siendo reintegrado en sus cargos y dignidades. Concediansese dos meses para este licenciamiento.

Finalmente; la prenda de esta union y de la buena amistad que en lo futuro debia unir á los dos reinos, era la infanta María Teresa, hija mayor del rey.

Los dos originales del tratado fueron firmados cada uno sobre la mesa de un ministro; pero el contrato de matrimonio fué firmado sobre la mesa de don Luis de Haro, para hacer honor á la prometida.

Aquel contrato] de matrimonio constituia á la infanta una suma de quinientos mil escudos de oro, pagaderos en tres plazos, median-

te lo cual renunciaba en buena y debida forma á toda otra pretension sobre las sucesiones de su padre y madre, quedando terminantemente acordado que ni ella ni sus hijos podrian heredar ninguno de los estados de S. M. C., ni aun en el caso de estincion de sus sucesores legitimos.

El matrimonio se fijó en mayo ó junio de 1660.

La corte se habia retirado á Tolosa para esperar alli el término de las negociaciones. El cardenal Mazarino vino á unirse á ella fatigoso y enfermo; habia pasado tres meses en la isla de los Faisanes; es decir, en un paraje mal sano, trabajando diez ó doce horas al dia, á pesar de la gota, de que estaba atacado. Esto no impidió que despues de haber descansado una semana partiese con el rey y la reina para pasar el invierno en Provenza.

Al mismo tiempo que la corte partia de Tolosa, el señor principe salia de Bruselas con su hijo, su esposa y su hija; en Colomiers encontró al duque y á la duquesa de Longueville. El duque de Longueville tomó entonces la delantera para ir á anunciar su arribo á la corte, donde se hallaba el principe de Conti. Al saber que su hermano estaba en Lambesc, el principe de Conti, acom-

pañado del mariscal de Grammont, fue á buscarlo, y lo condujo ante el rey y la reina, á quienes el cardenal presentó al ilustre rebelde, sin que nadie presenciase aquella entrevista. *Mademoiselle* queria quedarse; pero la reina le dijo:

—Sobrina mia, vete á dar una vuelta por palacio; el príncipe me ha pedido que nadie presenciase nuestra primera entrevista.

La princesa se retiró, manifestando al príncipe el deseo que tenia de verlo; pero este le hizo responder que no se atrevia á ir á su cuarto hasta despues de haber estado en el del duque de Anjou. El príncipe, por lo demas, aparecia en la corte como si jamás hubiese salido de ella, y el rey le hablaba familiarmente de cuanto habia hecho, tanto en Francia como en Flandes, y esto con tanto agrado, como si todo hubiese acontecido en servicio suyo.

Solo las damas notaron que se habia verificado un gran cambio en el príncipe, y como las damas de aquella época eran muy curiosas, fue preciso decirles el motivo; el príncipe les dijo que la sangre que le habia sacado Guenot en su última enfermedad le habia debilitado tanto, que apenas podia mantenerse en pie. Fue preciso que se contentasen con-

esta excusa.

Algunos dias despues del regreso del príncipe, súpose el fallecimiento de Gaston, muerto en Blois el 2 de febrero de 1660, á los cincuenta y dos años de edad, y despues de una corta enfermedad.

Hemos intentado trazar con verdad el carácter de *Monsieur*, y lo hemos seguido en todas sus tentativas de rebelion y en todas sus flaquezas que fueron su consecuencia. Todo el que tuvo confianza en él, sufrió por él; los unos el destierro, otros la prision ó la muerte. Un dia tendió su mano al príncipe de Guemenée, quien en una fiesta pública habíase subido sobre unas gradas.

— Monseñor, le dijo el príncipe: os doy gracias, tan espresivas, por cuanto soy el único de vuestros amigos á quien babeis ayudado á bajar del cadalso.

Gaston de Orleans era muy altivo, y solo se descubria delante de las señoras. Un dia, siendo aun niño, hizo arrojar al canal de Fontainebleau á un caballero que decia haberle faltado al respeto; pero la reina madre, Maria de Médicis, le obligó á pedir verdon á aquel caballero, amenazándole con los azotes.

Monsieur se quejaba siempre de su falta de educacion, y decia que esto era efecto de que

solo le habian dado por maestros un turco y un corso. El turco era M. de Breves, que habia permazecido tan largo tiempo en Constantinopla, que se habia hecho un mahometano; el corso era M. de Ornano, que asesinó en Marsella á su esposa Vanina.

Monsieur; en su juventud, habia amado mucho á una jóven de Tours, que llamaban Luisson, y le habia hecho grandes regalos; pero un dia el rey Luis XIII supo que la señorita partia sus favores entre su hermano y un caballero breton, favorito del principe, y llamado Renato de Espine. Apenas dueño de aquella mala nueva, el rey, segun costumbre, la comunico á aquel á quien podia ser mas desagradable. *Monsieur*, que hasta entonces no habia sospechado nada, corrió á casa de la dama, y le hizo confesarlo todo. Entonces volvió á palacio, y pidió consejo al rey sobre aquel negocio. El rey, que en aquella época estaba enamorado y celoso de la señorita de Hautefort, le aconsejó hiciese matar á su rival.

—Sin embargo, añadió, seria bueno consultar al cardenal.

Richelieu, á quien no gustaba que los señores se acostumbrasen á hacer asesinar á las gentes, no fué, felizmente para Renato, de la opinion del rey. Pero no puede uno huir su

suerte: desterrado de Francia el caballero, se retiró á Holanda, donde llegó á ser amante de la princesa Luisa de Bohemia. Las Luissas llevaban la desgracia al pobre Renato. El más jóven de los hermanos de la princesa, llamado Felipe, ganó á ocho ó diez ingleses para que lo asesinasen en el momento en que saliese de la casa del embajador de Francia; estos, á pesar de su resistencia, le dieron tantos golpes, que las heridas de espada se tropezaban en su cuerpo.

Gaston habia tenido de aquella Luisa lo que toda su vida habia deseado inútilmente obtener de sus dos mugeres legítimas; es decir, un hijo que le viviese; pero como á causa de Renato tenia dudas sobre su nacimiento, jamás quiso reconocerlo. Su madre, de pesar, entró en el convento de la Visitacion de Tours, dando á sus amigas toda su fortuna, y no dejando á su hijo mas que veinte mil libras, con cuya renta debian criarlo hasta que se hallase en estado de ir á hacerse matar en la guerra. En efecto, entró al servicio de los españoles, bajo el nombre de conde de Chariny; fué hecho general de los ejércitos de la costa de Granada en 1684, despues gobernador de Oran, y murió en 1692, dejando á su vez un hijo natural, que, como él, se llamó Luis.

Recordará el lector que, viudo de su primer casamiento con la señorita de Guisa, Gaston se casó secretamente con la princesa Margarita de Lorena. Sucedió esto, no solo contra los deseos del rey, sino también contra los de la familia de la princesa; por manera que tuvo que robarla una noche en Nancy, disfrazada de paje y siguiendo un carruaje con un hachon en la mano. Aconteció pues que la princesa, un poco embarazada por aquel traje y sin la experiencia de su nuevo oficio, llevaba el hachon de medio lado, visto lo cual por M. de Beauvau, que marchaba detrás de ella, le dió un soberano puntapié diciéndole:

—A la verdad que es preciso que este tunante esté borracho para que lleve así su hachon.

No volvió desde entonces á ver á la princesa sin que esta le recordase su amonestacion, y sin que él por su parte le pidiese mil perdones.

Esta buena princesa no tenia un talento muy sutil; así, cuando á la muerte de Richelieu regresó Gaston á Francia con ella, y los volvieron á casar en Meudon, rompió á llorar creyendo haber estado en pecado mortal hasta entonces. Para consolarla Monsieur, dijo entonces á su mayordomo Saint-Remy:

—¿Sabias tú que estaba casado con la princesa de Lorena?

—No, dijo este: sabia solo que todas las noches dormíais con ella; pero no sabia que os hubiéscis casado.

La muerte de Gaston de Orleans hizo, no solo poco ruido sino tambien poca sensacion; no fué sentido de su hija, con quien andaba en pleitos; no fué sentido del rey, su sobrino, quien desde que habia entrado en la edad de la razon veia en él un enemigo; no fué sentido de sus amigos, que tenian siempre que echarle en cara alguna traicion.

Ademas, todas las miradas, como todas las esperanzas, se hallaban dirigidas hácia el gran acontecimiento que debia ser consecuencia del tratado que acababan de firmar Mazarino y don Luis de Haro.

La Fronda terminaba, como las comedias de Moliere, que empezaban á estar ya muy en boga, por un casamiento. Es verdad que la Fronda solo era una tragi-comedia.

Lo que pasó tambien sin comentarios, aunque políticamente fuese un suceso de gran importancia, fué la sumision del principe de Condé. En él vivia el último tipo de esos grandes señores facciosos y turbulentos de la edad media. El triunfo de Luis XIV sobre él

fue el triunfo de la monarquía sobre el feudalismo. No eran los dos hombres que se habían hallado frente á frente; eran dos principios, y el uno de ellos quedaba destruido para siempre.



1660.—*Matrimonio de Luis XIV.—Retrato de la joven reina.—Regreso de la familia real á Paris.—Restauracion monárquica en Inglaterra.—Enfermedad de Mazarino.—Declaracion de los médicos.—Generosidad extraordinaria del moribundo.—Ultimos momentos de Mazarino.—Su muerte.—Su testamento.—Juicio sobre este ministro.*

El 3 de junio de 1660, don Luis de Haro dió su mano en nombre del rey Luis XIV, sirviéndole de padrino el obispo de Frejus, á la infanta María Teresa, hija del rey de España, Felipe IV; en la iglesia de Fuenterrabía.

El rey iba á cumplir veinte y dos años; y su muger, con corta diferencia, contaba la misma edad.

Al dia siguiente la reina madre, el rey de España y la infanta se dirigieron á la isla de la Conferencia, habiéndose adornado para aquella ocasion el pabellon que habia servido para las reuniones del cardenal Mazarino y de don Luis de Haro.

La reina llegó la primera: hallábase sola con *Monsieur*, y con las señoras de Flex y de Noailles, no permitiendo la etiqueta al jóven rey ver á la infanta antes del momento señalado.

La entrevista entre el hermano y la hermana fue grave y digna. Ana de Austria quiso abrazar al rey de España; pero este se echó tan atrás, que por mas esfuerzos que hizo la reina no pudo alcanzarle: hacia, sin embargo, mas de cuarenta y cinco años que no se habian visto.

D. Luis trajo una silla al rey, su señor, y madama de Flex otra á la reina. Coocáronse las dos sillas en medio de la linea que se habia trazado sobre el pavimento del pabellon, y que indicaba la separacion de ambos reinos: la infanta se sentó sobre dos almohadones cerca de su padre.

Despues de algunos minutos de conversacion sobre la guerra, el cardenal Mazarino interrumpió á SS. MM. para decirles estaba á la puerta un desconocido que desearia mu-

cho que la puerta, en vez de estar cerrada, estuviese entrecabierta. Ana de Austria se sonrió, y preguntó á su hermano si permitia que en favor de aquel desconocido se cometiese aquella ligera infraccion á las leyes de la etiqueta. El rey hizo signo con la cabeza de que consentia en ello, é inmediatamente los dos ministros fueron á abrir las puertas.

Fuera, y á algunos pasos, se hallaba un jóven, elegante y bello caballero, que llevaba la cabeza á los dos ministros, y que si miró con curiosidad á las personas del pabellon no fue mirado con menos curiosidad por ellas, y especialmente por la jóven reina; esta se ruborizó mucho cuando su padre, inclinándose al oido de Ana de Austria, le dijo á media voz:

— Lindo yerno.

— Señor, dijo la reina madre: ¿me permitireis preguntar á mi sobrina lo que piensa de ese desconocido?

— Aun no es tiempo, respondió el rey.

— ¿Y cuándo habrá llegado ese tiempo? insistió Ana de Austria.

— Cuando haya salido de este pabellon.

Entre tanto el duque de Anjou se inclinaba tambien al oido de la jóven reina.

— ¿Cuál es vuestra opinion, le preguntó, sobre esa puerta que mirais?

— Mi opinion, respondió ella sonriéndose, es que me parece muy bella y agradable á la vista.

En aquel momento Luis, que habia visto lo que queria, se retiró, yendo á colocarse á orillas del rio, para asistir al embarque de la infanta.

— ¡Y bien! le preguntó M. de Turena, ¿se halla satisfecho V. M. ?

— Todo lo posible, dijo el rey: al principio el espantoso traje y peinado de la infanta me han sorprendido, pero mirándola con cuidado, la he hallado muy bella, y creo me será fácil amarla.

En efecto, Maria Teresa era pequeña, pero bien formada, fijando desde luego las miradas por un cutis de estremada blancura; despues, cuando se pasaba á los pormenores del semblante, se reconocia que tenia bellos ojos azules, brillantes y dulces á un tiempo, carrillos un poco fuertes, pero frescos; lábios un poco gruesos, pero de coral; la cara larga, y los cabellos de un rubio plateado, que cuadraba muy bien á su admirable tez.

Al cabo de un instante, se embarcó la infanta Inmediatamente el rey echó al galope, siguiendo con el sombrero en la mano á la barca que conducia á su esposa, y la habria seguido asi sin duda hasta Fuenterrabia,

á no impedirse los pantanos.

Al llegar á Fuenterrabia, la primera dama de la reina, la señora de Molina, preguntó á su jóven señora lo que pensaba del rey su esposo.

—Me agrada mucho, respondió la infanta; lo hallo buen mozo, y su cabalgata me ha parecido en extremo galante.

Al dia siguiente, 5 de junio, el obispo de Bayona celebró el matrimonio, y la misma noche la jóven reina dejó la habitacion de su suegra para ir á tomar posesion de la suya, ó mejor dicho, á partir la del rey. A contar desde aquel momento, Ana de Austria tomó el título de reina madre.

El 15 de junio toda la corte dejó á San Juan de Luz para regresar á Paris. En Amboise encontraron al príncipe de Condé, que venia á presentar su hijo á los dos augustos esposos. En Chambord el duque de Longueville vino á saludarlos á su vez. Desde allí toda la corte se dirigió á Vincennes, donde se esperó la entrada solemne que tuvo lugar el 26 de agosto de 1660, duodécimo aniversario de las barricadas.

Durante el viaje del rey, grandes acontecimientos se habian consumado en Inglaterra. Cromwell habia muerto el 13 de setiembre de 1658; y el 19 de mayo de 1660, mientras es-

taban en San Juan de Luz, la corte habia sabido el restablecimiento del hijo de Carlos I en su trono. Era aquel mismo príncipe de Gales á quien hemos visto tan enamorado de *Mademoiselle*, y á quien Gaston rehusó subir á causa de su posicion precaria en la corte de Francia.

Entre tanto la salud del cardenal Mazarino, mala hacia mucho tiempo, empeoraba de dia en dia. Destrozado por las fatigas de las conferencias, habia experimentado en Sibourse los primeros ataques de la enfermedad de que murió. Un dia, habiendo entrado la reina en su cuarto, en ocasion en que muchos cortesanos rodeaban su lecho, se aproximó á la cabecera, y le preguntó cómo se sentia.

—Mal, señora, respondió Mazarino.

Y echando hácia abajo la ropa:

—Ved, señora, le dijo; ved estas piernas, que han perdido su reposo dándosele á la Francia....

Y en efecto, sus piernas, que mostraba con rara familiaridad, estaban tan lividas y tan cubiertas de manchas blancas y moradas, que la reina no pudo impedir el lanzar un grito y derramar algunas lágrimas viéndolo en aquel deplorable estado. «Porque, dice Brienne, habriase creído ver á Lázaro saliendo de su sepulcro.»

En Fontainebleau, el cardenal, á quien habian conducido en litera, y constantemente acostado, tuvo un nuevo ataque. Pretendíase que los baños que habia tomado le habian hecho subirse la gota. Tuvo calentura, convulsiones, y hasta delirio. En uno de aquellos momentos vino el rey á consultarlo.

— ¡Ah, señor! le dijo: ¿pedis consejo á un hombre que delira?

Llegó por tanto muy enfermo al Louvre, donde quiso sin embargo dar un nuevo baile al rey. Hacia preparar en la galeria de retratos de reyes una decoracion magnifica cuando prendió el fuego en ella, abrasó el techo, pintado por Fremine, y representando á Enrique IV bajo la figura de Júpiter despidiendo rayos sobre los titanes, ó mejor dicho sobre la Liga, y devoró ademas todos los retratos de los reyes, pintados por Janet y Porbus.

Aquell fue un nuevo golpe para el cardenal. Abandonó su cuarto, donde corria riesgo de ser quemado vivo, sostenido por su capitán de guardias: estaba tembloroso, abatido y tan pálido, ó por mejor decir tan lívido, que todos cuantos le vieron en aquel estado lo tuvieron por hombre perdido.

Detrás de él se abrasó todo su cuarto.

Trasportáronlo al palacio Mazarino; Gue-

naud, su médico, fue llamado inmediatamente. Llamó este á once compañeros suyos, y allí se verificó la consulta, llamada de los doce médicos, y despues de la cual Guenaud fue á buscar al cardenal, y le dijo:

—No debo lisongear á vuestra eminencia; nuestros remedios pueden prolongar vuestros dias, pero no pueden curar la causa del mal, y ciertamente morireis de esta enfermedad, pero no será tan pronto; preparaos por tanto para paso tan terrible. He creido deber hablar francamente á vuestra eminencia; si mis colegas os dicen otra cosa, os engañan: yo he creido deber deciros la verdad.

El cardenal recibió aquel fallo con mucha mas calma de la que se habria podido esperar; solamente mirando á su médico:

—Guenaud, le dijo; puesto que os hallais en camino de decirme la verdad, decidmela hasta el fin: ¿cuántos dias tengo aun que vivir?

—Dos meses al menos, respondió Guenaud.

—Basta esto, dijo el cardenal; adios; venidme á ver con frecuencia; os lo agradeceré mucho: aprovechad el poco tiempo que me queda para mejorar vuestra fortuna, como por mi parte aprovecharé vuestros saludables consejos. Adios; pensad en lo que puedo hacer

en vuestro obsequio.

Dicho esto se encerró en su gabinete, y comenzó á prepararse para la muerte.

Sin embargo, aquella resignacion aparente desaparecia de vez en cuando, y la piel de héroe no cubria tan bien al moribundo que no asomase por ella la oreja del hombre.

Un dia Brienne, su secretario, se hallaba en una galeria, donde Mazarino habia becho colocar sus mejores cuadros, sus mas bellas estatuas y sus mas hermosos jarrones; oyó un ruido de pantuflas, acompañado de una respiracion ahogada, y sospechando fuese el enfermo, se ocultó detrás de unos tapices.

En efecto, era el mismo cardenal: el enfermo entró, creíase solo, y arrastrándose con pena de una silla á otra:

— ¡Es preciso dejar todo esto, y esto, y esto! ¡Cuanto trabajo, Dios mio, me ha costado adquirir todas estas cosas, que me es preciso dejar hoy! ¡Ah! ya no las volveré á ver...

Aquel lamento de un hombre que habia sido tan poderoso y envidiado eterneció á Brienne; lanzó un suspiro, que oyó Mazarino.

— ¡Quién está ahí! gritó.

— Soy yo, monseñor, dijo Brienne; espera-

ba el momento de hablar á vuestra eminencia de una carta muy interesante que acabo de recibir.

—Aproximáos, dijo el cardenal, y dadme la mano, porque estoy muy débil; pero no me habéis de negocios, os lo ruego: no me hablo ya en estado de oiros; dirigios al rey, y haced lo que os diga; en cuanto á mí, tengo otras cosas en que pensar.

Despues volviendo á su pensamiento:

—Ved, amigo mio, ese bello cuadro del Corregio, continuó, y esa Venus del Ticiano, y ese incomparable Diluvio, de Carracio..... Pues bien, amigo mio; es preciso abandonar todo eso. ¡Oh, mis queridos cuadros, que tanto quiero y tanto me han costado!

—¡Oh, monsieur, le dijo Brienne; exagerais vuestra posicion, y estais menos malo de lo que creéis!

—No, Brienne; no, estoy muy malo; ademas, ¿por qué he de desear vivir, cuando todo el mundo desea mi muerte?

—Monseñor se equivoca; no estamos ya en la época de las pasiones; eso estaba bien en la Fronda; pero hoy dia nadie desea tal cosa.

—Nadie... (y Mazarino intentó sonreirse.) Sabeis bien, sin embargo, que hay un hombre que desea esa muerte; pero no hablemos mas;

es preciso morir y mas vale hoy que mañana...
¡Ah, lo desea, desea mi muerte!

Brienne no insistió; comprendió que el ministro queria hablar del rey, que se sabia tenia ansia de gobernar.

Algunos dias despues ocurrió una cosa, que fue objeto de sorpresa para todo el mundo y que hizo creer á los mas incrédulos que el cardenal estaba bien convencido de su próximo fin. Su eminencia llamó cerca de si á *Monsieur* hermano del rey, y con sus propias manos le hizo un regalo de cincuenta mil escudos.

La alegría de S. A. R., que, gracias á la avaricia del ministro, no habia poseido jamás tres mil libras, no puede pintarse; el jóven saltó al cuello del cardenal, lo abrazó con efusion, y salió corriendo.

— ¡Ah! dijo suspirando Mazarino; quisiera me costase cuatro millones, con tal de tener el corazon bastante jóven para sentir una alegría parecida.

Cada dia se iba debilitando. Aquel fallo de Guenaud, de que tan solo le quedaban dos meses de vida, le destrozaba interiormente el corazon; en sus vigiliass pensaba en él; en sus sueños soñaba con él. Un dia que Brienne entraba en su cuarto, muy callado, porque Bernouin, el ayuda de cámara, le habia ad-

vertido que dormía delante de la chimenea, sentado en un sillón, el joven lo halló aunque dormido, en una sorprendente agitación; su cuerpo, por su propio peso, iba unas veces hacia atrás, otras hacia adelante; arrojábase ya á un lado, ya al otro, y durante cinco minutos que lo consideró así, la péndola del reloj no iba mas deprisa que su cuerpo; habríase dicho que un demonio lo agitaba; hablaba, pero sus palabras sordas, sofocadas y sombrías, eran ininteligibles; sentíase que la vida física luchaba en él contra aquella amenaza de una próxima disolución. Brienne temió que el cardenal cayese en la chimenea, y llamó á Bernouin: el criado acudió, y meneó fuertemente al enfermo.

— ¡Qué hay, qué hay! exclamó este despertándose; ¡Guenaud lo ha dicho!

— ¡Al diablo Guenaud y su dicho! gritó Bernouin: ¿habreis de estar repitiendo siempre la misma cosa, monseñor?

— ¡Si, Bernouin; sí, contestó el cardenal; sí, es preciso morir! ¡Guenaud lo ha dicho!.....

Estas eran las terribles palabras que el cardenal repetía durmiendo, y que Brienne no había podido entender.

Siete ú ocho días antes de su muerte, un capricho singular pasó por el espíritu del

cardenal: se hizo afeitar, arreglar el bigote, y cubrir sus carrillos de blanco y encarnado, de manera que jamás en vida habia estado tan fresco y sonrosado. Entonces subió á su silla de manos, abierta por delante, y fue á dar una vuelta por el jardín, á pesar del frio que habia, porque lo que referimos pasaba á primeros de marzo. Grande fue por tanto la sorpresa, y todos creian soñar al ver pasar al cardenal rejuvenecido como Eson.

M. de Condé lo vió, y dijo al verlo:

—Truhan ha vivido y truhan quiere morir.

En la escalera de palacio se hallaba por casualidad el embajador de España, conde de Fuensaldaña; la litera pasó junto á él: un momento clavó sus ojos en el moribundo, y despues con la gravedad española:

—Ese señor, dijo á los que le acompañaban, me representa bastante bien al difunto cardenal Mazarino.

En efecto, el embajador solo se equivocaba en algunos dias.

No obstante, Mazarino recobró aun sintomas de vida. El juego, que habia sido en él su pasion dominante, sobrevivió á todas las demás; no pudiendo ya jugar por sí mismo, hacia jugasen alrededor de su cama; y no pudiendo tener las cartas, se las hacia tener

Jugaron así hasta el momento en que el nuncio del papa, sabedor de que el cardenal había recibido el viático, vino á conferirle las indulgencias. Un instante antes que entrase el representante de su santidad, el comendador de Souvré jugaba por él; dió un buen golpe, y se apresuró á avisar la ganancia á su eminencia.

— ¡Ah, comendador! dijo el cardenal; en vano os cansais: pierdo mas en mi cama de lo que vos me ganais en la mesa.

En aquel momento entró el nuncio: al verlo, desaparecieron las cartas, y no volvió á jugarse cerca de la cama del moribundo.

— Por la noche anunciaron al cardenal que acababa de aparecer un cometa.

— ¡Ay! exclamó; á la verdad el cometa me hace demasiado honor.

Aquel nuncio del papa era M. Piccolomini: dió al cardenal la indulgencia plenaria en artículo mortis, hablando muy cristianamente, y empleando el idioma latino.

El cardenal respondió en italiano:

— Os ruego, señor, digais á su santidad que muero siendo su servidor, y que le agradezco mucho la indulgencia que me concede, y de la que conocia tener gran necesidad.

Entonces le administraron la estremauncion.

A partir de aquel momento, los cortesanos fueron escludidos del cuarto, quedando abierta la puerta solo para el rey, la reina y Colbert.

El rey vino á verlo, y le pidió sus postremos consejos.

—Señor, respondió Mazarino: sabed respetaros vos mismo, y os respetarán; no tengais nunca primer ministro, y emplead á M. Colberten todo aquello para que necesiteis un hombre inteligente y adicto.

Antes de su muerte resolvió casar á las dos sobrinas que le quedaban: la una era la que el rey habia amado, Maria de Mancini, que fue prometida á don Lorenzo Colonne, condestable de Nápoles: la otra Hortensia Mancini, al hijo del mariscal de la Meilleraye, que dejó su apellido para tomar el de duquede Mazarino. Esta última, á quien su tio habia tenido siempre en un estado muy próximo á la miseria, cuenta ella misma la sensacion de dicha que experimentó cuando, resuelto su casamiento, la invitó su tio á que pasase al gabinete donde estaba su ajuar, y ademas un canastillo, conteniendo diez mil doblones en oro. Inmediatamente llamó á su hermano y á su hermana, repartiéndose su tesoro. Ca-

da uno llenó sus bolsillos todo lo posible; y despues, como en el fondo de la cesta quedasen aun unos trescientos luises, abrieron los balcones y los arrojaron á puñados al patio, en medio de los frenéticos aplausos de un centenar de criados, gritándoles: — «Ahora que rabie.»

El cardenal supo aquella prodigalidad, y tal vez aquella ingratitude, sobre su lecho de muerte, y le afectó profundamente; porque en aquellos momentos se hallaba en una angustia casi tan cruel para él como la agonía. Hé aqui la causa:

Mazarino tenia remordimientos por ser tan rico. El cardenal de Richelieu, noble y de alta alcurnia, habia comprendido que tenia derecho á una fortuna de principe; Mazarino hijo de un pescador, salido de la nada, sorprendido él mismo de su fortuna, se espantó al ver que en el momento de su muerte poseia mas de cuarenta millones de francos que legar á su familia.

Es verdad que su confesor, buen teatino, espantado de la cifra de aquella fortuna, que Mazarino en su confesion habia confesado como un pecado, le habia respondido con franqueza:

— Monseñor: os condenareis si no restituís el bien mal adquirido.

— ¡Ay! había respondido Mazarino; nada tengo padre mio, que no provenga de las bondades del rey.

— Sca así, dijo el frairle, que no se dejaba engañar por frases; pero es preciso distinguir lo que el rey os ha dado de lo que os habeis dado á vos mismo.

— ¡Ah! esclamó el cardenal; si así es, necesario es restituirlo todo.

Despues, habiendo reflexionado un instante:

— Que hagan venir á M. Colbert, dió; él hallará medio de arreglarlo todo.

Llamaron á Colbert. Era este hechura del cardenal; y la persona que el ministro había recomendado especialmente al rey.

Colbert llegó; Mazarino le contó el aprieto en que se hallaba, y Colbert dió un consejo, que tenia por objeto conciliar los últimos escrúpulos del cardenal, con el deseo de no ver salir de su familia su inmensa fortuna. Este consejo consistia en hacer al rey donacion de todos aquellos bienes, donacion que Luis XIV, por su generosidad real, no dejaria de anular en el instante. El espediente agradó al cardenal, y el 3 de marzo había hecho esta donacion. Ora bien; tres dias habían ya trascurrido, y el rey no había devuelto la donacion. El cardenal estaba desesperado, y gritaba:

— ¡Mi pobre familia! ¡ay! mi pobre familia no tendrá pan!

Al fin el 6. Colbert, muy alegre, trajo al cardenal la donacion que el rey habia rehusado, autorizando al moribundo à disponer de sus bienes conforme à su voluntad.

Entonces el fraile tuvo que echarle la absolucion.

El cardenal sacó entonces de debajo de su almohada un testamento escrito, y lo entregó à Colbert.

En aquel momento tocaron en la puerta. Como estaba prohibida la entrada, Bernouin marchó à alejar al visitador.

— ¿Quién era? preguntó Mazarino à su criado cuando volvió.

— El presidente del tribunal de cuentas, à quien he dicho que su eminencia no estaba visible.

— ¡Oh, exclamó el moribundo; qué es lo que has hecho! Me debía dinero y tal vez venia à pagármelo; corre y l'ámalo.

Bernouin corrió tras de M. de Tubenf y lo trajo.

Mazarino no se habia engañado. M. de Tubenf venia à traerle el dinero perdido por él. Mazarino acogió perfectamente al honrado jugador, tomó la suma, que ascendia à un centenar de doblones, y pidió su estuche de al-

hajas. Puso la suma en uno de sus huecos, y despues se puso á examinar una tras otra todas sus joyas.

— ¡Ah! dijo el cardenal, entregándose á aquel ejercicio que era su placer favorito; sois un buen jugador!

Tubenf saludó.

— Doy á madama Tubenf, continuó Mazarino; doy á madama Tubenf...

El presidente creyó que Mazarino, en memoria de todo el dinero que le habia ganado iba á darle algun bello diamante, y miró al cardenal sonriéndose, como para ayudar á que las palabras saliesen de sus labios.

— Doy á madama... continuó Mazarino..... en fin, decidle que la doy los buenos dias.

La noche del 7 la reina pasó á verlo; pero el enfermo se hallaba tan mal, que Colbert, que velaba cerca, dijo que era probable no saliese de la noche. Engañábase, no obstante: pasó no solo aquella noche, sino tambien el dia siguiente; es verdad que por la tarde se hallaba en una agonía terrible.

Dos horas despues, aumentándose su agonía, se pulsó él mismo, y como sin duda le parecia fuerte todavia:

— ¡Ah! dijo; conozco por mi pulso que aún me queda mucho que sufrir!

A las dos de la mañana se movió un poco

en su lecho, y dijo:

—¿Qué hora es? Deben ser pronto las dos.

Finalmente, una hora despues exhaló un suspiro, y dijo:

—¡Ah, Santa Virgen, tened piedad de mí, y recibid mi alma!

Despues espiró, entre dos y tres de la mañana, el 9 de marzo de 1664, á los cincuenta y dos años de edad, habiendo vivido solo diez y siete meses mas que el cardenal de Richelieu, y despues de haber cual él ejercido el poder supremo durante diez y ocho años.

El rey al despertarse llamó á su nodriza, y le hizo señal con los ojos de que fuese á ver como estaba el enfermo. La nodriza obedeció, y volvió diciendo que el cardenal habia muerto.

Inmediatamente se levantó Luis XIV, y llamando á Letellier, á Fouquet y á Lyonnesle dijo:

—Señores, os he hecho venir para advertiros que hasta el dia me he dignado dejar gobernar al señor cardenal difunto; pero que á partir desde hoy deseo gobernar yo mismo. Me dareis para ello vuestros consejos cuando os los pida.

Despues dispidió el consejo, fue á ver á la

reina madre, comió con ella, y partió inmediatamente para Paris en un carruage cerrado.

La fortuna que dejaba el cardenal era inmensa: disponia en su testamento de cincuenta millones, prohibiendo se inventariasen sus efectos: temia que el pueblo, que tanto lo habia odiado, no se escandalizase de semejantes riquezas.

Su principal heredero era Armando Carlos de Laporte, marqués de la Meillera-ye, duque de Mazarino, á quien dejaba todo lo restante de sus bienes, despues de cumplidas las mandas y legados. Esta herencia era régia, escediendo á unos cuarenta millones.

La princesa de Conti, su sobrina, recibió doscientos mil escudos; la princesa de Módena, la princesa de Vendome, la condesa de Soissons y el condestable Colonna, recibieron igual suma; su sobrino Mancini obtuvo el ducado de Nevers, nuevecientas mil libras de plata, la mitad de sus muebles y todos sus bienes en Roma; el mariscal de Grammont cien mil libras; Martinozzi, su hermana, diez y ocho mil libras de pension vitalicia.

Los legados especiales eran estos:

Al rey, dos gabinetes de cuadros.

A la reina madre, un diamante valuado en

un millon.

A la jóven reina un ramo de diamantes.

A *Monsieur*, hermano del rey, sesenta marcos de oro y treinta esmeraldas.

A don Luis de Haro, ministro de España, un bello cuadro del Taciano, representando á Flora.

Al conde de Fuensaldaña, un magnifico reloj.

A su santidad, seiscientas mil libras, destinadas á hacer la guerra á los turcos.

A los pobres, seis mil francos!

Finalmente, á la corona, diez y ocho gruesos diamantes, que debian nombrarse los *Mazarinos*.

Era este un último esfuerzo para elevar su nombre á la altura de otros grandes nombres dados á ciertos diamantes, legados ó comprados por los reyes.

No fue esta sola cosa á que el cardenal diera su nombre: perpetuar la memoria de su pasaje por este mundo era su mas ardiente deseo: habia dado su nombre al marqués de la Meilleraye, que, como hemos dicho, sellamó el duque de Mazarino, al palacio que hiciera edificar, y al juego que habia inventado.

Como ha podido verse si se ha seguido con alguna atencion esta historia, la ambicion y

la avaricia eran las dos pasiones dominantes del cardenal. Para satisfacer su ambicion desgarró la Francia; para satisfacer su avaricia, la arruinó; y sin embargo á pesar de estas dos acusaciones merecidas ningun ministro extranjero ni nacional, hizo por un pais lo que Mazarino hizo por su patria adoptiva.

Decimos que hizo traicion á la Francia. El motivo fue su deseo de subir á la silla pontificia, y la prueba se halla en el siguiente documento que se encontró entre sus papeles, aunque en cifra:

«Acta por la cual el rey de España me ha prometido no oponerse á mi promocion al pontificado, en el caso de que logre hacerme elegir despues de la muerte de Alejandro VII, y esto bajo la condicion de que consiga del rey de Francia que se contente con la ciudad de Avesne en lugar de la de Cambray, cuya restitution á la corona de España he solicitado.

» Este acta es válida, pues Cambray permanece en poder de los españoles.» Seguia el acta.

Desgraciadamente la muerte no dejó tiempo á Mazarino para ejecutar este ambicioso proyecto, pues Alejandro VII, que habia sido elegido el 7 de abril de 1655, no habia muerto hasta el 22 de mayo de 1667; es decir, unos

seis años despues de Mazarino.

En cuanto á la avaricia del cardenal, era ya proverbial, y era el cargo que le dirigian amigos y enemigos. Todo le servia de pretesto para sacar dinero, y el «cantan, luego pagan» ha llegado á ser un adagio francés y un axioma europeo.

Un dia el cardenal Mazarino tuvo aviso de que acababa de ponerse á la venta un folleto terrible contra él; lo hizo recoger, y como esto triplicaba naturalmente su valor, lo hizo vender secretamente á un precio exorbitante; ganó mil pesetas, y refirió luego el hecho, celebrándolo mucho.

Mazarino jugaba fuertemente, y ganaba ó perdía en una noche cincuenta mil libras; pero naturalmente era muy sensible á las pérdidas ó á las ganancias.

Si el cardenal sufría mucho teniendo que dar, en cambio jamás estaba tan contento como cuando le regalaban; y para llegar á conseguirlo, empleaba á veces medios que solo pertenecian á él.

El cardenal Barberini poseia un bello cuadro de Corregio, representando el niño Jesus, sentado en la falda de la Virgen, y dando en presencia de San Sebastian el anillo nupcial á Santa Catalina. El cardenal recordaba siempre aquel bello cuadro que habia visto en

Roma; pero no atreviéndose á pedirlo á Barberini, que segun todas las probabilidades no se lo habria dado, le hizo pedirselo por medio de la reina, á quien no se atrevió á negarlo: Por miedo de que en el camino sucediese una desgracia á aquella obra maestra, enviaron un mensagero á Roma, quien, á costa del primer propietario, trajo el cuadro, que el donador presentó por sí mismo á la reina, la cual, para concederle el honor que merecia, lo hizo colocar en su misma alcoba. Pero apenas Barberini habia vuelto la espalda cuando el cardenal Mazarino vino á descolgarlo, y llevó á su morada tesoro tan codiciado; pero á su muerte el cardenal Barberini, que siempre habia pensado regalarlo á la corona y no al ministro, fue á ver al rey, y le rogó se acordase de que aquel cuadro habia sido regalado á la reina, y le pertenecia portanto. Mazarino concedió lo que queria, y el cuadro fue llevado con otros tres que el duque de Mazarino enviaba al rey, porque, segun decia, representaban cosas un tanto verdes.

Estos cuadros, que ofendian el pudor del esposo de Hortensia Mancini, eran la gran Venus del Ticiano, la de Corregio, y el cuadro de Carracio, ante el cual lloraba Mazarino por tener que abandonarlo. El mismo du-

que de Mazarino, siempre por un sentimiento de pudor, mutiló un día á martillazos todas las estatuas antiguas que le habia dejado su tio.

Mazarino murió execrado casi por todo el mundo: execrado de la reina, que le echaba en rostro su ingratitud: execrado del rey, que le echaba en cara su avaricia: execrado del pueblo, que le acusaba de su ruina. Los epigramas, que le habian perseguido en vida, llovieron sobre su sepulcro.

Ahora dejemos á un lado las pasiones de la época y los odios de los partidos, y juzguemos á Mazarino por los resultados de su politica, y no por los medios empleados.

Mazarino continuó en lo exterior la politica de Enrique IV; es decir, la decadencia de la casa de Austria. Para llegar á este fin, todos los medios le parecieron buenos; ateo en politica, materialista en los negocios de estado, no tenia ni odios ni amores, ni antipatias ni simpatias. Quien podia servir sus miras era su aliado; quien á ellas se oponia, su enemigo. El bien del pais era para él antes que todo; Cromwel puede ayudarle á debilitar la casa de Austria, y trata con Cromwel. Por premio de su alianza, el usurpador exige que los príncipes legítimos sean arrojados de Francia, y

Mazarino los arroja, haciendo tan solo una reserva en favor de la nieta de Enrique IV. Es avaro para con los hombres, pero nunca en los negocios. Es preciso crear enemigos á los enemigos de la Francia; el oro corre como un rio. Durante todo su ministerio, la guerra se proseguia con actividad en los Países-Bajos, en Italia y en Cataluña. Pero al mismo tiempo que hay generales que baten á los españoles y á los imperiales, hay gentes que negocian en Amsterdam, en Madrid, en Munich y en Bruselas; solo en los grandes negocios no se confia mas que de sí mismo, y él es quien trata y quien negocia personalmente. En las conferencias de las islas de los Faisanes, don Luis de Haro lleva consigo seis de las cabezas mas fuertes de España; Mazarino va solo, hace frente á todo el mundo; discute párrafo por párrafo, frase por frase, un tratado de ciento veinte artículos; permanece tres meses en lucha con los primeros políticos de la época, asiste á ochenta y cuatro conferencias, en medio de las neblinas de un rio, de los miasmas de un pantano, y firma uno de los tratados mas ventajosos para la Francia; asegura la paz de la Europa, turbada hacia cincuenta años; y como ha agotado todas las fuerzas del cuerpo y del espíritu en el cumplimiento de aquella gran obra social, vie-

ne á morir á Paris, justamente en los momentos en que el rey puede anunciarle que el matrimonio que acaba de contraer, y que va á colocar á la Francia entre los grandes estados de Europa, es bendecido por el señor, y va á dar un heredero al trono.

En el interior continúa la política de Richelieu; es decir, la triple nivelacion del feudalismo, de la iglesia, y del parlamento. El feudalismo espira ante sus plantas el dia en que Condé pide gracia por la voz de España; la iglesia reconoce su impotencia, dejando preso al coadjutor, y al cardenal de Retz en el destierro: finalmente, el parlamento, destruido, diezmado, vé á Luis XIV entrar en su recinto, el sombrero puesto, el látigo en la mano, y detrás del rey puede distinguir la cabeza sutil y burlona de aquel á quien por dos veces ha condenado á muerte, cuya cabeza ha puesto á precio, que ha proscripto, insultado, y que vuelve á morir á Francia, poderoso, riquísimo, detestado, es verdad, del pueblo, de su familia, y del rey pero dejando al pueblo la paz, á su familia tesoros, al rey un reino, del que ha desaparecido toda oposicion parlamentaria, esclesiástica y feudal.

Ahora ¿de dónde proviene esa execracion, ese odio, esa reprobacion universal contra

Mazarino? ¿De dónde proviene que su genio es desconocido, disputada su capacidad, que sus intenciones, y hasta sus resultados, son negados por sus contemporáneos? El secreto estriba en esta sola frase: *Mazarino era avaro.*

Ora bien; la mano que tiene el cetro debe, como la que tiene el mundo, ser generosa y espléndida; Dios es, no solo liberal!, sino pródigo.



XXXII.

1661. — *Carácter de los ministros de Luis XIV. — Colbert y su tesoro. — Luis XIV á los veinte y tres años. — Felipe de Anjou, su hermano. — Se retira Ana de Austria de la política. — Vida de la jóven reina. — La princesa Enriqueta y el jóven Buckingham. — La reina madre de Inglaterra y su hija vuelven á Francia. — Motivos de esta vuelta. — Monsieur sale á su encuentro. — El conde de Guiche — Violentos celos. — Matrimonio del duque de Anjou. — Toma el título de duque de Orleans. — Retrato de Madame Enriqueta. — Los frondistas se hacen cortesanos. — El rey enamorado de Madame. — Cómo quieren ocultar estos amores. — La señorita de la Valliere. — Se prepara la caída de Fouquet. — Fiestas de Vaux. — Viaje á Nantes. — Prision de Fouquet.*

Hemos dicho que momentos despues de la

muerte de Mazarino, y antes de dejar á Vincennes, Luis XIV habia llamado á Letellier, Lyonne y Fouquet, y les habia declarado su resolucion de reinar por sí mismo. Digamos quiénes eran estos tres hombres que Mazarino legaba á Luis XIV. Mas tarde hablaremos de Colbert, á quien habia recomendado.

Miguel Letellier era uno de esos hombres á quienes la naturaleza ha dado á un mismo tiempo la belleza del cuerpo y la gracia de la imaginacion: tenia el semblante agradable, ojos brillantes, la tez fresca y sonrosada, la sonrisa espresiva, y ese aire franco y abierto que á primera vista os conquista. Todas sus maneras eran las de un hombre elegante: todos sus actos los de un hombre honrado; poseyendo un talento dulce, fácil, insinuante, hablaba por lo comun con tal reserva, que se le creia siempre mas hábil de lo que era, y muchas veces se atribuia á sabiduría una circunspeccion, que era hija tan solo de la ignorancia; animoso y emprendedor en los negocios de estado; firme en seguir un plan una vez formado; incapaz de ser apartado de él por sus pasiones, de que siempre era dueño; regular en el trato de la vida, prometiendo mucho y cumpliendo poco; tímido en los asuntos de familia, no despreciando á su enemigo, por peque-

ño que fuese, procurando siempre herirlo, pero secretamente: tal era el humilde padre del orgulloso Leuvois.

Hugo de Lyonne, caballero del Delfinado, poseia un genio superior al de su cólega Letellier; su talento, aguzado en los negocios, era vivo y penetrante. El cardenal Mazarino lo habia empleado desde muy jóven en las discusiones diplomáticas, donde se habia hecho tan hábil negociador, que su reputacion de travesura le dañaba sobre todo con los italianos, que desconfiaban de sí propios cuando tenian que tratar con él; por lo demás, desinteresado en extremo, no considerando la fortuna sino como un medio de contribuir á sus placeres y de satisfacer sus pasiones, jugador, disipado, sensual, unas veces perezoso con deleite, otras infatigable para el trabajo; hombre de circunstancias, plegándose á todas las necesidades, no contando sino consigo mismo, sacando todos sus recursos de su propio fondo, escribiendo ó dictando todos sus despachos, alcanzando por la viveza de su talento todo lo que perdía por indoleacia de su cuerpo: tal era Lyonne.

Nicolás Fouquet, cuya alta fortuna y terrible caída constituyen un personaje aparte de la historia, tenia el genio de los negocios;

financiero audaz, creaba recursos en las situaciones que parecian mas desastrosas; instruido en leyes, versado en la literatura, seductor por su talento, noble en sus maneras, fácil á ilusionarse, contándolo desde el instante que habia hecho el menor servicio á un hombre en el número de sus amigos, cual si aquella amistad hubiese sido probada por la esperiencia y por el tiempo; sabiendo por lo demas oír y responder, esas dos cosas tan raras en un ministro, respondiendole siempre con agrado, por manera que muchas veces, sin aliojar su bolsa ni la del estado, despedia semicontentas á las personas que acudian á su audiencia.

A estos tres hombres fue á quien Luis XIV dijo las palabras que ya hemos citado dos horas despues de la muerte de Mazarino. Letailier y Lyonne se inclinaron ante la voluntad real, y Fouquet se sonrió, porque, teniendo en sus manos la hacienda, creyó que el rey no podria escapársele.

Al llegar al Louvre, la primera persona que Luis XIV encontró en su gabinete fue un jóven de rostro adusto, ojos hundidos, cejas espesas y negras, y aspecto salvaje. Era Juan Bautista Colbert, á quien Mazarino encargaba de sus mas intimos negocios en los últimos tiempos, y á quien habia recomendado al rey

antes de morir.

Iba á decirle que el cardenal habia dejado ocultos en diversos lugares cerca de quince millones en dinero contante, y que no habiendo hecho mencion de ellos en su testamento, él habia pensado que la intencion de Mazarino habia sido que aquellas sumas llenasen las cajas de aborro, que estaban completamente vacias. Luis lo miró con sorpresa, y le preguntó si estaba seguro de lo que decia: Colbert le dió las pruebas de lo que acababa de aventurar.

Nada servia mejor á los designios de Luis XIV que el descubrimiento de tal tesoro en semejante momento. Era la independenciam real frente al superintendente de hacienda. Asi es, que esta revelacion fue el principio de la fortuna de Colbert.

Luis se encontró, pues, de repente uno de los reyes mas ricos de la cristiandad, pues así poseia en su tesoro particular diez y ocho ó veinte millones, y tanto mas rico, cuanto que todo el mundo ignoraba su riqueza, lo mismo Fouquet que los otros.

Era el rey, á la edad de veinte y tres años á que habia llegado, á escepcion de la educacion primera, descuidada tal vez á intento por el cardenal, un caballero perfecto; de una estatura poco elevada, pero de buenas propor-

ciones, se alzaba mas por medio de tacones muy altos, para llevar su cabeza por encima de todo el mundo: sus cabellos eran magníficos y los llevaba flotantes como los reyes de la primera y segunda raza, y sus ojos azules tenían una mirada que estudiaba por hacer majestuosa; en fin, su hablar lento y acentuado daba á su palabra una gravedad extraordinaria.

Todas estas ventajas resaltaban tanto mas, cuanto que su hermano, el duque de Anjou, formaba con él un perfecto contraste. Principe de costumbres dulces y ateminadas, de un valor ardiente, tipo completo, en lo físico y en lo moral, de aquella nobleza muelle y caballeresca que habia rodeado al último de los Valois, soportaba con disgusto la superioridad que su hermano queria arrogarse sobre todo. La infancia de los dos principes se habia pasado en esta lucha; pero ya hacia algunos años que la mano de hierro de Luis XIV estaba sobre todo, y el jóven duque se habia visto obligado á ceder.

Lo mismo habia sucedido á Ana de Austria, tan poderosa en los primeros años de su tutela. Mazarino le habia arrancado trozo á trozo aquel poder, y á la muerte del cardenal creyó llegado el momento de intentar algunos esfuerzos para reconquistar la influencia per-

dida; pero á las primeras veleidades de dominacion que dejó manifestar, Luis XIV le hizo comprender que lo que habia dicho á sus ministros; es decir, que queria reinar solo, era una determinacion decidida de antiguo en su ánimo, y que no admitia ningun correctivo. La reina madre tomó su partido de esta nueva decepcion, y se preparó un retiro en Val-de-Grace, donde las flores fueron su distraccion principal. Ademas, las primeras mordeduras de un cáncer comenzaban á devorarle el seno.

No obstante la belleza de la jóven reina, en la cual se habia felicitado el rey cuando la vió por primera vez, Luis XIV no se habia enamorado un instante de su esposa. Ciertamente que el trataba como á princesa de España y reino de Francia; pero esto era muy poco para aquel jóven corazon, que soñaba otra cosa. Sus únicas distracciones eran hablar de su pais con la reina madre, española como ella. Las reuniones le gustaban poco, porque en ellas veia á su jóven esposo, galante y desflorando, como dice Bussy Rabutin, aquel jardin de rosas que la rodeaba como para distraer de ella las miradas de su marido.

Una nueva corte vino á formarse en el Louvre. Viviendo el cardenal se habia tratado del proyecto de casar al duque de Anjou con

aquella pobre Enriqueta de Inglaterra, á quien la avaricia de Mazarino habia dejado carecer de leña, y á quien tanto habia despreciado Luis XIV. Pero la niña habia crecido, su fortuna cambiado, y ya tenia diez y siete años, siendo hermana del rey Carlos II de Inglaterra.

100 Cuando madama Enriqueta volvió á Londres con su hija, encontró al duque de Buckingham, hijo de aquel á quien vimos arrojar perlas á los pies del rey y de la reina de Francia, enamorado de la princesa real, su hija tambien; mas por enamorado que estuviese, el duque no pudo ver á la que llegaba de Francia con todos los encantos de otro pais y toda la elegancia de otra corte, sin que cambiase el objeto de su pasion. Buckingham, en puntos de amor, era el digno hijo de su padre, y pronto pudo decirse que los ojos de Enriqueta le habian robado la poca razon que siempre habia tenido.

101 Véase apremiada la reina madre de Inglaterra por las instancias de *Monsieur*, que consideraba su matrimonio como un suceso que, creándole una existencia independiente como fortuna, debia tambien sustraerlo algun tanto del ascendiente de su hermano. La reina se decidió á salir de Londres á pesar del mal tiempo. El rey, su hijo, la acompañó una jor-

nada, y el duque de Buckingham la siguió, como toda la corte; pero en lugar de volverse con el rey, el favorito solicitó y obtuvo el permiso de acompañar á Francia á la reina madre y á su hija,

El viaje fue feliz el primer dia, pero el siguiente baró el buque, y estuvo en gran peligro. El duque olvidó completamente el que corria para no ocuparse mas que de la princesa; asi fue, que despues de este acontecimiento, su pasion ya no pudo ser un secreto para nadie.

Sacaron al buque del peligro, pero fue necesario descansar en el puerto mas próximo, donde la princesa fue atacada de una fiebre violenta. Era el sarampion.

Nuevo peligro para la bella desposada, nuevas locuras de Buckingham. Esta vez se asustó la reina madre, y cuando llegaron al Havre, donde debian permanecer algunos dias, la reina exigió que el duque marchase á Paris para anunciar su llegada.

Buckingham obedeció, y la reina Ana de Austria pudo ver entonces el hijo de aquel á quien tanto habia amado.

Monsieur salió á recibir á las princesas con todo el entusiasmo imaginable, y continuó de tal modo hasta su matrimonio, que cualquiera habria creído que estaba enamora-

do, si, como dice madama de la Fayette, no se hubiera sabido que el milagro de inflamar el corazon del jóven príncipe no estaba reservado á ninguna muger del mundo.

En la comitiva de *Monsieur*, y á titulo de su mas intimo favorito, se hallaba el conde de Guiche, que era el mas hermoso, elegante, valiente, y atrevido de los señores de la corte.

La primera cosa que hizo Buckingham fue tener celos del conde de Guiche, que entonces estaba ocupado de madama de Chalais, hija del duque de Marmontier.

Buckingham fue celoso á su manera; es decir, tan ruidosamente, que *Monsieur* lo conoció y manifestó á las dos reinas madres; mas, á pesar de las protestas de ellas, *Monsieur* no se tranquilizo hasta que le prometieron que, despues de una permanencia conveniente en la corte de Francia, el duque de Buckingham daria la vuelta a Inglaterra.

Entre tanto se ocupaban de los preparativos del matrimonio, que debia tener lugar en el mes de marzo.

El rey dió entonces á su hermano, como regalo de bodas, la dotacion del difunto duque de Orleans, tal como Gaston la habia poseido, menos Blois y Chambord. Desde es-

te momento daremos indiferentemente al duque de Anjou el nombre de *Monsieur*, ó el título de *duque de Orleans*.

La princesa de Inglaterra, que en los primeros años de la grandeza de Luis XIV hizo un papel tan notable, terminado por una catástrofe tan terrible, era digna, en todos conceptos, de esa pasión y de esos celos. El matrimonio se celebró en el Palacio Real el 31 de marzo de 1664, en presencia únicamente del rey, de la reina madre, de la de Inglaterra, de *Mademoiselle de Orleans* y del príncipe de Condé. Algunos días despues, cumpliéndose la promesa hecha á *Monsieur*, el duque de Buckingham salió de Francia con todas las demostraciones de dolor imaginables.

A fines de abril salió la corte para Fontainebleau con el príncipe de Condé y el duque de Beaufort. El de Condé ocupaba el primer rango despues de *Monsieur*, y el rey le tenia grandes consideraciones. El príncipe por su parte, demostraba haberse convertido en uno de los mas fieles servidores del rey, y muchas veces que las personas reales tomaban el fresco paseando en el canal en una chalupa dorada, que tenia la forma de una galera, el príncipe reclamó el honor de servir las, y lo hacia con tanta gracia, dice mada-

ma de Motteville, que era imposible acordarse de las cosas pasadas sin alabar á Dios por la paz presente.

En cuanto á M. de Beaufort, aquel jefe de los importantes y de los frondistas, famoso rey de los mercados, semi-dios popular que tantas veces habia sublevado á Paris con uno solo de sus movimientos, se le veia ahora siguiendo á todas partes al rey, en la caza y en los paseos, y cuando el principe de Condé servia á SS. MM., él, sirviendo á Condé, recibia de su mano los platos y los cubiertos.

Un mes habia pasado ya en fiestas, en paseos, en bailes y en espectáculos, cuando de repente esta buena armonia, que, segun las memorias del tiempo, hacia creer en la vuelta de la edad de oro, comenzó á turbarse por sospechas celosas de la jóven reina. Un dia fue á echarse á los pies de Ana de Austria, y en la desesperacion de su corazon le dijo que el rey estaba enamorado de *Madame*.

No era esta la primera noticia que recibia Ana de Austria sobre este hecho. Celoso *Monsieur*, tambien se habia quejado á su madre; pero esta vez era mas seria la cosa, y no podia enviarse al rey al otro lado del estrecho, como se habia hecho con Buc-

kingham.

Madame, con su pequeña corte, que se componia de las señoritas de Créquy, de Chatillon, de Tonnay Charente, de la Tremouille y de madamá de Lafayette, era la que dirigia todas las diversiones que, por otra parte, parecian no ce ebrarse sino por ella, como tambien lo parecia que el rey no gustaba de mas placer que el que recibia *Madame*.

El superintendente no comprendia de dónde sacaba el rey el dinero necesario para estos gastos, y esperaba siempre, para tomar sobre él el ascendiente que se habia prometido, que Luis XIV recurriese á su caja; pero Luis XIV tenia los millones de Mazarino, y gracias á ellos, hacia los honores de Fontainebleau á la muger de su hermano.

La denuncia que por dos conductos tan interesados llegaba esta vez á Ana de Austria, la inquietó mas que la primera: ya habia advertido ella esa pasion naciente del rey por *Madame* en el abandono en que la dejaba su hijo, y prometió hablar de ello á la jóven princesa; pero esta, cansada de la larga y severa tutela en que la habia tenido su madre, y temiendo no haber salido de esta sino para pasar á la de su nuera, recibió muy mal el avi-

so, y sabiendo el odio que la reina y la reina madre profesaban á la condesa de Soissons, á quien el rey habia hecho la corte en otro tiempo, se ligó con ella, y pronto fué su confidente intima.

Las cosas comenzaban á agriarse cada dia mas entre la reina madre y Madame, y la frialdad se iba deslizando poco á poco entre el rey y *Monsieur*. Todo iba á romper con una ruptura de las mas escandalosas, cuando el rey y Madame tuvieron la idea, créese que sugerida por la condesa de Soissons, de cubrir sus amores nacieses con otros que se pudieran confesar, y se propuso al monarca, para servir de cápa á esta pasion ilegítima, á la señorita de la Valliere, dama de honor de Madame, y persona sin consecuencia alguna.

Luisa Francisca de la Vaume le Blanc de la Valliere, hija del marqués de la Valliere, habia nacido en Tours el 6 de agosto de 1644, y por consecuencia no tenia aun diez y siete años. Era una jóven de rubios cabellos, ojos pardos y vivos, boca grande y sonrosada, dientes blancos, señalado su cutis de viruela, y cogebaba ligeramente de resultas de una caída que habia dado á la edad de siete ú ocho años. Decíase que era generosa y sincera, y en medio de aquella corte no se le conocia mas

adorador que el jóven duque de Guiche, de quien ya hemos hablado, y el cual nada habia obtenido de ella. Verdad es que se hablaba tambien de un vizconde de Bragelonne que obtuviera en Blois los primeros suspiros de su corazon; pero todos hablaban de estos amores como de amores de niños.

Tal era la victima que se proponian inmolarse á las conveniencias, para que sobre ella recayesen las sospechas de la jóven reina y de *Monsieur*, que como hemos dicho, se dirigian no sin razon contra *Madame*.

Pero se ignoraba una cosa; que esta jóven, en quien Luis no habia reparado, alimentaba hacia mucho tiempo un amor secreto por el rey, amor que la habia hecho insensible á los homenajes de los jóvenes de la corte, y aun á los del duque de Guiche.

Digamos algunas palabras sobre esta pobre Luisa de la Valiere, la única que amó al rey por sí mismo.

Madama de la Valliere se habia casado en segundas nupcias con aquel Saint-Remy que era mayordomo de Gaston; de suerte que ella y su hija tenian entrada en la pequeña corte de Blois, donde Gaston pasó retirado los últimos años de su vida. La señorita de la Valliere, sin tener ningun oficio en la pequeña corte, vivia casi en el mismo pié que si fuera

dama de honor de la duquesa, y allí fue donde hizo amistad con la señorita de Montalais, que mas tarde debia hallarse mezclada en su vida de una manera íntima y dolorosa.

Por este tiempo se esparció el rumor de que el rey debia ir á Blois para continuar en busca de la infanta, lo cual era una gran noticia para aquel enjambre de jóvenes, que se fastidiaban tan espléndidamente en la corte de *Monsieur*.

Muy pronto se confirmó este rumor: supose que el rey habia salido de Paris, que habia llegado á Chambord, y que iba á pasar por delante del castillo.

Tanto por etiqueta como por coqueteria, todas las jóvenes se vistieron entonces con sus mas ricos trajes. Grande fue su disgusto cuando la antigua forma de estos y la vista de sus telas, que ya no estaban de moda, escitaron las risas y las burlas de las bellas y desdenosas parisienses que seguian al rey. La Valliere fue la única que no recibió burla, porque estaba vestida de blanco; pero le sucedió otra desgracia casi tan grande, que fue pasar desapercibida.

Mas no sucediólo mismo al rey con respecto á la joven; este monarca, tan joven, hermoso y elegante, habia causado en ella una viva impresion, y dejado en su memoria un bri-

llante recuerdo de su persona.

Algun tiempo despues murió *Monsieur*, y anunció *Madame* que iba á dejar á Blois por Versailles.

Aquella muerte y esta marcha desorganizaba toda la casa. M. de Saint-Remy perdía su destino, y la jóven Luisa sus amigas y las esperanzas que hubiera podido fundar en las bondades de *Madame*. Añadamos que lo que mas sentía ella eran sus amigas y sobre todas, aquella Montalais con quien habia hecho la mas íntima alianza.

Sabido es que circunstancias íntimas suelen influir en los sucesos futuros. La jóven estaba en casa de *Madame* viuda, y se desesperaba de abandonar á su protectora, cuando madama de Choisy, la misma de quien ya hemos hablado, y que se encontraba allí, viendo su gran desesperacion infantil, le dijo:

—¿Qué es eso, señorita? ¿Os pesa tanto quedaros en Blois?

La jóven no tuvo fuerzas para poder responder.

—Vamos, dijo la de Choisy apretándole la mano; no tengais vergüenza de confesar vuestros deseos, hija mia. ¿Querriais seguir á Montalais y entrar con ella en la servidumbre de *Madame* Enriqueta que se trata de montar?

—¡Ah, eso sería mi mayor felicidad, seño-

ra! exclamó la Valliere.

— En ese caso, replicó madama de Choisy, tened ánimo: aun no está formado el cuarto de *Madame*, y yo hablaré por vos.

Grande fue la alegría que produjo esta promesa; pero habiéndose marchado *Madame* viuda, la Montalais, madama de Choisy, y pasado quince dias sin recibir noticias, y luego otros quince mas, la señorita de la Valliere se creia completamente olvidada, cuando de repente se recibió la nueva de que la solicitud era concedida, y de que la jóven dama de honor solo tenia ocho dias de término para presentarse en su destino.

La señorita de la Valliere llegóá Paris algunos dias despues del matrimonio de *Madame*. Como no era la mas linda de aquella graciosa corte, su llegada hizo poco efecto, excepto sobre el duque de Guiche, que retiró su corazon á la señorita de Chalais para rendirlo en homenaje á la de la Valliere. Pero ya hemos dicho la égida que protegía su corazon: la señorita de la Valliere amaba al rey.

La casualidad, que ordena las cosas de manera que se confundan con la Providencia, hizo que la eleccion del rey y de *Madame* recayese sobre la señorita de la Valliere.

Grande fue la alegría de la jóven cuando vió que Luis fijaba la atencion en ella; habia

en su jóven corazon inocente tantos encantos tanta gracia y candidez, que, sin advertirlo aquel amor, fingido de parte del rey, se cambió en un tierno interés, y luego en un verdadero amor.

Dos personas sufrieron con esta alianza inesperada, y que comenzaba á no ser ya secreta: el duque de Guiche y Madame. Los dos amantes abandonados se acercaron para quejarse mutuamente, sin duda; pero tambien por su parte se cambiaron estas quejas en expresiones mas tiernas, y de esta circunstancia nació entre el jóven duque y Madame aquella pasion que duró toda su vida.

El sentimiento que el rey experimentaba por la señorita de la Valliere tomaba todos los caractéres de un verdadero amor. Luis XIV, estaba á su lado mas tímido y respetuoso que junto á una reina: citábanse sobre esto rasgos extraordinarios, y entre otros que durante una tormenta, el rey, que se habia refugiado bajo un árbol con la señorita de la Valliere, estuvo todo el tiempo, es decir, cerca de dos horas, con la cabeza descubierta y el sombrero en la mano.

Lo que mas crédito daba al ruido de este amor era que el rey guardaba toda clase de miramientos á la señorita de la Valliere, á quien no veia en el cuarto de Madame, ni en

los paseos del día, sino solo en el de la noche, durante el cual se acercaba á la portezuela de su carroza.

Para espresarle todo su pensamiento se puso el rey á componer versos, y llegó á aficionarse á ellos, pensando en su omnipotencia; que le bastaba querer ser poeta para serlo. La Valliere le contaba del mismo modo, y nadie puede saber á dónde habria llegado esta correspondencia poética, sin una circunstancia bastante curiosa. Luis XIV hallaba sus versos encantadores, y probablemente era de su opinion la señorita de la Valliere; pero esto no era bastante para satisfacer el amor propio del poeta. Una mañana que acababa de componer un madrigal, detuvo al mariscal de Grammont, que pasaba, y llamándole aparte al hueco de una ventana, le dijo:

—Mariscal, tengo que enseñaros unos versos.

—¿Versos á mí? dijo Grammont.

—Sí; deseo saber vuestro parecer.

—Decidlos, señor, contestó el mariscal.

Y su semblante se arrugó, porque siempre habia tenido un gusto muy mediano para la poesía.

El rey no vió, ó fingió no ver este gesto, y recitó sus versos al viejo mariscal, que exclamó despues de concluidos:

— ¡Quién ha podido hacer semejantes versos, señor!

— ¿Os parecen malos, mariscal?

— Éxecrables, señor.

— Pues bien, mariscal, dijo el rey riéndose; yo soy quien los ha hecho; pero quedad tranquilo, que vuestra franqueza me ha curado, y no volveré á hacer otros.

El mariscal se retiró consternado, y el rey cumplió la palabra que se habia dado á sí mismo.

Luis XIV se atuvo, pues, á la prosa; pero la prosa tampoco es mas cómoda de hacer. Un dia que debia escribir á la señorita de la Valliere, justamente en el momento de entrar en consejo, encargó á Dangeau que escribiese por él, y al salir del consejo le presentó el nuevo secretario una carta tan bien puesta, que Luis XIV convino en que él mismo no la haria mejor: desde entonces sirvió Dangeau de secretario al rey, y gracias á esta facilidad, pudo el rey escribir dos ó tres cartas diarias á su amada Luisa. Pero entonces se vió muy apurada la pobre Luisa con tanto trabajo, hasta que le ocurrió una idea luminosa, que fué encargar tambien á Dangeau que escribiese por ella. Dangeau aceptó, y desde aquel dia puso él las misivas y las respuestas.

Un año duró la correspondencia. Al fin un día, en un momento de expansión, la Valliere confesó al rey que las cartas tan encantadoras de que hacia honor, mitad á su talento y mitad á su corazón, estaban escritas por Dangeau. El rey se echó á reír y le confesó por su parte que aquellas cartas tan apasionadas que habia recibido de él nacian de la misma pluma.

Despues reflexionó Luis XIV en esta discrecion perfecta, tan rara en la corte, y esto fue el principio de la fortuna de Dangeau.

Mientras tanto se tramaba una gran catástrofe: tratábase de la caída de Nicolás Fouquet; del cual se pretendia que el cardenal habia dicho al rey desconfiára, al mismo tiempo que le recomendára á Colbert.

Nadie puede decir con certeza si Mazarino dió ó no este consejo al jóven príncipe; pero todos pueden afirmar que una recomendacion de Mazarino sobre este punto era enteramente inútil, y que el ministro hacia todo lo posible por apresurar su caída.

O hemos espuesto mal el carácter del superintendente de hacienda, ó el lector sabe ya el orgullo, vanidad y despotismo de este hombre, que esperaba someter al rey, como sometia á los poetas y á las mugeres, por el

poder del oro.

Corria el rumor de que él tambien habia estado ó estaba aun enamorado de la señorita de la Valliere, y que, despues de haberse declarado el rey, en vez de retirarse como la prudencia, ya que no el respeto, lo ordenaba, por medio de madama Duplessis Bellievre habia hecho ofrecer á la bella Luisa veinte mil doblones; es decir, cerca de medio millon, si queria consentir en ser su querida.

El rumor llegó á oídos de Luis XIV, que trató de informarse de la verdad de la misma la Valliere. Esta habia negado; pero sin embargo, habia quedado una profunda impresion de odio contra el insolente ministro en el corazon del amante coronado.

Por otra parte, no solo era el rey el que tenia quejas de Fouquet. M. de Laiques, que se habia casado en secreto con madama de Chevreuse, estaba descontento del superintendente, é incitó á su muger á que hablase contra él á Ana de Austria. Letellier y Colbert se hallaron en la entrevista, y se convino que la reina Ana sondearia á su hijo con respecto al superintendente.

Hacia mucho tiempo que el rey negaba á su madre todo cuanto le pedia, y cediendo esta vez á sus propios sentimientos, le manifes-

tó concederle alguna cosa: convinieron en prender al ministro; pero como este tenia muchos amigos y todos sus recursos estaban en la capital, se arregló un viaje á Nantes á fin de arrestar á Fouquet en esta ciudad y hacerse al mismo tiempo dueño de Belle-Is'e, que el superintendente habia comprado y fortificaba, segun se decia.

Pero entretanto Fouquet, teniendo sin duda lástima de los mezquinos placeres de Fontainebleau, quiso dar un ejemplo de lujo á Luis XIV, y convidó á este y á toda la corte al castillo de Vaux el 17 de agosto de 1661.

Este castillo habia costado quince millones á Fouquet.

El rey llegó á él con una compañía de mosqueteros, mandada por M. de Artagnan.

Si la pérdida de Fouquet no hubiera estado ya decidida en el ánimo de Luis XIV sin duda lo habria sido en Vaux. El que habia tomado por divisa *nec pluribus impar*, no podia sufrir que un hombre oscuro por su nacimiento resplandeciese por su fausto. Nadie podia escederle en lujo, en gloria y en amor; y del mismo modo que no hay mas que un sol en el cielo, tampoco podia haber mas que un rey en Francia.

Quien hubiera podido leer en el fondo del pensamiento del soberano, habria leído cosas

terribles para el súbdito que recibia al monarca tan bien como este no hubiera podido recibir al súbdito. Pero al lado de la cólera de Luis XIV marchaba un ódio mayor; el ódio de Colbert, que era á la cólera del rey lo que el viento al incendio.

Aquella mañana, despues de haber admirado el rey los encantos de aquella mansion de hadas, se habia puesto á charlar con Moliere del objeto de su comedia. Esta comedia le haba por titulo *Les Facheux*, y el autor habia comunicado su pensamiento al rey. Despues de la comida hizo el rey que Moliere se ocultase detrás de una puerta, y mandó llamar á M. de Soyecourt, el mayor cazador y el charlatan mas ridiculo de todos los cortesanos. Al cabo de diez minutos se marchó, y entonces salió Moliere de su escondite diciendo:

—He comprendido, señor.

Y se fue á escribir apresuradamente la escena del cazador.

Durante este tiempo visitaba Luis XIV los departamentos, acompañado de Fouquet. Nada semejante existia en el mundo: vió cuadros, obras de un pintor de talento, á quien no conocia; vió jardines, obras de un hombre que dibujaba con árboles y flores, cuyos nombres no conocia: el superintenden-

te le hacia notar todas estas cosas, creyendo escitar su admiracion, y solo despertaba su envidia.

—¿Cómo se llama vuestro arquitecto? preguntó el rey.

—Levau, señor.

—Y vuestro pintor?

—Lebrun.

—Y el jardinero?

—Le Notre.

Luis fijó estos tres nombres en su memoria, y continuó marchando. Soñaba á Versailles.

Al pasar por una galeria alzó el rey la cabeza, y vió las armas de Fouquet pintadas en los cuatro ángulos: estas armas ya le habian chocado muchas veces por su insolencia. pues tenian esta divisa: *¿Quo non ascendant?*—*¿A dónde no subiré?*

El rey llamó á M. de Artagnan.

En este momento avisaron á la reina y á la señorita de la Valliere que el rey trataba de prender á Fouquet en medio de la fiesta. No se equivocaban; pero la madre y la amante le hicieron comprender tan bien la ingratitud que habria en recompensar semejante hospitalidad con semejante traicion, que Luis XIV se resolvió á esperar algunos dias mas.

Despues del teatro, de los fuegos artificia-

les y del baile, se puso en marcha la corte á las tres de la mañana. Fouquet acompañaba hasta la puerta al rey, que le dijo al despedirse:

—Caballero, ya no me atreveré á recibirlos en mi casa, pues estaríais muy mal alojado en ella.

Luis XIV volvió á Fontainebleau, no pudiendo consolarse de la humillacion que le habia hecho sufrir el superintendente sino con la resolucion decidida de perderlo.

Mas para prender impunemente á Fouquet era preciso que este vendiese su empleo de procurador general en el parlamento: para esto acudió Luis XIV á la astucia.

Tuvo el superintendente las mismas consideraciones que antes, y como se acercaba la época de las promociones á la órden del Espiritu-Santo, repitió muchas veces delante del ministro que no haria caballero de sus órdenes á ningun hombre de toga ó de pluma, incluso el canciller de Francia, y el presidente del parlamento y los secretarios de estado. El orgullo de Fouquet comprendió, y ciego por él, vendió su empleo á M. de Harlay.

Desde entonces ya no se trató mas que del viaje á Nantes, que el rey apresuró con todo su poder. Doce dias despues de la

fiesta de Vaux; es decir, el 29 de agosto, salió el rey de Fontainebleau.

Algunos dias antes habia mandado á Brienne que fletase un buque en Orleans y bajase el Loira hasta Nantes, donde se celebraban los estados, á fin de que llegase antes que él; la vispera habia visto á Fouquet que salia de la terciana que estaba padeciendo: el pobre superintendente comenzaba ya á sospechar su suerte.

—¿Por qué va el rey á Nantes? preguntó Fouquet al jóven secretario de estado; ¿lo sabeis, M. de Brienne?

—No, respondió este.

—¿Oo os ha dicho nada vuestro padre? continuó Fouquet.

—No, señor.

—¿Será acaso para apoderarse de Belle-Isle?

—En vuestro lugar tendria ese temor, y lo creeria fundado.

—Eso mismo me ha dicho el marqués de Crequy y madama Duplessis, y no sé qué resolución tomar...—Nantes, ¡Belle Isle! Nantes, ¡Belle-Isle!... repitió muchas veces.—¿Qué he de hacer? ¿Huiré? ¿Me ocultaré? Esto no seria fácil, porque, ¿qué príncipe, qué estado á no ser la república de Venecia, osaria darme proteccion?... Ya veis mi pena,

querido Brienne; decidme ó escribidme lo que oigais decir de mi destino, y sobre todo, guardadme secreto.

Y abrazó á Brienne con las lágrimas en los ojos.

Brienne salió para Orleans, donde se embarcó en una falúa, con un dependiente del tesorero M. Jennin, llamado Paris, y con el suyo propio, que se llamaba Ariste. Al llegar á Ingrande pasó un gran barco con muchos remeros, donde iba M. Fouquet, acompañado de M. de Lyonne, y saludó á Brienne; un instante despues pasó otro buque, donde iban Letellier y Colbert.

Entonces el dependiente de Brienne, señalando á los dos buques que se seguian con tanta emulacion como si se disputasen el premio de la carrera, dijo:

—¿Veis esos dos barcos? ¡Pues bien! uno de ellos naufragará en Nantes.

Los tres buques llegaron la misma noche á Nantes, donde solo un dia precedieron al rey.

Al siguiente entró este en caballos de posta, acompañado del príncipe de Condé, del duque de Saint-Aignan, primer gentil-hombre de cámara del rey, del de Gesvres, capitán de guardias, de Puyguilhem, el futuro duque de Lauzun, que comenzaba á entrar en favor con.

el rey, y del mariscal de Villeroy.

Artagnan, con una brigada de mosqueteros, y Chavigny con su compañía, esperaban al rey, que se apeó en el castillo de Nantes: Brienne le tuvo el estribo, y apoyándose en su brazo para subir, le dijo:

—Estoy muy contento de vuestra diligencia, Brienne; ¿ha llegado Letellier?

—Sí, señor, respondió Brienne; y también el superintendente: ambos me adelantaron en Ingrande, y llegamos aquí ayer bastante tarde.

—Esto va bien: decid á Boucherat que venga.

Boucherat era intendente cerca de los estados de Bretaña.

Luis XIV habló largo tiempo con él, y luego dijo á Brienne:

—Id á saber como está M. Fouquet, y volved á decirme cómo se encuentra de su viaje.

—Si no me engaño, señor, dijo Brienne, mañana le toca la calentura.

—Ya lo sé, y por eso precisamente quiero hablarle hoy.

Brienne salió y se encontró á Fouquet á la mitad del camino, que venia á palacio, y lo enteró de su comision.

—Brienne, dijo Fouquet; ya veis que voy á

ver á S. M.

El dia siguiente envió de nuevo el rey á Brienne á casa del ministro, que estaba con la calentura, pero muy tranquilo de ánimo.

—¿Qué quereis, mi querido Brienne? dijo alegremente al mensajero.

—Vengo, como ayer, á saber de parte del rey cómo estais.

—Estoy muy tranquilo de ánimo, y mañana estaré bueno. ¿Qué se dice en palacio y en la corte?

Brienne miró fijamente al ministro.

—Que vais á ser arrestado, dijo.

—Éstais mal informado, querido Brienne; M. Colbert es quien va á ser arrestado, y no yo.

—¿Estais seguro?

—Segurísimo; yo soy quien ha dado las órdenes para conducirlo al castillo de Angers.

—Deseo mucho que no os equivoqueis.

Por la noche volvió otra vez Brienne de parte del rey. Fouquet estaba mejor.

A su vuelta le preguntó largo tiempo Luis XIV sobre la salud del superintendente. «Pero en todas estas preguntas, dice Brienne, vi que el ministro estaba perdido, porque el rey no le llamaba ya M. Fouquet, sino Fouquet

solo.

El rey concluyó diciendo:

—Id á descansar; es preciso que á las seis de la mañana esteis en casa de Fouquet, y me lo traigais, porque voy de caza.

A las seis de la mañana ya estaba Brienne en casa del superintendente; pero sabiendo este que el rey queria hablarle, se habia marchado á palacio. Todo estaba preparádo para el arresto; y como Luis XIV sabia que su capitán de guardias, el duque de Gesvres, era íntimo amigo de Fouquet, habia encargado la expedicion á Artagnan, hombre extraño á todas las intrigas, y que, en treinta y tres años que llevaba en los mosqueteros, no conocia mas que su consigna.

Despues de haber hablado con el rey, y al atravesar un corredor, Fouquet se encontró al duque de la Feuillade, que era amigo suyo, el cual se le acercó, y dijo en voz baja:

—Tened cuidado, que se han dado órdenes contra vos.

Esta vez no despreció Fouquet el aviso, y en vez de meterse en su carruaje, subió en el de uno de sus amigos, con la intencion de fugar. Pero Artagnan, que tenia fijos los ojos en el del superintendente, viendo que no llegaba, sospechó alguna cosa, y siguió la pista

al otro carruaje, que ya tomaba una calle escusada. Artagnan lo alcanzó, y arrestó á Fouquet, á quien hizo subir á una carroza que estaba preparada de antemano.

Al cabo de un instante lo hizo entrar en una casa, donde tomó una taza de caldo, y fue registrado.

En el momento de la prision solo habia dicho Fouquet estas palabras:

— ¡Ah, Saint-Mandé, Saint-Mandé!

Efectivamente, en su casa de Saint-Mandé fue donde se encontraron los papeles que produjeron contra él los principales cargos.

Cuando Brienne volvió á la antecámara, encontró al duque de Gesvres desesperado, no porque hubiesen arrestado á su amigo, sino porque otro y no él lo hubiera preso.

— ¡Ah! exclamaba; el rey me ha deshonrado. Por orden suya hubiera arrestado á mi padre, cuanto mas á un amigo. ¿Sospecha acaso de mi fidelidad? Pues entonces que me haga cortar la cabeza.

En el gabinete del rey estaba Lyonne, pálido y consternado. Luis intentaba consolarlo, diciéndole:

— Las faltas son personales, Lyonne; bien sé que eres su amigo; pero estoy contento de vuestros servicios. Brienne, continuad recibiendo de M. de Lyonne mis órdenes secretas.

La desgracia de Fouquet nada tiene de comun con él.

Aquel mismo dia salió Fouquet para aquella prision de Angers, que habia hecho preparar para Colbert, y Luis XIV para Fontainebleau.

La caza del rey estaba terminada.



— 221 —

XXXIII.

1661.—1666.—*Nacimiento del delfin.—Estado de los ánimos.—Primer disgusto del rey con la Valliere.—Huye esta á las carmelitas de Chaillot.—Reconciliacion.—Fundacion de Versailles.—La princesa de Elide.—Tartufe.—Creacion de los caballeros del Espíritu-Santo.—El jubon azul.—Poder de la Francia.—La Valliere da á luz una niña, y despues un niño.—El duque de la Meilleraye.—Bautru.—Enfermedad de la reina madre.—Madame y el conde de Guiche.—Fin de Ana de Austria.*

Al llegar á Fontainebleau, la señora de la Valliere, en el trasporte y felicidad de volver á ver al rey, cedió al amante: esta era la última resistencia que Luis XIV debia experimentar en su reinado.

El 4.º de noviembre, á las doce menos siete minutos, la reina dió á luz al delfin en Fontainebleau. Los cortesanos se paseaban inquietos en el patio del Ovale, porque hacia veinte y cuatro horas que la reina estaba de parto, cuando el rey abrió de repente la ventana, y exclamó:

— ¡Señores: la reina ha dado á luz un niño!

Luis XIV estaba de fortuna: el tratado de los Pirineos habia puesto fin á las grandes guerras; Mazarino, que pasaba sobre él, habia muerto; Fouquet, que le hacia sombra, habia caido; la reina, á quien no amaba acababa de darle un hijo, y la señorita de la Valliere, á quien amaba, le prometia la felicidad.

Todo estaba tranquilo, y podian entregarse á las fiestas que Luis XIV multiplicaba en sus residencias.

La única oposicion que quedaba era la de las letras, pues habia entonces, como hoy y como siempre, dos escuelas literarias; pero esta vez su separacion era politica.

Habia la antigua escuela frondista, que se componia de la Rochefoucauld, Bussy-Rabutin, Corneille y La-Fontaine.

Habia tambien la jóven escuela realista, en la que estaban Benserade, Boileau y Racine.

Tambien existia madama de Sevigné, es-

pecie de justo medio, que admira á Luis XIV sin amarlo, y que no osaba confesar su antipatía á la nueva corte, dejando manifestar con sus simpatías por la antigua.

La guerra religiosa, que debia renacer mas tarde, estaba casi apaciguada: los calvinistas habian sido despojados poco á poco de los beneficios del edicto de Nantes. Despues de la toma de la Rochela ya no tenian plazas fuertes ni castillos, ni ejército; pero en vez de esta oposicion material y visible, existia una accion sorda, subterránea, viva, que recibia su vida de antiguas raices calvinistas, y su fuerza de sectas estrangeras, naturales aliadas de la religion reformada de Francia.

Pero en lo interior todo estaba tranquilo, como hemos dicho, y nada turbaba los amores y las fiestas del rey.

Estas fiestas se daban todas en honor de la señorita de la Valliere, que continuaba siendo la favorita: las reinas no eran mas que el pretesto.

Luis XIV tenia un noble objeto al dar estas fiestas, ademas del de glorificar á la diosa invisible á que estaban consagradas engrandecer la monarquía y abatir la nobleza, pues para rivalizar en lujo con él, la mayor parte de los grandes y señores tenian que arruinarse, quedando de este modo en completa

dependencia. Esta fue la causa de aquel famoso torneo de la plaza Real, cuya relacione halla en todas las memorias del tiempo, y que dió su nombre á la plaza, que aun hoy día le lleva (1).

La Valliere no tenia mas que una confidente; la señorita de Montalais, de quien ya hemos hablado, y que habia vivido con ella en Blois. Era esta jóven una de esas almas hechas para la intriga, y por eso el centro de tres relaciones amorosas, la del rey con la Valliere, la de *Madame* con el duque de Guiche, y la de la señorita de Tonnay Charente con el marqués de Marmontier.

Los primeros disgustos del rey con su nueva querida fueron á propósito de la Montalais. Luis XIV habia sorprendido en ella ese génio intrigante; sabia que habia sido la confidente de los primeros amores de la Valliere con Bragelonne, y sospechando que estos sentimientos no estaban del todo apagados, creyó que Montalais animaba este recuerdo, y prohibió á la Valliere que volviese á verla.

Esta obediencia en apariencias; es decir, durante el día no tenia la menor relacion con

(1) *La plaza del Carroussel.*

su antigua amiga; pero apenas salia el rey, que todas las noches se acostaba con la reina, Montalais acudia á pasar una parte de la noche con la Valliere, á la cual no dejaba muchas veces hasta ser de dia.

Madame supo esta intimidad, y como guardaba rencor á la Valliere, que le habia robado el corazon de S. M., un dia dijo riendo á Luis que le preguntase á la Valliere quién era la persona que le hacia compañía todas las noches despues que él se marchaba.

Celoso Luis XIV, mas de su amor propio ofendido que de su corazon, hizo repentinamente á la Valliere la pregunta que le habia dictado su cuñada, á la que no pudo contestar por su mucha turbacion. El rey, que no conocia la persona que pasaba las noches en el cuarto de su querida, creyó el crimen mayor de lo que en sí era, estalló en una cólera terrible, y salió furioso, dejando á la Valliere desesperada.

Quedaba á la pobre jóven una esperanza. Los dos amantes se habian jurado que ninguna de sus querellas veria pasar una noche, y ya muchas veces, en virtud de este propósito, habia Luis XIV pretendido una reconciliacion, que era acogida con el mayor gozo. Confiaaba, pues, en que el rey volveria; pero pasó la noche y el dia sin tener noticia alguna de

su amante. Creyóse perdida, sacrificada, olvidada, y perdiendo la cabeza, se metió en una carroza, y se hizo conducir á las carmelistas de Chaillot.

Por la mañana supo el rey que la Valliere habia desaparecido, y que se ignoraba su paradero; pero tanto y tan bien investigó el rey, que le indicaron el convento donde la pobre afligida se habia hecho conducir.

El rey montó al instante á caballo y acompañado de un solo paje, se lanzó en busca de la fugitiva: como nadie anunciaba su llegada, y no habian querido recibir á la penitente en el convento, la encontró tendida en el locutorio exterior, sumergida en llanto y fuera de si.

Los dos amantes permanecieron solos, y en una larga esplicacion, la Valliere le confesó todo, no solo sus relaciones con la Montalais, sino tambien las de esta con *Madame* y con la señorita de Tonnay Charente, de las cuales era, como hemos dicho, confidente.

Esto era menos de lo que el rey creia en infidelidad, pero mas de lo que permitia en desobediencia. Luis perdonó, pero el rey no olvidó.

El rey se llevó á la Valliere, y entró en el gabinete de *Madame* para suplicarle admitie-

se de nuevo á la Valliere. *Madame* que la odiaba, puso ciertas dificultades, apoyándose en la mala conducta de su protegida. Pero Luis arrugó el entrecejo, y dijo á su cuñada todo lo que sabia de sus propios amores con el conde de Guiche, y asustada *Madame*, prometió todo lo que quiso S. M. El rey fue en seguida á buscar á la Valliere, y se la presentó á su cuñada, diciendo:

—Hermana, os suplico mi eis en lo sucesivo á la señorita como una persona que me es mas cara que la vida.

—Estad tranquilo, hermano; desde hoy trataré á la señorita como á una querida vuestra.

La Valliere volvió á su cuarto sin atreverse á llorar por esta cruel respuesta, pues el rey habia fingido no oir a.

Entre tanto, la idea que habia germinado en Luis XIV visitando el palacio de Fouquet comenzaba á producir sus frutos: entre todos los castillos de la corona habia escogido el que queria trasformar en palacio, y la eleccion habia recaido en Versailles.

En tiempos de Luis XIII habia desaparecido el antiguo castillo, pero quedaba en pie un molino de viento, al cual fue haciendo el rey ciertas agregaciones para la comodidad de sus cortesanos cuando iba de caza; pero

despues del nacimiento de Luis XIV, en memoria de este gran suceso compró su padre un gran terreno, rodeándolo de un muro, y al cual llamó bosque del Delfin.

En 1663 fue cuando Luis XIV decidió seriamente hacer de Versailles una residencia real: hasta entonces solo se habian hecho algunos cambios en los jardines por el célebre le Notre.

Luis XIV habia escogido el 7 de mayo de 1664 para dar en los jardines de Versailles una fiesta del género de la que Fouquet le habia dado tres años antes en los jardines de Vaux. El duque de Saint-Aignan era el ordenador de la fiesta, cuyo gasto debia hacer el *Orlando furioso*, gracias á la imaginacion de un maquinista italiano llamado Vigarini. Los jardines de Versailles se convertian en el palacio de Alcina, y diversiones que se encadenaban unas á otras componian una especie de poema que debia durar tres dias, y que habia recibido por título: *Los placeres de la isla encantada*.

En el tercer dia, y en el mismo palacio de Alcina, fue donde se presentó la *Princesa de Elide*, de Moliere, pieza en la que estaban representados el rey, su amante y el mismo autor del bufon.

El lunes siguiente habia representar Mo-

hiere delante de la corte los tres primeros actos de *Tartufe*. Mucho gustaron al rey las escenas y los versos, pero prohibió á Moliere que la diese al público, en atencion á la dificultad que habia en distinguir á los verdaderos de los falsos devotos.

A fines de 1664 se echaron los cimientos de aquella obra en que debian sepultarse ciento sesenta y cinco millones, ciento treinta mil cuatrocientas noventa y cuatro libras.

Esta fue la época brillante del reinado de Luis XIV. De este periodo data la ejecucion de los planes que, en el silencio del gabinete habian concebido el monarca y Colbert para la gloria del reino. Una nueva sociedad, que debia producir lo que se llamó la literatura del gran siglo, se creaba: Moliere, Boileau, Racine, La-Fontaine y Corneille, que de vez en cuando lanzaba uno de los fulgores dramáticos que habian iluminado su época. Aprovechándose de la reserva que Mazarino habia puesto en la distribucion de las órdenes reales, Luis XIV, sin violar los estatutos, hacia de un golpe una promocion de sesenta caballeros del Espiritu-Santo, y por una distincion particular dejaba un nombramiento al principe de Condé, que presentaba á Guitaut, su genttl-hombre, sobrino del viejo Guitaut,

que ya conocemos. No era esto todo. Para remunerar los servicios personales que se le hacían, Luis XIV inventa otra distinción, que solo nace de su voluntad y de su fantasía: es el permiso de vestir un jubon azul, semejante al suyo. Este permiso era muy solicitado, porque los que llevaban el jubon azul tenían el derecho de seguir al rey á la caza y acompañarlo en sus paseos. Condé, el vencedor de Rocroy, de Lens y de Nordlingen, lo solicita y obtiene, no porque hubiera ganado cuatro ó cinco batallas campales y mas de veinte combates, sino porque, con la servilleta al brazo, habia servido humildemente al rey en el canal de Fontainebleau.

En medio de estas decisiones frívolas, que sin embargo, llevan el sello de la dominación del amo y de la deificación futura del rey, se fundan las manufacturas que deben hacer á la Francia comercial: con sorpresa de todos salen buques de los puertos de Francia, envíase un socorro al emperador de Austria contra los turcos; el duque de Beaufort es encargado de dirigir la expedición de Gigeri, preludio de la de Chipre, donde perderá la cabeza; el Louvre se acaba al mismo tiempo que comienza Versailles, y se crea la compañía de las Indias orientales. Luis quiere además ser respetado en lo interior, y la España y

Roma, á pesar del poder temporal de la una, y del espiritual de la otra, hacen las reparaciones que le eran debidas.

No tardó mucho la señorita de la Valliere en salir de la servidumbre de Madame, de la cual tanto tenia que quejarse: el rey le hizo amueblar el palacio Brion con una elegancia y lujo de los que siempre se defendió en vano, diciendo que solo deseaba una silenciosa oscuridad; pero un nuevo brillo iba á adornar á la humilde querida del gran rey. La Valliere estaba en cinta, y esta noticia no solo se esparció por la corte, sino que fué anunciada casi oficialmente.

El 22 de octubre de 1666, la señorita de la Valliere dió á luz, en el castillo de Vincennes, á Ana María de Borbon, legitimada de Francia, como luego diremos, la cual casó en 1680 con Luis Armando de Borbon, principe de Conti.

Seis meses despues, y á pesar suyo, la favorita recibió de su régio amante el titulo de duquesa. Las tierras de Vaujour y la baronia de Saint-Cristophe fueron erigidos en ducado-par en favor de la madre y de la hija, que fue legitimada por las mismas letras, fechas en Saint-Germain, en Laye, á principios de mayo de 1667, y registradas en el parlamento el 43.

El 2 de setiembre del mismo año alumbró por segunda vez la señorita de la Valliere, dando á luz á Luis de Borbon, legitimado de Francia; y que mas tarde fue conocido con el nombre de conde de Vermandois.

En medio de las intrigas de corte, que tenían por objeto echar por tierra á la Valliere, ú obtener la distincion del jubon azul, y mientras que la reina madre sufría, aislada, de la enfermedad de que debía morir, dos de sus antiguos amigos la precedieron á la tumba. Uno fue el mariscal de la Meilleraye, á quien hemos visto hacer un papel tan importante en la Fronda, y cuyo hijo, hecho duque de Mazarino, se casó con Hortensia Mancini; y el otro su bufon, Guillermo de Bautru, conde de Serrant, al cual se llamó habitualmente *No-gent* Bautru.

La fortuna de Carlos de la Porte, Duque de la Meilleraye, provino de su parentesco con el cardenal de Richelieu, primo hermano suyo, el cual lo tomó por escudero cuando era obispo de Luzon. De escudero pasó á ser abanderado de los guardias de la difunta reina, y despues de lo que se llamó la *droliere du Pont-de-Cé*, fue nombrado capitan de este cuerpo escogido. Tanto le ayudó el cardenal en su fortuna y en la de toda su familia, que colocó á su hermana cerca de la reina madre,

de cuyo lado no se apartó sino para ser abadesa de Chelles, abadía que hasta entonces solo había sido desempeñada por princesas.

El primer favor que recibió del cardenal fue hacerlo caballero de las órdenes y casarlo con la hija del mariscal de Effiat, deshaciendo un enlace que ya estaba convenido con un caballero de Auvèrnia, llamado de Beauvais; pero la jóven pretendió de tal manera que este caballero era, no solo su prometido, sino tambien su esposo, que siempre trató con desden á quien solo llamaba su segundo marido. Felizmente para el futuro mariscal, ella murió jóven, despues de haberle dado aquel hijo, que fue despues duque de Mazarino, y que había heredado algun tanto de la locura de su madre.

En 1637, y siempre bajo la influencia de Richelieu, se enlazó con María de Cossé Brissac, y para llenar en lo posible la distancia que lo separaba de la casa á que se aliaba, obtuvo la lugartenencia del rey en Bretaña, lo cual le produjo mas tarde, como hemos visto, el ser gobernador de Nantes.

El pobre duque estaba destinado á casarse con mugeres extravagantes. Una mañana lo persuadió su muger de que los Cosse eran descendientes del emperador Nerva, el cual

murió sin posteridad. En consecuencia, como princesa de sangre imperial romana, hacia sentar á sus hermanas en sillones, no haciéndolo ella en otra cosa que en una silla, porque se consideraba como rebajada por un matrimonio con un hombre de tan pobre casa, y al cual le habian negado la señorita de Villeroy, que fue despues madama de Courcelles.

El duque era valiente, y dió muchas pruebas de ello: cuando estaba abriéndose la trinchera en el sitio de Gravelines, viendo sus oficiales que estaba espuesto inútilmenté á los tiros de cañon de la plaza, le suplicaron que se retirase.

— ¡Cómo! les dijo el mariscal: ¿tendriais miedo acaso, señores?

— Por monseñor, respondieron: no por nosotros.

— ¿Por mi? ¡Oh, señores; no es digno de un general del ejército tener miedo, y sobre todo cuando es mariscal de Francia!

El mariscal de la Meilleraye murió el 8 de febrero de 1664.

Guillermo de Bautru, conde de Serrant, consejero de estado, y miembro de la academia francesa, era de una buena familia de Angers, y se habia casado con la hija de un empleado en hacienda, la cual no quiso apa-

recer en la corte con el nombre de su marido, sino con el de madama Nogent, á fin de no ser llamada madama de Beautrou por la reina Maria de Médicis, que no habia podido acostumbrarse á pronunciar la *u* francesa.

Esta muger pasaba por un prodigio de virtud, lo cual proporcionaba muchas felicitaciones á su marido, el cual se apercibió pronto de que su esposa era tan casariega, porque tenia dentro de casa un galan, que no era otro que su propio ayuda de cámara. La pena fue proporcionada al crimen: el doméstico fue condenado á galeras, no sin haberse dado antes Bautru el plaecer de una venganza, cuyos estraños detalles pueden verse en Tallemant des Réaux.

Su mujer arrojada de la casa, parió en Montrevil Bellay, en Anjou, un niño que el marido no quiso reconocer.

Jugando un dia al piquete con un tal Goussant, cuya reputacion de necio se habia hecho proverbial, Bautru cometió una falta, y advirtiéndola al instante exclamó:

— ¡Ah, que Goussant soy!

— Caballero, contestó Goussant: sois un imbécil.

— ¿Pues no es eso lo que he dicho? preguntó Bautru.

— No.

—Pues eso es lo que he querido decir.

Otra vez atacó al duque de Epernon, y tanto le mordió con cierto epigrama, que el duque le hizo dar de bastonazos por sus pajes de estribo.

Algunos dias despues se presentó Bautru con un baston en la corte.

—Teneis acaso gota? preguntó la reina.

—No, respondió Bautru.

—Entonces, ¿por qué llevais baston?

—Ah! dijo el príncipe de Guemené; voy á esplicarlo á V. M. Bautru lleva baston, como S. Lorenzo lleva sus parrillas: es la señal de su martirio.

Bautru era muy terco, y decia que solo habia encontrado en el mundo un hombre mas terco que él. Era ese un juez de provincia. Una mañana se presentó este en casa de Bautru, á quien tenia ya fastidiado de otras ocasiones.

—Oh! dijo Bautru á su criado: dile que estoy en cama todavia.

—Señor, respondió el criado despues de hecho el encargo: dice que esperará á que os hayais levantado.

—Entonces dile que estoy muy malo.

—Señor: dice que conoce recetas muy eficaces.

—Pues dile que me hallo á los últimos, y

que no hay ya esperanza.

—Señor: dice que en ese caso no quiere que os murais sin despedirse de vos.

—Dile que me he muerto.

—Señor: dice que quiere echaros agua bendita.

—Vamos, dijo Bautru, no encontrando ya cosa que objetar; si es así, dile que entre.

Bautru era poco amigo de devociones, y trataba á Roma de quimera apostólica. Un día le enseñaron una lista de diez cardenales que acababa de nombrar el papa Urbano, y que principiaba por el cardenal Facchinetti.

—Pues no veo mas que nueve, dijo Bautru, y me habíais dicho que eran diez.

Y fue leyendo uno tras otro los nueve últimos nombres.

—Hay diez, replicó el interlocutor, pues os habeis dejado por leer al cardenal Facchinetti.

—Perdonad, dijo Bautru; creia que ese era el título general.

Otra vez un amigo suyo, que sabia lo irreligioso que era, se sorprendió de verle quitarse el sombrero delante de un Crucifijo.

—¡Hola, bola! le dijo; ¿os habeis reconciliado ya?

—Nos saludamos, dijo Bautru, pero no nos hablamos.

Una noche que sus caballos habian estado corriendo todo el dia, y que una persona á quien queria ofrecer su carruaje se escusaba de aceptarlo, alegando que los pobres animales, despues de trabajar siete ú ocho horas, quedarian muy fatigados con aquel nuevo viaje:

— ¡Pardiez! dijo Bautru; si el Señor hubiera criado mis caballos para que descansasen, los habria hecho canónigos de la santa capilla.

Por lo demas, sus chanzonetas no siempre tienen el carácter frívolo y bufon de las que acabamos de citar. Hablábase mucho en Paris de la revolucion de Inglaterra, y de la posicion precaria en que se hallaba Carlos I.

— Sí, dijo Bautru; es una ternera que van paseando de mercado en mercado, y que concluirán al fin por llevarla á la carniceria.

Bautru murió en 1665, y en su persona se estinguió uno de los últimos representantes de aquella agudeza de ingenio que tanto habia divertido al buen rey Enrique IV y á la reina María de Médicis, pero que debia cesar de ser de moda en la corte, mas grave y mas austera, de Luis XIV.

Entre tanto, una muerte mucho mas im-

portante que las dos quedamos consignada s iba haciéndose mas cierta é inminente cada dia: hablamos de la muerte de la reina madre.

Ana de Austria habia gozado del raro privilegio concedido por el cielo á algunas mugeres: el privilegio de no envejecer. Sus manos y brazos se habian conservado bellísimos, su frente permanecia sin arrugas, y sus ojos, los mas bellos siempre del mundo, no habian podido renunciar todavia á esos hábitos de coquetería que los habian hecho tan peligrosos en su juventud; cuando de repente, a fines de noviembre de 1664, los dolores que hacia tiempo sentia en el seno se hicieron mas violentos. El mal habia sido descuidado en un principio; empeoró con rapidez, y se empezó á comprender, al ver pasar aquel hermoso cutis de la blancura mate del alabastro al tinte amarillo del marfil, que la situacion era grave, y que se acercaba el dia en que la orgullosa reina regente quedaria despojada de la vida con menos pena quizá de la que habia sentido al despojarse de las grandezas.

Fueron consultados muchos médicos sucesivamente, siendo el primero Vallot, primer médico de cámara, mejor químico todavia, y sobre todo mas botánico que médico. Trató

á la real enferma por medio de compresas de cicuta, que no hicieron mas que empeorar el mal. Viendo al cabo de quince dias que no sentia ningun alivio, llamó á Seguíer, su primer médico particular, hombre sabio, pero muy absoluto, y cuyo sistema era sangrar siempre y para todo: suscitáronse grandes discusiones entre los dos doctores, durante las cuales se agravó el mal, y el 15 de diciembre, despues de una mala noche pasada en el Valde-Grace, adonde despues que la reina habia dejado el poder, ó mas bien el poder habia dejado á la reina, solia retirarse con frecuencia, se halló su seno en tal estado, que ella misma juzgó el mal incurable.

Dios castigaba de una manera estraña á aquella pobre muger: durante los diez o quince años que acababan de trascurrir, habia visto en las religiosas que habia elegido por compañeras suyas muchos ejemplos de aquel mal terrible, y su peticion habitual al Señor era que la preservára de esa enfermedad que temia mas que otra cualquiera.

Y sin embargo, recibió el golpe con resignacion.

— ¡Dios me auxiliará! decia; y si permite que me vea afligida con ese mal terrible que parece amenazarme, lo que sufra será indudablemente por mi salvacion.

Asi que se divulgó la noticia del peligro en que estaba la reina, acudió al punto *Monsieur*. El rey, menos solícito que su hermano, aunque avisado al mismo tiempo, no llegó hasta las tres: el profundo egoismo, que era el punto dominante del carácter de Luis XIV, se manifestaba especialmente en esta clase de ocasiones.

Celebróse inmediatamente una consulta de los médicos y cirujanos mas célebres de París, y la opinion general fue que aquello era un cáncer, y que el mal no tenia remedio.

Entonces varias personas hablaron á la enferma de un pobre cura de aldea, llamado Gendron, que hacia curas maravillosas en los pobres, á los cuales se habia consagrado esclusivamente, yendo á sus casas en cuanto sabia que estaban enfermos, al paso que no iba á las de los ricos y poderosos sino cuando le llamaban.

Examinó aquel hombre el seno de la reina, prometió que lo endureceria como una piedra, y afirmó que en seguida viviria la paciente como si nunca hubiese tenido cáncer.

Pero su remedio, en vez de aliviar los dolores de la enferma, no hizo mas que aumentarlos, y aunque por el dia se vestia la reina como de costumbre, y se divertia lo mejor que podia, por la noche los que quedaban en

su cuarto decían que dormía mal y sufría mucho. Al fin, contra todas las promesas del empírico, se declaró el cáncer, y el mal redobló de intensidad.

Sucedió entonces á Gendron un lorenés, llamado Alliot, el cual llevaba consigo una mujer que habia tenido, segun él decia, la misma enfermedad que la reina madre, y á la que pretendia haber curado: aquella especie de prueba viva del poder de su arte dió algunas esperanzas á la corte. Desgraciadamente, por disposicion de Dios, dice madama de Motteville, los remedios de los médicos fueron inútiles para la curacion de su cuerpo; pero los tormentos que le hicieron sufrir sirvieron para curar las enfermedades de su alma.

Entre tanto el rey se habia ido acostumbrando á los padecimientos de su madre, y sus placeres, interrumpidos por un momento, volvieron á seguir muy pronto su curso ordinario. En la corte se olvida muy pronto á los que no se ven, y muchas veces aun á los que se ven, y asi era que no se acordaban de la ex-regente, que estaba agonizando al otro extremo de Paris.

Los amores del rey con la señorita de la Valliere continuaban serenos y ya no se hablaba de ellos; pero los de Madame con el con-

de de Guiche, muy ágitados, continuaban siendo el objeto general de las conversaciones. La familia de Grammont gozaba de gran favor en la corte, y habia obtenido del rey que el conde de Guiche volviese del destierro. Fué á ver al rey en el sitio de Marsal; el rey lo recibió como si nada hubiese pasado, y solo *Monsieur* le manifestó gran frialdad.

Al saber su regreso cerca del rey, y la buena acogida que Luis habia hecho al jóven conde, *Madame* temió que aquel buen recibimiento fuese un lazo del rey para sorprender los secretos de su amante. En vista de esto se apresuó á escribir á este último; pero por prisa que se hubiese dado, la carta llegó muy tarde; el conde de Guiche se lo habia confesado todo al rey.

Al saber aquella noticia, *Madame* se puso furiosa, y escribió al conde prohibiéndole presentarse en lo sucesivo en su presencia y pronunciar jamás su nombre.

El desgraciado amante se desesperó: como buen caballero, obedeció puntualmente las órdenes de su dama, por crueles que fuesen, y pidió al rey permiso para marchar á hacerse matar en Polonia. El rey concedió al conde la licencia que pedia, y el pobre amante habria muerto en efecto de un balazo en un encuentro con los moscovitas, si aquella bala no se

hubiese estrellado en el retrato de la princesa que llevaba sobre el corazón.

A su regreso de Polonia, Madame le hizo pedir por medio del rey sus cartas y el retrato, que guardaba la buella del balazo. El conde, tal era su obediencia á las órdenes de la princesa, restituyó todo en el mismo instante.

Sin embargo, aquel rigor, verdadero ó fingido, solo contribuía á aumentar el amor del conde de Guiche. Suplicó á la condesa de Grammont, que era inglesa, hablase á Madame; pero esta se negó á oír nada.

El pobre conde se desesperaba, buscando todos los medios de ver á Madame, sin encontrar ninguno, cuando la casualidad hizo por él lo que no habían logrado cálculos ni súplicas.

Madama de la Vieuville daba un baile, y la princesa habia formado proyecto de ir allí, con Monsieur. Para que esta fiesta fuese mas completa, se resolvió ir de máscaras. Con objeto de no ser conocida, la princesa hizo vestir á tres ó cuatro de sus damas iguales á ella, y acompañada por aquella cohorte femenina, y por su marido, partió envuelta en un dominó, y en coche prestado.

A la puerta de Madama de la Vieuville, el carruaje de Monsieur encontró otro coche car-

gado de máscaras como el suyo. Las dos comparsas se apearon, encontrándose en el vestíbulo, y allí *Monsieur* propuso á la segunda comparsa que se mezclara con la suya. La proposicion fue aceptada: cada cual cogió á la ventura el brazo que le ofrecian; pero en la mano que acababa de tomar *Madame* reconoció la del conde de Guiche: una herida que habia recibido en ella no permitia dudar á la princesa del aquel azar singular.

Por su parte el conde de Guiche, ya prevenido por el olor del perfume que *Madame* tenia costumbre de llevar en el pelo, sintió tan temblorosa la mano unida á la suya, que empezó á sospechar algo. La mano quiso escapársele, pero él la retuvo. Aquel esfuerzo habia agotado el valor de *Madame*; la corriente eléctrica se habia establecido; la mano continuó temblando; pero no intentó voiver á retirarse.

Los dos estaban tan turbados, que subieron la escalera sin decir nada. Al fin el conde de Guiche, habiendo conocido á *Monsieur* entre las máscaras, y viendo que no se cuidaba de su esposa, condujo á esta á un gabinete menos lleno de gente, y allí dió la princesa tan buenas razones para justificar la falta que habia cometido, que aquella le perdonó.

Pero apenas aquel perdon, tan deseado y esperado por tanto tiempo, habia sido concedido, cuando oyeron la voz de *Monsieur* que llamaba á su esposa. Al dejar á su amante, *Madame* le habia rogado, por miedo de que su marido sospechase algo, que no permaneciese mas largo tiempo en el baile: el conde se conformó á aquella orden con su obediencia ordinaria. Pero al fin de la escalera encontró á un amigo, y se detuvo á hablar con él; de repente se reshaló un máscara que acababa de aparecerse en lo alto de la escalera; la máscara lanzó un grito; al oirlo corrió el conde de Guiche, y recibió en sus brazos á *Madame*, que sin aquel auxilio inesperado se habria herido gravemente, estando embarazada.

Aquella circunstancia activó las paces, y una noche que *Monsieur* habia salido, los dos amantes se encontraron en casa de la señora de Grammont. No necesitamos decir que aquel encuentro se achacó á casualidad.

FIN DEL TOMO QUINTO.

LUIS XIV Y SU SIGLO,

LUIS XIV Y SU SIGLO

LUIS XIV Y SU SIGLO.

HISTORIA-NOVELA

escrita en francés por Alejandro Dumas,

traducida al castellano

POR

Don J. A. G. R.

TOMO VI.

SEVILLA: 1854.

Imprenta de Gomez, á cargo de D. J. J.
Franco, calle de la Muela núm. 7

LIBRO VII Y SU SIGLO.

HISTORIA-NOVELA.

escrito en frances por Alexandre Dumas

traducido al castellano

por

Don J. A. C. R.

TOMO VI

SEVILLA: 1851

Imprenta de Gomez, a cargo de D. J. R.
Frente, calle de la Abadía num. 7

Continuacion del capítulo XXXIII.

Como se vé, y como ya hemos dicho, la enfermedad de la reina no impedia la continuacion de las fiestas, y, no obstante, el mal empeoraba por dias.

Llegó la primavera; toda la corte fue á Saint-Germain, y la reina madre, á pesar de los consejos que se le dieron, quiso seguir á la corte, diciendo que lo mismo le importaba morir en una parte que en otra.

El 27 de mayo por la mañana, la reina madre, que oia misa, sufrió un gran estremecimiento; nada quiso decir por no privar á la reina y á *Madame* de una fiesta que habian proyectado; pero despues que se hubieron marchado las dos princesas, confesó á los que le decian tenia mal semblante, que creia tener calentura, y que experimentaba un gran frio. En efecto, apenas se habia acostado, se

apoderó de ella un temblor que le duró seis horas. Estas seis horas de calentura postraron tanto á la enferma, que el médico declaró era preciso administrarla. La misma noche la reina habló de hacer testamento.

Sin embargo, los médicos se habian equivocado; los dolores se aumentaban, sin duda; pero la enferma estaba destinada á padecer largo tiempo antes de morir. Por lo demas, no se hacia ilusion alguna, y los que estaban á su lado tampoco se la hacian concebir. El 3 de agosto, dia en que habia sufrido mucho, Beringhen, nuestro antiguo conocido, y uno de sus mas antiguos servidores, vino á verla; apenas la hubo apercibido, cuando exclamó:

—¡Ah, Beringhen!... ¿Conque es preciso separarnos?

—Señora, respondió el médico de cabecera; podeis imaginaros el dolor con que vuestros médicos de cabecera reciben esta nueva; pero lo que puede consolaros es el ver que al morir V. M. se libra de grandes tormentos, y de una gran incomodidad, especialmente si no le gustan los malos olores.

Sin embargo, aun no habia sonado la hora suprema. Despues de muchas alternativas adversas ó favorables, la reina madre se encontró de súbito muy mejorada, y sin duda

La Providencia quiso darle fuerzas para que pudiese soportar la triste noticia que la esperaba.

Su hermano, el rey de España, Felipe IV, había muerto el 17 de setiembre de 1665, y la noticia de su fallecimiento llegó á Paris el 27 del mismo mes.

Aquella noticia produjo sensaciones muy diversas en la corte de Francia. La jóven reina la recibió como hija cariñosa; la reina madre como una hermana que veía á su hermano enseñarle el camino de la tumba; el rey, como soberano, cuya mirada profunda y política abarcó de un golpe todas las ventajas que podían resultar para los unos del dolor de los otros. En efecto, el jóven Carlos, que debía morir sin posteridad, estaba enfermo, por manera que nadie creía pudiese vivir largo tiempo.

A contar desde este momento Luis XIV aspiró sin duda al trono de España para sus hijos.

Entre tanto corria el tiempo; la reina madre vivía en medio de atroces sufrimientos, pero al fin vivía. El invierno había llegado, y con él habían vuelto los placeres; porque es circunstancia que acompaña á una enfermedad larga, como la de Ana de Austria, el que todo el mundo se acostumbra á ella, escepto la

persona que sufre.

El 5 de enero, víspera de Reyes, hubo gran baile en las habitaciones de *Monsieur*; el rey asistió á él de medio luto por la muerte de Felipe IV; pero su traje iba cubierto de tal manera de perlas y brillantes, que el color fúnebre desaparecía debajo de ellas.

Al dia siguiente la reina madre se encontraba peor, y cesaron por tanto las diversiones. El 17 comulgó. El martes 19 dijeron al rey que era preciso darle la unción. Como lo había previsto el médico, el olor que arrojaba su cáncer era espantoso. A media noche comenzó á agonizar; pero de vez en cuando abría los ojos y hablaba.

El duque de Anjou sollozaba de rodillas ante su lecho.

— ¡Mi hijo! murmuró tiernamente.

Después, sintiendo que su médico al pulsarla le había dejado desnudo el brazo, dijo:

— Tapádmelo, y no os canseis en ver el pulso, pues ya no lo siento.

Un instante después, su confesor, que era un fraile español, se aproximó á la cama, y reconociéndolo:

— ¡Padre mio, yo me muero! le dijo.

Una hora después abrió la boca, y pidió la cruz

Aquellas fueron sus últimas palabras. Apro-

ximaron el Crucifijo á sus lábios, y entonces hizo algunos movimientos de vez en cuando para besarlo. Al fin, el miércoles 20 de enero de 1666, entre cuatro y cinco de la mañana, espiró.

El rey soportó aquella muerte como debia mas tarde soportar las de todos sus parientes; es decir, con un gran egoismo y una gran resignacion. Desde que habia salido de la tutela de su madre habia habido muchos altercados entre ambos; y una vez que le habia reprendido por el escándalo de sus amores con la señorita de la Valliere, dejándose arrebatarse, se habia olvidado hasta el punto de decirle que no tenia necesidad de consejos de nadie, y que era bastante grande ya para saberse conducir.

Ana de Austria tuvo las cualidades y los defectos de las regentes: obstinacion en politica, debilidad en amor. Despues de haber resistido á Buckingham, el mas bello, el mas elegante y el mas magnifico señor de la época, cedió á Mazarino, con quien acabó por casarse. Pero en medio de esto, el corazon de la madre permaneció firme en su amor; su hijo fué siempre para ella el rey, y semejante á esas bellas madonas de Beato Angélico y del Peruguino, para las cuales su hijo era ya un Dios, en medio de los peligros que amenaza-

ban su infancia veló sobre él con respetuoso cariño.

Ana de Austria tenia sesenta y cuatro años cuando murió, y apenas representaba cuarenta; de tal modo, que cuando se levantó, los ojos brillantes de esperanza, los carrillos ardientes por la fiebre, para recibir el santo Viático, *Monsieur* exclamó:

— ¡Oh! vedâ mi madre; jamás ha estado tan hermosa.



XXXIV.

1666.—1669.—*Consecuencia de la muerte de Ana de Austria.—Indiferencia del rey hácia la Valliere.—Madama de Montespan.—La princesa de Monaco.—Campana de Flandes.—Amores de Mademoiselle con Lauzun.—Retrato de este.—Su origen.—Su carácter —El rey consiente en su matrimonio.—Ultimos años del duque de Beauport.—Su fin misterioso.*

La muerte de la reina madre no causó ningún cambio en los negocios públicos, en los cuales hacia mucho tiempo que no se mezclaba. Ana de Austria conocia á todo el mundo en la corte, sabia el nacimiento, y apreciaba el mérito de cada uno. Orgullosa como una austriaca, urbana como una france-

sa, regular como una española, sabia guardar á toda la distancia que convenia, y Luis XIV se vió obligado á convertir en leyes las reglas de etiqueta que ella habia hecho considerar como deberes.

La señorita de la Valliere era siempre la sultana favorita; pero adquiriendo derechos sobre Luis XIV como madre, habia perdido muchos de sus encantos como querida. Su frescura, que casi constituia su principal y única belleza, habia desaparecido, y yase comenzaba á advertir en la corte que el rey solo tenia por ella ese amor lánguido y cansado que nada desea mas que cambiar de objeto. El momento era bueno para recoger la herencia de este amor moribundo, y una de las mugeres mas lindas de la corte lo comprendió y se aprovechó de él: era esta madama de Montespan.

Antes que ella ya otra muger habia intentado lo que esta iba á emprender, consiguiendo hacer á Luis XIV, si no infiel, al menos inconstante. Esta muger era la princesa de Monaco, la graciosa hija de Grammont, y por consecuencia la hermana del conde de Guiche. Pero este capricho no habia tenido mas duracion que la del deseo que le hiciera nacer y del placer que lo habia satisfecho. Ya que fuese mas diestra, ya que tuviese mas encan-

tos reales, no sucedió lo mismo á madama de Montespan.

Francisca Atenaida de Rochechouart de Mortemar, marquesa de Montespan, á quien ya hemos introducido en las fiestas de Fontainebleau con el nombre de la señorita Tonnay Charente, que llevaba en esta época, habia nacido en 1644, y casándose en 1663 con Enrique Luis de Pardailan de Goudrin, marqués de Montespan el cual era de una familia ilustre de Gascuña, aunque su antigüedad no podia luchar con la de Mortemar. Por sus relaciones con *Monsieur* habia obtenido para ella una plaza de dama de palacio de la reina, y la soberbia belleza de la raza de los Mortemar habia producido el mayor efecto en la corte. El rey no fijó al principio su atencion en ella, y tal vez en este momento fué cuando ella previno á su marido de que Luis XIV la habia notado, y que era preciso la sacase de Paris; pero como el peligro no pareció inminente al marqués, no hizo nada.

Entre tanto madama de Montespan se ponía bien con la reina, diciendo un dia que se hablaba de la Valliere delante de María Teresa:

— Si yo tuviera la desgracia de que me sucediese lo que á ella le ha acontecido, me esconderia por el resto de mi vida.

Y al mismo tiempo se hacía amiga de la señorita de la Valliere, insinuándose con ella y acompañándola á todas partes. En el baile de las Musas de Benserade representaba ella una pastora, y recitó unos versos que expresaban los amores de una rosa con el sol. El rey lo advirtió.

Madama de Montespan tenia mucho talento, y el rey demostraba mucho placer al encontrarla en casa de la señorita de la Valliere. La pobre duquesa, que veia marcharse el amor de Luis cuyas visitas no eran tampoco tan regulares como antes, creyó que era un buen medio para atraerlo á sí el ligarse cada vez mas con su amiga.

Lo que debia suceder, sucedió; es decir, que en presencia de estas dos mugeres, la una dulce y tímida, la otra espiritual y artificiosa, el amor del rey comenzó, á medida que se apagaba por la señorita de la Valliere, á encenderse por madama de Montespan.

Mientras esto pasaba, se hacian preparativos de campaña. Luis XIV, que buscaba una guerra, buscó por pretexto los derechos de la reina sobre el Brabante, el Luxembour, Mons, Anvers, Cambray, Malines, el Limbourg, Namur y el Franco-Condado. La costumbre del Brabante declaraba devueltos á los

hijos del primer matrimonio los bienes del padre superviviente á la exclusion de los hijos del segundo: en virtud de este derecho María Teresa, nacida del primer matrimonio de Felipe IV con Isabel de Francia, reclamaba la sucesion á estas provincias. Verdad es que habia renunciado á ella por su contrato de matrimonio, pero tambien por este se le prometieron quinientos mil escudos de oro, que no habian sido pagados, y Luis XIV arguyó con la falta de pago de esta dote para apoderarse de las ciudades sobre que la reina tenia pretensiones.

Hízose alianza con el Portugal, enemigo natural de la España, y con las Provincias- Unidas, que no veian sin inquietud tan cerca de ellas un vecino católico y supersticioso.

La marina francesa, que en la época en que M. de Beaufort habia hecho la expedicion de Gigeri, apenas pudo suministrar diez y seis navios de tercer orden, presentaba ahora, tanto en los puertos de Brest como en el de Rochefort, un efectivo de veinte y seis navios, seis fragatas ligeras, seis brulotes y dos tartanas.

El ejército ascendia á ciento cuarenta y ocho mil trescientos noventa y siete hombres, que era el mas fuerte que ninguna potencia europea hubiese puesto en pie de guerra des-

pues de la cruzada. Casi con este motivo se habia nombrado un nuevo ministro de la guerra: Louvois, hijo de Letellier.

La campaña fue un viaje de corte.

Durante ella fue cuando el rey se acercó mas á madama de Montespan. Siempre preocupada la Valliere con la idea que hemos referido, no intentó siquiera oponerse á que el monarca viese á su amiga; pero al fin comprendió la falta que habia cometido. Un dia hizo cargos al rey, que impacientado, con uno de aquellos movimientos de dureza que le eran tan habituales, le tiró encima su perrillo faldero, llamado Malice, diciéndole:

—Tomad, señora: eso es bastante para vos.

Y se fue al cuarto de madama de Montespan, que estaba inmediato al de la duquesa.

Desde este momento la pobre la Valliere, que siempre habia querido hacer ilusiones, no tuvo siquiera la satisfaccion de dudar.

Viendo la reina por su parte este nuevo amor, quiso hacer algunas observaciones; pero Luis no las recibió mejor que las que se habia permitido la señorita de la Valliere.

—¿Acaso no dormimos en el mismo lecho, señora? preguntó el rey.

—Si tal, señor, contestó la reina.

—Pues entonces, ¿qué mas podeis pedir?

dijo Luis.

Estos amores hacian mucho ruido; pero otros, que no lo hacian menos en la misma época, eran los de *Mademoiselle* con Lauzun.

Mademoiselle de Montpensier, la nieta de Enrique IV, la orgullosa hija de Gaston, la amazona de Orleans, la heroína del combate del arrabal de Saint-Antoine, la heredera única de todos los feudos de Orleans, rica de setecientas mil libras de renta, la gran *Mademoiselle*, en fin, á quien se habia tratado de casar con príncipes, reyes y emperadores, estaba enamorada de un simple caballero, con quien iba á casarse.

Entremos en algunos detalles sobre este, cuyo nombre ya hemos pronunciado á propósito del viaje de Bretaña en que fue preso Fouquet.

Antonino Nomparr de Caumont, duque de Lauzun, nacido en 1632, seis años antes que el rey, habia llegado á Paris con el nombre de marqués de Puyguilhem: era, según dice Saint-Simon, un hombre pequeño, rubio, bien proporcionado, de fisonomía inteligente, lleno de ambicion, de caprichos y de fantasías, celoso de todo, nunca contento de sí mismo, y naturalmente pesaroso, solitario y salvaje, lo cual no le impedía ser muy noble en sus maneras, maligno por naturaleza, lleno de

rasgos crueles, y sin embargo buen amigo cuando lo era, tomando con ardor los intereses ó querellas de su familia, hábil para buscar el ridiculo, estremadamente valeroso y peligrosamente atrevido. Cortesano, unas veces insolente y burlon, otras bajo en extremo, lleno de intrigas para conseguir sus fines, terrible á los ministros, temido de todos, y siempre lleno de proyectos imprevistos, caprichosos, imposibles, pero espaciosos y seductores.

En 1658 apareció de repente en Paris, llegando á Gascuña, sin bienes de ninguna especie; pero con esa firme confianza en el porvenir, que es el rasgo distintivo de sus compatriotas. Era algun tanto pariente del duque de Grammont, y se recomendó por él. El viejo mariscal estaba muy considerado en la corte, y su hijo, el conde de Guiche, de quien hemos hablado tantas veces, era ya en esta época la flor de los bravos, y el favorito de las damas. El introdujo á Puyguilhem en casa de la condesa de Soissons, de donde no se movia el rey. El jóven gustó á Luis, que lo nombró primero capitán de su regimiento de dragones, luego lo hizo gobernador del Berri, mariscal de campo, y por último creó para él el empleo de coronel general de los dragones.

Algun tiempo despues quiso el duque de Mazarino deshacerse de su empleo de gran maestro de la artillería. Puyguilhem supo esta resolucíon, y corrió al rey para pedirle la plaza; y el rey, que no sabia negar nada á su favorito, se la prometió con tal que guardase el secreto mas profundo hasta el instante del nombramiento. Esto lo hacia el rey para salvarse de las observaciones que no dejaria de hacerle su nuevo ministro de la guerra, Louvois, enemigo particular del candidato.

Ya iba á hacerse el negocio, cuando la mañana misma en que el rey debia firmarlo. Puyguilhem se puso en aguardo á la puerta del gabinete, donde se celebraba el consejo. Allí, por desgracia suya, se encontró con Nyert, primer ayuda de cámara del rey;— un primer ayuda de cámara era una potencia;— nuestro hombre quiso tener un amigo en este, y le contó la causa que lo llevaba y las esperanzas que tenia.

Nyert, por su parte, tambien necesitaba ser amigo del ministro: escuchó á Lauzun hasta el fin, y fingiendo haber olvidado cumplir cierta órden del rey, corrió al cuarto del ministro, y le anunció una cosa que estaba muy lejos de esperar.

Estupefacto quedó Louvois: odiaba á Lauzun, que era amigo de Colbert; y viendo que

tan alto destino en su enemigo podia proporcionarle una multitud de disgustos, toma el primer papel que le viene á mano para tener un pretexto de hablar al rey, y penetra en la cámara del consejo. Sorprendido el rey, se dirige á él: este lo lleva al hueco de una ventana; le dice que lo sabe todo; exagera los defectos de Lauzun, y declara que ese nombramiento seria un manantial de querellas entre él y el gran maestro, querellas que no solo dañarian á la unidad del servicio, sino tambien á la tranquilidad de S. M., que constantemente seria tomado por árbitro.

Nada podia ser mas desagradable al rey que la indiscrecion cometida por Puyguilhem, pues no habia medio para sospechar de otro; asi fue que al salir del consejo, en vez de pararse, pasó por delante de él sin decirle una palabra.

El jóven se quedó aturdido, y todo el dia anduvo buscando aunque inútilmente, las vueltas al rey.

En fin, al acostarse este, Lauzun se atrevió á preguntar al rey si habia firmado su despacho; pero Luis XIV le contestó con ese tono seco, tan alarmante para un favorito:

—Eso no puede ser todavia: veremos.

Era evidente que alguna cosa lo habia trastornado todo; y no pudiendo Lauzun averi-

guar nada, resolvió dirigirse á madama de Montespan.

Esta debia algunas obligaciones á Lauzun. Hablábase de relaciones íntimas que habian existido entre ella y Puyguilhem, el cual, no solo se habia retirado al presentarse el rey sino que tambien le habia ayudado á vencer ciertas dificultades, con tal destreza, que no habia contribuido poco para obtener de él esa promesa imprudente que acababa de retirarle.

Madama de Montespan le prometió montes y maravillas; pero, á pesar de todo, pasaron ocho dias sin ningun resultado satisfactorio para Lauzun.

Mas no habian sido perdidos esos dias. Sospechando Lauzun que la Montespan lo alimentaba con falsas promesas, los habia empleado en hacerse el amante de su camarera; y cuando ya la jóven no pudo rehusarle nada, exigió de ella que lo escondiese debajo de la cama de su señora, en el momento mismo en que el rey entrase en la habitacion.

A cosa de las tres de la tarde era cuando Luis XIV tenia la costumbre de hacer sus visitas amorosas. A las dos y media fue introducido Lauzun por la doncella en la alcoba, y ocupó su puesto, donde no tuvo mucho que

esperar.

Entraron el rey y madama de Montespan, y de tal modo se acercaron á Lauzun, que le fue imposible perder ni una palabra de lo que decian. La conversacion recayó sobre él, y entonces supo la indiscrecion de Nyert, el terror de Louvois, y sobre todo el poco celo que ponía la favorita en servir á sus intereses.

Un solo movimiento podia perder á Lauzun sin misericordia, y permaneció inmóvil y sin aliento por espacio de dos horas que duró la conversacion: enseguida que salieron fue Lauzun á componer su vestido, y luego volvió á ver á madama de Montespan.

Lauzun le preguntó si durante la visita que el rey le habia hecho habia tenido la dignacion de acordarse de él, y madama de Montespan le hizo entonces la enumeracion de todas las buenas palabras que sobre él habia dicho al rey, y que en su concepto no dejarían de producir un escelente resultado. Lauzun la dejó decir, y cuando hubo terminado, se inclinó á su oído y le dijo:

—No hay mas que una pequeña desgracia en todo eso.

—¿Cuál? preguntó la de Montespan.

—Que de cabo á rabo habeis mentido como una desvergonzada.

Madama de Montespan lanzó un grito, y quiso zafarse de sus brazos; pero Lauzun la retuvo casi por fuerza.

—¡Oh! esperad al menos que os pruebe que sé lo que digo.

Y le contó todo lo que se habia dicho y hecho en aquel aposento, donde el rey y la Montespan creian no ser vistos y escuchados de nadie.

Madama de Montespan se desmayó, y por la noche contó todo el asunto á su régio amante.

El rey estaba furioso; pero como ignoraba de donde habia sabido Lauzun todos aquellos detalles, se contentó con callar y volverle la espalda; pero este espíó al rey, y un dia que pudo encontrarlo solo, se acercó á él, y le dijo:

—Señor: habia creido que todo caballero estaba obligado á cumplir una palabra dada, y que el titulo de rey no era sino una razon mas para cumplirla; pero parece que me habia engañado.

—¿Qué quercis decir? preguntó Luis XIV.

—Que V. M. me tenia positivamente prometido el empleo de gran maestre de la artillería, y que no me lo ha dado.

—Es verdad, dijo el rey; os lo habia pro-

metido, pero con la condiciou de que me guardáseis secreto, y no me lo habeis guardado.

—Puesto que es asi, dijo Lauzun, solo me queda una cosa que hacer: romper mi espada, á fin de que jamás me den ganas de servir á un príncipe que falta tan villanamente á su palabra.

Y uniendo el hecho á la amenaza, Lauzun sacó la espada, la rompió contra su rodilla, y tiró los dos pedazos á los pies del rey.

La cólera subió al rostro de Luis XIV como una llama, y alzó sobre el insolente el baston que tenia en la mano; pero abriendo una ventana, exclamó:

—¡No; no se dirá que he pegado á un hombre de cualidad!

Y tirando el baston por la ventana salió.

El dia siguiente fue conducido á la Bastilla, y el empleo que solicitaba dado al conde de Lude.

Mas era tal la influencia de Lauzun con el rey, que este le envió un encargado á la Bastilla para proponerle, en cambio del empleo que no habia podido darle, la plaza del capitán de guardias del rey, vacante por salida del duque de Gesvres al puesto de primer gentil-hombre. Lauzun se hizo de rogar, pero aceptó al fin; las cosas quedaron bajo el

mismo pie que antes, y quince dias despues era nombrado teniente general.

Lauzun continuó con el mayor éxito sus escentricidades, como se diria hoy, y pronto tuvo el atrevimiento de hablar, no solamente de amor, sino hasta de matrimonio, á la gran *Mademoiselle*, prima del rey.

Este era un negocio muy distinto del de la artilleria, y sin embargo, con gran sorpresa de todo el mundo, el rey consintió en que Puyguilhem fuese su primo, á pesar de su mediana hidalguia de Gascuña.

Todo estaba concluido, si Lauzun, con su vanidad ordinaria, no hubiera retardado el matrimonio por hacer libreas nuevas á toda la servidumbre. Esto era demasiado confianza en su fortuna, y Lauzun fue castigado por desafiar á la suerte. Esta vez no fue Louvois quien vino á hacer representaciones al rey; fueron *Monsieur* y el principe, los cual strabajaron tan bien, que el monarca retiró su promesa.

Desesperóse *Mademoiselle*, pero Lauzun, contra lo que todos esperaban, hizo de buen grado al rey el sacrificio de esta ilustre union.

Hácia el mismo tiempo desaparecia de la escena del mundo uno de los hombres que mas principal papel habian hecho en aquella

fronda ya olvidada: el gran almirante de Francia, el señor duque de Beaufort.

Habia sido enviado por Luis XIV en socorro de Candia, que sitiaban los turcos. Solo que para no indisponerse con el gran señor, el rey de Francia habia sustituido el pabellon de su santidad al suyo propio.

La escuadra salió de Tolon el 5 de junio de 1669, y tomó puerto á la vista de Candia, en una rada bastante mala, abierta al Norte y situada bajo los muros de la ciudad. Los turcos eran dueños de toda la isla, escepto de la capital.

Por la noche fue M. de Beaufort con sus principales oficiales á casa de M. de Saint-André Montbrun, que mandaba la plaza. La ciudad no era mas que un monton de ruinas.

Grave fue la esplicacion entre el gran almirante y el marqués de Saint-André. Estábase muy lejos en Europa de sospechar el estado á que habian reducido á Candia los infieles; y aunque el embajador, que habia solicitado el socorro de la Francia, habia hablado de una guarnicion de doce mil hombres que defendia la ciudad, la tal guarnicion apenas llegaba á dos mil quinientos.

Sin embargo, un socorro que se presentaba con tanto aparato no podia contentarse con sostener el sitio, encerrado en la ciudad; el

honor del pabellon francés exigia que se combatiere.

Se resolvió un ataque para la noche del 24 al 25 de junio.

El 24 duró el consejo hasta las siete de la noche, y á las tres de la mañana tuvo lugar la salida, que iba mandada por M. de Beaufort y M. de Navailles.

El primer ataque fue dirigido por M. de Dampierre: sus soldados encontraron á los turcos medio dormidos; de tal suerte, que pudo creerse al principio en una especie de victoria.

Pero al huir pegaron fuego á unos barriles de pólvora, que estallaron en medio de los vencedores.

De repente se esparció el rumor de que el terreno estaba minado, y un terror pánico sucedió al primer sentimiento de orgullo. M. de Beafort y M. de Navailles vieron venir hacia ellos los fugitivos, gritando: «¡Sálvese quien pueda!»

Ambos jefes les salieron al encuentro con los hombres de que podian disponer, gritando; ¡*Atrás, atrás!* hiriendo á los fugitivos, ya de plano, ya con las puntas de sus espadas.

Pero el pánico era tal, que en vez de contener á los fugitivos las tropas frescas, estas fueron arrastradas por aquellos.

M. de Beaufort no era hombre que huyese como los otros. En medio de la general derrota, reunió un grupo de caballeros, y levantando su espada, dijo:

—Vamos, señores; mostremos á esos perros que aun bay gentes en Francia que saben morir cuando no saben vencer.

Y desapareció entre las filas de los turcos.

Jamás volvió á verse á M. de Beaufort; jamás se volvió á hablar de él, y jamás se tuvieron noticias suyas, por mas diligencias que se hicieron.





XXXV.

1669.— *Proyectos de alianza de la Francia con la Inglaterra.—Madama Enriqueta, negociador.—Descontento de Monsieur.—Agravios de Madame contra su marido.—El caballero de Lorena. El rey y Madame.—Se cree envenenada.—Opinion de los médicos.—Ultimos momentos de la princesa.—Conducta de Monsieur.—Visita del rey.—Muerte de Madame.—Descúbrese el crimen.—Indulgencias del rey.*

El tratado de Aquisgran habia acercado la Francia á Holanda: pero esta no habia visto sin inquietud los progresos de un vecino tan peligroso como era Luis XIV. Y tenia razon para inquietarse, porque el rey de Francia

solo buscaba un pretesto para tratar como enemigos á sus antiguos aliados. La guerra, decidida de antemano en el ánimo de Luis XIV, pronto fue tambien decidida en el consejo; mas la primera precaucion que habia que tomar para semejante empresa era asegurarse la neutralidad de España y la alianza de Inglaterra. El marqués de Villars fue enviado á Madrid para hacer comprender al gabinete español el interés que tenia en el abatimiento de las Provincias-Unidas, sus enemigas naturales. En cuanto al rey de Inglaterra, Cárlos II, fue un embajador muy distinto el que resolvió enviarle.

Luis XIV anunció un viaje á Dunkerque, convidando á todos los cortesanos.

Treinta mil hombres precedian ó seguian la marcha del rey. La reina y *Madame* tenian casi el mismo rango, y detrás de ellas iban en el mismo coche las dos queridas del rey, la *Valierey* la *Montespan*, quienes algunas veces subian con el rey y la reina en una gran carroza inglesa.

Madame iba ademas acompañada de una persona que tambien tenia sus instrucciones secretas: era Luisa Renata de Panankoet, llamada la señorita de Keronalle, y nombrada por Luis XIV *plenipotenciaria seductora*.

El papel era importante, y la mision di-

ficil; era preciso vencer á siete queridas conocidas, y que todas á un tiempo gozaban del privilegio, muy comun entonces en Inglaterra, de distraer al monarca de los fastidios que le causaban su hacienda, los murmullos de su pueblo, y las demostraciones de su parlamento.

Estas siete queridas eran: la condesa de Castelmaine; la señorita Stewart; la señorita Welles, doncella de honor de la duquesa de York; Nelly Gwyn, una de las mas locas cortesanas de aquel tiempo; miss d'Avys, célebre comedianta; la bailarina Bell Orkay, y en fin, una mora, llamada Zinga.

Todas estas intrigas políticas y amorosas se hacian á despecho de *Monsieur*, que juraba y blasfemaba sin poder conseguir lo mas mínimo. *Monsieur* estaba tanto mas furioso, cuanto que acababan de desterrar á su favorito, el caballero de Lorena. Ya veremos mas tarde la catástrofe que produjo este destierro. El rey fingió no advertir la sorda oposicion de su hermano, y *Madame* salió el 24 ó 25 de mayo para Douvres, donde llegó el 26.

La negociacion sobrepujó á los deseos del rey, pues mediante algunos millones, y la promesa de que la señorita de Keronalle permanecería en Inglaterra, Carlos II prometió todo lo que se quiso.

En consecuencia fue preparado un tratado de alianza entre Luis XIV y Carlos II, cuyas ratificaciones debían canjearse en el trascurso del mes siguiente.

Pueden concebirse los honores con que fué recibida en Calais la embajadora que llevaba tan buenas noticias.

Todos volvieron á Paris para preparar la conquista; pero antes de ponerse en marcha para llevarla á cabo, una catástrofe tan dolorosa como inesperada vino á espantar á la corte de Francia.

Un grito lanzado por Bossuet resonó por toda la Europa.

— *Madame* se muere! *Madame* ha muerto!

Remontémonos á los antecedentes de esta muerte tan repentina y dramática.

Ya hemos hablado de los celos y quejas de *Monsieur*, á propósito de las galanterías de *Madame*. Nos quedan por referir los agravios de *Madame* contra *Monsieur*.

Era imposible que dos hermanos se pareciesen menos en lo físico y en lo moral que Luis XIV y el suyo. Ya hemos descrito las figuras de ambos; ninguna de las diversiones de los hombres convenía á *Monsieur*; jamás había hecho armas ni montado á caballo, excepto en los tiempos de la guerra. Por el contrario, le gustaba mucho adornarse, se daba

colorete, se disfrazaba de muger, bailaba como una doncella, y en medio de todas aquellas encantadoras flores de belleza encerradas en la corte del rey, su hermano, jamás se le habia acusado de uno de esos pecadillos de que el rey habia tenido tantas veces necesidad de absolucion.

— Un dia le habia dicho madama de Fiennes:

— No es monseñor quien deshonra á las mugeres, sino las mugeres á monseñor.

— Pero si *Monsieur* no tenia queridas, en cambio tenia favoritos, entre los cuales era el principal de todos Felipe de Lorena Armagnac, caballero de Malta, llamado ordinariamente el caballero de Lorena. Tenia entonces veinte y seis ó veinte y siete años, y era, segun dice la princesa palatina, segunda esposa de *Monsieur*, un pícaro, contra el cual nada habria que decir si lo interior se pareciese á lo exterior.

Madame estaba celosa del caballero mas que si hubiera sido una querida, pues le desesperaba esa intimidad de *Monsieur* con un bermoso jóven cuyas costumbres pasaban por ser horriblemente disolutas. Aprovechándose del favor en que estaba con el rey, le pidió el destierro del caballero, el cual recibió orden de salir de Francia.

A esta noticia comenzó *Monsieur* por des-

mayarse, luego se deshizo en lágrimas, y por último se echó á los pies del rey; pero nada pudo obtener. Presa entonces de la mas violenta desesperacion, dejó á Paris, y fue á sepultarse en su castillo de Villers-Cotterets.

Pero toda esta cólera se convirtió al poco tiempo en humo; *Madame* protestó no tener parte alguna en el destierro del caballero; el rey ofreció indemnizaciones, y *Monsieur* las aceptó, volviendo á vivir con su hermano y con *Madame* como habia vivido hasta entonces.

Habia seguido á la corte á Dunkerque, y recogido nuevos disgustos en este viage. Durante la permanencia de *Madame* en Inglaterra, habia reconciliado á Buckingham con el rey, y *Monsieur* no podia olvidar que ese Buckingham habia proclamado escandalosamente su amor hácia aquella que iba á ser su esposa.

Madame estaba llena de orgullo por la negociacion que acababa de terminar de una manera tan hábil, y tenia su corte en Saint-Cloud, mientras que el caballero de Lorena habia ido á pasear su despecho á Roma, de donde probablemente no volveria en tanto que *Madame* conservase algun influjo en el rey.

El 29 de junio, que era domingo, se levantó Madame muy temprano, y pasó al cuarto de Monsieur, á quien encontró en el baño: y despues de haber visitado á madama de la Fayette, á quien dijo que habia pasado una noche escelente, se volvió á su aposento.

La mañana se pasó como de costumbre, y cuando avisaron á Madame que el sacerdote estaba revestido, fue á oír la misa.

Concluida, pasó al cuarto de *Mademoiselle* de Orleans, su hija, á quien estaba retratando un célebre pintor de Inglaterra. La conversacion rodó sobre el último viaje, y la princesa estuvo muy alegre.

Luego pidió una taza de agua de achicorias, la bebió, y despues comió como de costumbre.

Despues de comer pasó al cuarto de Monsieur, que tambien se estaba retratando: durante este tiempo se acostó *Madame* sobre unos cogines, y se quedó dormida como solia sucederle.

Durante el sueño se descompuso su rostro de una manera tan estraña, que madama de la Fayette, que estaba á su lado, se alarmó en estremo.

Despertóla un dolor de estómago, y se despertó con semblante tan alterado, que el

mismo *Monsieur* se sorprendió y asustó.

A poco rato pidió otra taza de agua de achicorias, al mismo tiempo que madama de la Fayette pedia un vaso de la misma, y de la cual bebió al mismo tiempo que *Madame*.

La taza destinada á *Madame*, y el vaso pedido por la de la Fayette, les fueron presentados por madama Gordon, dama de tocador de la princesa, pero antes que esta hubiera concluido de beber, se llevó la mano al costado, exclamando:

— ¡Ay, qué dolor, qué dolor.... no puedo mas!...

Al pronunciar estas palabras se puso en extremo encendida, y casi al mismo tiempo de una palidez livida, diciendo:

— ¡Que me lleven de aquí! ¡Que me lleven! ¡No puedo sostenerme!

Madama de la Fayette y madama de Gamahe tomaron á la princesa por debajo de los brazos, y fue andando encorvada: mientras la desnudaban se redoblaron sus quejidos, y eran tan violentos sus dolores, que, á pesar suyo, corrian lágrimas de sus ojos.

Apenas se metió en cama, se aumentaron sus dolores, y se revolvía, ya á un lado, ya á otro, como una persona próxima á ser atacada de convulsiones. Envióse á llamar á toda prisa á su primer médico, M. Esprit, pero

este dijo que era un cólico ordinario, y prescribió los remedios que se practican en tales circunstancias. Sin embargo, *Madame* continuaba gritando que lo que le hacia falta era un confesor, y no un médico, en atención á que el mal era mas grave do lo que se creia.

Monsieur estaba arrodillado delante del lecho de la princesa: la enferma le vió en aquella postura, y le dijo, echándole los brazos al cuello:

— ¡Ay, *Monsieur*, no me amais hace ya tiempo; pero habeis procedido con injusticia, pues jamás os he faltado!

Aquella voz tenia un acento tan lastimero, que todos los concurrentes prorrumpieron en lágrimas.

Todas estas diferentes fases se habian sucedido en una hora escasa. De repente exclamó *Madame* que aquella agua que habia bebido era veneno sin duda; que quizá habrian tomado una botella por otra; que conocia que estaba envenenada, y que si no querian que muriese, le diesen un contraveneno.

Monsieur estaba cerca de *Madame* en el momento en que exhaló aquel grito de dolor. No se mostró conmovido ni turbado, y dijo con voz tranquila:

— Que se haga beber de este agua á un

perro.

Madama Desbordes, primera doncella de *Madame*, se acercó, y dijo que esa experiencia no debía hacerse en un perro; que ella habia preparado aquel agua, y estaba segura de que no se habia mezclado á dicha agua ninguna sustancia nociva, y que á ella le correspondia suministrar la prueba de lo que decia.

En seguida llenó un vaso con aquella agua, y se lo bebió.

Trajeron entonces aceites y antidotos.

Saint-Foy, primer ayuda de cámara de *Monsieur*, propuso que se le propinasen polvos de víbora, *Madame* aceptó, diciendo:

—Tengo confianza en vos, Saint-Foy, y tomaré cuanto me deis.

Las drogas que tomó escitaron vómitos, pero vómitos imperfectos, que sirvieron solo para fatigarla hasta el punto de quedarse, segun decia ella misma, sin fuerzas ni aun para gritar.

Desde entonces se consideró *Madame* como perdida, y no pensó mas que en sorportar sus dolores con paciencia. Algunos momentos antes habia pedido un sacerdote. *Monsieur* dijo á madama de Gamache que tomase el pulso á la enferma; obedeció aquella, y se apartó de la cama asustada, diciendo que no lo encon-

traba, y que *Madame* tenia ya friaslas estre-
midades. Pero el médico sostuvo siempre que
aquello era un cólico, y declaró que respon-
dia de *Madame*.

Habia llegado el cura de Saint-Cloud. Di-
jéronselo á la princesa, la cual le hizo acer-
car á su cama; y como una de sus criadas
la sostuviese en sus brazos, no quiso permi-
tir que se alejase, y se confesó en su pre-
sencia.

Determinaron que se la sangrase. *Madame*
queria que fuese en el pie, y el médico prefi-
rió que fuese en el brazo. Temióse que aque-
lla determinacion le contrariase; pero sin ha-
cer *Madame* ninguna otra objecion, dijo que
estaba pronta á hacer cuanto exigiesen de ella,
porque estando próxima á exhalar el último
suspiro, le era todo indiferente.

Hacia ya mas de tres horas que se hallaba
en aquel estado, y el mal seguia cada vez en
aumento, cuando llegaron dos médicos; Gues-
lin, á quien se habia ido á buscar á Paris, y
Vallot, á quien se fue tambien á buscar á Ver-
sailles. Asi que la enferma los vió, les dijo
que estaba envenenada, y que la tratasen co-
mo tal.

Los nuevos médicos la examinaron, y reu-
niéndose despues en consulta con M. *Esprit*,
volvieron todos tres á decir á *Monsieur* que

no tuviese cuidado por la princesa, y que respondian de ella.

Pero *Madame* continuó afirmando que conocia su mal mejor que nadie, y lo sentia agravarse por momentos.

Hubo entonces una mejoria aparente, que no era otra cosa que una debilidad mayor. Vallot volvió á Versailles á cosa de las nueve y media, y las mugeres de la servidumbre se quedaron conversando alrededor de la cama de la enferma. En aquel momento una de ellas se aventuró á decir que seguia mejor. Entonces, con esa impaciencia tan disculpable en las personas que sufren:

—Es eso tan poco cierto, dijo, que si no fuese cristiana, me mataria. No debe desearse mal á nadie, añadió; pero desearia que alguien pudiese experimentar por un momento lo que estoy sufriendo, para que conociese de qué naturaleza son mis dolores.

Trascurrieron dos horas mas, durante las cuales los médicos, como si Dios les hubiese puesto una venda sobre los ojos, aguardaron una mejoria que no llegaba, respondiendo de ella y dándole, en vez de antídoto un caldo, á pretesto de que no habia comido nada en todo el dia. Pero apenas tomó el caldo, redoblaron sus dolores.

En este momento llegó el rey.

Por muchas veces habia enviado á preguntar desde Versalles por la salud de *Madame*, y esta le habia respondido, sin que aquel lo creyese, que se moria. Por último, M. Creguy, que habia pasado por Saint-Cloud yendo á Versalles, habia dicho al rey que la creia realmente en peligro, y entonces el rey quiso verla.

Eran las once y media de la noche cuando llegó.

Venian con él la reina y la condesa de Soissons. Mlle. de la Valliere y madama de Montespan habian venido juntas.

El rey se asustó de los estragos que el mal habia ya hecho, y como entonces la mudasen de cama, los médicos, que vieron entonces su rostro, principiaron á dudar de su ciencia. En su consecuencia examinaron á *Madame* con atencion, palparon su estremidades, y las encontraron frias; buscáronle el pulso, y no lo hallaron.

Dijeron entonces al rey que aquella frialdad y el haberse retirado el pulso eran señales de gangrena, y que podia irse á buscar el Viático.

Hablóse de enviar á buscar á un canónigo de gran mérito, llamado el P. Feuillet. *Madame* aprobó aquella eleccion, y pidió solo que se diesen prisa.

Entonces el rey, que se habia alejado del lecho para hablar con los médicos, se acercó.

—¡Ah, señor! le dijo madama Enriqueta; perdeis la mas verdadera servidora que habeis tenido nunca, ni tendreis jamás.

—Tranquilizáos, le dijo el rey, que estais equivocada: no os hallais tan de peligro como esponeis, y sin embargo, confieso que me admira la firmeza que mostrais.

—¡Oh, señor! replicó *Madame*, es que nunca he temido la muerte, sino el perder vuestra gracia.

Aquella firmeza probó al rey que la augusta enferma no tenia esperanza alguna. Entonces se despidió de ella con lágrimas en los ojos.

—Adios, señor, le dijo *Madame*: la primera noticia que recibais mañana será la de mi muerte.

El rey se retiró, y trasportaron á *Madame* á su cama grande. En aquel momentole acometió un hipo.

—¡Ay! dijo al médico; este es el hipo de la muerte.

Con efecto, los médicos declararon que no habia esperanza alguna.

Llegó en esto el canónigo á quien se habia ido á buscar; habló á la enferma con aus-

teridad, pero la encontró en disposiciones que dejaban la austeridad del sacerdote muy atrás de la austeridad de la penitente.

Mientras esto pasaba llegó el embajador de Inglaterra. Apenas le divisó *Madame*, recobró sus fuerzas para decirle que se acercase, y le habló del rey, su hermano: la conversacion tenia lugar en inglés; pero como la palabra veneno (*poison*) es una misma en los idiomas, fue fácil á los concurrentes adivinar el asunto de la conversacion.

El canónigo temió que aquella conversacion, que podia despertar odios en el corazon de la princesa, fuese perjudicial á su salvacion.

— Señora, le dijo: ha llegado la hora de sacrificar vuestra vida á Dios, y de no pensar en otra cosa.

Madame hizo señas de que estaba dispuesta á recibir el Viático, el cual recibió en efecto con tanto valor como devocion.

Entonces *Monsieur* se retiró á vez; pero *Madame* le hizo llamar para abrazarle por última vez; despues de lo cual le invitó *Madame* á que se alejase, diciéndole que le enterrecia.

Los médicos propusieron un nuevo remedio; pero *Madame*, antes de tomar nada, pidió

la estremauncion.

Estándola recibiendo llegó M. de Condom (1), á quien se habia ido á avisar al mismo tiempo que á M. Feuillet. Hablóle de Dios con aquella elocuencia y aquella uncion que se revelaban en todos sus discursos, y estándole hablando, como se acercase á *Madame* su doncella para darle alguna cosa que habia pedido, le dijo á esta en inglés:

—Cuando haya muerto, dad á M. de Condom la esmeralda que habia mandado hacer para él.

Y como despues de aquella interrupcion continuára él hablándole de Dios, se sintió la enferma acometida de un gran deseo de dormir, que no era otra cosa que un desfallecimiento; pero se dejó engañar por un momento.

—Padre mio, le dijo: ¿no podria tomar un poco de descanso?

—Tomadlo, hija mia, respondió aquel; y entre tanto rogaré á Dios por vos.

Dió con efecto algunos pasos para retirarse; pero *Madame* le volvió á llamar, diciéndole que aquella vez conocia que iba á espirar.

(1) *Bousset*, que no era todavía obispo de *Meaux*.

A estas palabras se acercó M. de Condom, y la dió el Crucifijo, que ella besó con ardor. El prelado continuaba hablándola, y ella le contestaba siempre con un juicio tan sano como sino estuviese enferma, hasta que se debilitó su voz. Entonces, con sus manos moribundas, fijó, por decirlo así, el Crucifijo en sus lábios; pero pronto perdió las fuerzas, como había perdido la voz, y el Crucifijo, dejando de estar sostenido por sus manos, se le escurrió de entre ellas. Entonces se notaron en su boca dos ó tres pequeños movimientos convulsivos, que terminaron por un suspiro. Aquel fué el último.

Así espiró *Madame* Enriqueta de Inglaterra, á las dos y media de la mañana, nueve horas despues de haber sentido los primeros síntomas del mal.

Apenas murió *Madame*, resonó otra voz en medio del silencio fúnebre: la acusacion de envenenamiento que habia formulado aquella en voz alta; y cada cual trató de investigar las circunstancias que pudiesen dar alguna luz.

Los rumores que se divulgaron, y á los cuales es preciso confesar que se ha unido una gravedad ya histórica, son los siguientes:

Ya hemos dicho que el agua de achico-

rias que tomaba habitualmente *Madame* se colocaba siempre en un armario de una de las antecámaras de su habitacion. Ese agua de achicorias estaba en una taza y otra vasija con agua comun, para el caso en que *Madame* encontrarse demasiado amarga el agua de achicorias.

El mismo dia en que murió *Madame*, un mozo, que entró de improviso, halló al marqués de Effiat ocupado en aquel armario. Acercóse al punto á él, y le preguntó qué hacia allí.

—Amigo mio, dijo el marqués con la mayor tranquilidad, os pido perdon; tenia calor y mucha sed, y sabiendo que habia agua en ese armario, no he podido resistirme al deseo de beber.

El mozo continuó hablando entre dientes, y el marqués reiterando siempre sus disculpas, entró en el cuarto de *Madame*, en donde estuvo hablando mas de una hora con los demas cortesanos sin la menor emocion.

Como habia dicho *Madame*, la primera noticia que recibió el rey al despertarse el 30 de junio por la mañana fue la de su muerte. Luego á esa muerte vinieron á unirse todos aquellos rumores de la causa que la habia producido; rumores que, por decirlo así, flotaban en el aire. El rey los recogió, escuchó

todo lo que se decía del marqués de Effiat, y convencido de que el llamado Purnon, mayordomo de *Madame*, tenía algo que ver con aquella catástrofe, resolvió interrogarle.

Estaba acostado Luis cuando tomó aquella resolución. Se levantó; llamó á M. de Brissac, que estaba en los guardias; le mandó que tomase seis hombres fieles y discretos, y le trajese con ellos al día siguiente á Purnon á su gabinete por la espalda del paciente.

Hízose lo que el rey había dicho, y fueron á avisarle á la hora señalada que el hombre en cuestion estaba esperando.

Luis se levantó, y se fue al punto al cuarto en donde estaba aquel hombre.

Entonces, haciendo salir á M. de Brissac y á su ayuda de cámara, á fin de quedarse solo con el acusado, y tomando aquel tono y espresion que solo eran peculiares á él:

—Amigo mio, le dijo mirándole de pies á cabeza: escuchadme bien: si me confesais todo y me respondeis la verdad acerca de lo que deseo saber de vos, hayais hecho lo que se quiera os perdono, y no se volverá á hablar de ello; pero cuidado con tergiversarme la menor cosa; porque si lo haceis, morireis antes de salir de aqui.

— Señor, respondió el hombre, trémulo y tranquilizado á la vez; esto es, temblando por la amenaza y tranquilizado por la promesa: interrógueme V. M., que estoy dispuesto á contestarle.

— Bien. ¿Ha sido envenenada *Madame*?

— Sí, señor.

El rey perdió el color ligeramente.

— ¿Por quién? preguntó.

— Por el caballero de Lorena, respondió Purnon.

— ¿Cómo ha podido ser eso, si está fuera de Francia?

— Ha enviado el veneno desde Roma.

— ¿Quién lo ha traído?

— Un hidalgo provenzal, llamado Morel.

— ¿Y sabia él la comision de que estaba encargado?

— Creo que no, señor.

— ¿A quién entregó el veneno?

— Al marqués de Effiat y al conde de Beuvron.

— ¿Qué ha podido determinarles á cometer ese crimen?

— La ausencia de su amigo el caballero de Lorena, ausencia que perjudicaba mucho á sus asuntos, y la certidumbre de que en tanto que *Madame* viviese no volveria Lorena á

ocupar su puesto al lado de *Monsieur*.

—¿Es cierto que un mozo de la cámara viese á Effiat en el momento en que consumaba el crimen?

—Sí, señor.

—¿Pues cómo es que estando el agua de achicorias envenenada, las demás personas que bebieron de aquel agua al mismo tiempo que la princesa no han experimentado ninguna novedad?

—Porque el marqués de Effiat había previsto ese caso, y solo había envenenado la taza de S. A., en la que nadie bebía mas que ella.

—¿Y cómo la había envenenado?

—Frotando con el veneno sus paredes interiores.

—Sí, murmuró el rey; sí, eso lo explica todo.

Y en seguida, haciendo un esfuerzo para que su rostro tomase una espresion mas severa, y su voz un tono mas amenazador:

—¿Y mi hermano, dijo, sabia algo de ese complot?

Y aguardó la respuesta con ansiedad.

—No, señor, respondió Purnon; ninguno de nosotros era tan necio que fuese á decirselo; no sabe guardar secreto, y nos habria perdido.

A esta respuesta, dice Saint-Simon, exhaló el rey un profundo ¡ah!... como un hombre oprimido que puede al fin respirar.

—Eso es lo que queria saber: ¿pero estais bien seguro de ello?

—Os lo juro, señor, respondió Purnon.

Entonces el rey, consolado casi de la muerte de *Madame* con la idea de que *Monsieur* no habia tenido parte en ella, llamó á M. de Brissac, y le mandó que sacase á Purnon fuera de palacio y le dejara en libertad.

No se tomó otra venganza por la muerte de aquella encantadora princesa, que daba el tono á la corte, y que dejó en la historia de aquella época un recuerdo tan triste y doloroso; y aun la carta siguiente prueba que *Monsieur*, valiéndose de su influencia con el rey, obtuvo muy pronto, no solo el perdon, sino el regreso de su favorito.

Carta de M. de Montaignu á milord Arlington.

«Milord: No me encuentro en estado de escribiros yo mismo, á causa de estar tan incomodado de resultas de una caída, que apenas puedo mover el brazo y la mano. Espero, sin embargo, poder ir á Saint-Germain dentro de uno ó dos dias.

» Os remito esta para dar cuenta á vuestra

gracia de una cosa que creo sabrá ya, y es que se ha permitido al caballero de Lorena que vuelva á la corte y sirva en el ejército en clase de mariscal de campo (1).

»Si *Madame* ha sido envenenada, como es la creencia general, toda la Francia le mira como su envenenador, y se admira con razon de que el rey de Francia tenga tan poco miramiento con el rey nuestro señor que le permita volver á la corte, atendiendo al modo insolente con que se ha portado siempre con aquella princesa durante su vida. Mi deber me pone en el caso de deciros esto, á fin de que lo hagais saber al rey, y hable enérgicamente sobre ello al embajador de Francia, si lo juzga á propósito, porque puedo aseguraros que esa es cosa que no podria sufrir sin hacerse agravio.»

Apesar de esta carta, el caballero de Lorena, no solo quedó impune, si no que, si hemos de creer á Saint-Simon, fue colmado de cargos y beneficios. Con todo, á pesar de eso murió tan pobre, que, á pesar de tener unos cien mil escudos de renta, sus amigos tuvie-

(1) *Este pasaje está escrito en cifra en la carta original.*

ron que costearle el entierro.

Por lo demas, su muerte fue digna de su vida. El 7 de diciembre de 1702, hablando de pie en el Palacio-Real con madama de Maré, aya de los hijos del duque de Orleans, le contaba que habia pasado la noche entera en una continua orgia. Pero en el momento en que referia las cosas mas horrendas, fue atacado de apoplegia, perdió el uso de la palabra, y espiró al poco tiempo.



XXXVI.

1670.—1672.—*Luis XIV y madama de Montespan.—Abandono de Mlle. de la Valliere.—Primer embarazo de la nueva favorita.—Misterio en que se envuelve su parto.—Nacimiento del duque de Maine.—Caida de Lauzun y su prision.—Vuelve á hallar á Fouquet en la prision de Pignerol.—Se presenta en la corte el jóven duque de Longueville.—Sus relaciones con la mariscal de la Ferté—Madama de la Ferté y su esposo.—La mariscal y su ayuda de cámara.—Venganza del mariscal.—El mariscal y la dama de compañía.—El duque de Longueville y el marqués de Effiat.—La asechanza.—El bastonazo.—Guerra contra Holanda.—Paso del Rhin.—Muerie del duque de Longueville.—Su testamento.—Estado del teatro.—Retirada de mademoiselle de la Valliere.*

Los nuevos amores de Luis XIV con ma-

dama de Montespan no contribuyeron poco á hacer tomar al rey la muerte de *Madame* Enriqueta con aquella indiferencia que se le ha echado, por otra parte, en cara en todas las circunstancias parecidas á la que acabamos de referir.

Madama de Montespan era mas que nunca la favorita, y á la pobre duquesa de la Valliere no se la conservaba mas que como se conservaba á una esclava, destinada á realzar el triunfo de una reina.

Pronto se hizo embarazada madama de Montespan.

Luis XIV no tuvo la menor duda sobre su paternidad. Mucho tiempo hacia que la marquesa habia roto con Lauzun de quien se habia hecho enemiga mortal. M. de Montespan, que quiso alzar su voz, habia sido desterrado brutalmente, y llevaba en sus posesiones el luto de su honor. El hijo de madama de Montespan era de consiguiente un hijo de sangre real.

Sin embargo, aunque todo el mundo sabia lo que pasaba entre ella y el rey, tuvo aquella, ó aparentó tener rubor del estado en que se hallaba: de tal modo, que inventó una nueva moda muy ventajosa para las mujeres que quisiesen ocultar su preñez. Esa moda consistia en vestirse como los hombres

à escepcion de un faldellin, sobre el qual, por la parte de la cintura, se sacaba la camisa, que se ahuecaba todo lo posible, y ocultaba asi el vientre.

Desde entonces todos los cortesanos abandonaron á la duquesa de la Valliere para dirigir sus obsequios á madama de Montespan, lo cual hicieron con tanta mayor facilidad, quanto que madama de la Valliere, ocupada enteramente en agradar al rey, nunca habia pensado en grangearse amigos. Asi fué, que un dia en que se quejaba al mariscal de Grammont del abandono en que la tenian:

— ¡Diantre! Querida amiga, le respondió este: mientras que teniais motivos para reir, era preciso hacer reir á los demas: ahora que teueis motivos para llorar llorarian los otros...

Luego, como el mariscal de Grammont era hombre muy escéptico, y creia poco en la amistad, en el reconocimiento, en el desinterés, y en fin, en esas virtudes de clase media que la corte trata de necedades, añadió por lo bajo, para capitular sin duda con su propia conciencia:

— Tal vez.

Llegado el dia de parto, una doncella de madama de Montespan, en quien esta y el

rey tenían la mayor confianza, subió á un carruaje sin armas, y se fué á la calle de San Antonio, en casa de un comadron muy célebre en aquella época, y que se llamaba Clemente, á quien dijo si quería acompañarla para asistir á una muger que estaba de parto: añadióle que si consentía en seguirla seria preciso que se dejarse vendar los ojos, á finde que no supiese á dónde se le conducía.

Clemente, á quien todos los dias se le hacian proposiciones de ese género, y á quien no le iba mal con aceptarlas, aceptó esta tambien, se dejó vendar los ojos, subió al carruaje con la doncella, y se encontró en una soberbia habitacion cuando le permitieron quitarse la venda.

Pero las observaciones que pudo hacer sobre la suntuosidad de la habitacion no fueron muchas, porque á breve rato una muchacha que habia en ella apagó todas las luces: de suerte que la habitacion quedó únicamente alumbrada con el fuego de la chimenea. Entonces el rey, que estaba oculto detrás de una cortina de la cama, le dijo que nada temiese, que habia sido llamado para ejercer su ministerio y que seria dignamente recompensado. Clemente le contestó que estaba muy tranquilo, y no temia absolutamente nada. Luego acercándose á la paciente, y vien-

de despues de haberla examinado, que no habia gran prisa todavia:

—Únicamente, añadió, desearia saber una cosa.

—¿Cuál?

—Si estoy en la casa de Dios, donde no es permitido ni beber ni comer; me han cogido de súbito, por manera que estoy muerto de hambre, y me causarán gran placer dándome algo.

El rey se echó á reir, y sin esperar á que ninguna de las mugeres que estaban en el cuarto obedeciese al desco espresado por el médico, fue él mismo á un armario, donde tomó un plato de dulces, que le trajo; despues á otro armario, donde habia pan y frutas, y se las trajo tambien.

Clemente comió con escelente apetito; pero despues de haber comido, preguntó si no le darian algo de beber. Inmediatamente el rey fue á buscarle un vaso y una botella, de la que le echó dos o tres veces, despues de lo cual, volviéndose Clemente hácia el rey:

—Y vos, señor, le dijo: ¿no beberéis un vaso de vino?

—No, dijo el rey; no tengo sed.

—¡Tanto peor! contestó Clemente; la enferma pariria mucho mejor, y si quereis que

alumbre pronto, es preciso que bebais á su salud.

En aquel momento acometió un fuerte dolor á madama de Montespan, que interrumpió la conversacion. Luis XIV y el comadron corrieron en su auxilio: el rey le cogió las manos, y comenzó el trabajo: fue rudo aunque corto, y madama de Montespan dió á luz un varon.

Entonces el rey echó nuevamente de beber á Clemente, y despues, como era preciso que este viese á la parida, para reconocer el estado en que se encontraba, Luis volvió á ocultarse en las cortinas.

Todo marchaba bien, y Clemente despues de haberse asegurado de que la enferma no corria peligro alguno, se dejó de nuevo vendar los ojos, y marchó al carruaje. En el camino la que lo condujo le puso en la mano un bolsillo, en el cual habia cien luises de oro.

Clemente no supo hasta tiempo despues á quien habia parteado, y contó entonces la aventura que aqui hemos referido.

Aquel niño era Luis Augusto de Borbon, duque de Maine, que mas tarde fue llamado por Luis XIV á sucederle en el trono. Habia nacido en 31 de marzo de 1670.

Se recordará lo que hemos dicho de Lau-

zun, y de sus amores con *Mademoiselle*, y de la union para la cual habia dado un consentimiento que retiró luego. Volvamos á él por un momento, y digamos algunas palabras de la catástrofe que lo precipitó desde su alta fortuna.

Nada parecia mudado en la conducta del rey respecto á Lauzun desde la orden que le diera de no volver á pensar en semejante matrimonio; por el contrario, como Lauzun, al menos en la apariencia, se habia resignado á renunciar á aquel enlace, parecia que el rey le habia devuelto toda su amistad. Durante el viaje á Flandes, que tenia por objeto conducir á Madame á Dunkerque, M. de Lauzun habia obtenido el mando de las tropas que escoltaban al rey, y habia desempeñado las funciones de mayor general con mucha galantería y munificencia. A su regreso todos le suponian por tanto en mayor favor que nunca.

Lauzun tambien creia restablecida su fortuna, olvidando que tenia por enemigos á Louvois y á madama de Montespan: la favorita, es decir, la muger mas necesaria á los placeres del príncipe; y el ministro de la guerra, es decir, el hombre mas necesario á la ambicion del rey.

Ambos se reunieron contra él, y cada uno

aprovechó la ocasión que se presentó: la una recordó las injurias que había dicho; el otro el recuerdo de la espada rota; este la insolencia que había tenido el favorito embastillado en negarse á admitir el cargo de capitán de guardias que el rey se había dignado ofrecerle en cambio del de gran maestro de artillería; aquella hizo valer el despojo de los bienes de *Mademoiselle*. Supieron que Lauzun, el cual trataba muy mal á su querida, al representarle esto, había dicho que las princesas de Francia debían ser tratadas con el palo levantado siempre. Afirmaron al rey que aquel provinciano había un día alargado su pierna á la nieta de Enrique IV, diciéndole:

— Luisa de Borbon, sácame las botas.

Finalmente, los dos obraron de tal suerte, que obtuvieron del rey la autorización de hacer prender al insolente, conduciéndolo á una prisión de estado.

Todo el año de 1671 trascurrió en estos pasos, sin que Lauzun se apercibiese del menor cambio en la conducta del rey respecto á él. Hasta madama de Montespan parecía serle ya amiga; y como Lauzun era muy conoedor en alhajas, muchas veces le daba el encargo de hacer montar las suyas. Al fin, una noche del mes de noviembre dióse la orden al

caballero de Fourbin, mayor de los guardias de corps, de prender á Lauzun. Se trasportó á su casa; pero aquella mañana madama de Montespan le habia encargado fuese á Paris para entenderse con su joyero sobre cierta alhaja, y no estaba aun de vuelta. M. de Fourbin dejó á un guardia de centinela á su puerta, con órden de venirle á avisar asi que viniere M. de Lauzun. Una hora despues vino el guardia á avisar á su mayor que la persona á quien tenia encargo de prender llegaba en aquel mismo instante. M. de Fourbin, colocó al punto centinelas alrededor de la casa, luego entró dentro, y encontró muy tranquilo junto á la lumbre á M. de Lauzun, el cual en cuanto lo divisó, le saludó, preguntándole si no venia á buscarle de parte del rey. M. de Fourbin le dijo que venia en efecto de parte del rey, pero para suplicarle le entregase su espada, comision que desempeñaba con sentimiento, pero que su cargo no le habia permitido rehusar.

No habia lugar á resistirse. Lauzun preguntó si le sería permitido ver al rey, y en vista de la negativa de M. de Fourbin, entregó al punto su espada. Aquella pronta obediencia á las órdenes del rey no impidió que toda la noche estuviese custodiado con guardas de vista como un criminal, y fuese entre-

gado al dia siguiente á M. de Artagnan, capitán teniente de la primera compañía de mosqueteros, el cual, habiendo tomado las órdenes de M. Louvois, lo condujo primero á Pierre-En-ciso, y desde allí á Pignerol, en donde se le encerró en un cuarto provisto de rejas, y donde no se le dejaba hablar con nadie.

Aquel cambio de fortuna era tan inesperado, la caída tan grande y el fastidio tan cruel que Lauzun concluyó por caer enfermo, y de bastante peligro, para que se le enviase un confesor. Este confesor, era un capuchino, cuya larga barba le daba un aire sumamente respetable; pero como el prisionero temia que le enviasen algun espía, lo primero que hizo Lauzun cuando se le acercó el digno sacerdote, para asegurarse de que no era un fingido capuchino, fué tirarle de la barba, con tal fuerza, que el confesor empezó á dar terribles alaridos. El moribundo le esplicó entonces su temor, se confesó, y curó.

Cuando Lauzun recobró su salud, no tuvo, como todo preso, otra idea que la de procurarse la libertad. Llegó á practicar un agujero en la chimenea; pero el agujero no le ofreció otra ventaja que la de ponerse en comunicacion con otros cautivos. Estos habian trabajado por sí con igual esperanza, y habian llegado á practicar un pasadizo que comunicaba

con otro vecino suyo. Este vecino era el desgraciado Fouquet, que, preso en Nantes, según se recordará, había sido conducido desde Nantes á la Bastilla, y desde la Bastilla á Pignerol.

Fouquet supo por sus vecinos que el nuevo preso era aquel mismo Puyguilhem de Lauzun, á quien había visto levantarse en otro tiempo en la corte bajo la protección del mariscal de Grammont, y en la intimidad de la condesa de Soissons, de donde el rey no se apartaba en aquella época, y en donde el rey le miraba ya con buenos ojos. Los presos manifestaron entonces á Lauzun el deseo del exsuperintendente, y Lauzun llegó á deslizarse por su agujero, encontrándose enfrente de Fouquet. Los dos compañeros, que se habían conocido el uno en la cúspide de su fortuna y el otro en la aurora de la suya, renovaron su conocimiento. La caída de Fouquetera conocida de Lauzun, como de toda la corte; de consiguiente nada nuevo podía este saber; pero no sucedía lo mismo con Lauzun, pues todo lo que este podía decir era nuevo para el pobre preso, encerrado hacia diez ó doce años.

Así fué que cuando Lauzun refirió su fortuna rápida é increíble; sus amores con la princesa de Monaco y madama de Montespan;

su influjo con Luis XIV; su escena de cuando era gran maestro de artillería; la espada rota; su salida triunfal de la Bastilla como capitán de guardias: su despacho de general de dragones, y su patente de general de ejército; su matrimonio publicado con la hija del duque de Orleans, aprobado un instante por el rey; el matrimonio secreto que había sucedido al otro con dominación de los bienes inmensos que poseía la hija de Gaston, creyó Fouquet que la desgracia le había hecho perder la cabeza, y declaró á los demas presos que su compañero estaba loco; de suerte que poco á poco, por miedo de que en algun acceso los comprometiese ó denunciase, cesaron de frecuentar su trato.

Entre tanto la ausencia de Lauzun, que en los tiempos de su grandeza nadie habría creído poder reemplazar, y que había causado cierta impresion, especialmente en las mugeres, se hallaba ya olvidado casi. Un jóven y gallardo caballero, que tenía sobre Puyguilhem la ventaja de ser príncipe, acababa de hacer su aparicion en Versailles, en donde había sido bien acogido: era el jóven duque de Longueville, á quien vimos venir al mundo en la casa de la municipalidad durante aquellos hermosos dias de la Fronda que hemos referido, y que á la muer-

te de su padre, acaecida en 1663, habia heredado sus bienes y su título.

A mas de esos bienes, que eran considerables, y de ese título, que era ilustre, el duque de Longreville era un jóven muy galan. Quizá tendrían otros mejor estatura y aire de mas dignidad; pero nadie poseia como él esa gracia juvenil que los pintores mitológicos ponen en Adonis: así fue; que apenas se presentó en la corte, todas las mugeres formaron proyectos acerca de su persona.

Pero la primera que se dedicó á ello con mas pertinacia fue la mariscalá de la Ferté.

La mariscalá de la Ferté es demasiado célebre en la crónica amorosa de la época para que no digamos algunas palabras de ella.

La mariscalá de la Ferté era hermana de aquella famosa condesa de Olonne, cuyo bosquejo dejó trazado Bussy Rabutin en su Historia amorosa de los Gaulas, y que en la época á que hemos llegado se hallaba retirada casi del mundo, siendo, como hemos dicho, hermana de la mariscalá de la Ferté, que decia no tener mas que treinta años, pero á quien se le calculaban treinta y ocho; lo cual presenta á todo ánimo imparcial un término medio de treinta y cuatro.

La mariscalca tuvo terribles aventuras, de las que citaremos una que hizo gran ruido en su época.

Cuando el mariscal de la Ferté se casó con ella, se dijo generalmente que habia acometido la mas osada de todas sus empresas guerreras, en atencion á que, á menos de que la mariscalca hubiese sido cambiada cuando estaba en mantillas, era de una sangre que, como la de Fedra, nunca se habia desmentido. Asi fue que el mariscal, que pasaba por hombre bastante brutal, justificó su reputacion haciéndola llamar al dia siguiente, y diciéndole estas mismas palabras:

— ¡Pardiez, señora! Sois ya mi muger, y no creo que tengais la menor duda de que os hago en ello grandísimo honor; pero os advierto que si os asemejais á vuestra hermana madama de Olonne, y á una multitud de parientes vuestros que no os cito, pero que nada valen, encontrareis en ello vuestra perdicion; de consiguiente, reflexionad bien mis palabras, y obrad segun ellas; como vos os porteis, así me portaré yo.

Madama de la Ferté hizo un gesto, pero el mariscal frunció el ceño, y no hubo mas remedio que someterse.

Entre tanto los cargos del mariscal le llamaron á la guerra; pero al marcharse prohi-

bió absolutamente á su muger que viese á madama de Olonne, temiendo que tan mala compañía contribuyese á pervertirla: ademas la cercó de personas que eran de su devocion y á quienes su afecto y el dinero con que se lo pagaban les hacian aceptar el papel de espías.

Madama de Olonne supo la prohibicion hecha á su hermana, y se encolerizó terriblemente contra el mariscal de la Ferté, jurando que se vengaria de él, y con la única venganza digna de ella; esto es, hiriéndole con el mismo golpe que tanto temia.

M. de Beuvron, el mismo de quien hemos hablado á propósito de la muerte de *Madame* era el amante de la condesa de Olonne; tomó parte en su resentimiento, y ambos prepararon de acuerdo la venganza proyectada.

La mariscala de la Ferté tenia entre sus criados uno de tan buena figura, que parecia un hombre de elevada condicion. Puso en él los ojos la condesa de Olonne, y una mañana le hizo venir.

De la conversacion que ella tuvo con aquel mozo, resultó que supo con efecto que era de una buena familia de provincia, y ocultaba su verdadero nombre para que se ignorase en su pais que se habia visto precisado á abrazar el humilde estado de sirviente.

Un dia que M. de Beuvron conversaba con la mariscala:

—Señora, le dijo: ¿habeis hecho alto en el mozo que os sirve?

—¿Cuál? pregunta la mariscala.

—El que dice llamarse Esteban.

—¿Que dice llamarse?

—Sí, sí; bien sé lo que digo: ¿habeis hecho alto en él?

—No.

—Pues bien, observadle, y decidme lo que pensais de él.

Al dia siguiente volvió Beuvron á ver á la mariscala.

—¿Qué tal? le preguntó.

—¿El qué? dijo la mariscala.

—¿Habeis observado á Esteban?

—Sí.

—¿Y qué tal os parece?

—Le creo muy superior á su estado.

—Yo lo creo, dijo Beuvron; como que es un noble.

—¡Un noble ayuda de cámara!

—¡El amor obliga á hacer tantas cosas!

—Marqués...

—Como lo oís, marquesa; ese mozo estaba enamorado de vos, y no ha hallado otro medio de acercarse al objeto de su amor.

La mariscala quiso tomar aquella confiden-

cia como una chanza; pero por mucho que hizo, conoció Beuvron que tenia conmovida su voz, y que de consiguiente el golpe estaba dado. Volvió al lado de la condesa, y la refirió el buen éxito de su empresa. Inmediatamente por miedo de que alguna torpeza del criado le hiciese perder el fruto de una astucia que parecia principiar tan bien, envió á buscar al supuesto noble, y lo confió haber descubierto que su hermana no le aborrecia y que el sentimiento que hacía él experimentaba era tal, que para escusarse consigo misma habia llegado á persuadirse de que no era un simple criado, si no un noble disfrazado. Manifestóle en seguida todo el provecho que podia sacar de aquel error, si era bastante diestro para no contradecir á la que tenia tan vivos deseos de no ser desengañada.

El muchacho era listo: el principio del discurso lo habia asustado; pero la segunda parte lo tranquilizó; recordó entonces las maneras de la mariscala respecto á él, y le pareció que en efecto era el privilegiado, y resolvió por tanto redoblar sus atenciones para con su señora.

Nada fue perdido para la mariscala, que atribuyendo al amor los cuidados y atenciones de su servidor, se confirmó mas y mas cada dia en la idea de que se trataba de un

caballero y no de un criado, y tanto le instó sobre esto, que acabó por tomar el nombre de un caballero de su país.

Desde entonces la mariscala cesa de avergonzarse del sentimiento que inspiraba, y como no se hallaba ya contenida por su propio pudor, sino solo por la falta de atrevimiento de su amante, resolvió ofrecerle la ocasión que él no sabía procurarse.

La mariscala habia observado que Esteban se complacia en tocar sus cabellos, que los tenia muy hermosos, y dos ó tres veces se habia hecho peinar por él, aunque lo hiciese bastante mal; pero la dicha que le daba habia hecho sufrir contenta á la buena mariscala los dolores que le causaba su inesperienza. Un dia que estaba en su tocador, lo envió por tanto á buscar, bajo pretesto de hacerle escribir algunas cartas que le dictaria. Vino, pero en lugar de una pluma, le puso un peine en la mano. El pobre secretario, convertido en peinador, comprendió al fin la causa real que lo habia hecho llamar; se acordó del papel que representaba, y por la primera vez se mostró ardiente y apasionado. Nadie sabe lo que pasó; pero Esteban y la mariscala permanecieron una hora á solas. Esteban salió con tres cartas en la mano; pero turbado como estaba aun, perdió una de aquellas car-

tas, que fue hallada y abierta. Solo el sobre estaba escrito; el interior en blanco; lo cual hizo creer que habiendo tenido tan poca obra el secretario, el amante debía haberla tenido abundante.

Llegó á noticia de la condesa de Olonne que al fin habia logrado su objeto; pero su venganza no estaba completamente satisfecha mientras el mariscal ignorase su desgracia. Escribió una carta anónima por mano estraña y como el mariscal abandonaba el ejército para dirigirse á París, aquella carta le fue entregada en el camino.

Al principio, viendo una carta sin firma, y cuyos caracteres le eran desconocidos, el mariscal no le concedió gran importancia; pero como naturalmente desconfiaba de su esposa, á causa de la sangre que corria por sus venas, resolvió aprovecharse del aviso falso ó verdadero que se le daba. Para lograr el fin que se proponia el mariscal, se necesitaba grande disimulo. Volvió á París con la cara risueña, y trató á su esposa, que no le habia visto volver sin cierta inquietud, con tanta ternura, que no concibió sospecha alguna. Como amaba mucho á su caballero, y este por su parte le correspondia con pasion, no tardaron en cometer algunas de esas imprudencias que no permitieron al mariscal dudar de que era

exacto el anónimo que habia recibido.

Su primer idea fué hacer asesinar á su criado por medio de las gentes que ordinariamente se encargan de estas comisiones; pero estas gentes son á veces indiscretas en el momento de la muerte, y el mariscal resolvió despacharse por sí mismo, á fin de quedar mejor y mas secretamente servido.

En su consecuencia, en vez de manifestar resentimiento alguno al criado, fingió á su vez quererlo mucho; de tal modo, que bien pronto, pareciendo que no podia pasarse sin su servicio, rogó á su muger se lo prestase para ir con él á Lorena. Llegado á Nancy, fingió tener unos amorcillos en las cercanías, y se dirigió con su confidente á una casa, donde solo entraba con mil precauciones, y de donde no salia sino con iguales precauciones. Al fin una noche que volvia á caballo, el mariscal dejó caer su látigo, y rogó á Esteban se apease para recogerlo; pero al bajarse para obedecer esta orden, el mariscal sacó una pistola, y le saltó la tapa de los sesos. Despues de lo cual volvió muy tranquilamente á Nancy, preguntando en su posada si Esteban, á quien habia enviado á unas dos leguas á buscar un dinero, no habia vuelto; y al oir que no, se acostó, recomendando lo despertasen si

volvía.

El mariscal durmió hasta al día siguiente, sin que nada turbase su sueño. Estebanno habia regresado.

Aquel día hallaron su cadáver; pero se creyó habia sido asesinado por causa del dinero que traía, como su amo habia dicho, y se achacó el crimen á la guarnicion de Luxemburgo, que devastaba el país.

Quedaba la mariscala, pero durante la ausencia de su marido, el marqués de Beuvron, temiendo que la burla de la condesa de Olonne fuese demasiado lejos, la habia prevenido. La mariscala, que en circunstancias semejantes tenia necesidad de crearse amigos, se mostró tan reconocida hácia Beuvron, que se hizo suya, y de tal manera, que preparándose un aliado contra el mariscal, se vengaba al propio tiempo de su hermana.

El resultado de estas relaciones con el marqués fué parar el golpe que se preparaba contra la mariscala, obrando de esta suerte. Beuvron conocia á una muchacha muy linda y lista; la sacó de lá casa donde estaba, le dió el aire de una señorita de provincia, le dictó su papel, y la colocó como dama de honor en casa de la mariscala. Tenian por mision colocarla entre ambos esposos, y apartar, por medio del amor, la cólera del ma-

rido.

En efecto, el mariscal, á su regreso, se sorprendió de la hermosura de aquella jóven: hizola venir para preguntarle quien era y cómo se encontraba al lado de su esposa: esta le respondió que la mariscal era su bienhechora, habiéndola protegido desde su infancia, y que hacia un mes la habia llamado al lado suyo. Entonces, y aprovechando la ocasion la lista protegida, le alabó tanto á la mariscal, y esto con acento tan dulce y acompañada de una mirada sencilla y encantadora, que el mariscal, que era de complexion muy amorosa, sintió disminuirse su cólera, y aplazó una venganza que podia hacerlo odioso á una jóven tan agradecida á su bienhechora.

No se limitaba empero á esto el papel de la astuta chica: debia resistir, y resistió. El mariscal, luchando con aquella feroz virtud, hizo mil locuras, tan públicas, que la mariscal fué á su vez quien se escandalizó; quien apeló á su familia, á la opinion pública, y casi al rey; y despues una buena mañana la linda muchacha desapareció diciendo que no sintiéndose ya con fuerzas para resistir, se retiraba á un convento.

El mariscal se echó á buscarla, pero en vano. Mediante una buena suma, la mucha-

cha habia consentido en espatriarse, y habia pasado á América. El mariscal, al cabo de seis meses, lo supo todo, y metió gran ruido con aquella escapatoria forzosa, que atribuia á los celos de su esposa. Esta no lo negó; pero la fantasía del mariscal pasó al fin, y volvió naturalmente á los brazos de una muger que lo amaba hasta el punto de hacer por celos un acto semejante. Desde aquel tiempo el mariscal y su esposa habian sido el modelo de los matrimonios, dejando el marido completa libertad á su esposa, y aprovechándose esta de aquella libertad. Esta buena mariscala fué quien se dió tan buena maña, que recogió las primicias del amor del bello duque de Longueville.

El duque era jóven y ardiente; el aire de la corte soplaba en favor de las intrigas amorosas, y aunque la mariscala tuviese dobles años que él, no se mostró cruel. Solamente puso sus condiciones, y una de ellas fué que todo otro adorador seria despedido.

El marqués de Effiat, el mismo que habia recibido el veneno de manos del caballero de Lorena, y habia frotado con él el vaso de *Madame*, hacia á la mariscala una corte muy asidua, y se creia muy próximo á lograr su objeto, cuando recibió la notificacion de retirar-

se. Era un hombre valiente, aun cuando no le gustaba la guerra, dado á los placeres, y tan testarudo, en materias de amor especialmente, que cuando se le habia metido en la cabeza el deseo de poseer á una muger, era preciso que su deseo se viese cumplido. Hayó muy dura la despedida que recibia; sospechó que procedia de parte de algun rival, y reconoció que este rival era el duque de Longueville.

El duque de Longueville era príncipe de la sangre de los Valois; es decir, de una sangre que habia reinado en Francia. Era difícil intentar contra él un golpe sin esponerse á tristes consecuencias. Además, colocado tan alto, ¿responderia á la provocacion de un simple caballero? A pesar de todo, el marqués de Effiat resolvió tantear todos los medios para llegar á su fin, que era cruzar su espada con un hombre que le habia cerrado la puerta de la mariscalía.

Vigiló al duque, echó á volar sus espías, se creó inteligencias en la misma casa, y bien pronto tuvo noticia de una cita.

Effiat se emboscó para asegurarse de la certeza de la noticia. Vió entrar primero al duque, despues á la mariscalía, y finalmente, para que no le quedase duda alguna, los vió salir juntos.

Al dia siguiente, en pasco, Effiat se aproximó al oido del duque, y le dijo:

— Monseñor, estoy muy curioso.

— Decid de qué, y si está en mi poder, procuraré satisfacer vuestra curiosidad.

— De veros con espada en mano.

— ¿Y contra quién?

— Contra mí.

— ¡Ah! en cuanto á eso, respondió friamente el duque, siento deciros que es imposible, estando acostumbrado á no conceder este favor sino á mis iguales, ó al menos, como mis iguales son escasos, á caballeros cuyos antepasados conozca al menos en su quinta generacion.

Aquella acusacion fue tanto mas sensible al marqués de Effiat, per cuanto no se tenia gran opinion de su nobleza. No obstante, como habia mucha gente donde ocurría esta escena, se retiró sin añadir mas, y sin dar sospecha alguna de lo que habia dicho. Pero una noche que el duque habia salido solo en silla de manos, fue á apostarse en el camino del príncipe, llevando en una mano su baston y en otra su espada, y gritándole que si no salia de ella lo trataría, no como príncipe, sino como hombre que se niega á dar satisfaccion á otro hombre.

El jóven duque era valiente; vió que no

habia medio de retroceder; quiso hacer frente al enemigo, por inferior que le fuese en clase, y dando orden de parar su silla, saltó en tierra.

Pero antes de que hubiese sacado su espada de la vaina, Effiat se habia arrojado sobre él, dándole muchos bastonazos.

Al ver aquello sus criados, dejaron la silla, y á pesar de los gritos del príncipe, que queria tomar otra venganza, iban á pegar á Effiat, quien echó á correr, desapareciendo en las tinieblas.

La desesperacion del duque fue grande: prohibió á sus criados dijesen una palabra del suceso; y seguro del silencio de Effiat, á quien una revelacion de esta clase habria enviado á la Bastilla, solo se abrió á uno de sus amigos, quien le dijo que solo debia vengarse de su adversario por una celada semejante á la de que acababa de ser víctima; únicamente que en vez de bastones se sirviesen de puñales, y que Effiat quedase muerto en el sitio.

El duque se preparaba á ejecutar aquel consejo, muy propio de la época, cuando, felizmente para Effiat, el duque de Longueville recibió la orden de prepararse á seguir al rey en la guerra que iba á hacer á los holandeses. En efecto, habia llegado el momento de entrar

en campaña.

Los holandeses habian visto con espanto los inmensos preparativos de que hemos hablado. Luis XIV y su ministro de la guerra, Louvois, desplegaban increíble actividad para preparar la expedicion contra la Holanda. Toda la nobleza habia sido convocada: cada castillo, como en tiempo de las guerras feudales, habia suministrado su señor y su séquito, armados y equipados. Ciento diez y ocho mil hombres se hallaban sobre las armas, y cien cañones mudos aun, estaban prontos á tronar. En medio de estas tropas nacionales reconocianse por su traje tres mil catalanes, excelentes tiradores, admirables partidarios; luego dos regimientos saboyanos, uno de infanteria y otro de caballería; diez mil suizos no comprendidos en los antiguos alistamientos, tudescos, alemanes, italianos, restos de aquellas antiguas bandas de *condottieris* que vendian su sangre á quien queria comprarla, y todo eso sin contar una multitud de voluntarios, de partidarios, de carabineros, que considerando ya la Holanda como una rica presa, querian tomar parte en la expedicion para sacar cada cual lo que pudiese.

Añádanse á eso generales como Condé, Turana, Luxemburgo y Vauban.

Ademas, en tanto que esto pasaba, treinta

barcos de alto bordo se unian á la flota inglesa, compuesta ya de cien velas, y mandada por el duque de York, hermano del rey.

Cincuenta millones, que equivaldrían á ciento ocho ó ciento diez en nuestros días, fueron consumidos en aquellos preparativos.

Los estados generales, consternados, escribieron á Luis XIV pidiéndole humildemente, si aquellos grandes armamentos iban dirigidos contra ellos, si le habian ofendido, y si habian tenido esa desgracia, qué reparacion exigia.

Luis contestó que no tenia que dar cuentas á nadie, y haria de sus tropas el uso que creyese conveniente á su dignidad.

Desde entonces conocieron aquellos, sin quedarle duda alguna, que á ellos era á quien el rey amenazaba.

Fue preciso pensar en formarse un ejército y darle un general. Reuniéronse cerca de veinte y cinco mil hombres, dióseles por mariscales de campo al general alemán Wurtz y al marqués de Montbas, calvinista refugiado, y se eligió por general en jefe al príncipe de Orange.

Guillermo de Orange, esa grave y sombría figura, que desde el día en que llegase á toda su altura debia estender su brazo sobre

la corona de Ing'aterra, y proyectar su sombra hasta el sobre trono de Francia, estaba lejos todavia en aquella época de hacer sospechar á los mas previsores la importancia que mas adelante habia de tomar en la historia.

Con efecto, Guillermo, por su posicion, que debia á su nacimiento, jefe del partido feudal holandés, era en los momentos de que hablamos un jóven de veinte y dos años, de contestura endeble, melancólico, taciturno y frio, como su abuelo, pero que no habia visto aun sitios ni batallas. lo cual hacia que no se pudiera saber todavia si era un soldado valiente y un hábil general. Los que le conocian á fondo, y estos eran en corto número, decian que tenia un carácter activo, emprendedor y ambicioso, un valor flemático propio para la adversidad, repugnancia casi hácia los placeres y el amor, pero en cambio el genio de aquellos sordos manejos que conducen al objeto por vias subterráneas y oscuras.

Era, como se vé, todo lo opuesto de su real enemigo Luis XIV.

El rey salió á campaña al frente de su guardia y de sus mejores tropas, que componian un cuerpo casi de treinta mil hombres, mandado por Turena, á las órdenes de aquel.

El príncipe de Condé avanzaba por su lado con un ejército no menos fuerte; por último, Luxemburgo y Chamilly mandaban también cuerpos que podían reunirse en caso necesario.

Principióse por establecer á un mismo tiempo el sitio de cuatro ciudades: Rhinberg, Orsoy, Wesel y Burick. El rey en persona sitiaba á Rhinberg. Las cuatro ciudades fueron tomadas en muy poco tiempo, y la primera noticia que llegó del ejército á París fue la noticia simultánea de cuatro victorias.

Toda la Holanda esperaba quedar sojuzgada del mismo modo en cuanto el rey pasase el Rhin.

El príncipe de Orange había hecho primeramente establecer líneas al otro lado del río; pero establecidas esas líneas, reconoció la imposibilidad de defenderlas, y se replegó á Holanda para situarse en la orilla opuesta con cuantas tropas pudiese reunir.

Pero la rapidez de las marchas del rey le engañó, pues Luis llegó á orillas del Rhin cuando se le creía ocupado todavía delante de las ciudades á que había puesto sitio. Reunióse una especie de consejo de guerra, presidido por el rey y compuesto de Condé y de Turena.

Decidióse por unanimidad pasar el Rhin sin tardanza, pues se trataba de cortar toda comunicacion entre el Haya y Amsterdam, á fin de acabar con el príncipe de Orange, el general Wurtz y su ejército.

En cuanto al marqués de Montbas, se habia retirado con los cuatro ó cinco regimientos que mandaba, diciendo que no podia combatir contra un ejército mandado por el rey de Francia en persona.

De consiguiente todas las tropas enemigas que quedaron para oponerse al paso del Rhin fueron cuatro regimientos de caballería y dos de infantería, mandados por el general Wurtz.

Habiase resuelto en un principio pasar el Rhin sobre un puente de barcas; pero habiendo informado unos del pais al príncipe de Condé de que á causa de la sequedad habia disminuido mucho el rio, y habia junto á una antigua torre llamada Tol-Huys un vado que debia ser practicable, pidió Condé un oficial que se ofreciese de buen grado á sondear aquel vado. Ofrecióse á ello el conde de Guiche, el cual desde la muerte de *Madame* no buscaba mas que una ocasion para hacerse matar.

El conde volvió, anunciando que, en efecto, á escepcion de unos veinte pasos, duran-

te los cuales se verian los caballos obligados á nadar en todo lo demas del paso se tocaria tierra.

Decidióse en consecuencia que al dia siguiente pasaria el ejército el Rhin por el sitio indicado.

El campamento estaba á seis leguas del rio. Púsose en marcha á las once de la noche y al dia siguiente, á las tres de la mañana, se encontró junto al rio en el sitio designado. Solo algunos regimientos por parte del enemigo se disponian, como hemos dicho á disputar el paso.

El conde de Guiche, que habia sondeado el vado y respndia de todo, se adelantó el primero; siguióle el regimiento de coracoros de Revel, y se internó gradualmente en el rio; luego entraron los nobles voluntarios. El rey hizo ademan de seguirlos al frente de su guardia; pero Condé le detuvo. El principe tenia gota, y esperaba pasar en un barco, cosa que no hubiera podido hacer si el rey pasára á nado.

Gran falta fue de parte del rey el no seguir su primera idea. Si hubiese pasado el Rhin en aquel momento, y no era grave el peligro, el mundo entero habria celebrado aquel paso como una maravilla, y como dice el abate Choisy, Alejandro y su Granico no habrian

tenido mas remedio que esconderse; pero el rey cedió á la voz del principe, y quizá tambien á ese sentimiento de propia conservacion que habla hasta en el fondo del corazon del hombre mas valiente; y quejándose de su grandeza, que le tenia asido á la orilla, se quedó en ella.

Entre tanto pasaba el ejército, y solo algunos coraceros, arrastrados por la corriente se ahogaban con sus caballos, mientras que el resto de las demas tropas continuaba su camino.

El principe de Condé se encontró á su vez con un barco.

En el momento en que el barco dejaba la orilla, oyó una voz que gritaba.

—Esperadme, tio; esperadme, ó ¡pardiez! que paso á nado.

Volvióse Condé, y vió á su sobrino, el joven duque de Longueville, que venia á todo correr. Habia ido en clase de partidario por el lado de Issel: al llegar al campamento supo la marcha del rey, y sin tomarse mas tiempo que el preciso para mudar de caballo, llegaba á escape.

El principe, al ver el caballo de su sobrino tan sudoso y fatigado, tuvo miedo de que no pudiese luchar contra la fuerza de la corriente, y volviendo á la orilla, recibió en su

barca al jóven, y á subijo el duque de Enghien. Luego mandó á los remeros que bogasen con vigor, á fin de llegar de los primeros.

Solo algunos caballos holandeses se habian adelantado hasta una tercera parte del rio; pero no dispararon siquiera un pistoletazo, y se retiraron á fin de apostarse en la orilla. Con efecto, al tocar á tierra hubo una refriega de pocos momentos, en la que la infanteria holandesa rindió al punto las armas y pidió la vida. El jóven príncipe de Longueville, irritado con aquella poca resistencia, que le quitaba la ocasion de señalarse, se precipitó sobre la línea holandesa, gritando:

— ¡No, nó; nada de cuartel para esa canalla!

Y al decir esto descargó un pistoletazo, que mató á un oficial.

Inmediatamente el enemigo, perdiendo toda esperanza, volvió á tomar las armas, é hizo una descarga á quemarropa que mató á unos veinte hombres.

El duque de Longueville quedó muerto en el sitio, atravesado el cuerpo con una bala.

Asi pereció en la anhora de su vida aquel desgraciado príncipe á quien los destinos parecian brindar con una larga carrera de feli-

cidad y de gloria.

Al mismo tiempo un capitán de caballería, llamado Ossembrock, corria hácia el príncipe de Condé, que habiendo desembarcado ponía el pie en el estribo, y le puso una pistola al pecho; Condé apartó con viveza el cañon con el brazo; pero con el movimiento salió el tiro y le destrozó la mano.

Entonces los franceses, irritados con la herida del príncipe y con la muerte del duque, emprendieron contra los holandeses, los cuales empezaron á huir por todos lados.

Dos horas despues se trasladó á la orilla opuesta el cadáver del duque de Longueville, atado sobre un caballo, para que no se lo llevase la corriente, con la cabeza á un lado y las piernas al otro. Unos soldados le habian cortado el dedo pequeño de la mano izquierda para quitarle un diamante.

Su muerte causó gran sensacion en Paris, y fue sentida de todo el mundo, á excepcion de Effiat, que tenia algunas sospechas sobre la suerte que el príncipe le reservaba.

El rey pasó el Rhin sobre un puente de barcas.

Dejemos á Luis proseguir la loca conquista que habia emprendido por orgullo y

abandonó despues por fastidio, y volvamos á Versailles.

Al hacer el inventario de los papeles del duque de Longueville, se encontró un testamento, en el que legaba, entre otras cosas, quinientas mil libras á un hijo que habia tenido de la mariscalá de la Ferté. El legado hizo mucho ruido, como es de presumir; la mariscalá temió al pronto que su marido se enojase, pero medió el rey.

Desde entonces pensó en la legitimacion de los hijos que habia tenido y podia tener todavia de madama de Montespan. El hijo que dejaba el duque de Longueville iba á prestarle un gran servicio, pues debia hacer de él una tabla para lo futuro.

Envió en su consecuencia al parlamento de París la órden de legitimar al hijo del duque de Longueville, sin necesidad de que se nombrára á la madre, cosa que nunca se habia hecho, que era contraria á las leyes del reino, y que se hizo, no obstante, sin que el parlamento emitiese la menor observacion.

Durante el periodo que acaba de trascurrir, se representaron en el teatro: *El Misanthropo* (4 de junio de 1666), *Atila* (febrero de 1667), *Andrómaca* (10 de noviembre del mismo año), *Anfitrión* (enero de 1658), *El*

Avaro (9 de setiembre del mismo año), *Los Litigantes* (noviembre del mismo año), *Británico*, *El Plebeyo noble* y *Bayaceto*.

Con la primera representacion del *Británico* tiene relacion un suceso de alguna importancia. Luis XIV asistia á ella, y creyó ver una reconvencion en los versos siguientes:

El cifra solo su ambicion entera
En manejar un carro á la carrera,
Optar á un premio indigno de sus manos,
Servir de diversion á los romanos.

Desde entonces hizo propósito de no figurar jamás en los bailes, y lo cumplió en efecto.

En el mismo año de 1672 habia querido la Valliere abandonar la corte, y se retiró por segunda vez á Chaillot.

Colbert fué á buscarla alli de parte de Luis XIV.

La primera vez habia ido él mismo.

Dos años despues fue cuando la Valliere, mortificada con toda clase de penas, obtuvo al fin, el permiso de retirarse á las Carmelitas del arrabal de Saint-Germain de Paris, en donde tomó el hábito de religiosa á la de edad de treinta años, con el nombre de «sor Luisa de la Misericordia,» y en donde murió

el 6 de junio de 1710, á la edad de sesenta y cinco años.

Al retirarse del mundo la pobre abandonada, se despidió del rey en unos versos, cuya traducion es como sigue:

«Todo se destruye, todo pasa, y el corazon mas tierno no puede contentarse siempre con un mismo objeto. Lo pasado no cuenta amores eternos, y los siglos futuros no deben esperarlo tampoco.

»La constancia tiene leyes que no se quieren entender. Nada hay que baste á detener la corriente de los deseos de un gran rey. Lo que hoy agrada, desagrada al poco tiempo; su desigualdad no es cosa que acierta a comprenderse.

»Luis, todos esos defectos empañan vuestras virtudes: ¡en otro tiempo me amábais, y no me amais ya!... ¡Ay! mucho difieren mis sentimientos de los vuestros.

»Amor, á quien debo mi mal y mi bien, ¿por qué no le disteis un corazon como el mio, ó por qué no hicisteis mi corazon como el de los demas?»

Una palabra no mas acerca del conde de Guiche, y terminaremos nuestro cuadro con este gallardo y poético jóven.

El conde de Guiche, despues del paso del

Rhin, del que fue el héroe, continuó la campaña arriesgando en cada encuentro una vida que las balas se empeñan en respetar. Luego volvió á la corte cubierto de gloria, y estuvo mas á la moda que nunca: el rey, que le habia perdonado sus amores con *Madame* Enriqueta, y habia olvidado el escándalo que esos amores habian causado, le recibió perfectamente. Pero, segun dice el autor de las *Memorias del mariscal de Grammont*, habia hallado el secreto de empañar todas sus cualidades con una presuncion que ni era justa ni conveniente, porque queria dominar siempre y decidir soberanamente en todo, cuando solo convenia escuchar y doblegarse: esto le atrajo una envidia general, y por último cierta frialdad de parte del rey, que le hizo perder la cabeza y le causó despues la muerte, porque no pudo resistir á tantos disgustos reiterados.

El hecho fue que el conde de Guiche murió de pesar el 29 de noviembre en Creutznach, en el palatinado del Rhin.

Tenia treinta y cinco años.

XXXVII.

1675.—1679.—*Paz de Nimega, 1678.*—*Ojeada retrospectiva.*—*Luis XIV y los poetas.*—*El anciano Corneille vengado por el rey.*—*Versos á este asunto.*—*Conspiracion del caballero de Rohan.*—*Su fin.*—*Los envenenadores.*—*La pólvora de sucesion.*—*La Voisin.*—*La Vigoureux.*—*La cámara ardiente.*—*Consulta de Monsieur.*—*Aparécese el diablo.*—*La Voisin y sus familiares.*—*Conjuro del cardenal Bouillon.*—*La Reynie y la condesa de Soissons.*—*Ejecucion de la Vigoureux.*—*Fin de La Voisin.*

No seguiremos en sus fases tan variadas de triunfos y reveses esas largas guerras de Flandes y Alemania, en las que Condé y Tu-

rena sostuvieron su reputacion, y el principe de Orange hizo la suya. No haremos mas que consignar sus causas y sus resultados.

Luis XIV habia principiado la guerra contra Holanda, con la alianza de la Europa entera; pero poco á poco los soberanos aliados suyos, alarmados con su gran poder, se habian ido alejando de él al verle á las puertas del Haya y Amsterdam. La España se declaró en un principio contra la Francia; en seguida el imperio, que se habia hecho ya terrible, se armó y fué tambien contra ella: por último, la Inglaterra, emancipándose de la influencia francesa, despues de proclamar la neutralidad, se hizo su enemiga. La guerra declarada á las Provincias Unidas se habia hecho europea. La Francia se habia levantado para derrocar una pequeña república, y tenia que háberse las á la sazón con esa pequeña república que no habia derrocado todavia, ni as con otros tres reinos poderosos.

Solo la Suecia le habia permanecido fiel.

Luis comprendió que tratando con todos los coaligados á la vez, las pretensiones de los unos escitarian las pretensiones de los otros, y que de este modo nunca se llegaria al término de las exigencias, y por consiguiente de las negociaciones. Recomendó, pues, á sus plenipotenciarios que tratasen por separado

con cada potencia.

La Holanda, que habia sufrido mas, y estaba mas fatigada, fue la primera que se separó. Por otra parte, no estaba sin cierta inquietud respecto del mismo que la habia defendido y salvado: Guillermo de Orange se habia engrandecido en la lucha, y con él el partido feudal. Hablábase de su matrimonio con la hija mayor del duque de York. En ese caso, ¿no llegaría á ser el estatuderato una cosa alarmante para las Provincias-Unidas? De consiguiente deseábase la paz igualmente en el Haya que en Versalles, y se ajustaron muy pronto las condiciones. Luis se comprometia á evacuar todas sus conquistas sobre la Holanda, y devolvia á Maestricht á la república. El principe de Orange obtenia la restitucion de todos los bienes que poseia en Francia por sucesion de familia, derecho de conquista ó herencia; por lo demas, los gastos de guerra quedaban respectivamente de cuenta de quien los habia hecho.

España vino luego, y la paz fue menos ventajosa para ella que para Holanda, pues cedia á la Francia el condado de Borgoña, Valenciennes, Bouchain, Cambray, Aire, Saint-Omer, Maubeuge, Dinaut y Charlemont.

El tratado con el emperador fue el último

que se firmó: Luis entregaba á Filipsburgo al imperio; el emperador cedia á Frigurgo á la Francia, y por último, el duque de Lorena entraba en posesion de su ducado, á escepcion de la ciudad de Nancy, reunida al dominio de la corona.

Estos tratados, firmados el 10 de agosto de 1678 con las Provincias-Unidas, el 17 de setiembre del mismo año con Carlos II, y el 5 de febrero de 1679 con el emperador, fueron á los que se dió el nombre de *Paz de Nimega*.

Dos grandes catástrofes señalaron aquella guerra; el palatinado fue quemado, y monsieur de Turena dividido en dos por una bala de cañon.

Veamos ahora qué es lo que pasaba en Paris mientras que se batian en Holanda y Alemania.

La guerra en nada perjudicaba á los progresos de las artes. El rey venia á tomar cuarteles de invierno á Paris, y madama de Montespan, en la cumbre de su favor y de su poder, se habia formado una corte de los grandes poetas y célebres artistas: La Fontaine componia sus fábulas; Boileau cantaba á Luis por todos los tonos; Moliere hacia representar *El Enfermo Imaginario*; Racine á *Bayaceto*, *Mitridates*, *Ifigenia* y *Fedra*, y Cornei-

lle á *Pulqueria y Surena*.

Pero respecto de este último, el público se mostraba injusto: desde veinte años antes no habia obtenido triunfo que no le fuese disputado. Luis XIV resolvió vengarle, y durante el otoño de 1676 hizo representar las principales obras del autor de *El Cid*.

Nada se pierde con los poetas: el anciano Corneille, á los sesenta y cinco años, supo hallar toda la energía de su juventud para dirigirle los versos cuya traduccion ponemos á continuacion:

«¿Es cierto, gran monarca, que pueda li-
sonjearme de que quieras resucitarme; y de
que, despues de cuarenta años, Cinna, Pom-
peyo, Horacio, vuelvan á estar de moda y á
ocupar su puesto, y de que el afortunado bri-
llo de mis jóvenes rivales no quite su antiguo
lustre á mis primeros trabajos?.... Acaba: los
últimos nada tienen que degeneren ni que los
haga creer hijos de distinto padre. Son unos
desgraciados sofocados en la cuna, que una
sola de tus miradas sacaria del sepulcro. Ven-
se *Sartorio, Edipo y Rodoguna* restablecidos
por eleccion tuya en su antigua fortuna, y esa
eleccion haria ver que *Oton y Surena* no son
segundones indignos de *Cinna*. El pueblo y la
corte, lo confieso, los miran con disfavor; dicen
que me hago viejo, ó á lo menos procuran

persuadirselo. He escrito por mucho tiempo para escribir bien todavía, y las arrugas de la frente pasan al entendimiento; pero contra esos abusos, ¡cuántos votos tendria si diceses tú el tuyo á mis últimas obras! ¡Qué pronto la imperiosa ley de esa bondad atraeria hácia mí al pueblo y á la corte! «¡Así Sófocles encantaba todavía á Atenas á los cien años; así hervia todavía su envejecida sangre en sus venas, diarian á porfia, cuando Edipo en su agonía ganó en su favor los votos de cien pueblos!» No iré mas lejos; y si mis quince lustros infunden todavía alguna pena á los modernos ilustres; si es que pueden incomodarse hasta tomar pesadumbre, no tendré mucho tiempo para importunarlos. Por mucho que yo haga, poco pueden temer: este es el último resplandor de un fuego próximo á extinguirse, que al espirar se esfuerza por deslumbrar, y no hiera la vista mas que para desvanecerse. Permite, de todos modos, que mi alma entusiasmada te consagre lo poco que le queda de vida. Estoy sirviendo hace doce años, pero por otros brazos derramo sangre por tí en los combates. Todavía lloro un hijo (1), y temblare por el

(1) *El hijo segundo de Corneille era teniente de caballeria cuando fue muerto.*

otro en tanto que Marte turbe tu reposo y el nuestro. Mis terrores cesarán al fin con esa paz, que es el mas ardiente deseo de tantos estados. Sin embargo, si es cierto que mi celo es de tu agrado, concede una palabra de favor al padre de la Chaise (2).»

A las tragedias que acabamos de citar, y que tenian el privilegio de conmover el corazon de nuestros antepasados, se habia unido una verdadera tragedia que produjo gran sensacion, no solo en Paris, sino en toda Francia. Hablamos de la ejecucion del caballero de Rohan.

El caballero de Rohan era breton: era un bello jóven de veinte y seis á veinte y ocho años, que habia venido á la corte, y que habia obtenido grandes triunfos cerca de las mugeres. Citábase en el número de sus conquistas que habia hecho las dos hermanas, las señoritas de Thisanges y de Montespan. En fin, por una causa ú otra, el caballero se habia retirado descontento.

La activa mirada de la España le siguió

(2) *Este último concepto es una alusion á la solicitud que tenia hecha de un beneficio para su tercer hijo, para el cual obtuvo la abadía de Aguaviva, junto á Tours.*

en su retiro, y lo alcanzó en su palacio. Habia gran descontento en Francia por los impuestos que á cada instante creaba Colbert. Cantaban contra el discipulo como habian cantado contra el maestro; pero al fin pagaban con mas pena que en los tiempos de la Fronda.

Los nobles de la Bretaña y de la Guiena, provincias que se habian considerado largo tiempo como independientes, habian siempre conservado relaciones con esa España, habituada á infiltrar su oro en las guerras civiles de la Francia. Hiciéronse proposiciones al caballero de Rohan. Estaba descontento, ambicioso de fama mas que de destinos y honores, y aceptó. La Holanda se unió á la España para doblar los subsidios. Una especie de filósofo, llamado Alfinius Van Euden, fué enviado al caballero. Mientras que Rohan estendia un plan de rebelion, Van Euden estendia un plan de república. Habia por tanto, no solo crimen de alta traicion contra la persona del rey, sino tambien proyectos de mudanza en la constitucion del estado.

La Normandía debia sublevarse: entregaban á Holanda el Havre y Honfleur. Al mismo tiempo los españoles entraban en esa Guiena, caliente aun de las guerras civiles de la Fronda, poblada aun de castillos feudales, la

cual veía con pena á la monarquía nivelar todas aquellas frentes. Pero Luis XIV habia llevado lejos el arte de la diplomacia y la investigacion de las embajadas. La conjuracion fue descubierta con tiempo; una sola sublevacion tuvo lugar en Bretaña con motivo del impuesto sobre tabacos, y el caballero, preso, fué conducido á Paris, donde comenzó su proceso.

Rohan fué condenado á ser decapitado, y Alfinius Van Euden á ser colgado. El supicio se verificó en la plaza de la Bastilla.

Aquella muerte fue un suceso grave. Desde las ejecuciones de Richelieu, y hacia ya de esto mas de treinta años, nada semejante se habia visto. Aquella vez Luis XIV se habia mostrado inflexible.

Pero los ánimos se distrajeron de aquella gran catástrofe por singulares inquietudes que se esparcieron en la sociedad. Desde la muerte tan trágica de *Madame* Enriqueta, producida, como ya lo hemos dicho, por el veneno, se habian verificado una multitud de muertes instantáneas, súbitas, por causas ignoradas. Hablábase de una oficina de magia y encantamientos, de una fábrica de venenos terribles, que en su mania de frivolarlo todo los parisienses habian bautizado con el nombre de pólvora de sucesion.

Dos italianos el uno llamado Exili, el otro llamado Destinelli, habian, se decia, encontrado, buscando la piedra filosofal, el secreto de aquel veneno, que no dejaba huella alguna. La Brinvilliers lo habia ensayado en el teniente general Auvray, y este habia muerto y sido enterrado sin que traspirase la menor sospecha contra el culpable.

Bien pronto la Voisin, muger célebre, que tenia su reputacion de adivinadora, establecida en la mas alta sociedad parisiense, habia visto todo el partido que podia sacar de aquella agregacion á su comercio. Desde entonces, no solo profetizaba á los herederos la muerte de sus ricos parientes, sino que hasta se comprometia á entregárselos. Asocióse la Vigoureux, otra bruja como ella, y dos sacerdotes, llamados Lesage y Avaux.

El resultado de esta asociacion fué el aumento de crímenes de que acabamos de hablar, y que comenzó por alarmar tanto á Luis XIV, que se ordenó entonces la creacion de un tribunal secreto para juzgar á los culpables.

El establecimiento de esta jurisdiccion excepcional suministró al parlamento, mudo hacia tanto tiempo, una ocasion de quejarse: era en efecto arrogarse sus atribuciones; pero se le respondió que para juzgar crímenes, en

que tal vez iba á hallarse comprometido todo lo mas elevado que habia en la corte, se necesitaba un tribunal secreto, como los de Venecia y de Madrid.

La Reynie, jefe de policia, fué uno de sus presidentes.

La Voisin, la Vigoureux y los dos sacerdotes fueron presos, y los interrogatorios permanecieron secretos. Pero al través del silencio de los jueces, hé aquí lo que traspiró con respecto á los altos personajes de la corte.

Monsieur habia ido dos veces á consultar á la Voisin en compañía del caballero de Lorena, del conde de Beuvron y del marqués de Effiat.

La primera vez que vino fue para saber qué se habia hecho un muchacho que *Madame* Enriqueta debió dar á luz en 1668, y del cual afirmaba no ser su padre. *Madame*, según él, debió parir en Inglaterra, donde habia corrido el rumor de que el niño habia muerto. Quería conocer la verdad sobre este punto importante.

Realmente no era esto cosa de magia. La Voisin propuso por tanto á *Monsieur* se cerciorase de aquel hecho por medios naturales, y con autorizacion del príncipe, envió á Londres á su primo Beauvillard, hombre muy es-

perimentado, y particularmente hábil en esta clase de negocios.

Beauvillard volvió al cabo de un mes, portador de una historia, verdadera ó falsa. Héla aquí:

Madame habia efectivamente pasado á Inglaterra en 1668, donde habia dado á luz un niño, que no habia muerto, sino que, por el contrario, habia sido puesto bajo la tutela de su tío el rey Carlos II, quien lo trataba con el mayor cariño. Atribuíase á Luis XIV la paternidad de este niño.

Monsieur dió por esta revelación una gran suma y un hermoso diamante á la Voisin. La segunda vez que la visitó fue en Meudon. Tenia el deseo de verse frente al diablo, al cual queria pedir, ó el anillo de Turpin, ó un secreto para gobernar al rey. La Voisin hizo aparecerse una figura que *Monsieur*, que era valiente, aceptó, por ser la de Satanás. El príncipe le pidió el anillo, ó su talisman; pero la figura respondió que el rey poseia un sortilegio que le impedia ser dominado por nadie.

La reina á su vez quiso ver la famosa adivinadora. La Voisin sacó su horóscopo y la ofreció componer un filtro que encadenase al rey á su amor. Pero la reina sin reflexionar siquiera, respondió preferia llorar, como lo

hacia, las infidelidades de su marido, que darle un brebaje que podia ser dañoso á su salud.

La reina no vió á la envenenadora mas que esta vez.

No sucedió lo mismo con la condesa de Soissons, Olimpia Mancini, la cual fue mas de treinta veces en casa de la Voisin, y esta á su vez fuetambien mas de treinta veces á casa de aquella. Su objeto era acaparar la inmensa herencia de su tio el cardenal, con exclusion de los demas parientes, y sobre todo recuperar sobre el rey el ascendiente que habia tenido y habia dejado marchar. Menos escrupulosa que la reina, pedia á son de trompeta un filtro que hiciese al rey enamorarse de ella y tenerlo sojuzgado; y con la esperanza de obtener ese filtro, habia entregado á la envenenadora cabellos, cortaduras de uñas, camisas, muchas medias, y un cuello del rey, destinado á hacer una muñeca de amor, semejante á la que cien años antes habia hecho tan célebre el proceso de la Mole. Tambien se decia que habia entregado á la Voisin algunas gotas de sangre del rey en una ampolla de cristal.

Habíanse hecho los conjuros sin producir ningun resultado.

Fouquet, antes de su prision, habia estado

muchas veces en relaciones con la adivinadora, á la cual, hasta su desgracia, le dió una pension, que su familia le continuó despues.

Bussy Rabutyn habia ido á pedirle un hechizo que le hiciese amar de su prima, madama de Sevigné, y un talisman que le constituyese en único favorito del rey.

M. de Lazun pedia ser amado siempre de la querida del rey: deseaba tener una certeza sobre su matrimonio con la hija del duque de Orleans, y queria saber si llegaria á ser caballero de las órdenes.

La Voisin le respondió sobre este último punto que llevaria el cordon azul.

La prediccion se realizó, solo que no fue la orden del Espiritu-Santo la que recibió, sino la de la Jarretiera. La Voisin no se habia equivocado mas que en el matiz, pues la una era azul oscuro y la otra azul claro.

Madama de Bouillon habia ido á pedirle una pomada que le diese dos cosas que no tenia por ser muy delgada: una de ellas era garganta.

El duque de Luxemburgo habia pedido ver al diablo, á quien tenia que hacer una reclamacion: deseaba que Satanás hiciese con su poder que remontasen su nombramiento de duque de Piney al dia de la prime-

ra erección del dominio de Piney en ducado con dignidad de par; es decir, al año de 1576.

Pero una de las cosas mas curiosas de todo el proceso fue la que sucedió á monseñor abad de Auvernia, Manuel Teodosio de la Tour, principe y cardenal de Bouillon.

Era este heredero de M. de Turena; pero por desgracia M. de Turena no tenia bienes de fortuna. El abad de Auvernia, que no podia admitir semejante indigencia con un nombre tan esclarecido y con tan elevados cargos, se figuró que el mariscal habia dejado un tesoro, pero que habiendo quedado muerto en el campo de batalla, no habia tenido tiempo para indicar en dónde estaba sepultado ese tesoro.

Fue, pues, á casa de la Voisin disfrazado de saboyano, y le pidió le hiciese conocer el sitio en donde debia cavar para hallar aquel tesoro enterrado, y por consiguiente perdido.

La primera palabra que dijo la Voisin al limosnero mayor de Francia, luego que este le espuso su deseo, fue preguntarle á su vez si tenia el juicio trastornado.

Pero el abad de Auvernia insistió, hizo burla á la Voisin sobre la importancia de su arte, y le ofreció cincuenta mil libras si evo-

caba la sombra de M. de Turena, y doscientas mil si esa sombra indicaba el sitio en donde estaba el tesoro.

Cincuenta mil libras no le parecieron á la Voisin una suma despreciable, y cediendo poco á poco de su primera negativa dijo que la cosa no era imposible, y se comprometia á evocar la sombra del vencedor de las Dunas, si se le daba al contado la mitad de la suma y se depositaba la mitad restante en manos de una tercera persona, que se la entregaria despues de la evocacion.

El abad de Auvernia accedió á esa exigencia.

La Voisin pidió entonces un plazo de quince dias, tiempo que consideraba necesario para preparar el conjuro. Luego se añadieron condiciones, sin las cuales declaró la Voisin que no haria nada.

En primer lugar la ceremonia debia hacerse secretamente, y quedar envuelta en un misterio absoluto. Despues no habian de asistir á ella mas que tres personas: ella, el cura Lesage y el abad de Auvernia. Pero este reclamó contra esta cláusula, porque queria llevar consigo dos caballeros adictos hacia mucho tiempo á su casa: el uno era capitán del regimiento de Champagne, sobrino del mariscal de Francia, Gassion, y el otro,

cuyo nombre se ignora, hacia con el limosnero mayor el mismo papel que hacia el caballero de Lorena con *Monsieur*.

La Voisin cedió sobre este punto, y se convino en que esos dos caballeros asistiesen á la evocacion.

Por último, la tercera cláusula, sobre la cual no se sabe por qué no hubo medio de ponerse de acuerdo, fue el sitio en donde debia hacerse la evocacion. La Voisin eligió la basilica de San Dionisio, diciendo, sin querer dar mas esplicaciones, que el conjuro fallaria en cualquier otro sitio.

Esta cláusula habria alarmado á otro que no hubiese sido el cardenal, limosnero mayor; pero para un prelado de posicion tan elevada, la cosa no era difícil: cien doblones dados de una vez y un destino en las dependencias de aquel, parecieron suficiente recompensa á un sacristan, que se encargó, mediante aquella retribucion y aquella promesa, de introducir al cardenal y á los que le acompañasen en la iglesia de la abadía, en donde, decia el contrato, habian hecho voto de pasar la noche en oracion.

Fue preciso aguardar á un viernes, que fuese al mismo tiempo dia 13 de un mes; pero eso se verificó mas pronto de lo que debia esperarse; de suerte que el plazo de quin-

ce dias pedido por la Voisin bastaron perfectamente, y en la primera fecha indicada pudo precederse al conjuro.

En el dia señalado, el cardenal, sus dos caballeros, los dos curas, la Voisin, Rosa, doncella de esta, y por la cual se han sabido todos estos pormenores, y un negro, portador del aparato mágico, se pusieron en camino á las cuatro de la tarde, debiendolle-gar á San Dionisio antes de que se cerrasen las puertas.

El sacristan los aguardó y los escondió en el campanario.

A las once en punto salieron aquellos sacrilegos de su escondite, y entraron en la iglesia.

Los dos curas debian decir la misa diabólica; esto es, la *misa al revés*.

Encendiéronse cinco cirios negros; erigióse una especie de altar; pusieron en él los libros santos en orden inverso al que ocupan en el sacrificio divino que iba á parodiarse, y se colocó tambien el Crucifijo cabeza abajo. Los dos curas se pusieron la casulla al revés.

La casualidad hizo que en aquella noche estallara en el cielo una tempestad: no parecia sino que aquella profanacion le irritaba, y que Dios hacia oír su voz para advertir á

los que le ofendian que aun era tiempo de no ir mas lejos.

La Voisin habia prevenido á los concurrentes que, segun todas las probabilidades, la sombra hendiria el altar por medio y se apareceria en el momento de la consagracion.

La tempestad parecia arreciar desde que se habia principiado aquella misa sacrilega.

Conforme se iba acercando el momento de la consagracion, los truenos eran mayores y los relámpagos mas lívidos y reiterados. Finalmente, en el punto en que el cura Lesage alzaba la hostia evocando á Satanás en vez de evocar á Dios, se dejó oír un grito agudo, saltó una losa del coro, y apareció un fantasma sacudiendo su sudario.

Entonces todo calló, misa sacrilega y tempestad vengadora: los concurrentes se prosternaron frente á tierra, y una voz dejó oír estas palabras:

— ¡Miserables! Micasa, á quien tantos héroes han hecho ilustre, va á decaer y envilecerse en lo sucesivo: todos los que lleven el nombre de Bouillon quedan de antemano desheredados de mi gloria, y antes de un siglo será estinguido ese nombre: el tesoro

que he dejado es mi reputacion y mis victorias: ¡no busques otro, hombre indigno! (1)

Al decir estas palabras desapareció la vision.

¿Era aquella una comedia preparada por la Voisin, ó permitió Dios que se invirtiese el orden natural de las cosas para castigar á los profanadores? Esto es lo que nunca se llegó á saber; pero tales son los hechos atestiguados por la doncella de la Voisin, Rosa.

Solo tres personas de la corte fueron citadas ante los jueces; la duquesa de Bouillon, la condesa de Soissons y el mariscal de Luxemburgo.

La duquesa de Bouillon solo habia sido acusada de un deseo que no era de la incumbencia de los jueces; pero habiendo sido citada ante M. de la Reynie, no faltó á la comparecencia.

—Señora duquesa, preguntó la Reynie; ¿habeis visto al diablo? Si le habeis visto, decidme qué forma tenia.

—No, señor, respondió la duquesa; no lo he visto; pero le estoy viendo en este mo-

(1) *Archivos de la policia.*

mento; es muy feo, y está disfrazado de consejero de estado.

La Reynie sabia ya todo cuanto queria saber, y no preguntó mas.

En cuanto á la condesa de Soissons, pasaron las cosas de otro modo.

El rey, que habia conservado siempre cierto cariño hácia ella, tuvo la condescendencia de decirle que si se reconocia culpable de los hechos que se le imputaban, le aconsejaba que se ausentase cuanto antes de Francia.

—Señor, respondió la condesa; soy inocente, pero tengo naturalmente tal horror á la justicia, que prefiero espatriarme á tener que comparecer ante ella.

En su consecuencia se retiró á Bruselas, en donde murió el 8 de agosto del año de 1708.

En cuanto á Francisco Enrique de Montmorency Bouteville, duque, par y mariscal de Francia, el cual reunia el nombre de los Montmorency al de la casa imperial de Luxemburg, se fué á la Bastilla, en donde Louvois, enemigo suyo, le hizo encerrar en una especie de calabozo de seis pies y medio de largo.

Citado ante el juez, le preguntó este si habia hecho pacto con el diablo á fin de

casar á su hijo con la hija del marqués de Louvois.

El mariscal de Montmorency se sonrió desdenosamente.

—Señor, dijo: cuando Mateo de Montmorency se casó con la viuda de Luis el Gordo, no se dirigió al diablo, siro á los estados generales, los cuales declararon que para granjear al rey menor el apoyo de los Montmorency era preciso llevar á cabo aquel matrimonio.

Esta fue su única respuesta. Escusado es decir que salió absuelto.

La Voisin y sus cómplices fueron condenados á muerte: la Vigoureux á ser ahorcada, y la Voisin á ser quemada. Conservóse entre estas dos mugeres la gerarquía del suplicio.

Principióse por la Vigoureux: en todos los interrogatorios habia permanecido muda, ó habia negado constantemente: sin embargo, luego que se vió condenada, hizo decir á M. de Louvois que revelaria cosas gravísimas si se le prometia la vida. Pero Louvois no cedió.

—¡Bah! dijo, el tormento sabrá desatarle la lengua.

Trasladóse la contestacion á la sentenciada.

— ¡Bueno! dijo esta; nada sabrá.

Con efecto, sin embargo de habersele aplicado el tormento ordinario y extraordinario, la sufrió sin decir una sola palabra.

Aquella constancia era tanto mas de admirar, cuanto que el rigor del suplicio era horrible, hasta el punto de declarar el médico que si no se suspendia aquel, moriria la paciente.

Conducida á la mañana siguiente á la plaza de Greve, hizo llamar a los magistrados.

Acudieron estos, creyendo que iban á oír alguna revelacion; pero la Vigoureux no les dijo mas que estas palabras:

— Señores, tened la bondad de decir á M. de Louvois que soy su servidora y le he cumplido mi palabra: quizá no hubiera hecho él lo mismo.

Luego, volviéndose hácia el verdugo le dijo:

— Vamos, amigo mío; acaba lo que te queda que hacer.

Y se encaminó al caldalso, ayudando ella misma al ejecutor en su última obra tanto como se lo permitia su cuerpo quebrantado.

Refirieron á la Voisin la muerte de la Vigoureux con todos sus pormenores.

— ¡La reconozco bien en eso! exclamó; era toda una muger; pero eligió mal medio: yo lo confesaré todo.

El medio no le valió mas que á su cómplice, y lo mismo que la Vigoreux, sufrió su condena en todo su rigor, habiendo sido quemada públicamente en la plaza de Greve el dia 2 de febrero de 1688.



XXXVIII.

1679.—1684.—*La princesa palatina.*—*Su conducta en la corte.*—*Hijos naturales de Luis XIV.*—*Nuevos amores del rey.*—*Madama de Soubise.*—*Madama de Ludre.*—*La señorita de Fontange.*—*Madama de Maintenon*—*Sus primeras relaciones con el rey.*—*El P. la Chaise.*—*Enfermedad del rey.*—*Fin de la reina Maria Teresa.*—*Vuelta momentánea de Lauzun.*

Durante el periodo que acabamos de recorrer, *Monsieur* se habia vuelto á casar con la princesa palatina, Isabel Carlota de Baviera, de la cual habia tenido el 2 de agosto de 1674 un hijo, que fue despues el regente de Francia.

La segunda *Madame*, si ha de creerse el retrato que ella hace de su persona, estaba lejos de parecerse á la primera. Dejémosla

hablar, pues esta franqueza de las mugeres para consigo mismas es bastante rara para que dejemos de consignarla.

«Yo nací en Heidelberg, en el sétimo mes de 1632. Preciso es que sea muy fea: mis ojos son pequeños, mi nariz corta y gruesa, mis mejillas abultadas, y todo esto no puede formar una fisonomía. Si no tuviera buen corazón, no me sufrirían en ninguna parte: para saber si mis ojos anuncian alguna cosa, sería preciso examinarlos con un microscopio, pues de otro modo es imposible juzgar de ellos. Probablemente no se encontrarán en toda la tierra unas manos mas villanas que las mías: el rey me ha hecho muchas veces la observacion, y me ha hecho reir de todo corazón, pues no pudiendo congratularme, en conciencia, de tener ninguna cosa bonita, he tomado el partido de reirme la primera de mi fealdad.»

Ya se comprenderá el efecto singular que produciría en medio de las mugeres mas lindas y graciosas del mundo una princesa que se trataba á si misma de fea. *Monsieur* la recibió con repugnancia, y el rey con vacilacion.

En efecto, ademas de los defectos físicos de la segunda *Madame*, tenia en todo lo que hablaba ú obraba cierto aire tudesco, muy es-

traño en Versailles.

En su infancia siempre habia tenido el sentimiento de ser hembra, y el deseo de convertirse en varon: este deseo estuvo á punto de costarle la vida; pues habiendo leído en un viejo cuento aleman que Maria Germain, que naciera hembra como ella, se habia convertido en muchacho á fuerza de saltar, comenzó á dar brincos tan terribles, que veinte veces estuvo á punto de romperse la cabeza. Jamás podia estar en la cama despues de despierta, almorzaba muy rara vez, aborrecia el te, el chocolate y el café, y vomitaba hasta sangre cuando le hacian beber una gota de caldo, confortándose luego el estómago con jamon y salchichones. Cuando llegó á la corte de Francia, corte la mas burlona y espiritual de la época lo primero que notó fué el efecto que producía en ella. Una de las burlonas mas encarnizadas era madama de Fiennes, que no perdonaba á nadie, ni aun á *Monsieur* y el rey. Un dia la tomó la princesa de la mano, y le dijo aparte:

— Sois muy amable, señora; teneis mucho talento y sobre todo una manera de hablar que agrada mucho al rey y á *Monsieur* porque están acostumbrados á ella; pero yo no lo estoy, y os prevengo que me enfado cuando se burlan de mí: por eso he querido daros este

pequeño aviso. Si me complacéis, seremos amigas, y si haceis lo contrario, no diré nada, pero me quejaré á vuestro marido, y si él no os corrige, lo echaré.

Madama de Fiennes prometió lo que quiso la princesa, cumplió su palabra. Esto chocó tanto en la corte, que *Monsieur* preguntaba muchas veces á su muger:

— Pero, ¿cómo haceis para que madama de Fiennes no os diga nada que os enfade?

— Es que me ama, respondió ella.

Madame se engañaba ó fingia engañarse: madama de Fiennes la destastaba mucho; pero la temia mucho mas.

Segun la costumbre adoptada en la corte en esta época, *Monsieur* se acostaba todas las noches con *Madame*; pero despues del nacimiento del duque de Chartres y de Isabel Carlota de Orleans, únicos hijos que produjo esta union, *Monsieur* propuso á *Madame* hacer cama aparte. Esta aceptó con alegría, y le respondió:

— ¡Oh! de muy buenagana, *Monsieur*, porque no me gusta el oficio de hacer hijos. Yo estaré muy contenta con tal de que no me odieis y que continuéis dispensándome una poca de bondad.

Desde entonces vivieron muy contentos los dos esposos, pues, segun dice *Madame* en

sus memorias, era una cosa muy desagradable acostarse con *Monsieur*, el cual no podia sufrir que le tocasen durante su sueño, y su pobre muger tenia que acostarse en la orilla del lecho, del cual cayó mas de una vez como un fardo.

Habia dos personas en la corte, para las que jamás pudo inspirar el rey el menor afecto á *Madame*, á pesar de la influencia que tenia sobre ella: estas eran madama de Montespan, que, en la época á que hemos llegado, ya habia caido en desgracia, y madama de Maintenon, que iba á entrar en favor.

En el intervalo que acaba de trascurrir, el rey habia tenido de madama de Montespan, ademas del duque de Maine, cuyo nacimiento ya hemos referido, otros cinco hijos, que fueron: el conde de Vexin, abad de Saint-Denis; la señorita de Nantes, la de Tours, la de Blois y el conde de Tolosa.

Todos estos hijos, aunque frutos de un doble adulterio, habian sido legitimados, con desprecio de las leyes francesas.

Pero este amor creciente que Luis XIV sentia por sus hijos, iba resfriándose poco á poco por la madre, que cada semana perdia un encanto, mientras que otras mugeres, presurosas en agradar al rey, le oponian la flor de su juventud á los treinta y nueve años que ya

contaba madama de Montespan.

Primeramente reinó un instante madama de Soubise; pero su reinado lo terminó una aventura escandalosa. A pesar de que el rey pasaba todas las noches con su muger, aun en tiempo de sus mas vehementes pasiones, una vez no pareció en el aposento de la reina, que, inquieta con esta ausencia, hizo buscar á S. M. por todas partes; pero la investigacion fue inútil, y S. M. no apareció hasta el dia siguiente.

Esta escapatoria hizo mucho ruido en la corte, y todos hablaban de ella diversamente inclusa madama de Soubise. Esta fue mas leos que los demas, y delante de la reina acusó á una dama del raptó conyugal de que se quejaba Maria Teresa.

Esta retuvo el nombre, y se lo dijo al rey, que negó; pero la reina replicó que estaba muy bien informada, pues sabia el nombre por la misma madama de Soubise.

—Pues si es asi, replicó el rey, voy á deciros dónde he pasado la noche: ha sido en el cuarto de madama de Soubise misma.

Esta aventura la perdió, y le sucedió madama de Ludre; pero como no hizo mas que pasar, su nombre se consigna aqui solo por

memoria, y por recordar un dicho agudo de la reina.

Cuando se esparció el rumor de que madama de Ludre era querida del rey, una dama de la reina tuvo el atrevimiento de anunciárselo, diciéndole que debia oponerse á este nuevo amor.

—Eso no me concierne, dijo la reina, que es negocio de madama de Montespan.

Vino despues la señorita de Fontange, estatua de mármol, como la llamaban, que ha conquistado su inmortalidad, no por haber sido querida del rey, sino por haber dado su nombre á un tocado. Subelleza, fria y sin animacion, no agradó al principio á Luis XIV, que dijo al verla en casa de la segunda *Madame*, de quien era dama de honor:

—¡Bueno! Hé aquí un lobo que no me comerá.

Pero Luis se engañaba.

Por otra parte, la señorita de Fontange estaba predestinada: antes de ir á la corte soñó que subia á una montaña muy elevada, y que deslumbrada por una nube resplandeciente, se encontró de pronto en una oscuridad tan profunda, que el terror la despertó. Contó el sueño á su confesor, el cual, dándola probablemente de adivino, le respondió:

—Cuidado, hija mia; esa montaña es la

corte, donde os sucederá un gran acontecimiento, que durará poco si abandonais á Dios, porque Dios os abandonará, y caereis en eternas tinieblas.

Este pronóstico exaltó la ambicion de la Fontange, que buscó ese resplandor que debia perderla, y lo encontró.

Presentada al rey por la misma madama de Montespan en una partida de caza, consiguió, á pesar de su poco talento, agradar al rey, que pronto pareció amarla con locura. Dióle un aposento magnífico, y un salon con tapices que representaban sus victorias. Con este motivo, el duque de Saint-Aignan, favorito complaciente de Luis XIV, compuso unos versos bastante malos, que sin embargo parecieron deliciosos á la Fontange y al rey, que fue del mismo parecer.

Estando otro dia en la partida de caza, el viento descompuso el tocado de la favorita; pero esta, con el gusto particular á las mugeres, que nunca están mejor adornadas que cuando se adornan á si mismas, se contuvo el prendido con una cinta atada con tanto coquetismo, que el rey le suplicó lo dejase de aquel modo. Al dia siguiente todas las mugeres llevaban un lazo igual al de la favorita: el prendido fue consagrado, y se llamaba pren-

dido á la Fontange.

Esto era bastante para trastornar la cabeza á la pobreniña, que, dice el abate de Choisy, era bella como un ángel, y tonta como un zoquete. Querida declarada del rey, se abandonó enteramente al orgullo de su alta fortuna; pasó por delante de la reina sin saludarla, y en vez de conservar por amiga á la Montepan, le devolvió, en cambio de sus distinciones, desdenes é insultos, que le hicieron de ella una mortal enemiga.

La favorita dió á luz un niño. Esto era, como se sabe, el escollo de las régias queridas. El parto fue difícil, y las consecuencias fatales, pues la Fontange perdió en él su frescura y su belleza. Vió que el rey se alejaba de ella poco á poco con su egoismo ordinario, y no pudiendo soportar este abandono, pidió permiso para retirarse al convento de Port-Royal. Fuéle concedido, y el duque de la Feuillade recibió el encargo de ir á preguntar por ella tres veces á la semana de parte del rey; mas como el estado de la pobre muger empeoraba diariamente, y los médicos declararon que no habia ningún remedio, ella pidió por última gracia ver una vez todavía al rey: Luis se resistió largo tiempo; pero su confesor, sin duda con la esperanza de que esa muerte seria una buena leccion para el mundano mo-

narca, le determinó á la visita. Fué, pues, al convento, y encontró á la moribunda tan cambiada, que no pudo contener las lágrimas.

—¡Oh, exclamó la Fontange; ahora puedo morir contenta, pues mis últimas miradas han visto llorar el rey!

Y murió efectivamente tres días despues, á edad de veinte años.

Madame atribuye en sus memorias esta muerte á madama de Montespan, diciendo que le administró un veneno; pero ya hemos dicho que la princesa palatina detestó siempre á la Montespan, y por tanto no debemos creer en su palabra.

Durante este tiempo comenzaba á aparecer la verdadera rival de madama de Montespan; era la viuda Scarron, á quien vimos hace veinte años solicitando el goce de la pensión que la reina concediera á su marido que habia muerto, dejando por todo porvenir á su muger el permiso de volverse á casar. Este permiso era una fortuna si se habia de creer en cierta prediccion. Un dia que atravesaba el umbral de una casa que estaban reparando la detuvo un albañil, llamado Barbé, que pasaba por profeta, y le dijo:

—Señora; ¡sereis reina!

La viuda no dió á esta prediccion mas

importancia de lo que merecía; y habiendo perdido la pensión por muerte de la reina madre, se vió obligada á vivir en un cuarto piso, al que se subía por una escalera estrecha como una escala: mas sin embargo de su estrechez, daba paso á los mas grandes personajes que habian conocido á la bella viuda en tiempos de su marido: eran estos M. de Villars, M. de Beuvron y los tres Villarceaux. Cediendo sin embargo, la viuda á su mala fortuna, iba á seguir á la señorita de Nemours á Portugal, donde iba á casarse con el principe Alfonso, cuando madama de Montespan presentó á Luis XIV un memorial para que la pensión de Scarron pasase á su viuda.

— ¡Ah, exclamó el rey; otro memorial de esa muger! Este es el décimo que recibo.

— Señor, respondió la Montespan: me sorprende mucho que V. M. no haya hecho todavía justicia á una muger, cuyos antepasados se arruinaron en servicio de los vuestros.

— Entonces, dijo el rey, puesto que lo queris...

Y firmó.

Ya tranquila la viuda Scarron, permaneció en Francia.

Cuando nació el duque de Maine, madama de Montespan se acordó de su protegida, y

como se trataba de ocultar el nacimiento del duque y el de los otros hijos que debían seguirle, la viuda Scarron fue elegida por aya de ellos, dándole una casa en Marais, y una pensión para criarlos.

Pronto la legitimación hizo príncipes de estos niños; y como ya no era una educación ordinaria la que había quedarles, hubo discusiones serias sobre este punto entre la Montespan y madama Scarron. Habiéndose retirado esta, fue llamada de nuevo, en lo cual consentió, con la condición absoluta de ser independiente, y de no dar cuenta más que al rey de la educación de sus hijos. Esto produjo cartas y entrevistas, y las cartas del aya causaron en el rey una impresión que acabó de afirmar con su presencia.

Mucho era esto, porque Luis detestaba tanto la lectura, que un día decía delante del duque de Vivonne, hermano de la Montespan:

— ¿Pero de qué sirve leer?

— Señor, respondió el duque, que era hombre robusto, sano y de buen color; la lectura hace el espíritu lo que los buenos platos que como yo todos los días hacen á mis mejillas.

Pero una cosa disgustaba á Luis XIV; ese nombre de Scarron que llevaba ese aya, tan

inteligente y espiritual.

En consecuencia tomó el nombre de madama de Surgeres.

Pero este nombre no le duró mucho tiempo, á causa de ciertas burlas inventadas por madama de Montmorency, y entonces fue cuando la nueva favorita compró la tierra de Maintenon, tomando su nombre.

Entre tanto la aparicion de madama de Maintenon y la influencia que comenzaba á tomar sobre el rey entristecian á la corte. Un folleto de aquel tiempo hablaba de esta influencia funesta, é indica la pena con que veian alejarse los hermosos dias de la Valliere y de Montespan.

Otra influencia venia á unirse tambien á la de madama de Maintenon para producir una reforma en las costumbres régias: era la influencia del P. la Chaise.

Este era sobrino del famoso P. Cotton, de quien ya hemos hablado, y que era confesor de Enrique IV. Su tio paterno, el padre de Aix, lo habia hecho jesuita; luego fue rector de Grenoble y de Lyon, y por último provincial de la órden. Era un hidalgo de muy buena nobleza, y su padre hubiera sido rico en su pais de Forez á no haber tenido una docena de hijos. Uno de sus herma-

manos, que era muy entendido en perros, caballos y cacerías, fue mucho tiempo escudero del arzobispo de Lyon, hermano y tío de los mariscales de Villeroy.

Ambos hermanos estaban en Lyon desempeñando sus respectivos destinos, cuando el P. la Chaise fue llamado á Paris en 1675 para reemplazar al P. Ferriez, confesor del rey.

«El P. la Chaise, dice Saint-Simon, era de un talento mediano, pero de un buen carácter, recto, justo, sensato, dulce y moderado, y muy enemigo de la delacion y de la violencia; tenia honor, probidad, humanidad y bondad: era afable, modesto, respetuoso, y él y su hermano conservaron siempre públicamente una especie de reconocimiento y aun de dependencia marcada por los Villeroy, de quien habian sido servidores.

Como la daba de noble favorecia á la nobleza cuanto podia, haciendo buenas elecciones para el episcopado en tanto que tuvo completa influencia.

Corrian contra él ciertas calumnias, como contra todo lo que es poderoso; pero la misma austeridad de sus costumbres habia dado lugar á estas calumnias, que no creian los mismos que las propalaban.

El P. la Chaise se encontró, pues, aliado

natural de madama de Maintenon. Con una palabra obligaban al rey á hacer cuanto querian: la palabra *salvacion*; y sin embargo, aun era jóven el rey, pues en esta época no tenia mas que cuarenta y cuatro años.

Pero una circunstancia venia en auxilio de los dos reformadores: el rey, que siempre habia gozado de una salud excelente, fue acometido de una fistula que daba sérios temores.

El P. la Chaise y madama de Maintenon, lejos de calmarlos, se sirvieron de ellos para asustar al rey, mostrándole á madama de Montespan como el espíritu tentador que podia perderlo.

El rey suplicó á madama de Maintenon, su buen ángel, dijese á la Montespan que todo habia concluido entre ellos, y que ya no queria tener ningun comercio con ella. Madama de Maintenon se hizo de rogar mucho tiempo, diciendo que no queria pronunciar ligeramente semejantes palabras, en atencion á que el rey tal vez no las sostendria luego; pero el rey insistió.

Hacia un mes ó dos que madama de Maintenon habia desempeñado esta mision delicada, cuando se decidió que el rey, para restablecer su salud, fuese á tomar las aguas de Baresges. Estos viages eran la pie-

dra de toque del favor, y todos esperaban con ansiedad los nombramientos que debia hacer el rey, que nombró á madama de Maintenon, haciendo decir al mismo tiempo á la Montespan que se quedase en Paris.

La favorita sintió en efecto el golpe, que era profundo y mortal, y fue á encerrarse en el convento de Saint-Joseph, haciendo llamar á madama de Miramion, la devota mas famosa de la época, para tomar de ella lecciones de resignacion y de piedad. Al otro dia salió de Paris para Rambouillet, permitiendo el rey á la señorita de Blois que la acompañase, pero prohibiéndolo al mismo tiempo al conde de Tolosa.

Al cabo de diez ó doce dias se encontró mejor Luis XIV, y se dió contraórden del viage.

Entonces el rey, sin duda por un movimiento de debilidad, mandó decir á la Montespan, que al siguiente dia debia retirarse á Fontevrault, que no se marchase. La Montespan corrió á Versailles llena de esperanzas, pero estas salieron vanas, porque aquel paso del rey, segun dice el abate de Choisy, no habia sido otra cosa que pura urbanidad.

Por este tiempo fue acometida la reina

por una enfermedad, que al principio se consideró como una indisposicion, pero que pronto adquirió la mayor gravedad: era un tumor debajo del brazo. Fagon la hizo sangrar inoportunamente á las once de la mañana del 30 de julio do 1683; á mediodia le hicieron tomar un emético, y á las tres de la tarde habia espirado.

Era la reina una muger escelente; pero de una profunda ignorancia, aunque, como todas las princesas españolas, tenia gaandezza y sabia el modo de conducirse en una corte. Creia ciegamente cuanto le decia el rey, fuese bueno ó malo: tenia los dientes negros de tanto comer chocolate, segun se decia; era gruesa y pequeña, y, como la reina Ana de Austria, su tia, se llevaba comiendo todo el dia pedacillos de cualquiera cosa. Amaba con pasion el juego, pero siempre perdia porque no sabia jugar ninguno de ellos.

Tenia un grande afecto al rey, y nunca quitaba de él los ojos, tratando de adivinar sus menores deseos. Contal de que el rey la mirase y se sonriese, ya estaba contenta y feliz por todo el dia; y cuando le daba alguna prueba mas intima de amistad, entonces contaba su buena fortuna á todo el mundo, riendo y dando palmadas con sus pequeñas manos.

El rey no le tenia amor, pero la estimaba sinceramente; y segun dice madama de Caylus, se enterneció mas que afligió de su muerte. Madama de Maintenon, á quien la reina habia tomado cariño por ódio á la marquesa de Montespan, permaneció al lado de la moribunda hasta el último momento, y luego quiso pasar á su cuarto; pero madama de la Rochefoucauld la tomó por un brazo y la llevó hácia el aposento del rey, diciéndole:

—No es oportuno dejar ahora al rey, que tiene necesidad de vos.

Solo estuvo un momento con Luis, y despues volvió á su habitacion conducida por Louvois, que le invitaba á pasar al cuarto de la delfina para impedirle que siguiese al rey á Saint-Cloud. Louvois le hacia observar que estando embarazada la delfina y acabando de sufrir una sangría, reclamaba su estado toda clase de cuidados. Madama de Maintenon insistió, diciendo que si la delfina necesitaba cuidados, el rey tambien necesitaba consuelos, pero Louvois se encogió de hombros, diciéndole:

—Id, señora, id; el rey no tiene necesidad de consuelos, y sí el Estado necesidad de un principe.

Efectivamente, madama de Maintenon se instaló en el cuarto de la delfina, mientras que

el rey marchaba á Saint-Cloud, donde estuvo tres dias, saliendo inmediatamente para Fontainebleau. Repuesta de su indisposicion la delfina, fué á unirse con él, acompañada de madama de Maintenon, ambas vestidas de luto, y tan afligidas, que el rey no pudo menos de dirigirles algunas bromas sobre su gran tristeza.

Hácia el mismo tiempo reapareció en Paris, pero no en la corte, nuestro antiguo conocido, el duque de Lauzun, á quien dejamos en Pignerol, donde Fouquet su compañero de cautiverio, le tenia por loco, y donde él permiso que se les dió para verse no pudo quitar esta idea de la cabeza del pobre ex-ministro.

Lauzun tenia cuatro hermanas, que todas eran pobres: la mayor era dama de honor de la reina madre, que la casó en 1663 con Nogent, capitán y gefe de guadaropa, hijo de aquel Nogeut Bautru, de quien hemos hablado muchas veces como el bufon de la reina madre, y fué muerto en el paso del Rhin. La segunda habia casado con M. de Belzunce, y pasó su vida con él en una provincia; la tercera fué abadesa de Notre-Dame de Saintes, y la cuarta abadesa de Romeray, en Angers.

Madama de Nogent era la mas hábil de las

cuatro, y á ella fué á quien encargó Lauzun, durante su cautiverio, de la gestion de sus bienes, lo cual desempeñó con tanto acierto, que, aparte de las magníficas donaciones que *Mademoiselle* le habia hecho, Lauzun, prisionero y todo como estaba, era inmensamente rico.

Entre tanto estaba *Mademoiselle* inconsolable de aquella larga y dura prision, y hacia todo lo posible con el rey para obtener su libertad. El rey pensó en concederla, pero enriqueciendo con ella á su hijo bien amado, el duque de Maine. Pareció, pues, ceder á las instancias de *Mademoiselle*, pero con la cláusula de que haria donacion al jóven principe y á sus descendientes del condado de Eu, del ducado de Aumale y del principado de Dombes. Desgraciadamente ya habia donado los dos primeros á Lauzun, como tambien el ducado de Saint-Fargeau, y las hermosas tierras de Thiers, en Auvernia, y era preciso que renunciase Lauzun á Eu y á Aumale, para que *Mademoiselle* dispusiese de ellos. Esto era además una espoliacion tan patente y considerable, que por mas deseos que tuviese *Mademoiselle* de volver á ver á Lauzun, no podia decidirse á ello á tan subido precio; mas por otra parte le aseguraban Louvois y Colbert que Lauzun seria toda la vida prisionero si

ella continuaba rebusando. Esto era una venganza del rey, que castigaba en Lauzun la antigua expedición de *Mademoiselle* á Orleans, el cañonazo de la Bastilla y las impertinencias del favorito. *Mademoiselle* comprendió que no habia nada que esperar, y declaró que aquella renuncia no le concernia á ella, sino á M. de Lauzun, á quien haria por convencer á que se decidiese. Mas para que el duque pudiese tomar una resolución, era preciso que fuese libre; ó al menos que lo pareciera, y se le concedió permiso para ir á tomar los baños á Bourbon l' Archambault, donde debia encontrar á madama de Montespan, y debatir con ella las condiciones de su salida; pero esta libertad no era mas que ficticia, puesto que el duque iba acompañado y guardado por un destacamento de mosqueteros, al mando de M. de Maupertuis.

Lauzun vió muchas veces á madama de Montespan, pero indignado del gran despojo que se exigia de él quiso mas ser reconducido á Pignerol que ceder.

El año siguiente volvió otra vez á Bourbon l' Archambault; y ya que las condiciones fuesen mejores, ya que estuviera cansado de la prision, estuvo de acuerdo con madama de Montespan, que volvió triunfante á Paris. La donacion exigida fue firmada, y al punto fue

puesto Lauzun en libertad, con la condicion, sin embargo, de que no saldria del Anjou ó de la Turena.

Este destierro, que duró cerca de cuatro años, sucedía á una prision que habia durado once. Pero *Mademoiselle* se enfadó, gritó, y se quejó tan alta y públicamente, que fue preciso romper el decreto del proscripto, dándole permiso para volver á Paris en completa libertad, con tal de que se mantuviese siempre á dos leguas de la residencia del rey.

Lauzun hizo su entrada como convenia á un hombre que habia hecho tan gran papel en la corte: aun era jóven, mas maligno que nunca, y á pesar del despojo, casi tan rico como un principe. Comenzó á jugar de una manera horrible, y ganó; *Monsieur* le abrió el Palacio-Real y Saint-Cloud; pero estos no eran Marly ni Versailles, ni *Monsieur* el rey, así fue, que no pudien o sufrir aquella sociedad, acostumbrado como estaba á la corte, pidió y obtuvo permiso para ir á Inglaterra, donde le dejaremos jugando fuerte, y donde le encontraremos despues haciendo un papel importante.

La época que acabamos de recorrer es la mas brillante del reinado de Luis XIV, como tambien lo es la de su vida. Durante este

periodo reina madama de Montespan; y mientras que la favorita lo ilumina todo con el reflejo de su imaginacion brillante y de su carácter altivo, el rey hace de la Francia una potencia maritima; solo se sostiene contra toda la Europa; dá á Turena, que hace la guerra á los imperiales, un ejército de veinte y cuatro mil hombres; á Condé, que hace la guerra al principe de Orange, otro de cuarenta mil: una flota cargada de soldados va á llevar á los españoles la guerra en Messina; toma por segunda vez el Franco-Condado; Turena es muerto, y opone Condé á Montecuculli, y Condé, con dos campamentos, detiene los progresos del ejército aleman. En fin, con la paz de Nimega, que impone á cuatro potencias enemigas devuelve á la Europa la paz que le habia quitado haciendo en ambos casos de su voluntad el arbitrio de la agitación ó del reposo del mundo.

La paz no detiene el impulso dado. Strasbarg, señora del Rhin, poderosa república, famosa por su arsenal, es tomada sin que se altere por ello el reposo de la Europa; Alost, á quien ha olvidado comprender en el tratado de Nimega, es arrancada violentamente al cuadro de ciudades que aun posee la España en los Países-Bajos; el puerto de Tolon es construido; sesenta mil marineros son organi-

zados; los puertos contienen cien navios de línea, algunos hasta de cien cañones; y por último, una invencion desconocida y terrible va á permitirle bombardear ese Argel impenetrable, que sin embargo tomará uno de sus nietos.

No olvidemos consignar una muerte que ocurrió en este periodo, en el mes de agosto de 1679. El cardenal de Retz, que durante su permanencia en Roma habia disputado la tiara á Inocencio XI y obtenido ocho votos, de vuelta á Paris, despues de tres años, dejó el mundo, donde habia hecho un instante tanto ruido, y el cual hacia veinte años que lo tenia casi olvidado.



XXXIX.

1684.—1685.—*Guerra contra Argel.—In-
vencion de las bombas.—Petit-Arnaud.—
Primer bombardeo.—Tratado de paz —
Muerte de Colbert.—Sus epitafios.—Sus
funerales.—Su familia.—Guerra contra
Génova.—Segundo bombardeo.—Suspen-
sion de hostilidades.—Convenios.—El
dux en Versailles.—Estado del nuevo pa-
lacio.—El embajador genovés delante de
Luis XIV.*

Mientras esto pasaba, se llevaban á cabo dos expediciones, que debian hacer subir al mas alto grado la gloria, y sobre todo la fama de Luis XIV, una contra Argel y otra contra Génova.

Sigamos el orden de fechas, y principie-

mos por la expedición de Argel. Hé aquí los hechos:

Por el mes de junio de 1681, unos corsarios de Trípoli se acercaron á apresar barcos franceses hasta en las costas de Provenza. Los corsarios se equivocaban de época, pues no era reinando Luis XIV cuando podía tener lugar una osadía semejante.

Así fué que Duquesne, sin tomar órdenes de nadie, y siguiendo su propio impulso; Duquesne de edad entonces de setenta y un años, reunió su división, que se componía de siete buques, persiguió á los corsarios, y habiéndoles alcanzado junto á la isla de Scio, los acosó tan duramente, que se vieron precisados á refugiarse en el puerto de la ciudad, que pertenecía al sultan. M. de Saint-Amant, oficial de la escuadra francesa, fue enviado al punto para invitar al bajá de Scio que arroja-se á los tripolitanos del puerto, declarando que si se negaba á ello, iba á anclar bajo las murallas de la ciudad y á arruinarla completamente. El bajá se negó á abandonar á sus amigos los tripolitanos. Duquesne ancló á medio tiro de cañon de las fortificaciones, y principió un fuego tan vigoroso, que á las cuatro horas el bajá turco envió á su vez un parlamento para suplicar á los franceses que cesasen las hostilidades, y ofrecer á su capitán remitirse

á la mediacion del embajador francés en Constantinopla.

El asunto estaba en camino de orillarse, cuando recibió Duquesne orden de volver inmediatamente á Francia, á fin de prepararse para la expedicion de Argel.

Esta expedicion estaba resuelta desde 1650, época en que los piratas argelinos apresaron algunos buques franceses sin declaracion de guerra. Fueron reclamados dichos buques, y no quisieron devolverlos; por lo cual se envió orden á Duquesne para que volviese.

Con efecto, mucho tiempo hacia que Duquesne habia meditado sobre los medios de atacar aquel enjambre de piratas, azote de todo el Mediterraneo, y habia escrito dos memorias sobre el particular: en la primera proponia cerrar la entrada del puerto de Argel con buques llenos de cascote, que formasen un dique semejante al que hizo Richelieu para cerrar el puerto de la Rochela: en la segunda esponia con todá minuciosidad un plan de ataque, desembarco é incendio.

Colbert habia leído repetidas veces aquellas dos memorias; pero un nuevo invento acababa de hacerlas inútiles, ofreciendo al gran rey medios de venganza, no solo mas rápidos, sino mas conformes todavia á sus gustos. Un jóven de treinta años acababa de inventar

las bombas. En lo sucesivo Luis XIV podía, como Júpiter, lanzar el rayo, desapareciendo así la última distancia que le separaba del rey de los dioses.

El inventor de esa terrible máquina se llamaba Bernardo Renaud de Elicigaray, había nacido en el Bearn en 1652, y se le llamaba Petit-Renaud (Pequeño-Renaud,) á causa de su corta estatura.

Petit-Renaud era una mezcla singular de los caracteres de partidario y matemático. Violento como el hombre de acción; meditabundo como un poeta; distraído como un astrónomo: siempre que buscaba la solución de algún problema, se mostraba sereno y reflexivo como un antiguo consejero. Criado Renaud en casa de M. Colbert du Terron, intendente de la Rochela, y habiendo vivido por consiguiente en un puerto de mar desde su infancia, había pasado su juventud en las canteras, en los arsenales, en los talleres de construcción, y aprendiendo allí la marina, por decirlo así, á libro abierto.

Renaud, como toda persona de algún valor, que estudia sin otro maestro que la práctica y el buen sentido, se dedicaba especialmente á los inventos que pudiesen servir para perfeccionar la marina, que se hallaba aun en la infancia: ya había concebido una construc-

cion de buques enteramente nueva, y que debia duplicar la celeridad de la marcha y la rapidez de las maniobras, cuando M. de Colbert du Terron, protector del jóven, le recomendó á su primo el ministro, el cual le hizo entrar en casa del conde de Vermandois, gran almirante de Francia, cuya muerte hemos referido ya. Su destino le daba derecho para acompañar al jóven príncipe al consejo.

Un dia que se trataba de dar una misma forma á todos los barcos, y por consiguiente de sujetarlos á un mismo método de construccion, Renaud, que jamás habia hablado palabra, pero de quien se sabia que habia estudiado en Roch fort, fue interrogado por Duquesne sobre ciertos pormenores, relativos á la construccion de los barcos que salian de aquel puerto.

Renaud entonces, al mismo tiempo que dió las noticias que se le pedian, se dejó llevar de su genio, y pasando de las partes al conjunto, estableció un nuevo sistema de construccion.

Este sistema, que consistia en aliviar los buques, descartando de ellos los enormes castillos de proa y de popa que los hacian tan pesados, era tan claro, sencillo y exacto, que llenó de sorpresa á todos los antiguos marinos. Pero aun cuando ese

sistema fue el que se adoptó despues, la rutina, la pereza de hacer estudios nuevos, y el hábito de la educacion, hicieron que se mirase el sistema de Renaud como una bella teoria, pero teoria sin aplicacion. Duquesne especialmente fue el que mas se opuso á aquella innovacion tan halagüeña de suyo, que con solo haberla espuesto habia tomado el aspecto de un proyecto, y se la discutia sin haber sido propuesta siquiera. Segun el antiguo marino, los castillos de proa y de popa eran indispensables, en razón a que en caso de abordaje la tripulacion podia retirarse á ellos y defenderse como en una fortaleza.

—Las fortalezas, decia Renaud, son buenas en un terreno sólido, en donde la inmovilidad es la primera base de la fuerza, y no en un suelo movible, en donde la rapidez es muchas veces causa del buen éxito: decís que considerais los buques como fortalezas, y ahí la razon por qué vuestros buques caminan con fortalezas.

La respuesta era bastante viva para un jóven que hablaba por primera vez; pero como antes de llegar á esa espresion habia dicho muchas cosas buenas, se contentaron con echarle una leve reprimenda que no le impidió continuar asistiendo a,

consejo. Lo único que hizo fue volver a su silencio habitual, y poco á poco se llegó á olvidar que lo hubiese interrumpido.

Sin embargo, algun tiempo despues, en una conferencia que el jóven tuvo con Colbert, alcanzo mejores resultados. Colbert supo lo que habia pasado en el consejo relativamente al cambio de construccion propuesto por Renaud, y su buenjuicio no pudo menos de hacer justicia al modo de raciocinar de aquel jóven. Estaba, pues, conversando con nuestro utopista, cuando éste le dijo que, si fuese ministro de marina, lo primero que haria seria fundar una escuela pública de construccion naval.

Con efecto, hasta entonces no habia escuela de construccion. En cada puerto un maestro carpintero jurado hacia construir los buques, sin otro plan que ese famoso *secreto*, recibido de su padre ó comprado á su antecesor. Los capitanes y los ingenieros del gobierno no tenian en ello la menor intervencion, y los maestros carpinteros que poseian el espresado secreto tenian tambien el monopolio de la construccion. Era preciso, pues, ceder á sus exigencias.

Como esos constructores privilegiados habian hecho pasar muchos malos ratos á Col-

bert, no le supo á este mal poderles devolver lo que les debia; así fue que hizo hablar largamente sobre ello á Renaud, y un mes despues se publicó una órden, fundando escuelas de construccion en los puertos de Tolon, Rochefort y Brest.

Entre tanto se hallaba Renaud ocupado en un gran pensamiento, del qual que no habia hablado á nadie; inventaba á la sazón las lanchas bombarderas.

En esto sucedió que Duquesne, de vuelta de Scio, fue convocado para asistir al consejo de marina, en donde debia discutirse el valor de los dos proyectos sobre el ataque de Argel.

La discusion fue animada. Ambos planes presentaban sus ventajas y sus inconvenientes. Renaud escuchó con la mayor atencion todo cuanto se dijo en pró y en contra de los dos proyectos y como callase, segun su costumbre, Colbert, que empezaba á tener alguna confianza en sus opiniones, se volvió á él, y le dijo:

— Y vos, Renaud, ¿qué pensais de esto?

— Monseñor, respondió el jóven: si fuese yo director de la espedicion, bombardearia á Argel.

La respuesta aquella causó el mismo efecto que si en 1804 hubiese dicho Fulton al em-

perador:

—Señor, en vez de desembarcar en Inglaterra con buques chatos, si estuviese en el lugar de V. M. desembarcaria con buques de vapor.

Nadie conocia las famosas bombarderas inventadas por Renaud y ejecutadas ya en su pensamiento.

Preguntóse al joven lo que entendia por bombardear á Argel.

Entonces Renaud, con su sencillez habitual, desenvolvió su plan, esplicó lo que eran bombas y morteros, manifestó cómo pensaba colocar esos morteros en sus lan. has, y de aquel modo bombardear á Argel por mar.

El proyecto tenia una grandiosidad que chocó á todo el mundo; pero esa misma grandiosidad fue causa de que se colocara en el número de los proyectos impracticables.

—Teneis razon en no creerme, dijo Renaud, puesto que aun no he hecho ensayo alguno; pero cuando haya hecho uno solo, entonces me creereis.

Continuó la discusion mas luminosa todavia sobre cual de los antiguos proyectos se habia de emplear; pero nada se decidió, porque los dos proyectos de Duquesne parecieron tan impracticables casi como el de Renaud.

Colbert tenia un hijo, llamado M. de Seig-

nelay. Era hombre este de mucha inteligencia y ávido de cosas nuevas, y habiendo oido referir á su padre la proposicion de Renaud, como tenia gran confianza en aquel jóven, á quien conocia hacia mucho tiempo, obtuvo del ministro que Renaud pudiese hacer construir una lancha bombardera en el Havre, y se hiciese la prueba.

Renaud marchó al Havre, gozoso en estremo; hizo construir la lancha bajo su direccion, y verificó el ensayo, que produjo completos resultados.

Escribió al punto á su protector que fuese. Llegó Signelay, y se renovó la prueba en su presencia con resultados mas satisfactorios todavia que la vez primera.

Colbert mandó entonces construir otras dos lanchas semejantes en Dunkerke, y otras dos en el Havre.

Pero el jóven ingeniero era ya bastante célebre para sus enemigos, y ya que no pudo negarse la proyeccion de las bombas, se negó que pudiesen caminar los buques cargados con un peso tan enorme como el que necesitaba semejante armamento. Divulgóse la voz de que las lanchas de Renaud no podrian sostenerse en el mar.

—Si lo quieren, dijo Renaud, iré á buscar mis lanchas á Dunkerke y las traeré

aquí. Con eso verán si pueden caminar por mar.

—Pues id por ellas, dijo Colbert, á quien gustaba mucho aquel modo de responder, porque en ese caso la respuesta es una prueba.

Las dos lanchas estaban dispuestas, y tenia cada una su tripulacion y su capitán: llamábase una de ellas *La Cruel* y la otra *La Abrasadora*. M. de Herbiers mandaba *La Abrasadora*, y M. de Combes *La Cruel*.

M. de Combes era amigo de Renaud; así fue que este se embarcó naturalmente en *La Cruel*.

Salieron ambas á primeros de diciembre, con un tiempo bastante favorable; pero conocidas son las variaciones atmosféricas peculiares al canal de la Mancha. Pronto se encapotó el cielo, cesó el viento, y el mar presentó ese aspecto terrible que se asemeja á la calma, pero que es solo nuncio de tempestad.

Aquellas desastrosas señales no podian escapar á ojos tan experimentados como los del capitán. Acercóse á su amigo, y con aquella sencillez propia de los hombres acostumbrados al peligro, le mostró con el dedo el cielo, y luego el mar.

—Si, dijo Renaud; ya lo veo.

—Vamos á tener tempestad.

—La creo segura.

—¿Quieres que vayamos á alguna bahia, endonde podremos dejarla pasar? Todavía tenemos tiempo.

—Combes, dijo Renaud: ¿no has oido decir que mis lanchas no resistirian el mar?

—Sí; dijo el jóven marino.

—Pues ya ves que en lugar de guarecernos es preciso aprovechar esta ocasion para probar á toda esa gente que se engañan. La tempestad viene hácia nosotros; pues hagámosla frente que espero que al fin me dará la razon.

—Pues vaya por la tempestad, dijo Combes.

Hiciéronse al punto á *La Abrasadora* las señales de conserva y salvamento, y se aguardó.

Llegó la tempestad, que duró sesenta horas, rompió los diques de Holanda, é hizo perecer mas de ochenta buques.

Crefase ya á Renaud y sus lanchas perdidos para siempre, cuando de repente se vió entrar en el puerto del Havre á las dos lanchas, que separadas por el huracan, se habian reunido en la altura de Dieppe.

Nada habia que contestar á semejante prueba.

Renaud pidió formar parte de la expedición de Argel, y Colbert se apresuró á acceder á su deseo.

Botáronse al mar las cinco lanchas, y después de haber doblado el cabo de Finisterre, en donde son tambien frecuentes la tempestades, pasaron el Estrecho, y llegaron á Tolon, punto de reunion de la armada naval, mandada por Duquesne.

Sabidos son los resultados de aquel bombardeo.

Habiase ajustado la paz con Baba-Hassan, el gobernador, cuando este fué asesinado por un tal Mezzo-Morte, que, reuniendo á todos los que opinaban por la continuacion de la guerra, se hizo proclamar en lugar del gobernador muerto, con el nombre de Hadgi-Hussiein, y siguió defendiendo á Argel, ya medio destruido. Por desgracia los vientos contrarios que soplan ordinariamente en setiembre, favorecieron á los piratas, y Duquesne se vió obligado á alejarse de la ciudad sin haber terminado nada.

Sin embargo, en la primera quincena de abril de 1648 se ajustó la paz con los berberiscos.

Comprometianse estos:

1.º A dar libertad á todos los franceses esclavos en el reino de Argel, en cambio de

lo cual se les devolverian los genizaros del Levante detenidos en las galeras de Francia.

2. ° A no hacer escursiones en la estension de diez leguas de las costas de Francia.

3. ° A devolver todos los franceses que los enemigos de Francia condujesen á Argel ó cualquiera otro puerto del reino, igualmente que los pasajeros aprehendidos en buques extranjeros.

4. ° A socorrer todo buque francés perseguido por los enemigos de Francia ó encallado en las costas del reino; á no dar auxilio ni proteccion á los corsarios de Berberia, que estaban ó estuviesen en guerra con la Francia, etc.

Este tratado fue hecho por cien años.

En el caso en que fues deshecho, los comerciantes franceses que se hallasen en toda la estension del reino tendrian derecho y libertad para retirarse adonde mejor les pareciese.

Tal fue el término de la campaña de Argel, que costó á Francia mas de veinte millones. Al ver el nuevo rey el cálculo de aquellos gastos, dijo á M. de Fourville:

—Con que vuestro emperador me diese solo diez millones arruinaria yo mismo á Argel.

Pero no era eso lo que queria Luis XIV,

sino edificar y destruir con sus propias manos, aun cuando debiera costarle doble.

Por aquel tiempo fue cuando murió Colbert, á la edad de sesenta y cuatro años, en su casa de la calle nueva de Petist-Champs. Faltaríamos á lo que se debe á la memoria de todo ministro difunto si no consignásemos aqui algunos de los principales epigramas á que dió lugar aquella muerte.

A reir la gente empieza
Que el buen Juan marchó del mundo,
O si está en sueño profundo
Es el diablo quien le mece.

Ya la muerte liberal
Su secreto nos mostró;
La piedra que le mató
Fue piedra filosofal (1).

Colbert yace en este sitio,
Muerto de agudo dolor.
El que abrió despues su cuerpo
Cuatro piedras le encontró,
Y era la piedra mas dura
De todas, su corazon.

(1) Colbert murió de mal de piedra.

Con efecto, grande era el odio que habia contra Colbert. Luis XIV le aborrecia, porque Louvois y madamade Maintenon le aborrecian, y porque presentia de antemano que debian darle el sobrenombre de *Grande*: la alta nobleza le odiaba porque de nada habia llegado á ser «muy alto y poderoso señor, messire Juan Bautista Colbert, caballero, marqués de Chateau-Neuf-sur-Cher, baron de Sceaux, Lignieres y otros lugares, consejero ordinario del rey en todos sus consejos, comendador y tesorero mayor de sus órdenes, ministro y secretario de estado de la marina, interventor general de hacienda, superintendente general de buques:» la clase media le aborrecia, porque habia mandado la supresion de las rentas sobre la casa de la municipalidad; y en fin, el pueblo le aborrecia, porque era rico y poderoso, y el pueblo aborrece casi siempre aquello que deberia admirar.

Asi fue que no se atrevieron á hacer funerales públicos á Colbert. Luis XIV abandonó á Colbert muerto, como Carlos I habia abandonado á Strafford vivo: Carlos I murió del mismo género de muerte que Strafford, y Luis XIV, no menos detestado que su ministro al fin de su vida, tuvo funerales iguales poco mas ó menos, á los que le habia dejado

hacer.

Al día siguiente á su muerte, á la una de la madrugada, fue arrojado el cadáver de Colbert en un mal carruaje, que lo trasportó á la iglesia de San Eustaquio, escoltado por muchos dependientes de la ronda, que le seguian á pie.

Así fue que cuando Luis XIV, que retenia á Seignelay en Fontainebleau sin permitirle que fuese á abrazar á su padre en la agonía, envió á uno de sus gentiles-hombres para que preguntase al moribundo por el estado de su salud, se negó Colbert á recibirle, y volviéndose hácia la pared:

—No quiero oír hablar mas de ese hombre, dijo. Si hubiese hecho por Dios lo que he hecho por él, estaria plenamente seguro de mi salvacion, en vez de que ahora no sé lo que será de mí.

No podemos enumerar aqui todo lo que hizo Colbert, y un solo cálculo podrá dar idea de su inmensa actividad. En 1664, esto es, en la época en que subió al ministerio, encontró la marina real compuesta de

3 buques de primera clase de 60 á 70 cañones.

8 id. de segunda clase de 40 á 50.

7 id. de tercera clase de 30 á 40.

4 urcas.

8 brulotes.

Total 36 buques de guerra.

En 6 de setiembre de 1683, época de su muerte, dejaba

12 buques de primera clase de 76 á 120 cañones.

20 id. de segunda clase de 64 á 74.

39 id. de tercera clase de 50 á 60.

25 id. de cuarta clase de 50 á 60.

21 id. de quinta clase de 24 á 30.

25 id. de sesta clase de 6 á 24.

7 brulotes de 100 á 300 toneladas.

25 urcas de 80 á 600 toneladas.

17 barcas largas.

Total 186 buques de guerra sin contar 68 buques en construccion, que, añadidos á los anteriores, dan un total de 254 buques.

Todo habia prosperado en la misma proporcion.

A la muerte de Colbert, su hijo Seignelay tuvo la marina; Claudio Lepelletier la inter-

vencion general de hacienda; Louvois el cargo de superintendente de los buques, con el patronato de la academia de escultura y de pintura, aun cuando este cargo se lo habia prometido Luis XIV á Colbert para su segundo hijo, Julio Armando Colbert, marqués de Blansville.

Los otros hijos de Colbert eran: Luis Colbert, abad de Ntra. Sra. de Bon-Port y prior de Rueil; Carlos Eduardo Colbert, caballero de Malta, destinado á servir en la marina; y por último las duquesas de Chevreuse, de Beauvilliers y de Mortemart.

En tanto que Colbert, acérrimo partidario de la paz, habia vivido, Louvois, rival, y sobre todo enemigo suyo, habia querido constantemente la guerra, que lisongeaba esa necesidad continua de fama que sentia Luis XIV y que hacia á Louvois tan necesario á su amo; pero luego que murió Colbert y fue nombrado Louvois superintendente de los buques, deseó este la paz, teniendo ó creyendo tener en el gusto de la fabricacion, tan grande en el rey como el deseo de gloria, un medio de tener sojuzgado el solo al que Colbert le habia estado disputando toda su vida.

Pero entonces fue Seignelay quien á su vez, en calidad de ministro de marina, representó el papel que habia representado Lou-

vois; únicamente cambió el teatro de la guerra, y en lugar de Flandes ó del imperio tomó el Mediterráneo y el Océano. En estas circunstancias se resolvió la expedición de Génova. Cinco acusaciones diferentes suministraban un pretexto á esta expedición; acusábase á los genoveses:

1.º De haber armado y dado á la vela cuatro galeras, á pesar de las representaciones del rey Luis XIV;

2.º De haber vendido pólvora y otras provisiones á los argelinos en guerra con el rey de Francia;

3.º De haber negado el paso á las sales de Francia enviadas á Mantua.

4.º De haber negado al señor conde de Fiesque una indemnización que reclamaba de la república;

5.º De haber propagado especies injuriosas al honor del rey.

Habia en esto más motivos de los necesarios para hacer declarar una guerra que Luis XIV deseaba. Así, para hacerla inevitable, apenas fue resuelta se espidieron dos mandamientos de prisión. El uno ordenaba la prisión del señor Marini, enviado de Génova; y el otro su traslación á la Bastilla.

La escuadra que debía vengar el honor del rey partió de Tolon el 6 de mayo de 1684

y llegó el 17 frente á Génova. Entonces tuvo lugar la segunda prueba del terrible invento de Petit-Renaud. Tres mil bombas fueron arrojadas sobre la hermosa ciudad, y la mayor parte de sus palacios reducidos á cenizas. Calculóse en cien millones el daño causado por el bombardeo.

Seignelay, que habia asistido á la accion hizo decir al dux que, si no daba al rey la satisfaccion que le seria pedida, volverian al año siguiente á bombardear la ciudad. Al fin se ajustó un tratado de paz el 2 de febrero de 1685. Desde el 14 de enero el enviado genovés habia salido de la Bastilla. El articulo primero de este tratado establecia:

«El dux actual y cuatro senadores se dirigirán en marzo á la ciudad de Marsella, desde donde se encaminarán al punto en que S. M. tenga su corte: cuando sean admitidos á su audiencia, revestidos con sus trajes de ceremonia, el dicho dux, usando de la palabra, manifestará en nombre de la república de Génova, su profundo pesar por haber desagradado á S. M., y se servirá en su discurso de las espresiones mas respetuosas y que manifiesten el sincero deseo de adquirir y conservar la benevolencia de S. M.»

En virtud de este articulo, el dux partió

de Génova el 29 de marzo de 1685 con cuatro senadores, llegando á la corte el 18 de abril, permaneciendo en Paris sin obtener su audiencia hasta el 15 de mayo; es decir, cerca de un mes. Habíase nombrado al mariscal de Humieres para salir al encuentro del dux; pero habiéndose negado este á cederle la derecha, le dieron simplemente al introductor de embajadores. Luis XIV debía recibir al dux en Versalles, que ya habia destronado á Fontainebleau. Para llegar á este resultado, el rey, invencible hasta entonces, lo habia vencido todo; el sitio, la falta de agua, y hasta la mortalidad. Durante tres meses se habian llevado, como desde un campo de batalla, carretas de trabajadores muertos. Un principe de la sangre, el duque de Chartres, habia estado á punto de fallecer por haber pasado alli ocho dias; y la desesperacion de la princesa palatina su madre, habia sido tan grande, que creyendo á su hijo muerto, habia querido suicidarse. Arboles trasplantados de Fontainebleau, Marly y Saint-Germain prestaban ya abundante sombra, y en en los jardines veíase ya todo ese mundo mitológico, al cual Luis XIV mezclaba su familia, haciéndole asi á los dioses el honor de aceptar su parentesco. Solo la capilla no estaba terminada; pero en el orden cronológico el olimpo ha-

bia precedido al cielo, y el dios de los cristianos, Dios humilde y pobre, Dios nacido en un pesebre, podia á su vez esperar; hospedaríanle cuando Luis XIV se hallase hospedado, y pensarían en él cuando madama de Maintenon lo necesitase.

En aquel gigantesco palacio, en medio de todo aquel esplendor naciente que preparaba la bancarota de 1718 y la revolucion de 1793, fue donde el gran rey recibió, no al dux como tal, sino como embajador de la república de Venecia. El rey habia hecho colocar su trono al fin de la galería del lado del salón de la Paz. A las doce todo el salon estaba lleno. El dux llegó en los carruages del rey y de la delfina; los senadores le seguian en otros carruages, precediéndoles pajes y palafreneros. Luis XIV tenia á su lado el delfin, el duque de Chartres, el duque de Maine y el conde de Tolosa. Al ver al dux el rey, se cubrió é hizo cubrir al dux; los senadores permanecieron descubiertos, y los príncipes, que tenian derecho de cubrirse, se pusieron el sombrero. El dux dirigió al rey un discurso en los términos convenidos; la oracion fue humilde; pero quien la pronunció se mantuvo constantemente digno y altivo. Cuando hubo cesado de hablar, se descubrió, y para honrarlo los príncipes, se descubrieron á su vez. Durante

la tarde el dux fue conducido a la morada del delfin y á la de las princesas. Algunos dias despues fue invitado á volver á Versailles, comió con el rey, y se presentó en el baile. Despues el rey le regaló una caja magnifica con su retrato y tapices de Gobelins. Al salir, uno de los senadores, sorprendido de las riquezas que acababa de contemplar, preguntó al dux qué era lo que mas le habia chocado en Versailles.

— El verme alli, le respondió este.

XL.

Estado de la literatura, de las ciencias y de las artes en esta época.—Moliere.—La-Fontaine.—Bossuet.—Fenelon.—Pascal.—La pintura, la escultura.—Estado de la literatura y de las ciencias en Inglaterra, Alemania, Italia y España.—Las camaristas.—Familia de Luis XIV.—El gran delfin y sus hijos.—Hijos naturales.—El conde Vermandois.—El conde de Vexin. La señorita de Blois.—M. de Maine.—La señorita de Nantes.—La vida de Luis XIV.—Etiqueta de la corte.

Detengámonos un instante sobre este punto culminante, al que con tanto trabajo ha subido Luis XIV, y desde el cual, sometido, á pesar de su divinidad facticia, á las leyes de la humana flaqueza, le será preciso descender

bien pronto.

Corneille acaba de morir, y con él el postrer reflejo de la literatura española en Francia: el cetro de la tragedia pasa á manos de Racini; es decir, á la elegancia moderna, y á la imitacion griega. Moliere, que no ha tenido predecesor, que no tendrá herederos, hace representar sus obras maestras, y de vez en cuando descansa de *El hipócrita* y de *El Misántropo* con esas admirables farsas que despues de dos siglos han quedado como modelos de la comedia. La-Fontaine hace la corte á madama de Montespan; despues, de cuando en cuando, da vida á una fabula, como el árbol madura sus frutos; la recogen sin cuidarse ni de su origen ni si las diferentes ramas del fabulista se hallan enlazadas con Pedro, con Esopo, ó con Ripoy, y forma asi un volumen modelo de buen gusto y de naturalidad. Bossuet escribe su *Historia universal*, y compone sus admirables *Oraciones fúnebres*. Habia empezado por la de la reina madre, compuesta en 1667, la cual le habia valido el obispado de Condom; despues habia venido en 1668, el *Elogio fúnebre de la reina de Inglaterra*, considerado cual su obra maestra hasta 1670, en que habiendo visto morir á *Madame* en sus brazos, exclamó al dia siguiente:

— «¡Oh, noche desastrosa, espantosa noche, en la cual resonó de súbito, como el estruendo del trueno, aquella sorprendente nueva:—*Madame* se muere: *Madame* ha muerto!»

Esta última produccion llevó al mas alto puesto su fama. Pero, ¿quién es el predicador que ha podido en su vida componer tres oraciones fúnebres como las de Ana de Austria, Enriqueta de Inglaterra, y esa otra bella y poética princesa, que no tenia mas enemigos que los singulares queridos del príncipe su esposo?

Madama Sevigné echa al viento sus cartas y como las hojas de la sibyla de Cumas, disputanse sus páginas, modelo de talento, de language y de falta de sensibilidad. El amigo y el discipulo de Bossuet, que llegará á ser mas tarde su rival y su enemigo, Fenelon, empieza su *Te émaco*. Si se escribió, como se ha dicho, para la educacion del señor duque de Borgoña, era un libro bien raro para ser colocado en manos de un príncipe de Francia, el que comenzaba por los amores de Calipso y de Eucaris, y que acababa por la critica de su abuelo.

La Rochefoucauld, que hemos visto frondista y enamorado, ha cesado de ser amante, pero ha permancido frondista. Las dos heri-

das que ha recibido por causa de madama de Longueville lo han hecho misántropo, y escribe sus desesperadoras *Máximas*.

En 1654 Pascal ha publicado sus *Provincias*, que Michelet ha venido hoy dia á terminar: todo el mundo conoce su prodigioso éxito al ver la luz. Boileau, que cesará de escribir cuando Luis XIV cesará de vencer, publica su *Arte poético* y sus *Sátiras*. Saint-Simon, casi niño, toma notas sobre las cuales escribirá sus admirables *Memorias*.

La pintura habia comenzado en el reinado de Luis XIII. Rubens, al venir á pintar la vida de Maria de Médicis, habia podido admirar á Poussin, y le Brun luchaba con los primeros artistas de la Italia. Es verdad que la Italia se hallaba en decadencia, y que la Francia se abria á su brillante porvenir. Colbert habia fundado en 1667 la academia de pintura en Roma, y en 1674 la academia de arquitectura de Paris. La escultura habia embellecido á Versailles con los productos del talento artístico de Girardon, de Coysevox y de Coustou.

Por su parte la Europa parecia responder al llamamiento de la Francia. Shakspeare, ese rey del drama y de la poesia, mas grande por sí solo que todos los poetas y todos los dramaturgos, habian sucedido Dryden, Milton y

Pope; es decir, la elegía, la epopeya y la filosofía.

En fin, Newton encuentra á los veinte y cuatro años el cálculo de lo infinito.

Dirigiendo las miradas al Norte, se vé que no se ha quedado atrás. Hevélío envia de Dantzick una relacion, en la que se encuentra el primer conocimiento exacto de la luna; Leibnits, sábio jurisconsulto, filósofo, teólogo y poeta, disputa á Newton su gigantesco descubrimiento, como Américo disputa el Nuevo-Mundo á Colón.

La Italia lucha contra su pasado: su desgracia es haber tenido á Dante, Petrarca, Ariosto, Rafael, Migel-Angel, el Tasso, y Galileo, y por eso pronuncia humildemente los nombres de Chiabrera, Lappi, Filicaja, Cassini, Maffés y Bianchini.

La España, no tiene sabios desde el tiempo de los árabes; que no tiene poetas desde Lope de Vega y Calderon; ni pintores desde Velazquez y Murillo; ni reyes desde Carlos V y Felipe II, va á trasformarse; y Luis XIV, que sabe ya, por su sobrina María Luisa que Carlos II es impotente, codicia para uno de sus hijos la herencia de Fernando y de Isabel, que va á quedar vacante por falta de heredero.

Mas no solo las artes y las ciencias son

las que hacen á la Francia superior á cuanto le rodea; es tambien la industria. Cada año del ministerio de Colbert se señala, no solo por alguna obra maestra de Corneille, de Moliere ó de Racine; por la fundacion de alguna academia ó de algun teatro, sino tambien por el establecimiento de alguna manufactura. En tiempo de Enrique IV y de Luis XIII los paños mas finos eran los fabricados en Holanda y en Inglaterra; pero tal fué la proteccion que Luis XIV dispensó á la industria, que en 1680 los mas hermosos paños eran los de Abbeville.

La sedería sigue la misma progresion; en toda el mediodia de la Francia se plantan moreras, y al cabo de ocho ó diez años de cultivo los fabricantes pueden pasarse sin las sedas extranjeras. Los únicos tapices de que se servian hasta entonces en los palacios reales y en las grandes casas eran los de Persia y Turquía; pero desde 1670 los tapices de la Savonnerie luchan con ellos y los destronan. Cualquiera que haya leído las crónicas de los siglos XIV, XV y XVI, habrá visto á los duques de Borgoña regalar sus magníficos tapices de Flandes á todos los soberanos de la Europa y del Asia. Mas ahora es el rey Luis XIV quien posee los mas bellos tapices del mundo, y quien hace salir del vasto recinto de los

Gobelins, donde trabajan mas de ochocientos obreros, esos inmensos cuadros imitados de Rafael, ó dibujados por Lebrun.

Preciso es tambien que los encajes de Francia no se queden atrás de los de Italia y de Malines: por eso se llaman treinta obreras de Venecia, doscientas de Flandes, y se las encarga de la direccion de mil seiscientas muchachas.

Todos los años gastaba el rey un millon en objetos de artes ó de industria, de los cuales formaba ciertos lotes, que eran un medio ingenioso de hacer presentes á las damas de la corte.

Y decimos las damas, porque desde 1675 habian sido suprimidas las doncellas de honor. Luis XIV sabia por sí mismo cuán poco merecian su nombre estas doncellas de honor, y una aventura, hecha célebre por el famoso soneto *l'Adverton*, hizo que se sustituyeran á las doncellas de honor doce damas del palacio. No se consiguió con esto una mejora de costumbres, pero sí al menos, la ausencia del escándalo.

Cuando Luis XIV entró en Paris, despues de su fuga á Saint-Germain y su expedición á Burdeos, encontró el mismo Paris de Enrique IV y Luis XIII; es decir, la ciudad mal empedrada, mal iluminada, mal regida de dia, y

mal gobernada de noche. Luis empedró las calles; encendió cinco mil faroles; restableció las antiguas puertas; hizo construir otras dos nuevas; creó una ronda de á pie y de á caballo, é instituyó un magistrado, únicamente encargado de la policía.

Con él se forman, ó mas bien se crean los ejércitos: antes de Luis XIV habia reunion de hombres, pero no soldados. La adopcion de la bayoneta constituye la principal fuerza de la infanteria: sesenta años mas tarde el fusil, arma principal en un principio, no será ya mas que un arma secundaria; y el mariscal de Sajonia, el filósofo mas militar, y el militar mas filósofo que haya existido jamás, osará sentar el extraño axioma de que el fusil solo es el mango de la bayoneta.

Antes de Luis XIV no existe la artilleria: los ginetes son los que aun deciden las batallas, como en tiempos de la antigua caballeria. El rey funda las escuelas de Metz, de Douai y de Strasbourg; crea un regimiento de bombarderos para esplotar una invencion nueva, que será de las mas mortíferas en lo sucesivo; toma los húsares, de los cuales crea el primer regimiento, de sus enemigos los austriacos y los húngaros; constituye un cuerpo de ingenieros, que, discipulos de Vauban, construyen ó reparan ciento cincuen-

ta plazas de guerra: dá un uniforme á los diversos regimientos; establece distinciones para los diversos grados; instituye los brigadieres; pone los cuerpos de la casa del rey bajo el pie que han conservado hasta la revolucion; fija en quinientos hombres las dos compañías de mosqueteros, á los cuales dá el uniforme que aun llevaban en 1815 y 1830; agrega una compañía de granaderos á cada regimiento de infantería, é instituye la orden de San Luis, para la cual no será preciso hacer pruebas como para las del Espiritu-Santo y San Miguel.

Así su ejército, que en 1672 sorprende á la Europa por su cifra de ciento ochenta mil soldados, se compone doce años mas tarde de cuatrocientos cincuenta mil hombres, comprendidas las tropas de marina. Esos ejércitos son mandados sucesivamente por Condé, Turena y Luxembourg, quienes, aun despues de las guerras del imperio, han conservado la reputacion de grandes generales.

Ahora que hemos pasado revista á los poetas, los sabios, los artistas y los generales que constituyen la gloria y el poder de Luis XIV, echemos una ojeada sobre lo que el cielo le habia dado para su felicidad; es decir sobre su familia. En la época á que hemos llegado; es decir, á fines de 1684, tiene

un hijo legitimo, para quien guarda su corona, ya demasiado pesada para la frente de un hombre, y que caerá en la cabeza de un niño: este hijo es monseñor Luis, á quien llaman el *gran delfín*.

10 Educado este por M. de Montausier, el Alestes de *El Misántropo*, instruido por Bossuet, su preceptor, habia recibido de estos dos hombres algunas buenas cualidades; y de la naturaleza una multitud de vicios: Jamás habia amado ni aborrecido bien á nadie, y sin embargo, era malo; su mayor placer era causar pena á los que le rodeaban; pero tambien los principios de los que le habian educado se despertaban á la menor observacion, y se veia dispuesto á dar gusto á los mismos á quienes habia apesadumbrado. Era, por lo demas, el carácter mas inconcebible que puede imaginarse: cuando se le creia de buen humor, estaba enfadado, y al contrario; así es que nadie lo conoció bien, ni aun los que mas cerca estaban de su persona: la princesa palatina, que vivió veinte años con él, viéndolo todos los dias, decia que jamás habia visto un hombre semejante, ni creia que naciese otro igual. No podia decirse que tuviera talento, ni tampoco que fuese un tonito: su mayor temor, su temor incesante y eterno, era ser rey, no porque no pudiera ser-

lo sino á la muerte de su padre, sino á causa del trabajo que tendria que tomarse si queria gobernar. En efecto, era de una pereza tal, que le hacia abandonar las cosas mas importantes, y que prefiriese sus ocios á todos los imperios y monarquias del mundo.

Todo el dia lo pasaba recostado en un sofá ó en un sillón de brazos, y jamás se le oyó dar su opinion sobre nada, ni en artes, ni en literatura, ni en politica. Sin embargo, cuando por casualidad hablaba y estaba bien dispuesto, se expresaba en términos nobles y elegantes; pero si no lo estaba, siempre decia necedades. Un dia se pensaba que era el mejor príncipe de la tierra; otro se discurria como si fuese un Nerón ó un Heliógabalo. Su principio era no hacer mas caso de un hombre que de otro, y hubiérase dicho que no formaba parte del género humano: tanto le era indiferente la humanidad. Tenia horror á los favoritos y no se le conoció ni uno solo, lo cual no impedia que ambicionase el favor como el mas ávido cortesano: su estudio particular era no dejar adivinar su pensamiento. El demasiado respeto le incomodaba, el demasiado abandono le resentia. Hijo sumiso, y sobre todo temeroso, obedecia al rey, no como delfín, sino como hijo

de un simple particular. Jamás odió ni amó á ningun ministro, y la única persona á quien no amó, aun quando le estaba sometido como si la amase, fue madama de Maintenon.

En esta época ya tenia dos hijos de su muger, María Ana de Baviera; Luis, duque de Borgoña, que tuvo á Fenelon por preceptor, y que casó con María Adelaida de Saboya, aquella encantadora duquesa que fue los primeros amores del duque de Richelieu, y Felipe, duque de Anjou, que fue mas tarde rey de España; pero nada tenemos que decir aun ni de uno ni de otro, pues el primero tenia dos años y medio y el segundo diez y ocho meses.

La esperanza de la monarquía descansaba, pues, en tres cabezas, ademas de que monseñor podia tener, y tuvo efectivamente, otros hijos.

Ademas de su hijo legitimo y de sus dos nietos, Luis XIV. tenia en esta época otros cinco naturales, todos legitimados por él.

Mlle. de Blois, hija de la señorita de la Valliere, que casó con el príncipe de Conti.

El señor duque de Maine, que casó con Luisa de Condé.

Mlle. de Nantes, con el duque de Borbon.

Mlle. de Blois, con el duque de Orleans, regente.

Y el señor conde de Tolosa, que casó con la señorita de Noailles.

Digamos una palabra sobre los dos hijos, tambien naturales, que acababa de perder Luis XIV; uno hijo de la señorita de la Valliere, y otro de madama de Montespan, que habia muerto hacia poco mas de un año.

El primero era el conde de Vermandois, almirante de Francia.

El segundo el conde de Vexin, abad de Saint-Denis.

El conde de Vermandois habia muerto en Courtray el 15 de julio de 1683. Su muerte fue inesperada, y dieron lugar á muchas suposiciones de que hablaremos mas tarde.

Diez y seis años tenia cuando murió, despues de su primera campaña. Era gentil en su persona, bien formado pero un poco bizco. Sus estraños estravios escitaron la cólera del rey contra él, y se acusó al delphin de haberlo perdido; mas esto era una calunnia, de la cual se defendió el delphin con una energia que no permite dudar de su inocencia. Los que prostituyeron al jóven principe fueron el caballero de Lorena y su hermano, el conde de Marsan. Sea de es-

to lo que fuese, Luis XIV rehusó por mucho tiempo verle, y cuando la segunda *Madame*, que amaba mucho á este jóven, se aprovechó del parto de la delfina para interceder en su favor, le respondió el rey:

—No, no, hermana mia; el señor conde de Vermandois no está bastante castigado aun de sus crímenes.

En efecto, solo un año mas tarde fue cuando Luis XIV lo perdonó, pero como perdonaba él, sin olvidar. Asi fue que su muerte no causó al rey toda la pena que le hubiese producido en otra circunstancia. Conocida es la respuesta de madama de la Valliere al anunciarle esta pérdida.

—¡Ay, dijo: sé su muerte antes de haberme consolado de su nacimiento!

El conde de Vexin solo tenia once años cuando murió, de demasiada aplicacion al trabajo, segun se asegura. Madama de Maintenon no lo amaba, y el niño le pagaba con la misma moneda: tendido estaba en su lecho de agonía entre su madre y su tia, madama de Thiange, las cuales le adoraban en extremo, cuando madama de Maintenon, su aya, entró y quiso sentarse al lado de su lecho. Pero en'onces el niño, que habia disimulado su ódio toda su vida, no tuvo fuerzas para llevarlo en silencio al sepulcro, y

reuniendo todas sus fuerzas, le dijo: Señora, todo el tiempo que habeis tenido la comision de vigilar mi conducta, he tratado de obedeceros en todo, por demostrar deferencia á mis parientes, que os habian colocado cerca de nosotros: madama de Thiangés, á quien amo con todo mi corazón se ha engañado mucho, sin quererlo, y ha engañado á su hermana, asegurándole que érais franca y buena, no siendo ni lo uno ni lo otro. No creais que el amor que teneis al conde de Maine me inspira celos y me impide que os ame; no, sino porque siempre me habeis aconsejado el disimulo, reprendiéndome cuando yo decia lo que pensaba, y porque no habeis ocultado que no estimábais á madama de Montespan, mientras que ella os colmaba de bondades. Villano es ser ingrato; y digo delante de mi buena amiga (asi llamaba el jóven principe á su madre), y delante de madama de Thiange, que sois una ingrata.

La muerte del jóven principe afectó un instante al rey á madama de Montespan; pero esto era solo por un sentimiento de lastima, en el cual no tenia la mas leve parte, el amor; por eso no fue mas que momentáneo.

Ya hemos dicho que los otros hijos natu-

rales del rey eran Mlle. de Blois, el duque de Maine, Mlle. de Nantes, la segunda Mlle. de Blois y el conde de Tolosa.

Poco hay que decir de la primera Mlle. de Blois; hija de la duquesa de la Valliere, si no es que era una de las hijas á quienes mas amó el rey: su urbanidad y finura eran tan estremadas, que se habia hecho querer de todo el mundo, lo cual es bastante raro, y sobre todo en la corte. Casóse con Francisco Luis, principe de Conti, de quien se trató un instante para hacer de él un rey de Polonia, despues de la muerte de Juan Sobieski: era un principe de malas costumbres; y como tambien era muy delicado, y sus fuerzas no respondian á sus deseos, tomó un dia moscas cantáridas y murió casi asesinado por este afrodisiaco.

El duque de Maine era el favorito del rey y sobre todo de madama de Maintenon. Una caída que dió quando pequeño desde los brazos de su nodriza le dejó cojo, y este incidente agrió aun mas su carácter. Aunque apenas tenia trece ó catorce años, ya prometia ser todo lo que fue despues; nadie tenia mas talento y arte ocultos que él, y poseia todas las gracias que pueden encantar. Con el faire mas sencillo, mas cándido, y mas natural, nadie conocia mejor á las gentes que le impor-

taba cotocer; nadie tenia mas destreza para insinuarse; nadie, en fin, bajo un exterior devoto, solitario, filósofo y salvaje ocultaba miras mas ambiciosas ni mas vastas. Nadie, si se ha de creer á Saint-Simon, se parecia mas al demonio en malignidad, en perversidad de alma, en orgullo soberbio, en falsedades y artificios sin número, y en simulaciones sin medida, como tambien en artes de divertir y encantar quando queria complacer.

Este era un caracter como convenia á madama de Maintenon; por eso era su discípulo predilecto; y M. de Maine, por su parte, preferia mucho mas á madama de Maintenon que á su madre.

Deciase en voz baja en la corte, y el duque de Orleans, regente, en alta voz, que el duque de Maine no era hijo de Luis XIV, sino de M. de Terme, que era de la misma casa que M. de Montespan.

Mlle. de Nantes seguia, en orden cronológico, al duque de Maine. Tambien á ella se la negaba el origen real y un caballero alemán llamado Bettendorf, pretendia que era hija del mariscal de Noailles. «Habia visto, decia, entrar al mariscal por la noche en el cuarto de la Montespan, estando él de guardia, y habia advertido que nueve meses

despues, dia por dia habia nacido Mille de Nantes.

No era precisamente bonita, pero si llena de gracias y de gentileza: era una gata por su astucia y por sus garras, ocultas bajo el terciopelo; y su rostro y maneras estaban tan bien armonizados, que manera y rostro parecian encantadores: nadie bailaba mejor y con mas gracia, á pesar de que era un poco coja; nada habia en ella, ni en su voz, ni en su semblante, ni en su sonrisa, que no condujese naturalmente á agradar. Alegre y p'acentera, invulnerable á las sorpresa, libre su inteligencia, aun en los momentos mas criticos, amante de las cosas frivolas, de los placeres singulares, burlona, picante, incapaz de amistad; muy capaz de odio si creia tener razones para odiar, y entonces malvada, fiera é implacable, fecunda en artificios sangrientos y en cauciones crueles, con las cuales atacaba á las personas que pasaban su vida con ella, y á quienes parecia que amaba: tal era esta muger, sirena antigua, con todos los encantos y todos los peligros de la maga de la Odisea.

El rey, á quien divertia mucho, estaba en este momento un poco indispuerto con ella. Como su hermano, el conde de Vexin, detestaba á madama de Maintenon, y aprovechaba

todas las ocasiones para decir lo que pensaba de su antigua aya. Un dia que paseaba en el parque de Versailles, fue sorprendida por la lluvia, y corrió á la primera puerta que encontró, y que estaba guardada por un suizo, á quien el mismo rey habia dado la consigna de no dejar paso á nadie por aquella puerta. Fiel el suizo á la consigna, impide el paso, diciendo que el rey le habia dado orden. En este momento aparece madama de Maintenon obligada tambien por la lluvia.

— ¡Buena! dijo la duquesa al centinela; aqui está la favorita del rey, y como probablemente no rezará con ella la orden... entraré con ella.

Y como madama de Maintenon recibiese la misma negativa del suizo, le dijo:

— Centinela, mirad lo que haceis.

— ¡Oh! bien sé lo que hago, pues obedezco á mi consigna.

— ¿Pero sabeis quién soy yo?

— Si, señora: ya me han dicho que sois la favorita del rey; pero me es igual, y no por eso entrareis.

La duquesa rompió en una ruidosa carcajada, saludó respetuosamente á madama de Maintenon, y entró por otra puerta

En cuanto á la segunda Mile. de Blois y al conde de Tolosa, aun eran en esta época demasiado jóvenes para que intentemos trazar sus caracteres; en lo sucesivo se nos presentará otra ocasión, y no la dejaremos escapar.

Todas estas muertes que acabamos de referir; es decir, la del conde de Vexin, la del conde de Vermandois, la de la reina, y por último la de Colbert, ocurrida á fines del mismo año, fueron sin duda las que derramaron en el corazón del rey aquella profunda tristeza que le hizo inclinarse hacia la religión y le determinó á establecer aquella etiqueta que trasportaba á su régia vida alguna cosa del rigor del claustro.

No solo gustaba estremadamente el rey del aire libre, sino que tambien le era muy necesario, pues cuando estaba privado de él, sufría fuertes dolores de cabeza. Atribuía esta susceptibilidad al estremado uso que hacía su madre, Ana de Austria, de los perfumes; así es que no podía sufrir ningun olor, escepto el de naranja. Los cortesanos ó las personas que le rodeaban se guardaban muy bien de ir perfumados.

Esta necesidad de aire habia hecho al rey un poco sensible al frio, al calor y aun á la lluvia; así es que solo los tiempos extremos le

impedían salir diariamente. Estas salidas tenían objetos: correr el ciervo, tirar en los parques ó visitar los obreros. También algunas veces ordenaba paseos con las damas, y meriendas en el bosque de Marly ó en el de Fontainebleau. Nadie le seguía en los paseos que no eran ordenados, escepto los que estaban de servicio ó aquellos cuyos cargos principales les agregaban á su persona. En este caso, en los jardines de Versailles ó en los de Trianon, solo el rey estaba cubierto.

En Marly era otra cosa, pues todo el mundo podia seguir al rey en su paseo, unirse á él ó dejarlo. Este palacio, donde se retiraba Luis XIV para escaparse de la etiqueta, tenia ademas otro privilegio. Apenas se salia de los aposentos decia el rey:—«El sombrero, señores;» y al instante los cortesanos, los oficiales de guardia, los arquitectos y demas personas se cubrian con una prontitud que se habia convertido en un cumplimiento, porque se obedecia una orden del rey.

La caza del ciervo tambien tenia sus privilegios; una vez convidado, iba quien queria. En el número de los invitados estaban los que habian obtenido el famoso jubon azul de que ya hablamos, y que consistia, como cree-

mos haber dicho ya, en un uniforme azul con galones, uno de plata en medio de dos de oro.

Lo mismo sucedia con el juego; una vez invitado, daba el derecho para asistir siempre. El rey gustaba del juego fuerte y continuo, y el sacanete era el principal que se jugaba en el salon: en las otras salas tambien habia mesas para otras suertes de juegos.

De vuelta de paseo, se acercaba á él quien queria, mientras iba desde la carroza hasta la escalera. Luego se vestia otro traje, y permanecia en su gabinete por espacio de una hora: luego pasaba al cuarto de madama de Maintenon atravesando los aposentos de madama de Montespan, y durante este camino tambien le hablaba el que queria.

Luego era servida la mesa del rey; el conserje de palacio, con su baston en la mano, iba á avisar al capitan de guardias de servicio en la antecámara de madama de Maintenon. Solo los capitanes de guardias podian entrar en esta antesala, que era muy pequena: entonces el capitan de guardia abria la puerta, diciendo:

— El rey está servido.

Un cuarto de hora despues iba el rey á comer.

Durante este cuarto de hora, los oficiales

habian hecho las pruebas; es decir, habian reconocido el pan, la sal, los platos, el cubierto y el mondadi-entes del rey.

Las viandas habian sido conducidas, segun el ceremonial decretado por la ordenanza de 7 de enero de 1791; es decir, que habian entrado precedidas de dos guardias, un ugiere de sala, del gentil-hombre de servicio, del contralor general, del contralor de oficio, del escudero de cocina, y seguidas de otros dos guardias que impedian se acercase nadie á la comida del rey.

Entonces Luis precedido del consérge del palacio y de los ugiere, se sentaba á la mesa, y mirando enrededor de sí, encontraba reunidos á casi todos los hijos é hijas de Francia, y mas tarde á los nietos y nietas, con un gran número de cortesanos y de damas. Entonces ordenaba á los principes y princesas que tomasen asiento. En los extremos de la mesa se quedaban en pie seis caballeros para servir al rey y renovar los platos. Cuando S. M. queria beber, decia al copero en voz alta:

—A beber por el rey.

Los coperos mayores hacian la reverencia, y presentaban al rey una copa de oro, que llenaba por sí mismo: luego que bebia, hacian de nuevo la reverencia, y se llevaban la

copa.

Mientras duraba la comida sonaba una música dulce, que no impedía hablar, y que parecía, por el contrario, un acompañamiento á las palabras. Concluida la comida se levantaba el rey, y todo el mundo con él. Precediéndole dos guardias y un uquier, entraban en el dormitorio, donde el rey permanecía algunos instantes de pie, y luego de haber recibido las reverencias de las damas, pasaba á su gabinete, y daba la orden al capitán de guardias. Entonces entraban en este gabinete los hijos é hijas de Francia, con los suyos, cuando los tenían, los bastardos, sus mugeres y sus maridos. El rey estaba sentado en un sillón, *Monsieur* en otro, y monseñor en pie con todos los otros principes. Las princesas estaban sentadas en taburetes, y despues de la muerte de la delfina fue admitida la segunda Madame. Las damas de honor de las princesas y las de palacio esperaban en el gabinete del consejo, que precedia al que ocupaba el rey.

A eso de las doce se retiraba para dar de comer á sus perros, y á la vuelta daba las buenas noches, pasando en seguida á su alcoba, donde hacia sus oraciones: solo permanecian alli los grandes dignatarios, los cuales se aprovechaban de la ocasion para hablar

cuanto querian al monarca. Luego se sentaba el rey en un sillón colocado junto á la chimenea, y comenzaba á desnudarse: de antemano habia preparado el barbero los peines, y ardía sobre una mesa al lado del sillón la famosa palmatoria de dos bujías, por la cual se media el favor real.

Sentado ya el rey, entregaba al ayuda de cámara su reloj y sus reliquias, y al gentil-hombre de cámara de servicio la casaca y la corbata: luego le quitaba las calzas el primer ayuda de cámara, y dos pajes le presentaban las chinelas. En este momento se acercaba el delfín y le pasaba la camisa de dormir, calentada por un criado del guardaropa: el ayuda de cámara tomaba entonces la palmatoria, y el rey indicaba á aquel de los señores que queria le alumbrase hasta el lecho: despues de esto salían todos los concurrentes de la cámara.

El rey manifestaba entonces el traje que deseaba llevar al dia siguiente, se acostaba, y hacia una seña al médico para que se acercase á estudiar su salud: luego salía este con todos los criados, y se quedaba solo el ayuda de cámara de servicio, que corria las cortinas del lecho, echaba los cerrojos, apagaba la palmatoria, y se acostaba a su vez en una cama de campaña preparada por él

nismo. Siempre habia sido el rey religioso, aun antes de hacerse devoto: una sola vez dejó de oír misa, y eso fue en el ejército, un día de marcha forzada. Rara vez faltaba á los sermones del adviento y de la cuaresma; hacia todas las estaciones de Semana Santa, y acompañaba á todas las procesiones del Santo Sacramento. En la iglesia guardaba la mayor compostura, y en el *Santus* todos debían arrodillarse, pues de lo contrario lo hubiera notado el rey y no habria dejado de reprehenderlo: si oía el menor ruido ó sorprendia la menor conversacion, lo encontraba muy malo. Comulgaba cinco veces al año, el sábado Santo, la vispera de Pentecostés, el día de la Ascension, la vispera de Todos Santos y la de Pascua. El jueves Santo servia á los pobres de comer, y hacia todas las estaciones á pie: todos los días de cuaresma comia de pescado.

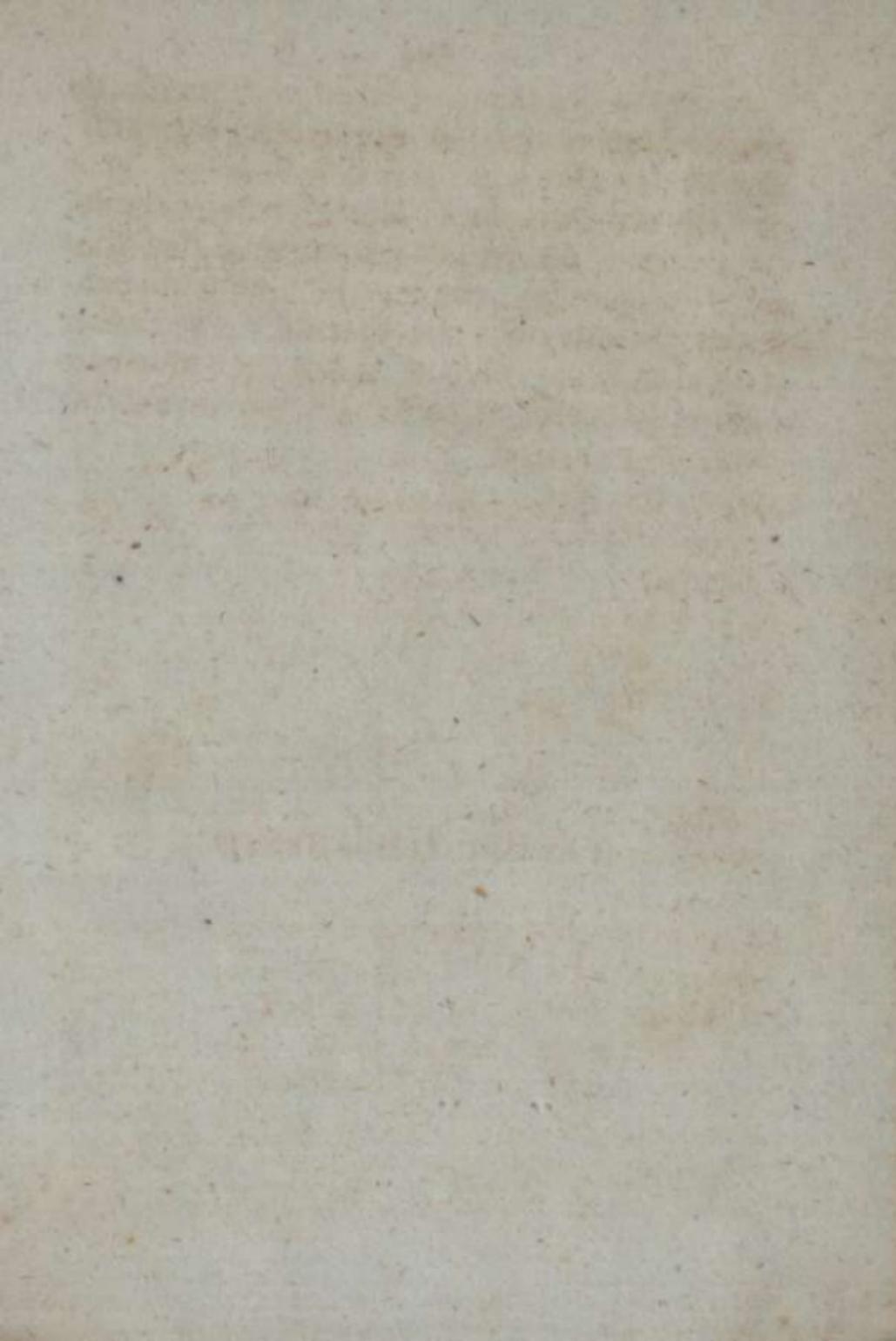
Despues de haber pasado de los treinta y cinco años, siempre iba vestido de un color mas ó menos pardo, con un ligero bordado: nunca llevaba sortijas ni mas pedreria que los broches del sombrero y de los zapatos. Contra las costumbres de los reyes sus precederes, siempre llevaba el cordón azul debajo de la chupa, y solo lo sacaba en los días de fiesta:

entonces lo llevaba muy largo y cargado de piedras preciosas, que valian ocho ó diez millones.

Esta etiqueta fué constantemente seguida excepto en lo concerniente á los dias de vigilia y ayunos que le fueron dispensados cuando cumplió sesenta y cinco años, y permaneció vigente hasta el momento en que se metió en cama para no levantarse más.

FIN DEL TOMO SESTO.

Después de haber pasado de los treinta y cinco años siempre iba vestido de un color mas ó menos pardo, con un ligero bordado; nunca llevaba sorbias ni mas pedrerías que los botones del sombrero y de los zapatos. Consta las costumbres de los reyes sus precedentes, siempre llevaba el cordón azul del collar de la cruz, y solo lo sacaba en los dias de fiesta.



entonces se levaba muy largo y cuando de
pequeñas acciones que valían poco se dispa-
raban. Este comercio fue considerablemente seguido
de modo que a principios de la guerra se
había ya vendido casi todo el que quedaba
de este género y a fines de ella se vendió
el resto. En el momento de la guerra se
vendió en esta casa pero no levantó

FIN DE YUBIENISTO



2.000

total 4,576

- AN
- LUJ
- SXIX



